

Solly Wolodarsky



# EL JUDÍO DE HERVÁS

# EL JUDÍO DE HERVÁS

NOVELA

Solly Wolodarsky

«ORO, Dios Supremo del Universo ante Ti me humillo como lo hacen todos los hombres de todos los reinos que en el Mundo son.

Cuando Tú, Señor, hablas los demás dioses callan.  
Eres la Fe Única, la verdadera religión de todos los hombres.  
Nos hermanas, te amamos, respetamos, tememos y reverenciamos  
sin distingos de país, raza o color.

Eres Sol, Fuego, Luz, Calor, causa primera de la Vida.  
Das fuerza, poder y razón. Eres el Rey de todos los reyes.  
Te adoramos en todas las lenguas de mar a mar y desde las nieves a las  
canículas.

Nadie permanece indiferente en Tu Presencia.  
ORO, Ser Supremo, yo te venero e inclino mi cerviz como acto de  
sumisión...»

HABAAL NAG  
Patesi de Lagash

*Fragmento de un texto sumerio en escritura cuneiforme. Tablilla de arcilla del siglo IV A.C. aproximadamente, hallada en Al Almarah, Irak actual, por el arqueólogo alemán Gustav GroS Wahrheit-Lüge durante las excavaciones realizadas en el año 1941.*

## Capítulos

CAPITULO 1 .....	4
CAPITULO 2 .....	7
CAPITULO 3 .....	10
CAPITULO 4 .....	13
CAPITULO 5 .....	17
CAPITULO 6 .....	21
CAPITULO 7 .....	25
CAPITULO 8 .....	28
CAPITULO 9 .....	32
CAPITULO 10 .....	36
CAPITULO 11 .....	43
CAPITULO 12 .....	49
CAPITULO 13 .....	53
CAPITULO 14 .....	63
CAPITULO 15 .....	72
CAPITULO 16 .....	77
CAPITULO 17 .....	82
CAPITULO 18 .....	91
CAPITULO 19 .....	102
CAPITULO 20 .....	108
CAPITULO 21 .....	113
CAPITULO 22 .....	124
CAPITULO 23 .....	130
CAPITULO 24 .....	132
CAPITULO 25 .....	138
CAPITULO 26 .....	145
CAPITULO 27 .....	151
CAPITULO 28 .....	176
CAPITULO 29 .....	179
CAPITULO 30 .....	185
CAPITULO 31 .....	191
CAPITULO 32 .....	203
CAPITULO 33 .....	223
CAPITULO 34 .....	230

## CAPITULO 1

Contempló por última vez el doblón de oro. Era, según su padre, uno de los pocos «excelentes» españoles del siglo XV que aún no habían sido fundidos y reutilizados.

No debía desprenderse de él, salvo en situación extrema en peligro de perder la vida o la de alguno de la familia; uno de los tres últimos entregados a su cuidado en Recife.

Nunca, hasta ese momento, le había dado gran valor a esas piezas de dorados brillos. No pasaban de ser parecidos a los adornos que llevaban los indígenas de los Matos.

Algunas veces se los había visto lucir cuando salían de las espesuras para cambiar esos abalorios por cuchillos con los soldados de la guarnición holandesa de Pernambuco.

En verdad no representaban mucho para él pero, según parecía, tenían gran mérito para los demás hasta el punto que esa moneda significaba el precio para dejar el «Saint Charles» y los autorizaran a desembarcar en New Amsterdam a todos los miembros de la familia, hermanos, madre, primos que estaban bajo su responsabilidad desde que salieron de Pernambuco.

La travesía en los diversos navíos, largos meses de idas y venidas por los mares, las penurias sufridas y la posibilidad de acabar con ellas mediante la entrega de uno de los doblones dados por su padre, lo convencieron de que las circunstancias lo autorizaban a disponer de la moneda.

Se la dió, como lo se lo había ordenado el mayor de los varones del grupo, adón Asser Levy, a ese extraño judío germano, Solomon Pietersen, que no hablaba portugués ni castellano, un ser insólito que sólo farfullaba palabras en flamenco o en una jerga parecida al alemán o algo semejante. La había oído en boca de los marineros de Hamburgo en puerto de Recife cuando los barcos del Norte de Europa cargaban azúcar o «palo de Brasil».

Su padre solía llevarlo a los muelles. A don Diogo Senior le gustaba comprobar la correcta carga de los sacos en las bodegas al reparo de humedades y goteras. Cuidaba cada detalle y se sentía responsable de la buena calidad de los productos de su ingenio azucarero. La marca «Senior» en las bolsas garantizaba a los importadores la pureza de la mercancía en origen.

Desconfiaba del tal «hermano de fe» perteneciente a una grey hebrea desconocida. A pesar de sus reservas, Salomon Pietersen resultó hombre de palabra, un correligionario de fiar.

Al comparecer ante la Corte de Burgomaestres de New Amsterdam ese 7 de septiembre de 1654, David Senior sólo tenía 13 años –estaba considerado mayor de edad por la ley mosaica y así aceptado por los dignatarios de la colonia holandesa–, se enteró que el «ashkenazi», como denominaban a Solomon Pietersen, había depositado los 900 florines reunidos entre los infortunados pasajeros del «Saint Charles» en la tesorería del Tribunal a cuenta de los 2.500 que reclamaba el capitán Jacques de la Motthe por los pasajes y los fletes adeudados por el transporte de sus personas y bienes en el «Saint Charles» desde una isla del Caribe al puerto de la colonia holandesa, según afirmaba el marino, desviado por una tormenta.

El remanente lo liquidarían con la subasta de las pertenencias, o de sus personas como esclavos, si no llegaba antes ayuda de familiares y congregaciones hebreas de los Países Bajos como habían solicitado los llegados a la remota colonia a través de la Compañía de las Indias Occidentales.

Al desembarcar el único patrimonio de David Senior estaba constituido por el par de doblones «excelentes» bien ocultos en una dura galleta marinera. Con ellos debía enfrentarse a su existencia futura, sostener al resto de la familia en ese desconocido país, si sus compatriotas los dejaban habitarlo.

No pocos pobladores de New Amsterdam, encabezados por el gobernador Peter Stuyvesant, rechazaban la idea de tener vecinos judíos. Pero la dirección de la Compañía de las Indias Occidentales en la metrópolis pesaba más en las decisiones del soberano holandés que la opinión de un distante funcionario territorial.

El jovencísimo David resolvió emplear otro doblón en sobrevivir y que del último jamás se separaría ni él, ni ninguno de sus descendientes cuando los tuviera. Era el testimonio de la estirpe, de las raíces de los Senior. Esa moneda de oro «excelente», con palabras en latín y figuras desconocidas, la postrera de las 20 que le entregara su padre, don Diogo, antes de morir en una batalla contra los lusitanos en Recife.

Era la prueba de que El Todopoderoso protegía a los Senior y a los Alvarado desde la salida de sus antepasados de Hervás, ese mágico nombre, escrito en hebreo y grabado a punta de cuchillo en la cara de los doblones.

...Nunca saldrás de manos de los Senior.

(Falta escribir Hervás en Hebreo)

-«Hervás», leyó en un susurro David...

-«...Lo juro».

*«Hoy nos ha llegado como, por la gracia de Dios, Nuestro Señor, habernos sido elegido en Rey de Romanos y Emperador de Alemania... Yo el Rey»*

CAROLUS V IMPERATOR  
«Plus Ultra»

## CAPITULO 2

Un cordero atropellado por el resto del hato, azuzado por los ladridos de los perros de carrea, pisa en falso al borde de un barranco.

Se despeña.

Los balidos de terror del caído no detienen la sumisa marcha de la manada guiada por los pastores y los canes.

El borrego cae golpeándose en las rocas, en los tocones de antiguos robles hachados durante las guerras. Cuando el rodar se detiene en un risco de la quebrada, cesa el lastimero gemido. Yace entre las peñas, inerte.

Un zagal y un pastor se deslizan por la ladera. Bajan con precaución apoyándose en las piedras firmes hasta llegar al animal, quizá vivo. Sin remilgos lo despellejan. Uno lleva la piel y el otro el cuerpo de rosada carne aún palpitante.

Desde lo alto del puerto de Bejar, montados en sus caballos, Lisandro, el mayoral y Eliseo, un rabadán del rebaño, observan la pérdida de la res. No es la primera ni será la última. En los largos trayectos hasta las dehesas de invernada desde los picos leoneses se pierden muchas ovejas. Lo importante es que no se trate de un pastor o un «ropero». Resultan difíciles de reemplazar en camino.

Eliseo, fatigado por la extenuante marcha iniciada meses atrás en las estribaciones de la Sierra de Jistredo, presiente el descanso. Lleva recorriendo la cañada leonesa veinte años, desde zagal a rabadán. Huele los prados extremeños de La Abadía a menos de una jornada. Podrá gozar las delicias de una cama negadas desde la partida.

-¡A ver si acabamos de bajar este puto puerto de una vez!

-Según mis cuentas se han perdido más de doscientas cabezas.

- ¿Pretendes qué ahuyente a los lobos? Para eso están los mastines del señor marqués.

-No hablo de las finadas. Hablo de las extraviadas. Dejas muy sueltos a tus borregueros y ellos a los hatos.

Al rabadán no le agradan los reproches de Lisandro. El mayoral, aunque paisano y pariente, le gusta demostrar quien manda la cabaña del Marqués del Puente, en especial en las cañadas. En Guardo, en el pueblo, durante los meses de verano con el ganado pastando cerca, en los picos, se comporta como lo que es, un amigo... «Estará más cansao que yo. Con los años qué lleva en estas trochas...! Pero de toas maneras me da en los cojones me mandonée...»



Picado, aprovecha las circunstancias para molestar al mayoral que ojos.

- ¡Lástima de merina! Iba preñada. Hoy tendremos «non nato» para la cena. Una de las tuyas, Lisandro.

- ¡No me jorobes! «Esa» pertenecía al señor Marqués...

- Lleva tu marca.

- Quema el cuero cómo siempre! Para eso el flamenco «culo gordo» tiene 30.000 cabezas y yo sólo 300.

-Así se hará. Marcaré un recental con tu señal, paisano... ¡Qué al amo nunca lo vide y a ti todos los días! No ti preo-cupes.

Pero los pensamientos de Lisandro son otros.«Qué sólo mueran o se pierdan las cabezas de los dueños de las cabañas y no las ovejas de los pequeños hatos ,de sus mayores, entran en los cálculos de los miembros del Concejo de La Mesta no les preocupa si no excede lo habitual. Pero en esta oportunidad el negocio planeado, si resulta, al señor marqués no le darán las cuentas cuando se entere, que se enterará, depende cuando»

Pero un tema está perfectamente en claro para el mayoral: La trashumancia, ¡para los demás!, Él sabe leer y escribir, mejor que bien. Para eso su padre lo mandó a estudiar con los curas y no se conformó que a su hijo le enseñaran los maestros de las cabañas de La Mesta de acuerdo con las ordenanzas. [A los amos no les interesa tener pastores instruidos y a los borregueros, estudiar.]

Si su plan llegaba a buen fin le quedarían en la mano suficientes escudos para comprar esas tierras de la Vega del Carrión. O quizás fuera mejor idea desaparecer mientras tuviera tiempo...el necesario suficiente.

En algún momento al flamenco no le cuadrarán los números. ¡A la mierda las cañadas, las ovejas, los mastines, los lobos, los alcaldes entregadores, los amos sean nobles, clérigos o cabezas de órdenes militares!

Lisandro está satisfecho. El proyecto, lleva años preparándolo, le parece perfecto...

**«¡Con tal qué el pastorcillo que he enviado por delante le haya entregado el mensaje a Manuel Alvarado! Sin la participación del judío nada será posible...»**

El mayoral sonríe: **«Todo marchará bien, sin ruidos, como rueda de carreta girando sobre ejes bien ensebados.»**

Espolea el caballo. Desea apresurar la llegada al valle del Ambroz. Allí, en lo alto, recostado contra la sierra de Valdeamor, está el pueblo donde se decidirá la suerte. Apenas llegue a la dehesa de La Abadía y los pastores apacenten al ganado, partirá hacia Hervás.

## CAPITULO 3

Lorenza cubierta con el rebozo hasta los ojos, no sólo para protegerse de la fresca de las primeras luces, lo sujeta fuertemente para mejor ocultarse de los vecinos madrugadores que pudieran reconocerla.

Con precaución se acerca a la casa de Manuel Alvarado; la puerta del almacén por delante da a la esquina de la Plaza; la ventana de atrás a una calleja de La Cuestecilla

Los de las casas de esa parte del pueblo, los de «arriba», duermen todos.

Son conversos con posibles, no como los labriegos de «abajo» que se despiertan con el alba.

Golpea precavidamente el postigo. Ni el tiempo de un pestañeo pasa y la contraventana se entreabre con suma cautela. «Caliente está el horno para meter el bollo», discurre la avisadora.

-¿Quién es? La voz de Ana, apenas audible, tiene los acentos del temor y del querer mixturados.

-Una «paloma» del Casar... Los batientes no se cierran.

La recadera hace una señal mientras reflexiona: «A ver si el mozuelo sigue mis consejos y sale de pobre».

Emergido del quicio en sombras de una puerta llega Diego mientras la correveidile se desvanece en las semipenumbras del amanecer. Ha cumplido el servicio solicitado. «Ya veremos si tiene buena memoria y el muchacho agradece mis afanes».

Diego, en un susurro pleno de ardores y deseos apenas reprimidos.

-Ana. ¿Lo has pensado...?

La agitada respiración de la joven, sin pronunciar palabra alguna, inquieta al mozo.

- Ana...¡Respóndeme!

- Todas las noches... La voz se desvanece.

-¿Qué has decidido? ¿Vienes?

Una larga pausa. Luego con firmeza, en el tono se advierte lo meditado de la respuesta

- Le debo obediencia a mi padre. No, ni puedo oponerme a su voluntad.

-¿Aunque renuncies al amor para el resto de tu vida?

-Si. No contradeciré lo dispuesto por quien me ha dado la vida y me protege. Así esta mandado.

Diego, desesperado, no mide el alcance de sus palabras en los sentimientos de una niña educada en los rígidos principios de la autoridad paterna. Ana, recién asomada a «la flor de su doncellez», no reconoce, ni se atreve a seguir las llamadas de los naturales instintos de su edad. El mozo, no mucho mayor que la enamorada, insiste.

- ¡Huye conmigo a Casar! Tengo las llaves de la casona que será mía dentro de nada.

- ¿Y vivir en pecado? ¡Jamás!

A Diego el rechazo provoca le aparezca la imagen de Amelia, conocida por todos como «la portuguesa», su madre.

“¡Ahí va el bastardo de Don Juan Diego del Casar, el hijo de su manceba, Amelia la portuguesa!»

Esas voces lo marcaban desde niño. Ayer... hoy.

¿Qué pretende, qué le propone? ¿Convertir a la muchacha que ama en la réplica de su madre? ¿Qué sus hijos sufran el peso de un nacimiento espurio? Pero si no logra hoy la voluntad de Ana la perderá para siempre. Se la llevan lejos, a desposarla con otro. Con frases inspiradas más por su empeño que por lo cierto.

- ¡Nos casará sin otro trámite que nuestros libre albedrío el confesor del Duque de Bejar!

Fue capellán de los Tercios de Italia, amigo de mi padre y quién le dio la extremaunción! Enviaré a Terencio para que tenga todo preparado y nos dé el sacramento apenas lleguemos a la iglesia.

Ana, desconcertada ante la proposición, vacila. Si sus promesas no las cumple quedará deshonrada para siempre aunque mantenga la virginidad intacta. Será una mujerzuela sin serlo. Pero Diego es incapaz de engañarla. Por otra parte, desafiar la decisión de su padre Manuel Alvarado, no acatar la palabra por él dada de casarla con Tomás Coronel de Toledo, hacia donde salen ese mismo día y tener un futuro seguro, decente a cambio de correr el riesgo de convertirse, en el mejor de los casos, en la barragana de un don nadie que puede llegar a tener nombre, linaje y bienes, si le son reconocidos sus derechos, representa un riesgo grande y un porvenir incierto. Pero...

-¿Será una boda...válida...?

-¡Sí! ¡Serás mi esposa! ¡Nos consagrará uno de los mayores prelados de Castilla, Capellán Mayor de los Tercios! ¡Camarada de mi padre, don Juan Diego del Casar! Escuchó la última confesión de quien fue su amigo y dió palabra a cumplir las mandas de su postrer voluntad! No me negara ningún favor puedes estar segura.

Lejos de ello se encuentra Ana. La oprime la incertidumbre.

-¡Responde! ¡Terencio buscará dos buenos caballos y en un par de horas estaremos en Bejar, al abrigo de los señores de Zúñiga y de su confesor! Nada fácil para Ana. Contestar representa su vida entera.

- Diego. Si nos casamos...

Los ladridos de los perros y la voz de su amo, el alguacil realizando la última ronda, retrasan la respuesta ¿O le ha sido dada?

- ¿Quién vive? La voz dada no lejos, los golpes de la vara en la piedra de «la fuentecilla», los aullidos de los mastines empicados que pueden ser soltados en cualquier momento, la ventana entreabierta de una casa que todos conocen en Hervás, no le dejan otra alternativa.

Cierra los postigos con un golpe seco.

## CAPITULO 4

-¡Arriba hijo de puta o te rompo los huesos!

El guardia atiza con el cabo de la lanza un fuerte golpe en las costillas del caído.

Francisco, con el rostro en tierra, no ha podido defender su cara del impacto al tener las manos engrilladas y sujetas a la cadena de presos, aguanta la respuesta.

-¡Mira dónde pisas o me vas a romper la jeta! brama «El Monfi», harto de verse por los suelos arrastrado por los continuos traspies del único compañero de cuerda que le ha tocado en suerte. Agrega, despectivo.

-¡Flojo m'a resultado el oficial!

-¡Te hubieras buscado un duro como tú, faraón para compartir los hierros! le responde de mal tono al tiempo que se levanta. Ha tropezado, una vez más, en las piedras del sendero que los conduce a la Ruta de la Plata y entregarlos a una buena custodia..

-¡Estos «valientes conquistadores», egipcio, sólo son buenos para combatir a indios en pelotas y armados con palos! tuerce uno de los corchetes que custodian a los dos esposados de la mancuerna. Acompaña el desprecio con otro puyazo en el ijar del prófugo más buscado desde Sevilla a La Raya.

Francisco Miranda se queja. Los golpes recibidos han sido duros pero el que se ha dado en el suelo le ha sido el más útil.

Los grilletes que le sujetan las muñecas se han aflojado; la derecha está casi libre. El eslabón que une la cadena de las esposas a la collar lo ha abierto lo suficiente para arrancarlo con un buen tirón llegada la oportunidad. Ha ido trabajando las cadenas, caída a caída, golpeando los hierros en las piedras ocultándolo bajo el cuerpo cada vez que se ha dado de bruces, cinco o seis, desde que lo apresaron en los altos de Pinofrancado. Se quedó dormido en una barraca. Levaba tres días sin cerrar los ojos. Le parece que el gitano que le ha tocado como compañero de cuerda está al tanto de sus maniobras pero mantiene el pico cerrado.

Los ropones que los custodian, para él, soldados de pacotilla. Ni para mozos de cuadra valdrían en Las Indias.

Lo intentará en la próxima cuesta. No deben estar lejos de algún puesto de la Santa Hermandad... Los corchetes se advierten más relajados, como si el final de su trayecto estuviera próximo. Allí, en la ladera de una sierra se divisa un castaño. Mejor. Huir campo a traviesa no le conviene...

¿Dónde estará? Con tanto correr primero, caminar de aquí para allí después ha perdido la orientación pero de Sevilla se encuentra lejos... le conviene... hacerlo ahora o... Si fracasa le da lo mismo muerto aquí por tres inútiles o ser ahorcado en los muelles del Guadalquivir por un verdugo profesional.

Observa de reojo al caló. Le sonríe apenas con la comisura de los labios.

«...No ha cantado... Tendré que escapar con él...para bien, creo... Dos mejor que uno...Parece lusitano...Debe conocer senderos hasta La Raya...»

- La venidera faraón, susurra Francisco.

-Aura o nunca. capitán. Ahí nomás está la Ruta y a un par de leguas, too tieso, la ballestería de Aldeanueva.

Sigue la trocha arrastrándose casi, reservando las fuerzas para el momento.

Baltasar, el cabo de los ropones, le llamaron así cuando nació tan moreno como las moras y con razón; su madre era de Las Alpujarras y le fue vendida al padre por unos soldados de la guerra contra los moriscos, se alegra cuando percibe el final de la cuesta que los lleva al Camino de la Plata. Podrá, de una puñetera vez, entregar los forajidos a la Santa Hermandad y se librará de peligros, no sabe bien porque, presente.

«...Un par de leguas más y les dejo estos trenos a los cuadrilleros. Ya se encargaran ellos de hacerlos llegar a sus destinos». Desconfía en especial del militar fugitivo. Lo ha sentenciado un tribunal por dar muerte a un superior al llegar a Sevilla de retorno de Las Indias, la causa, un asunto de contrabando de oro. Según les había contado el prisionero durante la marcha desde Pinofranqueado, el jefe de la expedición quiso engatar a sus subordinados afirmando en el momento de repartir el oro matuteado, el quinto correspondiente a la corona, que no había nada a dividir porque los contrabandistas de Palos, a cuyas embarcaciones habían pasado el botín antes de remontar el Guadalquivir, habían desaparecido.

Una puñalada, dos cuartas de acero metidas en el pecho del camarada desleal fue la respuesta del Capitán Francisco Miranda.

Al veterano corchete la historia le resulta creíble, mucho, hasta el punto de tener bien presente uno de los dichos de los guardias: «Quien ha matado antes, mata después» este prisionero no es un niño de teta...»¡Vaya a saber cuántos indios finados tendrá en su cuenta con el Diablo! Además sabe que le espera el dogal»...

Sonríe. «Si no lo hubieran cogido lirón gracias a la denuncia de un cabrero que pensó daban una recompensa por el fugitivo, como se decía en el pueblo, jamás se hubiera atrevido a ponerle las manos encima un barbado como ese». La paga no da para bravuras.

De la ayuda de los dos alguaciles a su mando, nada se fía. No saben ni tener las picas firmes y las espadas las llevan como adorno. Sólo están en primera línea cuando logran sorprender a los metedores que cruzan La Raya.

El otro prisionero, el gitano, poco preocupa al resabido Baltasar. Parece manso. No le encontraron nada encima pero lo engrillaron de todas maneras. Peligros de andar por ahí sin tener unos maravedíes encima para contentar a los guardianes de las ordenanzas. Algo le cargarán los ropones en Plasencia. Las órdenes son precisas. La armada del Rey Carlos V necesita galeotes. Las batallas contra el Turco -¡joder con estos mahometanos, nunca dejan tranquilos a los cristianos!- se tragan mas remeros qué las pestes y las fatigas de a bordo. Pero, reflexiona Baltasar, como hijo de morisca lo ha presenciado más de una vez, si el egipciano consigue avisar a los de alguna tribu o clan cercano, lo sacaran de la cárcel. Los gitanos y los descendientes de los moros conocen el idioma de las trenas y las tarifas de los carceleros.

En las prisiones de los comunes de Castilla un condenado puede pasar por otro si los alcaides o los calaboceros han sido convenientemente «convencidos» de la verdadera identidad de uno y del otro. ¡Qué se lo cuente luego el sustituto al verdugo o al capitán de la galera! Hay tantos en chirona que toa confusión resulta posible. El preso vuelve a caer. Debe llevar dos o tres días sin comer. ¡Qué se joda! El de Las Indias arrastra en la costalada al caló.

-¡A ver si te pones de pie, cabrón o te alzo ensartado en la pica!

Le grita «el cojitranco», más rápido con la jarra que con la lanza, empujando al barbado con el cabo de la vara.

La frase queda inacabada.

Francisco se levanta como un muelle que se ha soltado como sueltas tiene las muñecas con una piedra entre las manos. Machaca la cabeza del «cojitranco».

-¡Lo sabía, lo sabía! Grita Baltasar aterrorizado. El viejo y experimentado servidor de los justicias suelta la pica y comienza a correr con fuerzas insospechadas alimentadas por el pánico.

-¡Nos atacan los prisioneros! ¡Socorro! Se dirige al Camino. Lo sabe transitado y cercano.

El soldado de Las Indias coge la pica del muerto y se enfrenta con el último corchete que se encara con él, despavorido. Agarroado por el terror, sin otra experiencia que clavar indefensos rústicos, dos pases del profesional de la guerra despachan de este mundo al paleta uniformado.

Queda clavado en tierra con los ojos desmesuradamente abiertos.

- ¡Al monte arriba, hacia el castañar, faraón!



-¡Tú solo! ¡Se me ha descalabrado una pata en el tropezón! ¡Y no me interesa la compañía de un condenado al dogal! ¡Hala payo! ¡El preso y el cautivo no tienen amigos! Vete por tu camino que yo cogeré el mío! ¡No pierdas más tiempo que la ballestería está ahí mismo!

- ¡Peor para ti, caló! No irás muy lejos con esa pierna. ¡La Santa Hermandad se te echará encima antes que después!

-¡La boca se te haga a un lao, qué peor desgracia no pue haber pa un gitano!

Responde mientras hace los cuernos. -¡Qué la suerte te acompañe! -¡Anda ya, qué la cuesta es brava!

Francisco inicia un trote sostenido pero corto. La experiencia de recorrer leguas y leguas con peto, casco, espada y arcabuz cargados perseguidos por los indios «la noche triste» le han dado la experiencia necesaria. Nada de prisas si no son necesarias. Le esperan unos días muy duros, imprevisibles.

Pisa en verde para no dejar huellas fáciles de distinguir, aunque si alguno de los cuadrilleros sabe ojear, descubrirá el rastro.

El castañar dista media legua, lo más. Si estuviera comido y bebido podría soportar mejor lo que le espera, pero lo importante, ahora, es ponerse a cubierto.

El gitano busca, renqueando, hondonadas para marchar oculto a la simple vista de los cuadrilleros.

Se ha decidido. Si puede cumplir con el encargo bien pagado que le han hecho unos «cristianos novos» de Belmonte, quien lo reciba lo ayudará a esconderse...espera; si tiene la suerte de cara podrá llegar antes de que la Santa Hermandad lo cace...

Hervás no está lejos.

## CAPITULO 5

Los badajos movidos por las escasas fuerzas del monaguillo, un crío de poco más de una vara de alto, sacan débiles sonidos a la campana de la iglesia de Santa María.

Anuncia la primera misa, la del alba.

Lorenza acomoda las nuevas cestas de tiras de castaño, le ha llevado todo el verano confeccionarlas pero son ligeras, resistentes y la materia prima, gratuita, está a cien pasos.

Como está despierta desde hace rato, el recado de Diego a Ana la ha puesto en pie antes que de costumbre, ese jueves puede ocupar su lugar en el mercadillo de La Plaza sin discutir con ninguna puestera. Cerca de la fuente, el mejor.

De todas las verduras que trae coloca bien a la vista los ajos. Se los vienen a comprar de todas las aldeas cercanas. Son fuertes de sabor, duros, de piel roja. Ella misma los cultiva en una parcela junto al río, propiedad de Manuel, parte de una viña suya; el converso nunca le ha reclamado nada. Con buena tierra, agua a mano, simientes de Chinchón y Barbate que le regaló un mercader de especias y aromas, amigo de una noche, ha conseguido cosechar los mejores del valle; como sin ajo no hay comidas en Castilla ha logrado una gran clientela desde Aldeanueva a Baños.

Llega Petra con los huevos y los pollos colgados vivos de las varas, cabeza abajo. Alguno va para gallo pero lo compensa con el peso.

Suenan las campanadas que llaman a oración.

- Ya está don Nicanor pregonando su mercancía, dice la huevera sin saludarla. Se ve que está de mal humor; el madrugón en una mañana tan fría de otoño serrano no le ha hecho gracia.

-Cada uno anuncia lo que vende, Petra.

-¡Si las «chupa cirios» se saben los horarios de memoria! «Las beatas con devoción, las tocas bajas y las sayas altas»...

- No seas resentida mujer...

-¡Cómo se ve qué a ti no te han mandao a la última fila de la iglesia. ¡Hueles más que yo!

-¿Qué pretendes Petra? ¿Ganarte un halo de santa con tus blasfemias?

-¡Mira quién habla! ¡Lorenza, la verdulera, la mayor inventora de maldiciones e insultos de toa la comarca!

- Seré...pero a mí no me han condenado las «Devotas del Sagrado Corazón de Jesús por tener la boca pringada de malas palabras.

-¿Esas...? ¡«Toas conversas»!

Por una de las callejas que da a la Plaza se oyen los sonidos de calderos y peroles golpeándose entre ellos. Anuncian la llegada de Alipio y «La Nolia» con sus churumbeles de no se sabe donde. No faltan cada jueves a vender sus cacharros, el gitano, la compañera a predecir suertes, fortunas y ofrecer, «por la voluntad», manojitos de romero para alejar el «mal de ojo»... y si hay ocasión, el caló tañe la vihuela, la mujer voz y crótalos, los críos panderos, siempre alerta para procurarse unos maravedíes o huir de los peligros.

- Ahí llegan «tus» amigos lusitanos, Lorenza.

- ...O andaluces...Los gitanos nunca se sabe de donde son ni de donde vienen. Pero te aseguro, Petra, que si un día me hiciera falta cruzar La Raya recurriría a Alipio. Los egipcianos conocen todas las trochas y senderos ocultos para cruzar la frontera como si no existiera.

- Bon día tenia vosé, donna Lorenza.

- Lo mismo te deseo, Alipio. Coge una cabeza de ajo y se la entrega a «La Nolia».

- Para ahuyentar los malos espíritus y las «bichas».

- P'al mal de olho, donna. «La Nolia» recibe el bulbo y entrega a cambio una matica de romero.

Finalizada la ceremonia semanal, Alipio busca un lugar en el cual sujetar su borrico y exponer la mercancía; la gitana se establece a la puerta de la iglesia pero sin abandonar la vigilancia del mercado: puede aparecer un cliente o la Santa Hermandad

-Tú te tratas con esos infieles pa que te llamen «donna» o «seora».

- «Donna» o «seora» se nace y se reconoce, Petra. La vendedora de verduras responde a las mal intencionadas palabras de Petra. Además, para subrayar el desprecio a las frases, agrega - No como otras que huelen a gallinaza.

-....Mejor que a cebolla y ajo, retribuye la pollera y : -«La cuna de cada una con su tufo abruma»...

-¡Cómo si las gallinas cagaran perfumes y aromas de oriente! grita la aludida.

La primera riña de la mañana está punto de estallar.

Las escasas compradoras de esas horas pero si las abundantes cotillas que se reúnen las jornadas de mercado para «ponerse al día» con las novedades del pueblo y la comarca, hacen corro.

-¡Alto ahí vecinas! ¡Cada una a su palo! Benito, «dedos largos», como lo apodan en el lugar, a él poco le agrada la denominación, serena a las contendientes e interrumpe la inminente gresca.

-¿Ya ti has «levantao» señorito?

-Porque me han despertado tus voces, Petra, pero como bien sabes yo te estimo igual; te deseo los buenos días y te resulte la jornada, además me encontrado con tu marido Petra; me ha contado el pobre Rufino que lo has echado de la cama. ¡Deja te cate, mujer! Si tiene las uñas de medio luto, las abarcas cubiertas de barro que se le pasa a los pies y huele a estiércol son producto de la dedicación al trabajo y no de su rechazo al agua.

-¿Ya ha estao soltando la sin hueso, Rufino? reprocha de mal tono la pollera a su marido que viene al paso con Benito, llevando al tiro el borrico cargado con los aperos de labranza.

- Apenas le dicho los buenos días Petra, responde el atribulado esposo.

-Por la cara se le nota que no «moja»...

-¡Preocúpate tú de no meterla en damisela qué te regale un chancro, paladín del trabajo y no por mi Rufino. ¡Será corto pero labriego honesto!

-¡Si la viña no da lo suyo, es por qué tiene una vaguada cerca y no por falta de afán...

- ¡Tíee razón la Lorenza! Se alegra Rufino del inesperado apoyo aunque se le escape la intención verdadera de la imprevista defensora: irritar a Petra.

- Se junta todo en contra. La correntada, el viento, la tierra, muy baja y la bota a mano...

-¡También lleva sentío «dedos largos»!

-¡A callar Rufino!, ¡qué con estos cristianos sobran los moros! se enfada Petra. Ya desatada, para lo que no hace falta demasiado.

-¡Si tu hermana, la Josefina no te soltara el parné qué te falta cuándo el naípe se ta da mal, Benito, no se te vería tan lindo! ¿No es verdad, Lorenza?

- ¡La purita, Petral Con lo que le sisa al judío le alcanza pa toa la parentela, en especial pa su hermanito del alma.

-¡No se metan con ella, cotillas! ¡No presumas de honestidad, Lorenza! ¿En qué catre has pasado la noche?

-¡Yo no tengo a quién rendir cuentas y menos a ti, mangón! En tu piltra seguro, no.

-Tú te lo pierdes...Eres como las gallinas que, por andar, anda perdida.

Lorenza no soporta más las pullas. Soliviantada recurre al repertorio de agravios heredado, corregido y aumentado con dichos ofensivos de su propia cosecha. Zaherir le da placer.

-¡Así te cuelguen, cómo un cochino, por los jamones al aire de la sierra y ahí te quedes, seco hasta los huesos!

-Deja tu maldiciones para otro, mujer, que no me importan. De todas maneras, con o sin ellas ,la viá a diñar porque la vida es un achaque que se cura con la muerte. Pasarla bien es la única medicina que ayuda a soportarla. ¡Y yo la tomo todos los días too lo que pueo! ¡El trabajo, pa los bueyes. ¡D'él sacan provecho toos a espuestas y poco o náa queda pal que agacha el lomo sobre los surcos!

Las campanadas anuncian el comienzo de la misa.

La plaza se silencia. Las manos hacen la señal de la cruz. Todos musitan los rezos con mayor o menor fervor pero el movimiento de los labios debe resultar visible para los demás. Castilla no es el mejor lugar para que duden de la fidelidad a la Iglesia. Alipio conoce bien las consecuencias de un comentario insidioso. Por ello más que orar el gitano canta en voz alta.

-¡“Pater nostro...”

La falta de convicción católica, real o supuesta, siempre llega a oídos de la Inquisición.

## CAPITULO 6

«...Casarme en secreto con Diego... escapar... desobedecer a mi padre... salir de Hervás... Jamás he pasado de Bejar... Sin Josefina... estar en un lecho con un hombre... Diego... desnudos...»

Las emociones guían los pensamientos. Ana se debate en una maraña de ideas confusas, de turbaciones nuevas.

No ha podido dormir la noche entera esperando el encuentro con su... ¿amado? Luego las promesas en la ventana...

Sin percatarse, la sensualidad, dueña del juicio y de su cuerpo enfervorizado, actúa con independencia de la voluntad controlada por la educación y los valores morales recibidos.

Ana no evita ni reprime el movimiento de sus manos hacia la entrepierna.

Siente un calor tremendo, unos ardores nunca experimentados antes, concentrándose en ese lugar por la cual paren las ovejas y las perras, por donde los carneros y los canes introducen las...vergas -como las llaman las otras muchachas del pueblo- al montar los machos a las hembras, Ella es...hembra...

Sus dedos encuentran entre los labios de las partes pudendas una carnicilla ardiendo... Las yemas del pulgar y el índice la frotan apenas unos instantes...más levemente con idas y venidas...

Una extraña sensación, nunca probada, transita su cuerpo núbil, inexplorado por caricias masculinas, salvo las de su padre, pero el sentir, diferente... La cabeza se libera de imágenes y reflexiones. Un placer intenso la emborracha de la misma forma que el vino que a veces le sirve Josefina. Es...maravilloso... Diego la penetra..

Las tablas del piso del dormitorio de su padre crujen.

Ana se estremece de terror y retira la mano del punto de las delicias recién descubiertas.

El frío de su habitación hiela sus ardores.

El sonido del entarimado de la alcoba paterna, quedo pero audible por la joven interrumpen el goce y las figuraciones.

Josefina, cubierta por la mañanita, trata de caminar sin hacer ruido. El tablado de castaño está seco aún por los calores del verano y las humedades de el otoño todavía no han efectuado la tarea de ajustar las ranuras. Pisos de madera. ¡Aquellos suelos de piedra mal ajustadas de la casa materna, fríos, amerados! Los recuerda, a pesar de los años transcurridos, diecisiete casi, cada mañana al levantarse de la cama de Manuel.

«¡Hasta cuándo pensará qué su hija no se ha enterado! Duerme en la habitación de al lado...»

El ama pasa delante del dormitorio de Ana. Observa por la puerta entreabierta. ¡Vaya a saber una qué sueña la mocita a pocos días de su boda!

Ha deseado, y desea, tener un hijo, a Manuel le encantaría, o al menos una niña, aunque fueran bastardos, si bien ella es barragana con contrato y el crío, o los que vinieran estarían protegidos como él ha dispuesto en el documento que le ha entregado el escribano de Plasencia cuando lo firmaron hace años Pero...

«...Sólo me llama al lecho los días que me considera yerma...En todo este tiempo no ha tenido un error de cálculo...¿Cómo lo sabe?...»

Cuando, según Manuel, está preparada para concebir, ella duerme su cuarto, detrás de la cocina. Jamás la embarazó a pesar de todos los trucos empleados, desde mentirle sobre el día de la regla o las noches que ha dormido sola.

Nunca se equivocó desde aquella anochecida, a unos meses de la muerte de la señora Gracia, su esposa que murió de sobreparto al nacer Ana, Manuel la reclamó desde la alcoba y le pidió, con respeto, se metiera en la cama en la cuál él ya estaba.

«¡En la vida me pesó haber aceptado...!»

Es todo un hombre. La deja satisfecha, plena. No ha conocido macho antes, salvo el hermano de su madre que la desfloró por la fuerza, con doce años apenas cumplidos, el día de la Virgen de Agosto. No se enteró bien de lo sucedido. Echaron al tío de la casa y a ella la puso a servir en la casa de los Alvarado. Manuel, recién casado, necesitaba una criada.

Josefina con la palilla despeja las cenizas y aviva los rescoldos del fuego con unas tiras de castaño; agrega leña de encina. Pone a calentar agua.

Suena la campana de la iglesia, llamando a oración.

El ama se santigua y comienza el rezo.

En la alcoba Manuel, terminadas las oraciones matinales, desenrolla las filacterias de su brazo izquierdo y de su cabeza. Las besa y coloca dentro de la roja bolsita de terciopelo bordada por su madre con una dorada Estrella de David. La tiene desde el día de su «bar-mitzvá» hace ,... más de treinta años ya... La vuelve a ocultar en el hueco detrás de la piedra más oscura de la cabecera del lecho.

-¡Arriba muchacha! Hoy el día nos resultará corto.

Ana simula despertarse. Roza con labios, como de costumbre, la cruz que lleva colgada del cuello y con la sonrisa de siempre.

-¡Buenos días, ama!

«...Espero sean...Dios dirá que será de mí a contar de hoy...»

-

¡Buenos días niña! ¡Date prisa en todo! Tu padre quiere partir cuanto antes, apenas acabe con una persona que viene a visitarlo por negocios.

-¡Así lo haré pero antes debo confesarme y rogar a la Virgen de las Angustias me de su protección!

-¡Si lo has hecho ayer!

- La devoción a nuestra Santa Madre, Josefina, nunca está demás, en especial cuando nos espera un viaje...o...

-¿...O qué...? ¡Déjate de tonteras, Ana! Si el señor Manuel ha decidido salir hoy, hoy se sale. Gervasio tiene listo el carro y las mulas para cuando el amo disponga.

Ana tiene una extraña expresión, le parece a Josefina... «La noche es capa de pecados...de pensamiento...o de acción...»

- ¿Has comprendido?

- «Todo»... ama...

La mirada de la joven expresa más que las palabras, si bien el acento lleva carga.

«Ana conoce desde hace tiempo que duermo con su padre...que soy ...la querida...la amiga...» Se decide a pensar como la definen en el pueblo ...la barragana de un judío que no se casa ni se casará nunca con ella por ser cristiana vieja y pobre».

- Mi niña. Sabes que te quiero como una hija...

- Lo sé...ama... Pero... La muchacha detiene su franqueza.

Josefina intuye que hay más. La muchacha tiene los ojos enrojecidos, las sienes hinchadas. No ha dormido bien o nada.

Serán las emociones, las ideas sobre su futuro. A cualquier doncella le preocupa perder la castidad en el tálamo con un hombre a quien no conoce y será quien que la posea a lo largo de toda la vida.

- No te preocupes. Si tu futuro marido...

- ¡No lo he visto en mi vida y es un viejo de treinta años!

- A esos años más o menos conocí a tu padre y yo tenía los tuyos...



-¡ Pero tú eres su criada y no su esposa como lo seré yo ante Dios y la gente. ¡Y no sé si quiero serlo!

-¡Calla, insensata! El dolor causado por las fieras palabras de Ana lo supera el cariño; la ha cuidado desde recién nacida hasta verla convertida en una toda una hembra, atractiva. - ¡Qué no te oiga tu padre! ¡Ma... el señor Manuel ordena y en esta casa se le obedece sin rechistar!

Josefina lee en los ojos de aquella a la cual mecía en la cuna y hoy se pone en camino para convertirse en mujer y a la que verá poco, o nada, en el futuro, oscuros, confusos pensamientos.

## CAPITULO 7

- «¡Sisto asinus! Ergo vera necesarius un minxi minctum hoc tempore...»

El pollino se detiene. La orden del amo le resulta perfectamente comprensible. El cordial trato, recíproco desde antiguo, resulta el más adecuado para ambos. El fraile no lo castiga y el asno obedece. El convenio sólo rige entre el achacoso Fray Salvador que le da las órdenes en un latín, quizás imperfecto, pero que al borrico castellano le resulta comprensible.

No existe otro religioso de la Abadía franciscana que se atreva a montarlo. Fue obsequio de los caballeros del Palacio de los Duques de Alba vecino.

Pero el regalo no se hizo por generosidad. Don Faltrique y el joven don Fernando cuidan mucho tener caballerías numerosas y de calidad, y este asno es de un mal genio incontrolable a pesar de los palos que le den, una bestia capaz de morir a ser manejado sin su consentimiento expreso.

Por lo tanto resultó conveniente ser dadivosos con el convento cercano a perder tiempo y forraje con un empecinado absoluto.

Fray Salvador que desde niño, antes de meterse a fraile empujado por el hambre y las guerras ha sido mozo de recuas de mulos porteadoras de pescado vizcaíno a las ciudades castellanas, conoce bien como tratar a las bestias de carga y otros brutos, algunos de dos patas, como acostumbra a decir.

- «Gratia, Probus». El fraile descabalga con las demoras producidas por una larga vida durante la cual se han acumulado, sumados a sus años, «mal de los huesos, «cordis debilis», «fatigato» y vejiga floja entre otras dolencias.

-¡Qué me meo, «Probus»!

Corre hacia un árbol, un roble hecho a todas las inclemencias y se levanta el hábito; ni tiempo le da el apuro para librarse de la braga.

El color ámbar claro, lo satisface.

-»Salus certus...¡Gratia Deus!»

Las reflexiones sobre tonalidades de orín relacionados con su estado de salud quedan bruscamente interrumpidas. Un golpe en la cabeza sin mediar aviso, llegado no sabe de dónde, le producen un estado cercano a la ausencia total e interrumpen la micción.

Francisco Miranda en su fuga de la cuerda de presos ha llegado al castañar. A cubierto de las miradas de búsqueda de sus seguros perseguidores, saldrán tras él, trata de orientarse, encontrar alimentos. Oye la llegada de un... ¿Mulo?...¿Asno? sin otras cabalgaduras acompañándolo. A lo sumo una sola persona.

Una gruesa rama le servirá de arma.

La víctima, un fraile. Poco importa. Ha compartido con religiosos de todo color de hábito, desde curas analfabetos a capellanes de tres apellidos, las correrías por Las Indias.

Llevar cruces y misales en vez de espadas y arcabuces pero esas armas resultan tan efectivas como las de los soldados de peto y botas. Al usufructuar las victorias, repartirse los botines, disfrutar de las indígenas bien -o mal- dispuestas, no se diferenciaban de sus compañeros de conquista.

Ellos, blancos, cristianos; “esos”, desnudos, sin creencias conocidas pero claramente no católicas, parloteando en jergas indescifrables aún para los trujamanes de las expediciones. Francisco Miranda y los demás castellanos se sentían superiores, nobles, hidalgos, amos, si bien no pasaban de soldados de fortuna, siervos, labriegos, plebeyos o simples delincuentes sin aprehender enganchados en una empresa que les daba comida, oficio fácil, oro, plata, posesiones, categoría social, esclavos.

En esos momentos poco importan al fugitivo los recuerdos, aunque no los pueda evitar.

Huir... lejos... lo esencial en ese momento.

Termina de vestirse el hábito de franciscano. El viejo queda en pelotas pero a él le viene bien pasar por fraile y cubrir sus harapos.

Rebusca en el morral; un crucifijo de madera de olivo, un rosario de semillas secas.

Del cogote del asno cuelgan unas alforjas.

Lo mejor será ver que contienen los zurriones, montar el pollino y alejarse.

En dos zancadas se pone junto a la bestia; coge las riendas; afirma la mano derecha a la crin...

- «¡Probus», non!»

Al oír la voz de su amo el resabiado borrico envía al suelo de un sacudón al aspirante a jinetearlo. No admite desconocidos.

-¡Bestia puta! ¿A mí, a Francisco Miranda qué ha cabalgado más brutos qué tú cientos de leguas? El soldado coge un palo y se levanta.

«Probus» tiene suficiente experiencia de sus tratos con los humanos. La vara no le trae buenos recuerdos.

Al recibir el primer golpe reacciona con las armas que la naturaleza lo ha dotado.

Un par de coces acertadas acaba con el castigo y las intenciones del hombre que pretende reemplazar a Fray Salvador.

Terminada la faena, antagonista derrotado en tierra, «Probus» se aleja al trote por donde ha venido; lo espera un cómodo establo en «La Abadía».

El franciscano, deshecho, dolorido hasta los cabellos, rescata las energías necesarias para burlarse de su atacante y frustrado jinete.

-«Probus» obedece únicamente las órdenes en latín, desarrapado.

El fugitivo siempre ha tenido mal genio, peor en esos momentos, que unidos a un recuerdo de niñez lo hacen reaccionar con violencia.

-¡Nunca pude aprender latín! ¡Los muy cabrones de los curas de la escuela me dejaban el culo morado a palmetazos por eso, frailucho!

Con la misma vara con la cual pegó al asno comienza a golpear a Fray Salvador. Dos, tres, cuatro... Se acaban las chanzas del fraile y lo ponen de camino a la eternidad. Quizás la haya palmado al primer leñazo.

Francisco trata de orientarse. Todo bosque y sierra.

Llegan unas campanas de allí abajo. Algún pueblo. Le son necesarios caminar apenas unos instantes para que aparezca el perfil de una aldea con su iglesia en lo alto, las casas de piedra apretujadas en estrechas callejas y llegue el aroma de la leña de castaño ardiendo en las chimeneas.

## CAPITULO 8

Los pesos de la mujer se endurecen al rozar su boca a pesar de la camisa.

**«¡Quieres más...! ¡Cómo si anoche no le hubiera dado más que suficiente! Quedé desfogado...sin fuerzas para nada. Eso me pasa por tener en la cama una «pollita» a mis años!»**

Manuel Alvarado repasa con regusto las vísperas.

**«Josefina es una hembra cabal... Nunca dice no... le placen mis juegos y deseos»**

Si no fuera ya día, que Ana se ha levantado y él espera un visitante. Además saldrán para un largo viaje en cuanto acabe la entrevista, que si no tumbaba a la deseosa y terminaba de satisfacerla.

La mujer continúa el arreglo de la barba del amo. Lo hace con pericia, peine y tijeras en mano recorta los pelos -**«Ya tiene canas»**. A su dueño no le agrada pasarse, o lo haga ella, un cuchillo por el rostro.

Le restriega una vez más las tetas. Él sonríe. La enloquecen los - **«veamos, moza, que te parece esto»** acabados los retozos de ordinarios, o antes... A ella le gustan «esas cosas».

Don Nicanor afirma que son pecado pero le interesan los detalles: cada confesión es una crónica detallada. Como se trata de veniales, las penitencias resultan leves.

Manuel niega haber aprendido esos placeres de otras, esposas desleales o «damiselas». Insiste que no, que están con todo detalle en los libros sagrados si se saben leer atentamente, por ejemplo, afirma, en «Cantar de los cantares» de Salomón.

- Deja la casa bien limpia. No la encuentre llena de bichos cuando regrese.

- Descuida, Manuel.

- Repasa los escondites. Que estén bien disimulados. Porque a pesar de Terencio, habrá más de uno interesado en hallar lo que busca.

- ¿Los doblones...?

- Esos estarán seguros, espero... pero documentos y otras cosas, no. Josefina, orgullosa de la confianza que tiene depositada en ella el amo, se siente como si fuera su esposa y no una barragana, por más contrato que Manuel le haya dado.

No fue de inmediato. Pasó varios años compartiendo la cama con él hasta que la consideró leal y buena compañera.

Fue a partir de aquella tarde que le metió un corte en la espalda, con el hacha de cocina, al bandolero que lo tenía encañonado con un trabuco en medio del almacén. Manuel remató la faena con una daga, sacada nunca supo de dónde. El forajido huyó. El amo prefirió el asunto quedara así y no dar parte a la Santa Hermandad. No se fía de la policía del Rey.

Desde el primer día le atrajo «el judío», como lo llaman los vecinos. Era, y es un hombre de espalda recta, buen porte, ojos zarcos, piel clara, cabello y barba renegridos, oliendo a macho limpio. Siempre soñó la poseyera algún día...pero, aunque también percibió que él la deseaba, Manuel la respetó por más criada que fuera con quince años mal cumplidos pero hembra cuajada. La tomó para servir cuando se casó con Gracia Santa Cruz.

Así hubiera seguido, el amo nunca se aprovechó de su buena disposición, a serle útil, hasta aquella noche, pasado un mes de la muerte de la señora Gracia por el sobrepardo de Ana, que la llamó desde la alcoba...

Con una buena hembra entre sábanas, un ama cariñosa y experta para cuidar de su hija, Josefina, la mayor de ocho hermanos conocía como tratar a los niños, Manuel Alvarado no tuvo urgencia en casarse nuevamente como es costumbre entre los conversos cuando un hombre queda viudo y con hijos.

Si, así fue. Sonríe Manuel, recordando las continuas ofertas de las casamenteras, los consejos de los familiares...

Las mozas de los mejores clanes de nuevos cristianos resultaban tentadoras pero las realmente apetecibles significaban abandonar Hervás, pasar a depender económicamente de un cabeza de grupo y dejar a Josefina.

Tener esposa y manceba al tiempo, aunque «la otra» viva bajo techo distinto -si bien la costumbre de tener «casa grande» y «casa chica» no la reprueba nadie, ni la propia cónyuge legal entre las clases pudientes, nobles, mercaderes-, a Manuel no le agrada la idea.

Para él, como para la mayoría de los conversos, la familia constituye el bien fundamental de un hombre merecedor de tal título...

**«...Me ama una mujer muy mujer, fiel, dócil, sin pretensiones; mi hija está bien cuidada y querida, la casa limpia y en orden... ¿Para qué me voy a maridar nuevamente?»**

¿Ama Manuel a Josefina?

Se siente cómodo en su viudez y en tal situación no se hace preguntas complicadas.

Pero el converso se ha impuesto varios límites a la relación con su barragana. Le ha dado un contrato con cláusulas compensatorias por si algún día la dejaba, no lo cree, o El

Todopoderoso lo llama a su lado:

No tendrá hijos con Josefina. Nunca engendrará un bastardo de su sangre, aunque siendo el viudo no estará maldecido, pero de madre cristiana vieja el fruto será católico de acuerdo con La Ley mosaica.

Por esa razón sólo comparte la cama con Josefina las jornadas que según los cálculos las mujeres no son fértiles.

Se guía para ello por el calendario lunar y las interpretaciones higiénicas de los sabios comentaristas del Talmud si bien, le consta, lo hace en sentido contrario a las normas dictadas por los rabinos favorables a la procreación. «Creced y multiplicáos» el Mandamiento Bíblico de obediencia debida, pero...

Le resulta duro. Su masculinidad le reclama esa satisfacción pero no puede soportar la idea de ser padre de un «mamzer».

Si algún día le fallaran los cálculos... Tendrá que buscar una solución pero nunca dejar a Josefina o no reconocer a su hijo.

**«¡Un hijo varón!»**

Tampoco se inclinará por una mujer ante una imagen en la que no cree. Ya lo ha hecho muchas veces por salvar la vida y aceptará la ceremonia de la boda de Ana en la catedral de Toledo. No existe otra solución mejor para su hija que la planeada por los Coronel.

**«Pero no yo».** Acaso si Josefina quedara embarazada, a pesar de las precauciones, fuera la señal divina de retornar abiertamente a la Fe del Pueblo del Pacto. Le han llegado noticias a través de los «cristianos novos» que Los Países Bajos, en Amsterdam, las autoridades admiten a los judíos sin necesidad de disfrazarse como converso.

Josefina, con el pretexto de arreglarle el cabello, le sopla, sensualmente, detrás de la oreja.

- Mujer... ¿No has tenido suficiente?

- Yo jamás me canso de ti. Piensa que con el viaje y la boda de la niña nos esperan muchas semanas, demasiadas, en camas separadas.

El varón se siente halagado. Las mujeres que ha montado, algunas mozas del pueblo o de otros parajes a donde los viajes lo han llevado cuando soltero, al saborear su virilidad quedaron más que felices. Han insistido en repetir siempre que hubo oportunidad. Su propia esposa, Gracia Santa Cruz, si bien llegó al tálamo virgen como está mandado y sin ninguna experiencia anterior - su madre sólo la instruyó en las funciones de reproducción y no en las del placer de acuerdo a las preceptivas ortodoxas- sonreía complacida después de cada acoplamiento...

Lo que comenzó, fue la excusa, Manuel lo sabe muy bien, como «el cumplimiento de la obligación de satisfacer sexualmente a la esclava» ordenada por los sabios intérpretes de La Ley mosaica, concepto que él hizo extensivo «a la criada», se convirtió en una pasión arrolladora que dura mas de quince años.

Aquella pollita, hija de una vecina de las de «abajo», de tetillas turgentes, labios húmedos, garbo, sonrisa, buenas caderas, un cuerpo diseñado por El Altísimo, se dijo entonces y ahora, para el amor, lo atrajo desde el primer momento. La poseyó aquel día, ella estaba dispuesta le dijeron los ojos pardos y brillantes de la zagala, no por respeto a su esposa con quien se había desposado una semana atrás. La familia era, y es, el paradigma de la educación que ha recibido de su padre y de sus maestros.

- A mí ya me resulta duro no tenerte a mi lado, Manuel, tantas noches hasta que me llamas a tu cama como para prescindir de ti ahora que deseas y “se puede” Me has dicho que durante el viaje deberemos ser prudentes y no dar lugar a las habladurías.

El hombre sonríe: **«Más de una vez estuve tentado de saltarme las cuentas pero la posibilidad de un bastardo católico me paraliza y me ablanda la verga...»** La mujer lleva razón.

- Buscaremos apaño. En algún momento...

Ocultarse siempre para no lograr más que una aparente normalidad de una relación amo -criada, que nadie se cree, resulta ya muy difícil.

- He pensado que después de entregar la niña a Tomás Coronel, me tomaré un tiempo para liquidar mis asuntos en Castilla; buscaré una solución para nosotros...

-¡Lo qué tú mandes! Responde dispuesta a lo que ordene su amo y amor.

Josefina intuye los arreglos a que se refiere Manuel pero con tal de ser su esposa legítima, tener hijos suyos antes que los años la sequen, está dispuesta. Ser «judía nueva» entre «judíos viejos». Será mejor que ser «cristiano nuevo» entre «cristianos viejos»...

**«Ellos saben lo que significa estar discriminado... espero...»**



## CAPITULO 9

-¡A ver si te callas de una puñetera vez, mamoma! La puta cordera que te ha parido la ha diñado y chupas de esta teta o la palmas. Eliseo arrastra sin miramientos a la cría recién alumbrada hacia una estaca y la ata fuertemente con tiras de cuero.

La malparida, con las costras de la salida del útero aún adheridas, se resiste balando lastimeramente. No quiere separarse del cuerpo inerte de su progenitora pero el rabadán no se anda con delicadezas.

La sujeta con vigor al palo firmemente clavado en tierra junto a una oveja madura con las ubres repletas de leche que ha dado a luz a un feto muerto.

Pero la frustrada madre unida, también por la fuerza, no desea dar de mamar a esa extraña criatura que no es suya.

Por eso están atadas la una junto a la otra. Eliseo, pastor desde niño, conoce bien como «ahijar». El instinto de supervivencia prevalecerá en ambas: en la recién parida, el hambre; en la adulta, aliviar sus reventonas mamas ambas. Si alguna de las dos se resiste, la palmarán. Pero Eliseo entiende la fuerza de la naturaleza; pocas veces falla. Todos, ovejas y seres humanos, desean vivir. Experiencia heredada de su padre, dueño de un rebaño cuando él era un zagal; reconocer en medio de un hato los balidos de un guacho y el balitear de una madre con las ubres repletas sin un lechal que la alivie.

-¿ Me acompañas?

La voz de Lisandro, paisano y mayoral, también afirman en Guardo, pariente, lo que en el pueblo ni en la sierra vecina extraña. Quien no se ha casado con una prima lo ha hecho con la sobrina. Corta con el puñal de labor las tiras sobrantes de las ataduras.

-¿Ande?

-A Hervás, Eliseo. Tengo que resolver un asunto con ese judío que representa a unos mercaderes de Burgos. El «señor marqués» anda faltoso de escudos...

- Se los come el «lucio»...

-... Y se los juega. Como no tiene más que deudas, me ha pedido le gestione un adelanto.

- A ese paso se queda sin lana antes de la esquila.

- Puede acontecer. ¿Me acompañas? No me apetece ir solo.

- Sobre todo al regreso si el judío abre la bolsa.

- Poca cosa aquí, rabadán. Para los gastos. Lo grande se lo soltaran en Valladolid o directamente a los acreedores para que no lo empapelen, la marquesa lo eche de su lado y le quite el título.

- Merecido lo tiene el flamenco culón que nos ha tocado como amo.

- ¡Yo no tengo amo, paisano!

Lisandro, enfadado, tira de las riendas de su caballo y se marcha al trote.

Eliseo guarda el cuchillo y monta de un salto un bayo que pastorea a unos pasos. El semental le ha costado mucho y es su orgullo, además de cobrar «a tanto» cada vez que cubre una yegua. Se pone a la par.

- No te frunzas por una froña, primo. Voy contigo.

Deben acortar el paso para no atropellar a las ovejas que pastorean en la dehesa.

- Muchas, mayoral.

- Treinta mil...

- ...Más. Las contamos en el puerto de Aldeanueva. ¡Vaya cabaña la del intruso!

-Trescientas son mías.

- Trescientas quince conté con tu marca, Lisandro.

- Las que me quedan del rebaño de mi padre. ¡Mil y tantas teníamos!

-...Y las del mío otro tanto.

- Con mil salíamos y con menos regresábamos después de invernar. Peajes, pontazgos, derechos de herbaje...Todos los años una tasa o un impuesto nuevo, pagados en ganado...

-¡A mí me vas a contar, Lisandro! Bien sabes que si no fuera por eso no estaría de rabadán de una majada ajena.» La pobreza tiene cara de mala mujer...

- «...De ladrona. alcahueta, puta...»

-«...Y rahez», como dice nuestra abuela. Hablando de putas ¿No cae cerca del pueblo una venta?

- «Las Cañadas» por nombre. No hay otra en tres leguas pasado el puerto de Bejar.

- Si el judío te adelanta unos maravedíes y nos regresamos a los chozos antes de escurificar podríamos aliviarnos. ¡Va para dos meses qué salimos de Guardo!

- Busconas en las posadas no faltan. A mí no me gusta pagar lo que de habitual me dan gratis.

- Pero los pastores, Lisandro, no tienen tu planta, ni huelen a limpio, ni las compensan con escribirles unas cartas a las «cortesanías» de los burdeles de ciudad pa darle noticias a los hijos que tiene desparramados por ahí...

-Para eso estudié con los agustinos.

- Porque tu padre tenía el hato más grande del pueblo y conqué pagar a los curas. Al salir de la dehesa, mayoral y rabadán saludan a los «roperos» que preparan las comidas del día para pastores y mastines.

- ¡Cuidado con las mezclas qué andamos cortos de harina!

-¡Descuida Eliseo! En cuánto llegue el carro qué rompió una rueda en la subida, estaremos en cuentas! - responde el «ropero» encargado de las cocinas.

Ya fuera de los prados de La Abadía espolean a las cabalgaduras y las ponen al trote por la Vía de La Plata en dirección a Hervás. Los siguen, ladrando a cualquier cosa que se mueva, «El manchao» y «El malo», perros que gustan de seguir al de Eliseo; los tiene desde cachorros.

Lisandro observa la cañada paralela al camino plena de ganado lanar de otras cabañas llegadas del norte .

Ha recorrido, entre idas desde y vueltas a los picos de León más de veinte otoños de venida, otro tanto de primaveras de retorno.

**«Estoy harto de cuidarle la hacienda a un extraño que ni es el dueño verdadero y a quien poco le interesan los rebaños, salvo el rendimiento que dejan»**

Al obeso flamenco le horrorizan los viajes a caballo, o en silla de manos por los campos de Castilla llenos de bandoleros, dice; no le agrada el tufo, de los animales en manadas. Tampoco controla los libros de la cabaña porque, afirma, el castellano es una lengua de plebeyos y quien hable francés no tiene necesidad de dialectos viles. Tampoco lo hace la Marquesa del Puente, la auténtica dueña del ganado, que no se preocupa por su patrimonio.

«Es una tarea impropia para una aristócrata, para eso tengo marido que entiende de números y es miembro del Concejo de la Mesta».

**«...Pero si los dueños no atienden lo suyo, «si quieres oveja, ándate tras de ella», decía mi abuela y razón llevaba yo cuidaré de ellas...»**

El cansino trote le ayuda a repasar, una vez más, las ideas. Eliseo, que cabalga a su lado, callará si obtiene el cargo de mayoral, además de «algo» que le tape los ojos y la boca...

«...Entre que la esquila y lleguen las cuentas de los mercaderes de Burgos, pasarán tres, cuatro meses... Recién entonces el gordo de Gante comenzará enterarse de su situación. Buscará las razones para explicarse como debe el doble que en los meses previos a la venta de la lana. Irá a controlar los libros de la cabaña, si los encuentra. Yo estaré lejos. En Portugal o Aragón... Veré... ¡Qué al flamenco le den morcilla y la marquesa se busque otro morueco, si tiene con qué! ¡Estará tan desnuda cómo una borrega recién pasada por las tijeras de los esquiladores».

- ¿Le habrá llegado el mensaje al judío?

- ¿Cuál, Eliseo? **«Cuidado; el paisano, de tonto, nada».**

- El que enviaste con uno de mis zagales, el nuevo, el fiyo de Filomena «la de la muy cedo» esta madrugada con una buena mula.

- Eso espero. Le avisé al mercader, Manuel Alvarado. Tengo el negocio del marqués para arreglar con él...

**«...Sin el judío mi plan se va a la mierda...»**

- ¿No se habrá perdido, Eliseo? El mocito no conoce bien la cañada.

- No creo, aparecerá... Aunque las praderas estén altas los pastores siempre encuentran la huella. ¡Las qué si se «pierden» son las borregas si «alguien» las «ayuda» a desviarse de la ruta!

“... Manuel Alvarado es hombre de fiar. Siempre ha cumplido hasta el último maravedí en los negocios de «lana negra» anteriores, sí bien las arrobas eran pocas y las de éste muchas. El converso sabe como «tratar» a los alcaldes entregadores de La Mesta, hacer llegar los vellones de matute al puerto que corresponda sin que nadie píe. Puedo contar con Eliseo... creo... Los pastores... Habrá que contentarlos... ahora... y después... Quizás, alegrarles el cuerpo no vendría mal...”

- Eliseo...

- Dime.

-¿Qué te parece si les llevamos unas maturangas a los chozos por días...?

El rabadán lo observa... **«¡Joder con mi paisano! Debe andar en un fregado de mucha lana... sucia...»**

- Tú eres quien mandas, mayoral: Agrega, con un tono que lo dice todo sin decirlo.

- Yo veo cuando estoy presente. Lo demás, primo, no es asunto mío. Ni de los pastores. Bien sabes que la vida de un disconforme o de un lengua larga, vale poco en las cañadas, Lisandro...

## CAPITULO 10

- ¿Está bien caliente la sopa, don Manuel? Con estos fríos...

El tono exageradamente servil de Josefina al dirigirse a su padre como si fuera sólo una criada y él únicamente el amo, la ofende.

Ana tiene ya dieciséis años cumplidos; está bastante enterada de los asuntos del sexo; ha nacido y criado en un pueblo rodeada de animales reproduciéndose, escuchado los comentarios de las mujeres dichas sin tapujos en el mercado, en la iglesia; tiene desde hace años la regla y el ama prevenido sobre las consecuencias de los ayuntamientos fuera del santo matrimonio.

Tampoco es sorda. Oye crujir las tablas de la cama llegados desde la alcoba vecina, la de su padre, acompañados de suspiros, gritos y palabrotas de una hembra y un macho copulando como lo hacen los labriegos en las eras durante las cosechas.

«¡Basta!»

La muchacha arroja con rabia la cuchara y vuelca el contenido de la escudilla en el fuego de la chimenea. Se queda de pie, de espaldas. «**¡Estoy cansada me tomen por tonta!**».

- ¿No te gusta la sopa de ajo, hija?

La voz grave tiene matices de enfado apenas contenido.

- ¡Me voy!

- ¿A dónde?

- ¡A la iglesia, a ponerme a bien con Dios!

- No tengas prisa. El enojo tiene ahora acentos inequívocos.

- Jesucristo no se marchará de la cruz. Ahí estará, clavado, esperándote. Manuel termina su intencionada frase.

Josefina, bien conoce las razones de la niña - «Hasta cuándo continuará esta farsa! Ser una barragana, con contrato además, no está mal visto por nadie!» -Trata de componer el enojo entre los dos seres que más quiere.

- Pero si quien no atiende después de misa matinal es don Nicanor. Desayuna. Eso le lleva una hora y media. Se levanta con el alba.

- Luego entonces.

- Marcha a las casas de los enfermos, a confortarlos...

-Muy enterada te veo de las actividades del cura.

- Como cualquier cristiano del pueblo.

La respuesta de su hija crispera al converso. De un puñetazo en la mesa hace saltar cuencos, jarras, cubiertos y demás enseres al suelo.

- ¡Acaba de una vez con beaterías. ¡No las aguanto y menos en ti!

El ama recoge los destrozos; con ánimo de arreglar las diferencias

- Nos espera un largo viaje. Mejor salir confesada esos caminos. Yo también lo haré.

- Me parece bien, ama. «Todos» deberíamos decir la verdad, aunque sólo sea a Dios.

Manuel, furioso, se debate preso de las incertidumbres y consciente de su responsabilidad. Si bien Ana ha sido bautizada -¡qué otra salida había para una familia conversa en un pueblo de doscientos vecinos en el cuál todo se sabe y un buen cristiano tiene la obligación de avisar a la Inquisición sobre los creyentes dudosos!- él, como buen padre, debió instruirla sobre la verdadera fe de los Alvarado y no dejar a su hija en el error sobre la verdadera religión de los Hijos del Pacto a la que ella pertenece por nacimiento.

Dentro de unas semanas se desposará con Tomás Coronel, a quién está prometida por la palabra dada cuando lo solicitó para su sobrino adón Hernando Coronel, descendiente directo de Abraham Senior, cabeza de las juderías castellanas en tiempo de los Reyes Católicos quien, de alguna, forma guía a los «nuevos cristianos» del reino ahora como sucesor de aquel ilustre linaje. Los Coronel han enterrado para siempre el judaísmo y se han convertido en fervorosos y destacados miembros de la Iglesia Católica de Castilla. ¡Y buen provecho le sacan a su «sincera» conversión!

Otros Coronel, no, entre ellos Tomás, hijo de la tía Luna, hermana de su madre, Rosa. Dios la tenga en la gloria en una silenciosa oración.

Pero Manuel aparta las consideraciones sobre quienes y como enfrentaron la Expulsión los judíos de España...

**«Ahí está mi hija exigiéndome las respuestas que no le di cuando correspondía. Siempre me dije que habría tiempo, más tarde, en una situación oportuna, para las explicaciones...»**

- Ana... Las cosas no son, muchas veces, como parecen...

Sordos toques «a difunto» lo interrumpen. El Ángel de la Muerte se ha detenido en Hervás.

Josefina se persigna al tiempo que comunica lo que ha oído en la plaza.

- Son por José Burgalés, el «tornadizo». Regresó el año pasado de una posesión portuguesa...

- ...Santo Tomé... Anoche estuve en su casa. Aclara Manuel al tiempo que musita unas frases indescifrables. Luego agrega.

- Quería morir aquí, donde están las tumbas de su familia. Deseaba yacer para siempre en estas tierras, en este lugar. Nació en Hervás y acá mandó le diéramos sepultura. No quería ser enterrado en la maldita isla en la que fue esclavo si bien luego se convirtiera en dueño de la plantación.

Llegan, repetidas, para que el aviso llegue a los vecinos más alejados los sonidos de la campana. En el mercado, Lorenza, lúgrube.

- La Parca siempre llega a su hora y en su día.

- Este era miembro de la Cofradía de Nuestra Señora de la Asunción, Lorenza, un judío menos, comenta Vicenta, la velera.

- ¡Calla, majadera! La muerte a todos iguala. Converso o cristiano, era un hijo de Hervás; si alguno se marcha de esta vida, con él se va una parte de la nuestra...

-Muy «sabia» te veo para ser verdulera - Responde la aludida Vicenta.

- ¡Forastera tenías qué ser para hablar así!

- ¡Si soy de Baños, a un par de leguas y casada con tu primo!

- ¡Siempre serás una extraña aunque fueras hija del Rey!

- ¡A ver si te enteras “bañera”! Apoya Benito a las paisanas.

- Quien no ha nacido aquí no sabe que para nosotros nos da casi igual seas cristiano, converso o judío si tu cuna ha estado a la sombra del Pinajarro.

- ¡Bien dicho! - Petra se adhiere a los suyos. – Además se debería prohibir tener puestos en el mercadillo a los de fuera!

- ¡Sólo vendo palomas y conejos, no gallinas, mujer!- Se defiende la de Baños.

- Pero la clientela se distrae. ¡Basta! - Cambia el tono para llevarlo al de la confidencia del chisme.

- ¿Sabéis qué el tal José Burgalés era hombre de fortuna?

- ¿Quién te lo dijo, Petra?

- Me lo contó too Mercedes, la «ojo caído», la mujer del zapatero que le hizo un par de botas de cabritilla pues al finao se le hinchaban los pies, Lorenza. Tenía el «mal francés» en «últimas». Se lo había cogido en esa isla portuguesa... Santo Tomé.

- Bien enterada te veo.

- La «ojo caído» es de fiar Benito. No habla si no está segura. Había sufrido tanto como esclavo allí que, cuando regresó como amo de una plantación no quiso llevar a su familia y como sucede, se pescó un gálico de una esclava negra. Al sentir le llegaba la hora, le dejó todo a la esposa, a los hijos, viven desde siempre en Lisboa, y regresó para morir aquí. No quería lo vieran diñarla lleno de chancros, hinchado y oliendo mal.

- ¡Vaya cojones los del converso!

- Los tenía bien puestos, Benito.

- ¡Estos cristianos nuevos tienen más huevos que muchos!

- Tú lo debes saber bien. Como tienes una hermana que duerme toas las noches con uno.

- ¡No te metas con Josefina! ¡Son mejores creyentes que tú Petra y el rústico de tu marido! ¡Sólo por qué nos han bautizado al nacer...!

- ... Sin preguntarnos...

- ¡Calla Lorenza! Por menos han quemado a más de una!

- No te preocupes, Petra. ¡Si fuera mi único pecado! Si por defender a un hombre que tiene lo que un macho debe tener, como los tiene Manuel Alvarado, falto qué baje Dios y me condene.

- ¡Se ve, Lorenza, qué tienes un yerno que no trabaja los sábados, no prueba tocino y se baña toos los viernes!

- ¡Mejor que «otra»! ¡Si no tiene yernos, nietos le sobran!

- ¡Lorenza, no mentes a mis hijas! ¡Son unas pobres desgraciadas! ¡A sus hombres los enviaron a galeras por equivocación antes de poder casarse!

- El error lo tuvieron en pensar que habían despachado al mercader que robaron y dejarlo vivo...

- ¡Mira quién habla! ¡El chulo de su hermana, qué sisa al judío para mantenerlo! ¡Además por algo te llaman Benito «dedos largos», tahúr!

- «Si la envidia fuera tiña», estarías calva, Petra.

- ¡Llevas razón Benito! ¡Cómo si todos los del pueblo no supieran qué te quisiste arrimar al converso a la semana de quedar viudo!

- ¡Cierra el pico, Lorenza!

- ¡Pero el Manuel le tenía echado el ojo a la pollita que lo servía! ¡Y bien qué le sirve! No tiene ojos para otra.

- ¡Por qué es más puta que tú y toas mis gallinas!



- ¡Mejor pa él! ¡Una buena hembra en la cama alarga los años! ¡Da alegrías y goce! Yo hago lo que puedo cuando me toca, qué pa'eso, viuda y sin compromiso soy.

Se ha formado el corro. Si bien las riñas en el mercadillo, en especial las de Lorenza y Petra, entre ellas o con otras, resultan las más sabrosas e informativas para las restantes comadres del pueblo y aldeas de los alrededores, ésta provoca un comentario de la forastera, la de Baños, agraviada por Petra.

- Va a resultar que si además de «en Hervás, judíos los más», tampoco faltan mozcorras.

- ¡Calla! ¡Qué desde los romanos iban a las caldas, las de tu pueblo, todas saben latín!

- ¡A tu abuela, la morisca, la compró al dueño de una mancebía el padre de tu padre!

- ¡Por lo menos yo tengo abuelos y no cómo tú qué no sabes quiénes eran!

- ¡Para tener sangre de moros, mejor no haber nacido!

- ¡Pero aquí estoy viva y coleando, «bañera»! ¡Así seas cómo una lámpara, cuelgues de día y ardas de noche! Lorenza utiliza una maldición recién creada ¡sonríe!

- ¡Basta de grescas, comadres! «¡Mujeres algareras hacen poca tela!» Cada una a lo suyo - Benito corta la trifulca. Trata, también de aliviar las penas de la frustrada suegra de los galeotes.

- No padezcas, Petra. Los padres de tus nietos son mozos fuertes y sobrevivirán al remo o, quizás acabe la guerra contra el Turco y liberen a muchos de la boga.

- ¡No quiero tu compasión, «dedos largos»! ¡Les enseñastes qué el trabajo es cosa de bobos y qué el dinero se podía ganar fácilmente!

- ¡Pero no dando cuchilladas de noche a mercaderes! Lo mío son los naipes y no la sangre. ¡Pero esos dos son tan brutos los pobres qué ni de abrazadores servían! Volverán.

- ¡No me hacen falta tu compasión! Boca de tahúr nunca dice nada bueno. ¡Así te quemen por brujo tramposo junto con tu hermana, y al judío qué os mantiene!

La mano de Lorenza tapa con fuerza la boca de Petra.

- ¡Cierra el pico, mujer! No convoques al mal. ¿O quieres mandar al «Quemadero» a la mitad del pueblo?

Luego de callarla por la fuerza le susurra al oído, quedamente.

- ¿Te has olvidado de quién te ayudó cuándo quedaste viuda? ¿No tiees naa qué agradecerle al converso? ¿Quién te buscó a Rufino, labriego de su viña, para casarlo contigo, sola, con dos hijas? ¿De quién es el huerto qué labras sin pedirte aparcería ni renta?

- Si... Aquel maldito año de la crecida del Ambroz qué se lo llevó too, hasta a Remigio, mi marío.

Pero Petra, menguada su ira, tiene que sacar fuera el último rescoldo de furia.

- ¿Qué haces Rufino escuchando a las mujeres en vez de estar con las vides? No quiero comer paja por tu pereza. ¡Hala, al campo! «¡Holgar hoy, hambre mañana!»

El campesino callado hasta ese momento, conoce el mal genio de su esposa, coge las tiendas del borrico y mientras se marcha responde con el tono de hartura de quien la oye rezongar todos los días.

- ¡Ya va mujer! ¡Qué la tierra está mu baja y helada a estas horas!

Se encamina hacia el campo. Benito lo alcanza.

- ¿Ande vas, Rufino?

-¿ A ti qué parece? «Si quieres la viña vieja tornarla moza, pódala en hoja»  
Se detiene. Con un profundo suspiro, agrega

- ¡Pa qué le habré hecho caso al amo!

- Te regaló un buen trozo de tierra para la boda.

- Si, una poca pero Manuel no me alertó que maridarse con mujer resabiada no es fácil. ¡Me lo dijo mi madre! «La viuda que no duerme por falta de varón o dinero, casarse quiere»... en el caso de Petra, escasa andaba de ambas cosas.

Continúa el camino. Benito percibe que lo hace con pocos bríos y a él no le vendría mal.

- ¿Y si te vinieras conmigo a la venta? Te pago unas jarras. Como están las vides, yeladas hasta las raíces, naide se enterará si has estao en el tajo o no.

Rufino sopesa la oferta.

«Regala a la gata...»

- ...Y te saltará a la cara ¿Qui ti supones, Benito? ¿Qui ti haga de gancho por unos vinos? No quiero una puñalada, ni ir a galeras si me pillan ayudándote en una flor. Después reflexiona. No llega a comprender.

- No te entiendo. ¿Pa qué vives de las trampas si tienes el riñón cubierto con la raja de tu hermana?

-¡Yo no soy ningún rufián ni Josefina es una maturranga! Yo puedo ganarme la vida solo...

- Pero hasta ahora o has estado en gayola o con cuchilladas en el cuerpo. ¡Qué tengas suerte! El labriego se marcha hacia los surcos.

Benito apenas se controla. No puede soportar todos los paisanos lo consideren «el mantenido de la mantenida del judío Manuel...»

-¿Le leo la suerte, mozo?

La voz de La Nolia interrumpe su desazón

- ¡Quita egipciana! Mi suerte me la hago yo.

- Pues oggi no le vendría mal, entonces, una ramita de romero. El viento trae mal fario para vosé. Lo olisco.

-¡Yo no huelo nada! ¡Así te crujan en el tormento por bruja, gitana!

Benito, de mal talante, se dirige hacia la venta. En «Las Cañadas» tendrá consuelo. Habrá una buena jarra, de «ese» que le guarda Teresa y no se entera Antonio, su marido, el ventero, le sirve la ventera. Quizá alguien de paso para echar una partida.

La Nolia, de peor humor, piensa: Manos de seor y no de labriego. Hace la señal de los cuernos y murmura.

-Del mal fario, si viene  
no te libra ni Dío ni Belcebú.  
Si el día mala suerte trae,  
lo más, lo has hecho tú.

## CAPITULO 11

La sangre brota a borbotones del profundo surco que le ha dejado la varilla de la saeta al cruzarle el rostro con un golpe cruel y experto.

-¡Habla hijo de puta o no te reconocerá ni tu madre!

Fermín Peño, amparado por el uniforme de la Santa Hermandad del reino, descarga una vez más, con saña, la delgada vara del dardo sobre la cara.

-¿Para dónde ha escapado el asesino con quién estás compinchado?

-¡P'arriba, pa'l castañar! ¡Ya se lo he dicho, sargento diez veces! ¡y no tengo náa que ver con él! ¡Lo vide por primera vez en mi vía ayer cuándo los corchetes me engancharon a la cuerda en Mohedas!

Otro brutal trazo en la mejilla.

- El gitano dice la verdad, sargento.

-¿Ya ti, viejo de mierda qué ni para llevar dos presos encadenados sirves, quién te pide .opinión una vez que La Santa Hermandad interviene?

Carmelo tío del clan de los Caldera de Casas del Felipe, escupe los últimos dientes que le restaban en la boca. Los demás se han ido con el castigo al que está sometido desde lo aprehendiera la cuadrilla.

**«La pata coja no me dio tiempo pa juir y llegar a Hervás antes de que me alcanzaran...¡Mal destino me espera...¡Si me dejan el cuerpo co'mo la jeró ni tumba me hará falta...!»**

-Sargento, si lo mata, no cantará. Se atreve a dar su parecer «El Picao», lleva años en el cuerpo pero nunca ha visto una bestia más feroz, más ... Cada varillazo le revuelve las tripas y le falta poco «para hacerse entre las patas»

El también ha pegado a presos, es parte del oficio y del procedimiento. Siempre «yo no he sido...Yo no sé nada...Yo no he visto nada...» repiten como el Padrenuestro todos los que caen en manos de la autoridad hasta que se les muele el cuerpo a palos. Algunas se les va la mano y palman, pero el encono del sargento Fermín no lo ha visto en nadie.

«El Picao» siente como el sudor se deposita en cada marca de viruelas de su rostro. Observa a «El Tuerto», una enorme verruga le tapa casi por completo un ojo, y a «El Mudo», una cuchillada en el cuello le cortó casi las cuerdas vocales dejándole apenas un hilo de voz, sus compañeros de cuadrilla.

Están espantados como él, si bien no les falta veteranía a los tres.

El nuevo sargento, llegado hace dos días de las Hurdes, hace honor a la fama que lo precede:

Es un nimal sanguinario, con más muertes que años en su cuenta personal.

En sus manos un preso, aunque pío a las primeras, pocas esperanzas tiene les anoticiaron cuadrilleros que lo conocen. Tienen razón.

La flecha, cogida por la punta utilizada como una fusta aterradora se levanta una vez más...

-¡Basta! El veterano guardia de la cuerda, único sobreviviente de los tres que vigilaban a los presos, trémulo, impide que la mano movida por el odio acabe convirtiendo al gitano en un amasijo de carne sanguinolienta.

- ¡El caló no conocía al huido! ¡Fue ese maldito asesino quién despachó a los míos y no este pobre desgraciado!

- ¿Desde cuándo un «soldado» se apiada de un gitano?

- No tengo compasión por egipcianos ni moriscos, sargento, ni por quien se haya puesto fuera de la ley, pero una vez que ha cantado lo suyo, que lo condene un tribunal y lo cuelgue un verdugo.

-¡Aquí yo soy la ley, el juez y el verdugo! ¡Me lo autorizan las ordenanzas reales! ¿O te hace «votimar el tocino»?

- ¡No me toque los compañeros, cuadrillero! Soy cristiano lindo por padre y madre, a quienes conocí -el viejo guardián sabe lo mentado en la comarca sobre Fermín, lleva «Peño» de apellido porque otro no tenía cuando lo recogieron en el cuartel de la Santa Hermandad de Plasencia. Era el expósito de algún torno, y si algo hiere al sargento, más que la vara de castigo, es que le recuerden su origen. Da resultado una vez más.

Contraído por el puyazo, puesto en evidencia ante los subordinados, detiene el castigo; se encara con el veterano.

-¿Así que te has convertido en guardián de la moral y el correcto comportamiento de las fuerzas del Rey? ¡Vaya, recién me entero! El grado de la cuadrilla cambia la actitud y coge al viejo por el cuello - ¿Y por qué has apresado al caló si no tenías orden para hacerlo, ni es tu cometido?

-¡Venía sin papela de traslado y es lusitano!

-¿Desde cuándo los gitanos piden permiso a las autoridades para sus viajes o documentos para otro cualquier asunto?

-¡No me vas a enseñar tú, cuadrillero, las obligaciones de un alguacil de la justicia real!

-¿No me digas, probó ropón? ¿O acaso te pareció qué su tribu estaría cerca y les podrías vender la libertad de tu apresado por un buen precio?

-¡Yo no me meto en tus negocios, tú no lo hagas en los míos!

Fermín suelta al sayón. Luego, con una mueca de superioridad, explica.

-Pero no acudió nadie... por lo tanto el cingaro andaba solo. No traía nada de matute, ni un borrico cargado de especias a pesar de haber cruzado La Raya. En cuanto abre la boca se da uno cuenta, hasta un justicia viejo y sordo como éste, que se trata de un luso. Pasar la frontera, llegar sin compañía hasta tan lejos de la sierra de... ¿Malcata...? ¡Responde egipciano o te mato?

-De ahí soy... de Aldeia do Bispo.

El sargento sonríe satisfecho. Conoce el oficio a fondo. Lo ha aprendido desde zagal, desde que un día lo aceptaron en el cuartel de Umbrías casi sin darse cuenta “para todo”, desde limpiar las letrinas, cocinar y... más... hasta las maneras de “hacer cantar” a los reacios confesar. Llegó a cuadrillero, al tener edad, con armas. Un Alcalde le dio el grado. Fue ciego y mudo durante los años que el señorito mandó, en especial cuando lo investigó un veedor de Valladolid porque no cuadraban las cuentas.

“Llegar a sargento desde la inclusa, no está nada mal...” se reconfortaba Fermín Peño cuando algún superior le daba una bofetada “porque sí”.

Ahora le va demostrar a “El Picao”, a “El tuerto”, y al tercero, “El mudo”, dicen recomendado por un corregidor maricón de Bejar. Debió ser un bujarrón y la mejor forma de darle puerta al puto resultó engancharlo en la Santa Hermandad. «¡Vaya tropa! Pero el resto de los cuadrilleros no son lo mejor del reino...» considera Fermín.

Con un aire de suficiencia ante los subordinados comienza a interrogar, “de veras”, al castigado gitano.

-Vamos a ver. O me dices, hijo de una yegua, porque estás en Castilla, tan lejos de tus barracas o te escabecho... o mejor te aso a fuego lento. Te creo lo del huido. Bien; no lo conoces. Pero ¿A qué has venido? Si pías, canario, te suelto.

El caló duda. Está enseñando a desconfiar de las promesas de las autoridades, en especial de la Santa Hermandad y de la Inquisición. Tiene la palabra dada al Tío Dimás, el tratante de caballos.

-Soy de Pinofranqueado.

-¡Ya me parecía que no era portugués! ¡Se ha equivocado, sargento!  
El revés le revienta la boca a “El tuerto”. Comienza a tragar sangre.

-Un mando “nunca se equivoca”. ¡A ver si te enteras o te queda poco tiempo de cuadrillero! comenta con un gesto de experimentado “El Picao”.

-Ya ves lo que le pasa a los duros de entendederas, egipciano. ¡Habla o te mato pero no sin antes quebrarte los huesos uno a uno! Para subrayar las indicaciones Fermín le propina una violenta patada en los testículos.

-¡Volvía de Barragem da Idanna! Regresaba de una boda.

La varilla de la saeta trepida una vez más. Cae sobre un ojo del prisionero. Casi se lo salta de la órbita. Del párpado, ya púrpura por los golpes anteriores, brota un chorro de sangre ennegrecida.

-¿Sin tu mujer ni los churumbeles a un casamiento gitano? Eso no se lo traga ni la Madre Superiora de un convento de clausura. ¡Y miran qué “tragan” las monjas! ¡Si lo sabré yo! El cunero rememora su pasado en las camas de las hermanas del hospicio en el cual creció. Allí le rompió el frenillo Sor...” ¿cómo se llamaba la muy puta...? – No te me tomes por memo. Fermín retoma la tarea.

-¡Suelta la lengua pues si no te da la gana hablar, te la corto! Así no gritarás cuando te mate a palos. Si me cuentas a que has venido TE LARGAS. Un nuevo puntapié con la puntera la bota en el ijar refuerza la pregunta. – Por última vez. La voz, queda, casi susurrada demuestra que Fermín estará más contento con una callada para poder matarlo con motivo a una respuesta. - ¡Habla o te mato a palos y te dejo aquí, sin sepultura, para que los carroñeros te coman!

Para un gitano morir sin ser enterrado mirando al Oriente, significa que su alma vagará sin llegar nunca, jamás, al Río de las Huries y las Delicias. La Nada.

Carmelo piensa en ello. Dicen que es cuento de moriscos y no de gitanos, pero él cree es cierto y su ánima errará toda la eternidad sin hallar descanso.

-¡Larga la sin trapo y ahí tienes el camino! ¡Te daré una papela para irte por lo legal, caló!  
**«¿Y si las promesas fueran ciertas...?»**

-Traigo un mensaje... **«¡Qué me perdone el “Tío Dimas” pero no tengo elección!”»**

-¿Dónde está la carta? ¡Canta! ¿Te la ha quitado el ropón?

-¡No traía papel alguno! Grita atemorizado el alguacil. **«¡El muy bestia puede pensar que me he quedado con la misiva...!»**

-Dice verdad el viejo. Lo llevo en la testa. Bien aprendido.

-¿De quién?

-... De un tal Caro, de Belmonte. Jamás le vi la jeta. Me lo dio el “Tío Dimas”, el tratante.

-¿Para quién?

-Pa un tal Manuel Alvarado, de Hervás, a quién tampoco conozco.

-¿Y cuál es el recado?

Ya no tiene marcha atrás. Con lo que ha soltao el cuadrillero está cebado. Quiere saber tóo ahora. No sólo la muerte lo espera, si no como. Preferirá no haber nasío. Ha visto como tratan a los payos en las ballesterías. Lo que le pueden hacer a un gitano...

-“Cuidado con Teófilo. Es un malsín.”

-¿Qué más?

-Nada más.

-¿Por eso casi te has dejado matar? ¡Mira qué están majaras los calés! Comenta despectivamente con su hilo de voz “El Mudo”.

-Los gitanos damos la vida por cumplir un compromiso y la palabra entre nosotros. Pa un caló no existe obligación mayor. A mí sólo me queda morir ahora. Nunca podré volver a mirar a la cara ningún hijo de las tribus de Egipto. ¡Soy un maldito traidor y nadie me dirigirá la palabra, ni mi mujer ni mis churumbeles!

-¡Mira qué son exagerados estos herejes! ¡Por una nadería!

Una tremendo puñetazo le impide completar la frase al soldado. Le ha roto los labios. Fermín se limpia la mano al tiempo que le escupe en la cara.

-Para un puto como tú no hay nada fuera de mamársela o darle, o te den, por el culo a quien te paga o te gusta. ¡Ya verás maricón de lujo! Hay otras cosas en la vida. Te irás enterando o te reventarán la cabeza en el primer encuentro con hombres de verdad.

El sargento analiza la información sacada al prisionero.

-Es un aviso entre conversos... judaizantes casi de seguro.

-¿De dónde lo saca, sargento?

-De la palabra “malsín”, Picao. La usan los cristianos nuevos para los delatores de su propia maldita raza. Ese Manuel Alvarado de Hervás debe ser un converso de poca fe. Habrá que ocuparse del asunto en cuanto cojamos al prófugo.

Observa al gitano. Está deshecho pero podrá caminar.

-Tú, egipciano. ¡Vete!

Carmelo no puede creerlo. De haberlo querido matar, muerto estaría ya después de haber piado. Será difícil lo acepten pero para diñarla siempre hay tiempo. **«Mejor me acochine uno de los míos y no estos hijos de puta.»**

Da los primeros pasos.

... La saeta, disparada a pocos codos, cumple la función para la que ha sido creada. Se clava profundamente en la espalda del gitano. El calé cae al suelo. Agoniza. La flecha le ha tocado si no el corazón, alguna vena grande. La sangre fluye llevándose su vida.



-¡Qué te capen ante de matarte, cuadrillero!

-¡Entuavía resuella el cabrón!

-¡Pues remátalo “Picao”! ¡También vosotros, maricones! ¿O es que los muertos siempre se los tienen que cargar al sargento Fermín Peño?

“El Tuerto” y el novato disparan las ballestas. A poca distancia, con un cuerpo inerte, no fallan.

-¡Ha quedado más bonito que San Sebastián! Fermín recuerda el cuadro del Santo colgado sobre la cama de la novicia desvirgada por el confesor del convento observándolo, pero él continuó la labor con gran contento de la aspirante a monja.

Empuja el cadáver.

El difunto, a pesar de estar retorcido y roto, tiene una expresión de calma, de paz. Fermín no lo soporta. Le aplasta la cara con el tacón de su bota.

-¡Vete a darle tu mensaje al Diablo, gitano de mierda! ¡Al sargento Peño nadie le pasa un matute, así sea de palabra!

Los cuadrilleros, incluido “El Picao” que ya tiene vistos procedimientos anteriores de superiores, aunque pocas veces tan brutal como este, y el veterano alguacil quedan paralizados.

El justicia cavila «**¡Lo que un hombre puede hacer protegido por un uniforme del Rey! Pero, Dios me perdone, yo no me creo capaz de tamañas crueldades...**»

-¡Tú, ropón, dame lo que llevaba el caló en su bolsa cuando lo apresaste!

El viejo le entrega las pocas monedas que el fiando llevaba encima.

¿Diez maravedíes...? ¡Tirados venden los servicios estos malditos egipcianos! ¡Ya le sacaré muchos más a ese Manuel Alvarado cuando me ocupe de él! ¡Esos marranos nadan en oro!

## CAPITULO 12

Los golpes convenidos como contraseña por los miembros de la Cofradía de Nuestra Señora de la Asunción resuenan en el portal.

Teófilo, el “parnés” – por algo es el hijo del último rabino que tuvo Granadilla antes de la Expulsión – abre la puerta.

Llega el décimo hombre. El quórum mínimo para el réquiem hebreo se ha completado con el arribo del último judío mayor de trece años exigido para determinados rezos colectivos.

-Compañeros, tenemos “minían”, anuncia Teófilo. Abraza al último en trasponer el dintel de la secreta sinagoga de Hervás.

El “parnés” tiene la suficiente preparación religiosa para decidir en estos tiempos de dudosa fe de los conversos, nadie conoce con precisión cuando un judío ha dejado de serlo al ser bautizado y aceptar los ceremoniales de la Iglesia Católica, quien ha permanecido fiel al Pacto del Pueblo Elegido con El señor Todopoderoso, Rey del Universo.

Pero el recién llegado no le ofrece dudas sobre su fidelidad al Dios Único.

Se conocen desde niños, cuando estudiaban La Ley de Adonai en la clandestina “Talmud Torá” oculta tras los bultos y fardos de un almacén situado en la “Praça do Comercio” de Lisboa. El maestro, Rav Shimon bar Yael, Simón Pérez de nombre cristiano, opinaba que se trataba de un alumno excepcional por su inteligencia y natural predisposición a la dialéctica religiosa, el “pil-pul” con el cual los rabinos tratan de llegar a conocer la verdad de La Palabra de Dios. No sería él, Yael bar Shimón, bautizado como Teófilo Pérez, quien se atreviera discutir las opiniones del preceptor quien, además, era su padre.

El “parnés” conoce perfectamente como fue la conversión por la fuerza en la Catedral de Lisboa. En ella los judíos salidos de España fueron encerrados y bautizados colectivamente sin preguntar a ninguno si prefería ser expulsado de Portugal o morir “en aras de Su Santo Nombre”. Él, Teófilo, también fue uno de los centenares de hebreos que “reconocieron la verdad de la Iglesia Católica” esa infausta jornada.

Estaban juntos y juntos lloraron, como niños que eran, cuando desde lo alto los rociaron con “agua bendita” clamando en latín las oraciones del bautizo.

Si, unidos vivieron la felonía del monarca portugués Manuel que traicionó la palabra de recibir y respetar las creencias de los castellanos expulsados por los Reyes Católicos, Isabel y Fernando.

¡Muchos doblones “excelentes” recibió el rey lusitano por tal generosidad!

Sí, si alguien conoce al décimo hombre ese es él, Teófilo Pérez.

Fue quien le proporcionó un techo pobre y escaso, pero gratuito en una calleja cuando regresó de las mazmorras de la Inquisición después de cuatro años de cárcel, perdidos cada uno y todos sus bienes y propiedades, - casa nueva en Hervás “de arriba” incluida – confiscados por el Santo Oficio que sí lo dejó lisiado en la tortura pero sin denunciar a ninguno de los nuevos cristianos de Hervás.

-¡Bienvenido seas, Manuel!

-¡La paz sea contigo, Teófilo!

-Te esperábamos. Somos nueve pero ningún otro converso ha venido para el “Kadisch” por José Bungalés a pesar de haberlos convocados.

-Temen que algún malsín denuncie las reales tareas de la Cofradía. No hay porque criticarlos, Teófilo. Son tiempos difíciles.

-Pero tú, según dicen, sales hoy de viaje. ¡Poco tiempo tienes!

-Te han informado bien. Parto para Toledo en cuanto pueda pero José Bungalés era mi amigo desde la infancia. Y tuyo. Lo conociste en Lisboa antes que lo secuestraran y lo enviaran de esclavo a Santo Tomé.

-¡No me recuerdes esos días! Mi padre compró mi libertad cuando ya me habían embarcado por aquella infame isla. Me sacó de a bordo. ¿No se te hará tarde?

-Sí. Ya me he demorado dos o tres días por acabar un negocio.

-¿No sería prudente dejarlo para mañana? Te cogerá la noche en el camino.

-Dormiré en Plasencia, en casa de los Santa Cruz. Quiero que mi hija tenga las bendiciones de sus abuelos para la boda ya que no estarán presentes.

-Pero...

-Cumple con tus funciones de “parnás”, Yael bar Shimon, que mis asuntos me ocupo yo.

A Manuel Alvarado no le agrada nadie se entrometa en su vida. No desconfía de nadie en particular y de todos en general, inclusive de un amigo como lo es Teófilo. A cualquiera se le puede escapar una palabra, una fecha, un destino. Tiene perfecta conciencia que las vidas de los cristianos nuevos, sumergidos entre lo aparente y lo real, requiere precauciones. De cierta manera en Hervás se siente protegido. Se conocen todos, mucho, demasiado.

Escasos secretos se pueden guardar en un pueblo pequeño de no más de doscientos vecinos. Quien no tiene sangre judía lleva morisca.

Cometen a diario pecados capitales o idolatran a los demonios, salvo muy pocos. Pero la gran hermandad, aunque mucho se maldigan y ofendan unos a otros en público, los hace cómplices. Se protegen de los peligros comunes y desconfían de los forasteros.

Sin embargo no se puede bajar la guardia. Un converso, si pretende conservar vida y hacienda debe estar siempre alerta.

“La envidia del amigo es peor que el odio del enemigo”.

El rencor, la codicia, no en vano la Inquisición retribuye a los delatores con un porcentaje de los bienes confiscados, son malos consejeros para aquellos que están penando. Hay demasiados en la Castilla de Carlos V.

Manuel Alvarado conoce a los nueve congregados para las oraciones fúnebres en memoria de José Burgalés, esos rezos recordatorios sobre la fragilidad de la vida humana y lo efímero de la existencia. Se fía de todos. Son, contado él, “tornadizos” como se denomina a los que han regresado de Portugal a poco de la Expulsión, esos que han elegido la azarosa existencia como conversos en España a la relativamente débil seguridad como “cristianos novos” bajo el dominio de los reyes lusitanos, tan cambiantes y volubles.

¿Por qué han regresado los que lo han hecho?

“Mi padre, se decía Manuel, porque en Hervás tenía bien guardados hacienda, bienes y propiedades por “El Moro”, el hombre en quien había confiado cuando la Expulsión y cumplió la palabra de honor dada al retornar los Alvarado de Lisboa. “No quiero ser un hombre al servicio de otros, así sean hermanos de fe, si puede ser mi propio amo”, afirmaba el autor de sus días. “Prefiero el riesgo a la cambiante protección de unos patronos, a su vez sometidos a la mudable voluntad de unos monarcas traidores como lo son los portugueses.”

Como eran cristianos por lo legal y a todos los efectos, según rezaba el acta de bautizo, nada impedía regresar. Tornaron a donde habían nacido.

Pero antes de comenzar las oraciones, al besar el manto, Manuel Alvarado toma una decisión:

**“Cuando regrese de Toledo, ya entregada mi hija a Tomás Coronel, liquidaré mis bienes y hacienda. Donaré, lo que no pueda vender rápidamente, a Lorenza, la hija de “El Moro”, a Petra, la viuda de Remigio, mi fiel peón y a otros pobres del pueblo. Me marcharé con Josefina a Flandes, a Amsterdam donde podré recobrar mi dignidad como ser humano, retornar abiertamente a mi fe, a mi condición de “Hijo del Pacto con el Todopoderoso”. Me desposaré con Josefina por la Ley de Moisés. Ella no se opondrá. Mejor estará considerada como “judía nueva” casada que como manceba cristiana.”**

El converso no quiere acabar como José Burgalés, sepultado en un cementerio cristiano entre falsos rezos de falsos católicos.

-Comienza, Teófilo. Eres el oficiante.

-Como mandes, Manuel. El “parnás” inicia la plegaria

-Yitgadal veyit kadach chemé rabá...

Las palabras de la obligatoria oración hebrea que todo Hijo del Pacto debe pronunciar para honrar a sus muertos, susurrada apenas para no despertar sospechas, llena con ecos milenarios la Cofradía de Nuestra Señora de la Asunción.

Las campanadas de la iglesia de Santa María, - está en lo alto, cerca apenas subida la cuesta tañen «a muerto» por el mismo difunto.

**“¡Extraños son los caminos de la vida! –reflexiona Manuel- Todos reclaman para si el alma de José Buralés. Me dolerá mucho dejar este pueblo que tanto quiero, esta gente que es la mía pero no puede seguir esperando cada día golpee a mi puerta la Inquisición y mantener esta confusa existencia. Acabaré por no saber quién soy y cual es mi verdadera fe.”**

El “kadisch” avanza. La oración dedicada a honrar los muertos una vez más, lo comprueba el converso, sirve también para que reflexionen los vivos. **“Quizás sea esto último su único propósito”.**

-... Bealmá di berá jinté...

## CAPITULO 13

Los sordos golpes del badajo cesan. Los sonidos fúnebres acaban.

-¡Vaya con el cura! ¡Campanear así por qué se ha muerto un judío! ¡Ni qué la hubiera palmado el Rey!

-Sería una buena noticia.

-¡Calla Lorenza! Terminarás en la hoguera o en el mejor de los casos en la trena pa toa tu vía.

-O la reina Doña Juana, Petra. ¿Pa qué vive? Le valiera más a la pobre. ¡Para estar encerrada la vida entera con la excusa de qué está majara mejor diñarla y se acabó el padecer!

-¡No largues más o te colgarán!

-¿A mí? ¿Por qué? ¿Acaso he dicho, cómo corre la voz, qué el rey le ha hecho una hija a su abuela, la Germana de Foix?

-¿No me digas, Lorenza? ¿El flamenco ha sembrao a la última esposa de Don Fernando El Católico?

-¡Y tanto! Isabel se llama la bastarda. Pero no hay que exagerar. El de Aragón ha cascao hace tiempo y su última esposa es mu joven, no tanto como el de Gante, pero está pa dar una hija y muchas más, si tiene quien la riegue. Bien se sabe: “La viuda lozana y que se arrebola, no duerme sola”.

-¡Vaya noticia!

¡No se te ocurra contárselo a ninguna cotilla! ¡Conoces cómo son! ¡Si los alguaciles se enteran nos pueden de acusar de blasfemas y conspirar contra la corona! Así que ¡chitón, Petra!

-¡Cómo una tumba!

-¡Más! Como una momia o Hervás será un cementerio donde yaceremos las dos y toas las del pueblo.

-¡Buenos días!, Lorenza y pa ti, Petra, también.

-¡Buenos días, Terencio! ¿Quieres un huevo?

-No tengo ni un morbí partido por la mitá.

-¡Ya me lo pagarás! Me parece no has desayunado.

-Es que aún no ha vuelto ese arriero de Granadilla que me ha encargado le vigilara la esposa durante un viaje. Me ha prometido un escudo al regreso. Gracias, mujer.

-¿Y la consorte, lo adorna?

El veterano soldado acaba de tragar yema y clara; con un gesto cómplice.

-Por partida doble. Con el cura y el sacristán. Es muy “devota”.

-¡Mujer de mucha fe ha resultado la sola! ¿Y... cómo se llama la “beata”?

-Se dice el pecado pero no la pecadora. Terencio sonríe evasivo. -Silencio se me pide. “Pecado callado, medio perdonado”. De él depende.

-Tú te lo pierdes. Acreditáramos tus servicios a todos los cornudos.

-Más he perdido al regresar. Si tuviera la cuarta parte de lo que me robaron esos bandidos hijos de puta nacidos corsos en Ajaccio, hoy sería el hombre más rico del pueblo. ¡Me dejaron en cueros! ¡Si no les doy un par de estocadas me matan! ¡Ni una sola vasija de oro, ni una cruz de plata, ni un doblón me quedó! Esos piratas corsos se llevaron todo lo que traía del Saco de Roma.

-Nunca comprendí, Terencio, porque no te reenganchaste en los Tercios. Tú nunca supiste hacer otra cosa que la guerra.

-Estoy viejo para correr y dar cuchilladas, Petra. Y cargar rápido el arcabuz antes de que se te echen encima los enemigos, ya no se me da. En la primera batalla, cadáver seguro. Además le juré a Don Juan Diego del Casar volver con su XXXX

-Eras su escudero, su hombre de confianza pa too.

-Con él me marché de aquí a los Tercios siendo un chaval. En diez batallas le salvé la vida; en cien él me libró de La Parca. Éramos más que caballero y servidor. Si no fuera por el linaje, hermanos de sangre. Así que la promesa a mi amo moribundo, sagrada. Regresé pa cumplirla.

-¿Y cómo va eso? El mozo me ha prometido plaza de ama en su casa si le reconocen título y herencia.

-Lo menos que puede hacer Diego para compensarte los servicios de correveidile que le haces con la hija de Manuel Alvarado.

-¡Cierra el pico Petra o el converso me mata! ¡Y además no lo repitas que son chismes malintencionados de quien malmequiere!

-Los días de mercado yo también me levanto de amanecida, Lorenza.

-¡Tú, Terencio, no has oído nada! Le debo favores a Manuel. Si se entera no sólo me manda acochinar. Me despelleja viva.

-Ni que me diera cien doblones lo haría.

-¡No eres el único matachín de la comarca Terencio! Soldados tuertos, cojos, sin oficio te despachan por pocos maravedíes, muchos.

-La guerra enseña que matar es fácil.

-¡Estoy obligada con él por vida! Me ayudó cuando “naide” lo hizo. Muerto mi padre y declarada viuda, estaba sola en el mundo, sin un cobre. Manuel me dejó una parcela, gratis, para que la cultivara ganarme la vida y lo necesario para aguantar.

-¿Y por qué cojones no quiere un judío como yerno un futuro noble?

-Porque es bastardo.

-¿Y qué? A cien caballeros he conocido que eran de una fornecina. Cuando llegó el momento les reconocieron títulos y señoríos o les dieron otros nuevos. Si Diego, con rango y señor, fuera a la guerra, como le está mandado por sangre y nombre, con él iría, no de escudero, ya no me dan las tabas pa correr pa lante ganada la batalla o p'atrás y juir de presa si se pierde. Isa es toa, toa la cencia de guerrear.

-¿Y cómo sabes, Terencio, si has ganado o perdido?

-Mu fácil, Lorenza. Si los que tienes enfrente están casi toos muertos, los vivos huyen y dan la espalda, has ganado. Si los que venían contigo están casi toos finados, uno entuavía respira, no le faltan las piernas y los d'enfrente vienen espadas y picas en alto hacia ti, si son más que los tuyos, les muestras el lomo y te rajas has perdido. Pero eso también ha cambiao.

-¿Aura no te matan?

-Más, pero a distancia. Con los arcabuces, si aguantas y se pone a tiro, lo despachas a veinte pasos. Así liquidamos a los franchutes en Italia. Sus oficiales iban de caballeros y dijeron, creo fueron sus últimas palabras; “Con armas de fuego los señores no batallaban. Que tiráramos.” Disparamos. No quedaron muchos pa contarlos. Así, como nosotros teníamos arcabuces y los franceses no, ganamos la guerra de Italia y pudimos tomar Roma. El veterano rememora alguna circunstancias. - ¡Si supieran lo que hicimos y cómo la pasamos en la Ciudad Santa, una vez que entramos en ella los Tercios españoles y los lansquenets alemanes se os pondrían los pelos de punta, pero fue grande! Terencio sonríe.

-No dejaron de pasarse a todas por las entrepiernas.

-Princesas y monjas incluidas, Petra. De cara y de espaldas.

-Dime ¿Los lansquenets no son protestantes, herejes?

-Lo son, Lorenza.

-¿Y qué hacían católicos y herejes juntos luchando contra el Papa, nuestro Santo Padre, el Jefe de la Iglesia?

-Las órdenes de nuestro rey eran esas y las órdenes un soldado no las discute. Si lo haces, ante de acabar, pendes del palo.

-¡Pues a mí me parece que este rey que nos ha tocado es más flamenco que español y que de católico tiene lo que le conviene!



-¡Calla Lorenza! ¡Que si te oyen y te denuncian, dogal al punto y te dejan colgada hasta que te seques!

-¡Que lo hagan! ¡Que esto no es vida ni nada!

-¡No blasfemes, mujer! Nuestras vidas son en verdad lo único nuestro.

El franciscano que pronuncia estas palabras lo hace con la voz de un extenuado al final de sus fuerzas. Apenas le restan para sentarse en un poyo.

-¿De dónde viene así, padre?

-...Del... castañar... buen hombre. Estoy muerto de hambre. Terencio descorcha su caramañola y le brinda un trago.

-¡Pero esto es vino!

-Eso. Agua se encuentra en todas partes y no da coraje.

-Tú has sido soldado.

-Lo fui, fraile, años ha, responde con segundas el veterano.

Lorenza casca un par de huevos y se los brinda al religioso.

-¡De un sorbo, padre! Las yemas ayudan a reparar el ánimo.

-¿De dónde has sacado esos huevos?

-De tu cesta, Petra. Son tu limosna de hoy para el clero.

Ante la aparición de una novedad se forma el consabido corro. Francisco Miranda percibe, las largas semanas de fuga le han desarrollado el instinto de sobrevivencia, que el hábito de franciscano no lo protegerá demasiado tiempo.

**“Debo marcharme de aquí antes que después. En cuanto se enteren los alguaciles o la Santa Hermandad no dejarán decir ni mú. Ni a estos simples engañaré demasiado tiempo. ¿Dónde estaré? ¿Cómo se llamará este pueblo?”**

-¿Qué le pasó, padre?

**“Éste veterano soldado, la cantimplora es de campaña, de los Tercios, casi seguro ha olido tropa.”**

-Se me despeñó la mula.

-¿Despeñarse una mula, de día?

-Fue por mi culpa. La castigué demasiado en un risco. Yo no lo vi. Lo ocultaban unas ramas caídas.

-Habrá sido en “Las Buitreras”. Una trocha mu angosta y mala.

El supuesto monje trata de parecer de acuerdo. No sabe donde se halla.

-Si, el aburrado estaba blanco y cojo. Además sólo entiende latín.

-¡Cómo la mula esa del fraile de La Abadía, amigo de don Nicanor, el cura! Fray Salvador se llama. ¿Por qué no le pide ayuda?

-¡Déjelo, señora!

-¡Te ha llamado señora, Lorenza!

-Es que el padre sabe reconocer clases.

-**“¡Si no me marchó dentro de poco estaré engrillado hasta el cuello!”**

-A una cabalgadura manca y vieja se le da el cambiazo en el corral de cualquier venta. Hay que esperar que el mulero entre a tomarse unos vinos y no tenga mozo, o qu'este se descuie; aconseja Alipio el caló agrega con un giño. – Mula coja no corre.

-¿A dónde va, padre?

-Lejos... señora.

-¿Por qué no pide cobijo en la iglesia? **“Fraile que pide panes -un mozo de muy buen ver este franciscano- toma carne si le dan”**... o en mi casa. Podrá reposar y seguir viaje mañana.

-“Los frailes en bragas, hombre son”, dicen. ¿No es cierto, Lorenza?

-¡Ni cuándo una quiere hacer una buena acción dejas de pensar mal! ¿O piensas que todos somos tan putas como tus gallinas?

-“Las gallinas no ponen del gallo sino del papo”.

-¡Por qué no tienes más que uno para todas!

-¡Esos no dan huevos, comen mucho y sólo dan trabajo, como toos los machos! ¿No dicen iso las escreturas de los sabios?

**“De estas comadres sólo sacaré pérdida de tiempo. No me queda demasiado. ¡A ver cómo me zafo!”**

-De opiniones están los libros llenos.

-Pero yo no sé leer.

-Para alimentar bien a sus aves no le hace falta, hermana. Otro día. Hoy llevo premura. Tengo que llegar lo antes posible a... Jarandilla de la Vera.

-Pero está al otro lao de la sierra. Con una buena mula

-...Como a un día. Saliendo aura mesmo de aquí, de Hervás...

**“¡Estoy en Hervás, por fin me entero! ¡Si consigo un caballo en una o dos jornadas me pongo en La Raya! ¡Y que me busquen en Portugal!”**

-... Y coge por el Puerto de Tornavacas

-... Mejor por el de Honduras, Terencio, sugiere Alipio. Está menos vigilado, digamos. Acaba de aconsejar el especialista.

**“El gitano me ha calado.”**

-... Es más fácil de cruzar.

-¿Y a qué va Jarandilla?

**-“Si no busco una buena excusa estaré en la boca de las comadres de todo el Ambroz en menos que se hace el camino en una buena mula. De eso a la Santa Hermandad, un soplo...”**

-Agoniza mi hermano mayor. Madre está sola. Me ha pedido lo confiese.

-No se preocupe, fray...

-Francisco, soldado.

-Ya lo hará el cura del pueblo si no llega a tiempo. Quizá sea lo mejor para su alma. Podrá así presentarse ante Dios bien absuelto. Hay temas que a un hermano de sangre no se confiesan.

-¿Y cómo se apellidan de familia?

**“¡Joder con la cotilla!”**

-Miranda de la Sierra. Francisco no ha podido evitarlo. Es su linaje.

-¿No será el conde?

-¡No Petra! Los Miranda eran dos. El mayor, él del título, la palmó hace unos meses. El segundón se marchó con Cortés de soldado

-Tienes razón, Lorenza. Ninguno era cura.

-¡Yo encontré el camino de La Fe cuando se me apareció La Virgen!

-...O el mulo. Terencio sabe de lo que se dice. Sus correrías por los pueblos, cumpliendo encargos de quienes no pueden o no quieren dar la cara, o les faltan redaños para cobrar las deudas en metálico ,cuando no pagan los deudores, en sangre los cornudos, lo hacen estar al día. La historia del Capitán Francisco Miranda de la Sierra la cuentan en todas las ventas y tabernas desde El Ebro a Sevilla. El veterano de los Tercios está con el prófugo y no con quienes lo persiguen. Un hombre con huevos debe actuar como lo hizo el falso franciscano que tiene ante sus ojos.

-¡Necesito una cabalgadura para...!

-¡Yo le puedo conseguir una si me da un rato!

-¡No tengo con qué pagarte, egipcio! Además la preciso ahora...  
Francisco cree oír unos ladridos distantes acercándose.

-...Mismo!

«**¿Serán mastines? ¿O lebreros siguiéndole las huellas?**»

-Sin parné no afano. Pa limosnas estamos.

«**Si, son mastines... aún recuerdo como deshacían a tarascadas a los indios cuando los soltábamos...**»

-Mire "Fray Francisco". No muy lejos, cuesta abajo, en el cruce con el camino de La Plata, tiene una venta, "Las Cañadas", a las palabras de Terencio Lorenza cree necesarias unas acotaciones para mayor información.

-Antonio, el ventero, está casado con Teresa, la hija de Catalina López, la conversa que no quiso bautizar a su hija y la quemó la Inquisición, a la madre, a la hija no porque el padre, Marcelino, entregó la cría a Violante, la mujer de Teófilo, para que la cristianara, lo que hizo, pero después

-¿Una legua? Francisco interrumpe la historia de nunca saber.

-Poco más o menos "padre". Allí podrá encontrar un caballo o una buena mula. No pida permiso ni de explicaciones.

-Gracias... camarada.

-¡Coja la mejor y corra! ¡No espere caridades, ni del ventero, ni del dueño de la cabalgadura!

-Lo sé, caló. ¡Me he pasado la vida corriendo!

Francisco saca fuerzas del miedo. La imagen de su cuerpo colgado, pudriéndose al sol en una plaza de Sevilla como escarmiento para quienes desafían al Rey Carlos V tratando de desfalcarlo, matando a quien lo mandaba, no le agrada. Un valiente como él no morirá así.

El fraile comienza a trotar cuesta abajo. «**Si el trecho es largo, para llegar con resuelto, mejor no apurarse al comienzo**»

Bien lo aprendió en Las Indias cuando salieron en pelotas de Tenochtitlán.

-¡Vaya padre más raro, Petra! Ni la bendición nos ha dado.

-Ni te escuchó, Lorenza, cuando lo quisiste poner al tanto.

-Bastante historias tiene él para contar.

-¿Y por qué no lo ha hecho? Siempre gustan las marañas de los señores, ¿verdad, Terencio?

-Si tú lo dices.

-Podía haber dado, al menos, las gracias por los huevos.

-Le sobran, Lorenza.

-Pues como todos: "Fraile con apuro, deja la misa y váse al jarro".

Por la trocha que da La Abadía llegan unos perros precediendo a dos jinetes.

-Dos pastores.

-Con mando, Petra, que vienen a caballo.

-Esos perros fue los que oyó el...

-“Franciscano” Terencio acaba la frase del caló.

Ambos se miran. Ni una palabra más. Está todo dicho.

Lisandro, al desmontar, siente clavarse todas las miradas en él y en Eliseo. Los forasteros siempre son noticia.

-¡Buenos días a los presentes!

-¡Buenas y santas, a la paz de Dios! Responde el murmullo de puesteras, compradoras, curiosos y gentes a los cuales convoca el mercado semanal de un pueblo.

Lorenza, ducha en valorar varones, aprecia las posibilidades del recién llegado. “Mayol”, lo proclaman su planta y sus vestiduras.

-¿Lo puedo ayudar en algo?

-Por ahora no, buena mujer. Vengo por negocios.

-¿Con Manuel Alvarado?

-La veo bien informada. ¿Quién se lo ha dicho?

-Naide. Manuel Alvarado es el único tratante de lanas del pueblo. Llega el mayoral de un gran rebaño. No se molestará en cabalgar tantas leguas para visitar a don Nicanor, el cura.

-No se sabe. Quizá venga a confesarme. Lisandro sonríe y alarga las riendas de su caballo a Eliseo.

-¡Espérame! Demoraré un rato.

El rabadán las coge y desmonta.

-Por mí no te apures, Lisandro. Mejor estoy entre mujeres que con las ovejas.

A Lorenza, picada, le urge conocer más sobre la presencia de Lisandro en Hervás. Puede constituir una buena noticia.

-¿Y el “por qué” de la cita con el converso, rabadán?

Eliseo no puede ocultar el gesto. Observa a la mujer.

-¡Vaya! La deberían recomendar para visitadora del rey por sus cualidades de averiguadora de los haceres ajenos.

-Facultades que tiene una.

-En León, de Guardo semos los dos, “pescudar” a los forasteros no se hace. Cada uno se ocupa de sus asuntos y no de los de los otros.

-Depende. Si es pa bien ¿por qué no? Por un ejemplo, ¿Qué hará ahora, Eliseo –creo que así lo han llamado – aura mesmo?

-¡Cómo se ve, Lorenza, que te gusta la lana!

-¡Y a ti, Petra, que la cuentas dos veces toas la noches!

-¡Pero sin tenderme boca arriba sobre los vellones en los chozos!

-¡Hago lo que me da la gana y me viene! ¡Soy viuda y no tengo que rendir cuentas a nadie! No como “otras” Entierran al marido en marzo y paren en abril... del otro año.

Eliseo contempla a la dama. No ha hecho las leguas recorridas sin darle el gusto al cuerpo cuando, si aguanta un rato, se desquitará con una buena moza y no con una música, madura, oliendo a ajo.

-Se agradece el ofrecimiento. Será en otra oportunidad. A mí me gustan las borras y no las machorras.

-¡Pagando entonces borreguero! En la venta encontrarás busconas de carne fresca pero no te vayas a pescar una purgación traída de algún cuartel o de una mancebía. Cuando los pastores bajan a Extremadura las pécoras suben a las cañadas. “La puta, la senda busca”.

Eliseo sonríe.

-Habrá que apoquinarse entonces. Pagando se llega al concierto.

-... Todo para darle muchos doblones cada esquila al puto extranjero, que no ha visto en la vida a sus rebaños. El gordo flamenco no se ha llegado nunca a las dehesas para controlar sus ovejas.

-No lo son. Pertenecen a la marquesa del Puente, heredera de título y bienes del quien fuera el primer marqués, don Gonzalo, que ascendió de paje a carmalengo. Le prestaba buenos servicios trayéndole mozas para calentarle el lecho al viejo Rey don Fernando.

-Bien enterado lo veo.

-Sin correctas informaciones, Lisandro, no se pueden hacer buenos negocios.

El mayoral aprueba con un gesto. El judío conoce su oficio, el de la lana, mejor que muchos. Observa espaciosa lonja donde se encuentran; amplia, fuertes columnas de piedra, ventanas en lo alto para bien airear los fardos de los vellones de las ovejas de un rebaño grande.

-¿Cree, digo yo, se podrá almacenar aquí de cinco a seis mil arrobas la esquila venidera? Manuel, lleva largo tiempo en el trato de lanas y borregos, entrevé un asunto de importancia.

**“Ha merecido la pena, parece, retrasar el viaje dos días.”**

-Más, si es necesario. En esta lonja caben hasta diez mil llegada la ocasión, Lisandro.

## CAPITULO 14

-¿Y qué haces para remediar los sofocos, niña?

Ana permanece en silencio. No tiene valor para confesarle a Don Nicanor sus ocultas maniobras. Si bien el cura representa a la Divina Providencia y debe guardar secreto, es un varón; creará que ella es una depravada, una perdida, una pecadora sin redención.

El sacerdote oye la agitada respiración, atisba a través del rejilla del confesionario la mirada baja de su feligresa. La conoce desde siempre. Ha sido el receptor de los escondidos sentimientos de una muchacha que ha crecido sin madre y un padre muy ocupado, converso para mayor inri.

**“¿Cuántos tocamientos, hasta qué punto se habrá sobado la crica y más adentro? Será pecado, pero en todo caso para la jovencita mejor masturbarse a quedar preñada de Diego. Manuel Alvarado jamás aceptará un bastardo como esposo de su única hija. Para “ellos” no hay ignominia mayor que la boda con un fornecino.”**

-No has cometido ninguna falta. Los calores internos son propios de las mujeres a ciertas edades. Los ardores se calman metiendo la cabeza en un cubo de agua fría. Además, dentro de unas semanas estarás casada y se te pasarán las ardentías como por milagro.

Lleva -“¿cuántos...?”- casi veinte años de párroco en Hervás. Conoce bien a sus feligreses, a los que vienen a misa y a los que no, aunque contribuyan generosamente al cepillo, como Manuel Alvarado y los demás conversos y algunos moriscos.

Vaya lo uno por lo otro. Un cura de aldea siempre está necesitado una buena limosna ayuda a vivir mejor. Los obispos se olvidan “in sécula” de los párrocos humildes al repartir los ingresos de las diócesis.

Ninguno de sus fieles le ha confiado todos los pecados. Los conocen mejor que él las comadres del pueblo. Quizá sea mejor “sic” porque, llegado el caso como le ha sucedido a muchos eclesiásticos, si el obispo lo relevara de mantener el secreto de confesión con el “argumentorum auctoritis”, no mentiría para proteger a sus feligreses arriesgándose a ser torturado -¿quemado?- por la Inquisición con cualquier cargo obtenido por el tormento.

-Te casas con un hombre de linaje; Tomás Coronel, de gran prosapia.

-Sí, don Nicanor. Es el hombre a quien mi padre ha dado palabra.

**“... rico y poderoso, “cristiano nuevo” descendiente de los Senior, bautizados como Coronel cuando bautizados. Los Reyes Católicos fueron sus padrinos de pila.”**

-En la Catedral de Toledo los esponsales.

-Eso me ha dicho mi padre.

-Oficiará el Primado de Castilla.



-Sí. Ana vacila. –Desearía consultarle sobre...

-¡Grandes honores te esperan a partir de tu boda, niña! Pertenece a una familia importante del reino. “... **no pasarán demasiados años y esta simple moza de aldea se convertirá en una dama con excelentes relaciones. Espero no se olvide de mí, si llegara a necesitarla...**” -¿Me decías, Ana?

No se anima. “**Si le pregunto sobre Diego, me interrogará más y...**”

-¿No tendrán costumbres muy distintas?

-No lo sé. Podrías preguntarle a tu padre -“**él es también un converso como tu futuro esposo y tantos nobles, señores, obispos, y dignatarios castellanos**”– Manuel Alvarado los conoce bien. Es su agente en estas tierras y como tal viaja a menudo a Toledo para arreglar los asuntos comunes.

-Espero adaptarme a una gran ciudad.

-No padezcas, niña. A lo bueno uno se acostumbra fácil. ¿Algo más? Ana permanece en silencio.

-Ve en paz y sé feliz. El párroco da por finalizado el acto de contrición. La confesante calla. “... **le diría que yo...**”

-La penitencia, don Nicanor.

-¡Eres una pesada, niña! Si no has pecado.

-Quizás con el pensamiento y ahora no lo recuerde.

El curtido cura sabe que ella no ha dicho toda la verdad. Tampoco desea conocerla. Los temas de los conversos en un pueblo como Hervás donde demasiados no prueban tocino, no encienden fuego en sábado, ayunan, -“prescripción médica”- varios días al año, se bañan con mucha frecuencia, resulta mejor no enterarse. Su propia abuela, la tejedora de Segovia, bendecía en hebreo dos velas los viernes por la noche en el sótano. El abuelo fingía ignorarlo y también el resto de la familia.

-Si no tienes memoria de tus ideas ni sueños al despertar no has faltado. Pero si te place enciende un cirio a la Virgen, reza un par de “avemarías” y estarás en paz.

Don Nicanor se quita la estola y se marcha a la vicaría.

El ama deberá recalentarle el desayuno. Ha tenido una mañana muy ajetreada como todos los días de mercado. Las pecadoras, muchas quisieran serlo más, aprovechan la compra para confesarse.

Ana coge el mayor cirio y deja una buena cantidad de maravedíes en el cepillo. Es, posiblemente, la última vez que se posterna frente a la Virgen de las Angustias. Toledo está lejos y en todo caso su padre la visitará cuando deba concertar las cuentas con los Coronel: Ella no regresará a su pueblo y eso le duele mucho **“... no he pecado, según don Nicanor, Virgen, pero yo se que si lo hice. La vergüenza, madre mía, ha podido más que mis buenas intenciones. La próxima vez que tenga ardores abriré la ventana y me lavaré con agua fría un lugar de... toquetearme.”**

Contempla la imagen con devoción. **“En casa no hay cruces ni figuras de Madres de Dios, ni Santos. Ella sabe el “por qué” si bien nunca le han querido contestar ni su padre, ni Josefina que es cristiana vieja. Dime con quién duermes y te diré quien eres, dice Lorenza. Y tiene razón. Él, que vive en pecado con el ama, nunca se confiesa, ni va a misa, ni a las procesiones.**

**¿Esa es la vida que me espera junto a Tomás Coronel, también converso? ¿Podré soportar ser lo que no soy dejar de creer en lo que me han enseñado a creer?**

-¿Lo has pensado?

Ana reconoce la voz. Está ahí, a sus espaldas. Teme enfrentarse con él. Insiste, anhelante, apremiándola.

-¿Te marchas conmigo o con tu padre?

Levanta los ojos a la Virgen con El Niño. Pide las fuerzas que le faltan para decidirse.

-Salgo para Toledo. Me casaré con Tomás Coronel.

-Ni siquiera lo conoces.

-Pero si mi padre y ha empeñado su palabra. No puedo, ni debo discutir la voluntad de quien me ha dado la vida.

-¿Prefieres a un marido impuesto, viudo, un viejo de casi treinta años, un cristiano nuevo a casarte con Don Diego, Señor del Casar, noble, cristiano viejo y de limpia sangre? ¿Cómo puedes negarte a ser mi mujer?

Ana permanece en silencio, con la mirada baja.

Duda y el joven lo percibe.

La muchacha no se ha instruido aún en el difícil menester de los humanos; decidir lo conveniente y dejar relegados los sentimientos.

No consigue, también porque le falta edad, disimular su indeterminación. Tampoco evitar la natural inclinación por quien ama.

-¿Nos casaremos antes de...? ¡No quiero ser tu barragana ni por un solo día!

-¡Lo tengo todo previsto! Terencio, el que fuera escudero de Don Juan Diego del Casar, ha ido a Bejar y ha concertado con el monseñor del Amo, antiguo vicario de los Tercios de Italia, amigo de mi padre, una boda “connubium a yuras” se llama, creo.

-¿Nos dará una fe de sacramento?

-¡Te juro Ana que nunca serás mi manceba ni ante Dios, ni ante los hombres! ¡Sé bien lo que ello significa!

¡Cuántas veces lo ha oído de frente cuando niño, a sus espaldas luego, lo llamen el “noto”, o “el bastardo” de la manceba –en el mejor de los casos, cuando no puta portuguesa, traída por Don Juan Diego Señor del Casar en ancas de su caballo al regreso de una campaña! Diego ha vivido así los diecisiete años que ha cumplido. Sus hijos no soportaran, como él ha padecido el estigma de una madre -¿soltera?- no maridada con su padre al menos, ese hombre que los visitaba una noche de tiempo en tiempo y no retornaba en meses o años, si los asuntos de las guerras lo llevaban lejos.

-¡Deja a Ana tranquila! ¡No te acerques a mi niña! ¡Tú, mema, no escuches a ese!

Los gritos de Josefina llegan con ella acercándose desde la vicaría. Ha estado de cháchara con María, “la” de Don Nicanor mientras éste confesaba a la cría. Conoce las debilidades de la moza –ella también ha tenido alguna vez dieciséis primaveras- inexperta y con calenturas. Si necesita pruebas. ¡Ahí están las sábanas del lecho de Ana! Se cambian cada viernes, por orden del Manuel, y no se dan vuelta y vuelta todo el invierno como se acostumbra. Las manchas no son de lágrimas.

El ama del párroco, al observar la escena, sabe que para buen fin del incidente debe intervenir Nicanor. Su experiencia en tratar los temas de las malcasadas, o mozas en edad de merecer estrictamente vigiladas por padres y hermanos que utilizan la iglesia para concertar citas con el pretexto de las misas es mucha.

-¡Nicanor, ven! ¡Señor cura! Se corrige; al párroco no le agradan las familiaridades en público aunque todos sepan del amancebamiento de ambos y la paternidad de la sobrina. - ¡Venga, pronto!

Trae una mala leche justificada, piensa María. ¡Interrumpirle el desayuno!, “Hambre y esperar, hacen rabiar”.

-¡Te lo tengo dicho, Diego! ¡Fuera de su vida, no se la arruines, si en algo la aprecias!

Josefina no cede en defender a la hija de quien le ha confiado, de hecho, enseñar formas y normas de familia a la moza desde niña.

-¿Desde cuándo puede una criada prohibirme hablar con quien yo desee?

-¡Desde que el padre, Manuel Alvarado, se lo ha ordenado!

-¡Vaya con las pretensiones del converso! ¿O te olvidas, rústica, con quién hablas? ¡Para un señor como yo no valen mandatos de villanos!

-Te equivocas, Diego. En Castilla la autoridad de un padre, cristiano nuevo o viejo, noble o plebeyo, no la discute nadie.

La voz y la presencia de Don Nicanor le imponen respeto pero no freno.

-No es asunto suyo.

-Estás en una iglesia. ¡Aquí manda Cristo y no rigen leyes, ordenanzas ni pretensiones de terceros, así sea el mismo rey! Te pido que te marches.

Diego se siente acorralado. No encuentra mejor defensa que la altivez.

-¿Se olvida, cura, con quién habla? Soy el hijo de don Juan Diego Señor del Casar.

-¿Hijo? ¡Bastardo va mejor! Josefina suelta le lengua.

-¡Calla, sierva! ¡Darle servicios a tu amo en la cama no te concede el título de madre, aunque Ana le falte!

La joven escucha horrorizada

**“¡Lo saben todos!”**

Josefina, desbocada –“**¡Yo debí decírselo y nunca enterarse por otros, la niña!**”- continúa la retahíla.

-¡Mira quién habla! ¡Ni marido tuvo tu madre, ni tu padre! ¡Fornecino!

-¡A callar ambos! “La ira desata las lenguas”, recuerda el sacerdote los estudios realizados con el capellán agustino de los comuneros. Pero, como de costumbre, una vez roto el muro nadie puede contener aguas ni agravios.

-¡Tú, hija de un siervo de la gleba, manceba de un marrano! ¿Cómo te atreves? ¡Soy un hidalgo, un noble! Seré reconocido como legítimo heredero de Don Juan Diego del Casar con la ayuda de Dios!

La barragana, avergonzada ante Ana –la ama, la quiere, como si fuera suya; enmudece.

Don Nicanor, ducho en riñas de vecinos y familiares, conciliador:

-En tu caso, muchacho, yo buscaría un amparo terrenal además del divino. Doña Leonor, la esposa por lo legal y ante Dios de tu progenitor, se opone a te concedan título y heredades ante la Chancillería. También lo hacen tus tres hermanastras.

-Mi nacimiento, don Nicanor, está registrado en esta parroquia, con la firma de mi padre, la suya, la de Terencio de María.

-... Escudero de don Juan Diego. Lo hizo con su señal. Don Nicanor acaba la frase y la de Jacinto, un pastor de paso por el pueblo que nunca se pudo encontrar. Lo trajo Lorenza, recuerdo.

También tiene fresco en la memoria los cien escudos que le ofreció el ama de gobierno de doña Leonor, la cónyuge legítima del Casar, por arrancar la página del registro de bautizos en el cual figura el cristianamiento de Diego. No lo hizo sólo por honestidad. De ser reconocido su linaje al muchacho, poco durará en la parroquia. Volvería a los caminos o, como menor pena, cultivar el huerto de un convento de clausura el resto de su vida, alejado de María y su sobrina.

-La mayor de tus hermanastras dispone de los servicios de un influyente letrado, muy caro.

-...Como siempre. Subraya el ama de la parroquia.

-¡Cierra el pico, mujer! Que en asuntos de tribunales y corte poco sabes.

-“Juicio contrahecho hace lo tuerto derecho”.

-¡Calla de una vez, María, que el clérigo soy yo y tú no has salido de esta aldea!

-Pueblo y mundo, todos hijos de Dios y con sus mismos defectos.

-¡Basta ya de una puñetera vez! Trata de silenciarla el cura.

-No sin antes de decirte, Diego que si un abogado de lustre tiene tu oponente, con doblones se puede comprar otro mejor.

-¡Pero mi hermanastra está casada con un mercader, un converso dispuesto a gastar la mitad de su fortuna por obtener un título de nobleza para él como consorte y, de ahí en adelante, legítimo para sus hijos!

-Pero tú tienes una buena prueba; el testamento final de don Diego antes de morir por las heridas sufridas durante el... asalto a Roma. Don Nicanor se santigua a la vez que habla.

**“¡La Sede del Santo Padre de la Iglesia tomada a saco por las tropas del Rey Carlos, nieto de los Reyes Católicos! Nunca la comprenderá”**

-Lo hizo de puño y letra “casi no se entiende la letra porque noble sería pero, como la mayoría de los señores de Castilla, casi analfabeto”- se dice don Nicanor. Luego continúa, después de la pausa que disimula con un carraspeo, - ante dos testigos; uno, su jefe, el Condestable de Borbón.

-... Que poco después también la palmó ahí mismo.

**“¡Menos mal que se ha detenido en eso la deslenguada de María, porque si agregara mis comentarios sobre el flamenco, ni huerto, ni convento! La horca o galeras cuantimenos.”** Al cura nunca le agradó el rey extranjero. Estuvo con los comuneros mientras duraron.

-El capellán de los Tercios, el hoy monseñor del Amo, confesor de los duques, el otro refrendario. Le entregaron los documentos a Terencio...

-¡Me trajo la manda de mi padre, su espada, las botas y las espuelas que llevaba durante el asalto a las murallas de Roma! Y se puso a mi disposición para hacer cumplir la última voluntad de don Juan Diego. El muchacho se agranda. Se siente ya noble y Señor. -¡No quería qué título y las heredades del Casar fueran a sus hijas mujeres! ¡Yo soy el único varón de los descendientes del linaje y a mí corresponde continuarlo!

Diego en ese momento no es el “bastardo de Amelia, la portuguesa”, sino un hidalgo castellano, arrogante y presumido.

-Seré, de aquí a poco, Don Diego, Señor del Casar, noble de la Corte y Oficial de las tropas del Duque de Bejar.

-Sí. Pero antes deberá confirmarlo la Chancillería y rubricarlo el Rey o la Regente, ya que Don Carlos siempre está lejos de Castilla metido en alguna guerra. Los trámites, los letrados, los favores de aquellos que están cerca del trono, se cobran.

-¡Pagaré hasta el último maravedí apenas disponga de mis bienes!

-...Antes de dictar sentencia o elevar documentos a la firma. Abogados, magistrados, cargos del Consejo Real. Todos, Diego, acostumbran a recibir, por adelanto, el pago de los actos que favorecen aún a quien tiene razones y derecho para ganar sus pleitos. Así funciona la justicia en Castilla.

Josefina aprovecha la ocasión.

-¡Al contante y sonante! Tú, Diego no tienes un mísero escudo ni para comer. Si no fuera por la caridad, muertos de hambre estuvieron tú y tu madre. Ya has escuchado a don Nicanor. ¡Sal de la vida de Ana!

-Si Manuel Alvarado quisiera ayudar con relaciones y dinero las cosas le serían más fáciles al mozo.

-¡Calla de una puñetera vez, María! ¡Nadie te ha pedido opinión!

-No es mía sino de Lorenza.

-¡Otra comadreja! El párroco apenas se aguanta. **“Debería condenar a todas las cotillas pero me quedaría sin feligresas.”**

Pero las palabras no han pasado desapercibidas para Diego.

-Tú, Ana ¿Qué dices? ¿Hablarías con...?

-¡Ni lo sueñes! Josefina interviene rápidamente. -Manuel Alvarado jamás hará nada por ti. ¡Para él una bastardía no tiene remedio!

La jovencita, a pesar de su desasosiego, no ha perdido palabra.

**“Si mi padre quisiera podría hablarle al Duque de Alba. Le administra varios juro sobre dehesas y prados. Pero de cualquier forma habría que esperar años, con un final nada claro. ¿Y hasta entonces?”**

-No, no lo haré. Manuel Alvarado ha comprometido su palabra y yo obedeceré. Tomás Coronel será mi esposo.

Diego contempla a su amada. El gesto, duro, terminante no le permite ninguna esperanza.

-¡Pues ahí te quedas, marrana, con tus conversos!

-¡Soy buena cristiana!

-¡Peor para la iglesia!

-¡Tú no eres quién para opinar, Diego! Lo interrumpe el párroco.

-Digo en voz alta lo que piensan todos los cristianos viejos. Y hasta que Dios y el Rey reconozcan mis derechos, me marcharé a la guerra. ¡En los Tercios demostraré de quién soy hijo! ¡Sumaré a mis títulos la gloria y el oro necesarios para comprar lo que por nacimiento y manda me corresponden! En las batallas...

-¡Te pueden matar!

-No te preocupes, conversa. Como hidalgo de nada me sirve la vida sin nombre ni honor. Prefiero morir a continuar siendo un bastardo, el hijo de “Amelia, la portuguesa”.

-Si la Virgen de las Angustias te protege, no resulta mala elección. Entre palmarla o vivir como vivimos, poca diferencia hay, remarca María.

-También así opina Terencio, él fue escudero de mi padre, don Nicanor.

-¡Habrás sido pero ahora no pasa de bravucón que se contrata por poco para cualquier menester!

-¡Te cortaré la lengua si te oigo pronunciar infundios sobre quien ha sido mi ayo! ¡Eres la última en opinar sobre nadie siendo la manceba de un judío!

-¡No, no es cierto! Mi padre y yo somos buenos cristianos.

-Pues cuéntaselo a los vecinos. Diego acaba con una mueca de sarcasmo. -¡Nadie tiene dudas sobre la “fidelidad” de los Alvarado a la Iglesia de Cristo!

El mozo da la espalda y se marcha. Todo ha terminado. Él seguirá su destino, Ana el suyo.

-Pues ya lo ves, mi niña. El “enamorado” venía por el dinero de tu padre y cuando se le ha negado no vacila en poner en peligro nuestras vidas. Si algún malintencionado nos denuncia al Santo Oficio... Josefina se da cuenta ante quién habla. -¡Don Nicanor!

-Por mí no debéis preocuparos. Las murmuraciones acerca de quién es o no judaizante en Hervás no pasan -¡Gracias a Dios!- de chismorreos de mercado. Nada nuevo en el Ambroz. Palabras salidas de jarras, cotilleos. Hablan por hablar porque otra cosa no tienen para entretenerse “... **cuanto durará, no sé. La Castilla en la cual he nacido no es propicia para la tolerancia. Y si Hervás poco ha tenido que sufrir del Santo oficio, nada le falta para milagro.**” Don Nicanor todavía recuerda la cabeza ensangrentada de Juan de Padilla levantada por el verdugo del Rey flamenco.

Ana, a pesar de todo, no puede reprimirse; cae de rodillas frente al altar.

-¡La Virgen de las Angustias te proteja, Diego!



## CAPITULO 15

Los balidos resuenan a sus oídos como un enorme coro de infortunadas criaturas.

Nunca ha visto antes millares y millares de ovejas reunidas en las dehesas, a ambos lados de la Vía de La Plata, como desde su salida desde Plasencia. Centenares y centenares de cabezas transitan la cañada paralela al camino venidas no sabe de dónde yendo hacia ¡vaya uno a saber

Jamás pudo suponer hubiera tantas en Castilla. Más que habitantes, seguro.

En Puente Viesgo había majadas propiedad de los vecinos del valle. Cincuenta a lo sumo los borregos de esos hatos no faltaban cabras entre los ovinos. De niño las observaba abrevando a orillas del río Pas mientras trataba, con los otros rapaces del pequeño lugar atrapar alguno de los salmones que poblaban las aguas. Eran muy apreciados por los forasteros que llegaban los veranos.

En Salamanca aparecía una que otra en las calles, perseguida por pastores que trataban de retornarla a la cañada cercana de la cual se había extraviado antes que desapareciera en las casas de los arrabales de la ciudad cogida por los rústicos que las habitaban.

Pero en eso acababa su experiencia con los ovinos. Le parecían poca cosa comparadas con las vacas de sus navas y montañas natales.

Todo cambió al dejar su madre, y él, Puente Viesgo. Los sacó de las caldas un habitual visitante. A tomar las aguas venía largas estancias estivales –le tenía especial cariño a su madre el Ilustre Tesorero de la Orden de los Caballeros de los Hospitalarios de Creta, el Hermano Rafael. Se llevó a su progenitora, y a él, a Torrepartida a regentar una posada, según se decía, propiedad de la Orden entre muchos otros bienes.

También, comentaba el Hermano Rafael cuando pasaba la noche en el albergue -varias a la semana- tenían cabañas de merinas y ganado.

Unos perros de pelaje y colores diversos acosan a las descarriadas y las conducen a la cuerda destinada al tránsito de los rebaños pero, de paso, tarascan al viejo jamelgo que tira del charrete.

Él no conoce los medios para alejar a los canes que, no puede evitarlo le producen temor con esos colmillos amenazadores, el hocico lleno de baba y aullando como demonios.

Quien si está informado de cómo evitar los dientes de los carrea, utilizados por los pastores para mantener unidos a los hatos, es el veterano rocín que tira del charrete. Con oportunas coces los aleja de las cañas de sus patas.

Cada corcovo del caballo sacude el carruaje que, sumados a los baches del camino, muchos para una vía principal, **“según me parece no la han reparado desde el tiempo de los romanos”**, reflexiona, le provocan un dolor único y tremendo atravesándole el espinazo desde el culo a la cabeza.

-¡No tema Vucencia! ¡Estos perros ladran pero no muerden! ¡Aviados estaríamos si les metieran diente a las ovejas! ¡Aséseles un buen zurriagazo y lo dejarán tranquilo! Le grita, asesorándolo, uno de los pastores que guía la manada.

Se anima y le da con la vara a uno de los más atrevidos. Ya que está, le atiza un golpe al caballo que no tiene prisas para llegar. El jamego se irrita y se lo hace saber al novato con un fuerte tirón violento que casi lo arroja fuera del charrete. No le irá a enseñar ese principiante a qué paso debe trotar. Está dando servicios desde apenas capado.

Lope de la Peña decide llegar librando al criterio de la bestia la velocidad.

No ha cursado los estudios de derecho en Salamanca para tener, además de los conocimientos académicos, aprobada la inexistente asignatura de conducción de carruajes.

Respira profundamente. Su ánimo oscila entre la vanidad y el temor de la primera vez.

Ha tenido suerte lo aceptara el Santo Oficio para el cargo de secretario, sin estar ordenado como sacerdote, apenas pintado su vitor en la pared de la Universidad.

Tratará de hacer carrera en la Inquisición. Familiar del cuerpo no es poco.

Lope tiene muy presente el consejo del Hermano, ya Obispo, cuando acabó los estudios: “Hijo, si no deseas ser cura y condiciones para militar no tienes, lo mejor será meterte a funcionario. No requiere grandes virtudes ni mucho esfuerzo. Como tonto de nacimiento no eres, sólo un poco estrecho de miras, la vida se encargará de enseñarte lo que la universidad no te ha dado, progresarás. Más cortos que tú hoy son secretarios.”

Con la recomendación del Hermano Rafael para un dominico, también tesorero, pero del Santo Oficio éste, le dieron plaza.

Procederá conforme las ordenanzas. Cumplirá rigurosamente con ellas y las ordenes explicitadas en documento del doctor Palacio, miembro del Tribunal de Plasencia, su primer destino dentro de la institución creada para salvaguardar la Fe Católica de Herejes y judíos. Tiene poderes, dados por escrito, para obtener el auxilio de alguaciles, cuadrilleros de la Santa Hermandad, justicias y toda fuerza pública para detener, engrillar a hombres, mujeres, niños sin otra limitación que su discernimiento ante las circunstancias... **“¡Vaya potestades me han confiado! Me tienen que obedecer... Represento a la jurisdicción más importante del mundo... ¿después...? del Emperador Carlos V...”**

Los cruces de la Vía con los caminos no se distinguen. Las manadas **“¡Nunca pude suponer existirían tantas ovejas juntas!”** \_ Ocultan las señales, si es que existen.

-¿Por dónde cae Hervás, boyero?

-¡Me llamo Juan Santos, señoría, cristiano viejo de Guijuelo, y fiel creyente!

El recuero responde, atemorizado, al tiempo que detiene los bueyes uncidos a la carreta repleta de bultos que se cruza con el charrete del Inquisidor a la altura de casas del Monte.

-¡No llevo pasaje y el mozo, hijo de Calixta, servidora del Señor Viudanegra, buen católico sin rastros de judío!

Pero el zagal no aparece. Se ha metido debajo del carretón, más asustado que su amo ante el interrogatorio del hombre de la cruz verde bordada en el pecho de la negra capa. A su madre se la llevaron de casa unos alguaciles de igual vestimenta, llenos de cruces bordadas en los jubones y capotes. No la volvió a ver hasta que el amo, un paisano lo recogió para evitar lo llevaran las tropas a la guerra para servir “para todo” o se perdiera en los campos, fue a Plasencia a presenciar un “Auto de Fe”. En esa ceremonia la quemaron acusada de brujería y blasfema.

Todavía la oye gritar y aún huele la carne, derritiéndose de aquella mujer cuyas cenizas aventaron luego.

Él, su hijo, no llegaría a los once años, cuando lo vio y olió.

El carretero lo observa y no dice palabra. Desdichas, y caminar juntos han originado un sentimiento indescifrable, pena quizá en el rudo carretero.

Pero ahora el problema es otro. Con los inquisidores mejor hablar poco y soltar la lengua después de meditarlo bien. Se agarran a cualquier cosa para encarcelarte. Una palabrota con Dios o la Virgen como destinatarios, te pueden llevar al tormento; de ahí al “Quemadero”, apenas unos pasos. “Prudencia muchos males previene...” Y el conductor del charrete, un Familiar del Santo Oficio. Así que...

-¿A Hervás ha dicho, vucencia...?

-Sí. No conozco el camino. Lo hago por primera vez.

-Entonces... si va Hervás... Porque, según parece, se dirige a Hervás.

**“¡Vaya bruto! Los bueyes de su carreta entenderían con mayor rapidez”**

-Se lo he repetido, patán, ¿cómo pretende se lo explique, en latín?

**“Se está por enfadar. No llevo “náa” que no esté declarado y con papeles, salvo unas botas de “agua de Holanda” recién destilada para la venta de las Cruces de Malpartida. Mejor será dejar de hacer el memo y perder de vista cuantos antes al de negro”.**

-Pues si se dirige a Hervás, mu fácil, padre.

-No soy sacerdote, pero sí licenciado en leyes.

-No tiene pérdida. Tiré too tieso hasta llegar al desvío a La Abadía y al Palacio del Duque de Alba. Lo encontrará a un par de leguas. En el cruce hay una marca con una cruz y el escudo de los duques Sotohermoso le dicen.

-¡Gracias por la información, buen hombre!

Lope afloja las riendas. Las sacude. Levanta la vara y la descarga sobre el lomo del jumento. Éste inicia un corto y sosegado paso. Apenas distanciado unas varas oye una voz.

-Pues ahí no.

El inquisidor refrena el tiro.

-¿Qué “no”, carretero?

-Que no coja ese desvío, señoría.

Lope de la Peña intuye que el rústico lo está tomando a chanza, como gustan hacer los de las aldeas con los de las ciudades cuando los capitalinos se encuentran en el campo. Y no le agrada.

-¿Qué, boyero de mierda?

“Se ha cabreado”

-Siga el camino, señoría. Pase Aldeanueva y a poco encontrará una venta, “Las Cañadas” se llama, tiene unas letras grandes con tal cosa, dicen. Ahí mismo comienza una cuesta, p’arriba, l’otra va “pa” la Sierra de Gata, hacia La Raya y a Portugal, pero vuencencia no va a Portugal sino a Hervás y no a la frontera.

Lope de la Peña cree haber aguantado lo suficiente.

-Mira, zafio. Di que tengo una misión que cumplir hoy y eso te salva ser detenido ahora mismo por tratar de confundirme, gañan.

-¡Soy “cristiano rancio” por los cuatro costaos!

-O revise la carga a fondo.

-¡Llevo unos paños de Flandes, con todos los papeles en regla! ¡Cargados en el puerto de Gijón pa entregar a Pedro Santa Cruz, el mercader de Plasencia! ¡Nada que ocultar, señoría! La mejor lana merina de Castilla tejida en Brujas. No tienen igual.

La respuesta, inesperada para quien desconoce el manejo de la principal riqueza castellana, descoloca al licenciado que, sin responder siquiera, fustiga al penco. El charrete arranca y se marcha.

El mozo emerge de su escondite.

-¿Se ha ido el de la cruz verde, amo?

El arriero levanta la vara y con un buen golpe anuncia a los bueyes la continuación del trayecto. De paso le propina un azote al mozo.

-¡Yo no he hecho nada!

-¡No me habré enterado! Puedes anotarlo a cuenta de futuras faltas, si mi trato no te agrada, mozo, ¡Quéjate a tu padre, si sabes dónde encontrarlo o quien fue!

Inician marcha. Siguen el cansino paso de las bestias.

-Amo.

-¿Qué?

-Ese, el de la cruz verde. ¿Busca gente para las hogueras?

-No lo dudes, zagal. Si no él con sus manos, otro la encenderá. Ese es su trabajo. ¡Carne para “el quemadero”! En el valle del Ambroz abundan marranos y herejes. Si no los hay ¡se fraguan!

-Pero amo ¡así no se puede vivir!

-Se puede... se puede. A continuación empleando un tono de falsa grandilocuencia -¡Hay que salvar la fe católica de sus enemigos! ¡Al fuego con ellos! ¡Viva el Rey! ¡Viva Castilla y viva el aro que del hocico tira!

-¿Semos como bueyes? ¡Istamos capados?

El boyero se lo piensa. Luego, con una sonrisa

-¿Tú que crees? Pero le recuerda al mozo; “Con la Inquisición, chitón”.

## CAPITULO 16

“¡No doy más! ¡Ya no tengo resuello ni fuerzas! Si la venta no está a la vuelta de ese recodo, me dejaré caer y que sea lo que Dios o el Diablo quiera! **“¡Putas ovejas! ¡No te jodas! ¡Miles de cabronas y cabrones enmierdándolo todo! ¡Pisas sirle donde pises en los extremos durante la invernada. ¿Por qué no se irán a cagar a otra parte? Está fresca. Recién han pasado hatos, yegudas. Si encuentro un caballo a mano. ¡Lo monto a pelo! Habrá algún zagal vigilando. No dejan de ojear el ganado, a las caballerías en especial. No importa; si encuentro bestias con un yegüero me hago el fraile, que para eso uso sayo. En cuanto lo tenga a un codo, le pego un golpe bien dado y le pongo los cojones junto a la nuez del gaznate, como aquel cacique al que reventé los huevos en Pachaca al caérseme la espada y quedé desarmado ante el indio. ¡Pataleó un rato el azteca hasta que la palmó!. Echaba espuma por la boca, el desgraciado, como yo ahora. ¡No puedo dar un paso más! Debo estar corriendo hace más de un año desde aquella noche en Sevilla, cuando el coronel me quiso engatar con el oro de matute! ¡Entre él y el rey me dejaban en pelotas!”**

Francisco sonríe entre dientes. Los tiene apretados para que no se le escape el corazón por la boca.

**“¡Todavía le veo los ojos como platos cuando le metí la daga hasta la empuñadura como respuesta a sus explicaciones. Quedó tieso. ¡Jo... der...!”**

Elvira está desencantada. Los pastores, zagales, roperos se alejan guiando los hatos.

Si bien gritos, gestos y guiños de machos encelados por muchas semanas de marcha sin compañía femenina auguraban buen tajo, ninguno se animó a dejar los ovinos por un rato.

Hubiera durado lo que un suspiro; tres empujones sobre la tierra al reparo del muro del corral. ¿Qué más por dos maravedíes?

Apostada en la tapia del cortil, la moza de partido considera los, hasta ese momento, magros resultados del viaje que la ha traído desde el burdel de la seño Rocío, uno de los más concurridos de toda Sevilla, hasta “Las Cañadas”, una venta que ella, francamente, no sabe ni donde está. Dicen que cerca de Plasencia y de una aldea llamada Hervás o Bejar; a Elvira le da lo mismo. Ni un caballero; tampoco marinos, clérigos, militares o gente con salero; sólo pastores, arrieros, labriegos, carreteros y uno que otro soldado cojo, manco o tuerto. Si entero, desertor con prisas.

**“¡Vaya negocio he hecho! Roselia me ha traído engatusada con el cuento de que aquí, los pastores, solos y sin un coño cerca nos iban a dar más guita en un invierno que dos años a la sombra de La Giralda. Pa mi que no ha querido hacer el viaje sola”.**

La trotona está ahora más segura de lo dicho hace unos días a Roselia: “Maja; aquí hay competencia desleal; las ovejas no cobran.”

“No es lo mismo una buena crica de mujer que sabe lo que se hace, a un agujero de bestia, Elvira. ¡Aguenta! Ya llegará un buen tajo y haremos en una jornada aquí lo que un mes en Sevilla. Además sin madamas ni rufianes. ¡Y sin pescarnos ningún chancro de los que traen de Las Indias! ¿O quieres diñarla podrida?” respondió.

La muchacha se santigua aterrorizada. La compañera lleva razón.

-¡La virgen de la Macarena me proteja!

La caravana de ovinos, yeguas, carros acaba y entre la polvareda que se disipa la luvia divisa un bulto en la cuesta que baja de un pueblo vecino.

-¡Roselia, ven! ¡Hay alguien tirado en el campo!

La presencia de un hombre inerte las atrae. Hacia él corren. Mujeres de ciudad no han aprendido que un cuerpo en medio del camino se evita. Explicar un muerto, o ser robada por el aparente desvanecido, lo tienen bien sabido quienes hacen de las trochas oficio o necesidad habitual.

-¡Es un fraile! ¿La ha palmeado?

-¡No, entavía resuella, pero está p'al arrastre! ¡Vamos Elvira, échame una mano!

Mientras lo llevan hacia la venta, Roselia lo estudia.

-Un franciscano. ¿Qué hará solo por aquí un monje?

-No lo sé. Está en buen estado; es un pedazo de macho, de esos que no abundan. Si tiene la verga como los brazos, resultará gustoso.

-Este, Elvira, antes de hábito, ha lucido jubón.

-¿D'ónde te ha venido el conocimiento, sor Roselia? ¿D'un beaterio?

-No de un convento por dentro, que no sería raro, pero sí de cerca. Mi madre trabajaba con un carromato y a veces daba servicios a los frailes de los monasterios durante las noches, al reparo de los muros de los cenobios. Yo, de pequeña, la ayudaba antes de iniciarme en el oficio por mi cuenta. Conozco los hábitos de todas las órdenes y éste lleva el sayo al revés.

Ya dentro de la venta colocan al religioso sobre una mesa.

-¡Ventero, una jarra pa'l fraile, a ver si se reanima!

Los que se hallan en lugar, Antonio, el mesonero, Teresa, la ventera, Benito "dedos largos", que interrumpe una partida a las pintas con un arriero de paso y un par de tratantes de ganado, o algo, parecido, piensa el tahúr, - polainas de cuero, altas fajas apretadas que dejan asomar mangos de facas y trabucos, serán otra cosa -, rodean a las churrianas y al franciscano desvanecido.

-La traeré, pero pa mí está finao. Lo mejor sería dejarlo fuera, en medio de la cañada, como si se lo hubiera llevado por delante un hato.

-¡No seas tú el morueco, Antonio y apura el vino! ¡Que una caridad de vez en cuando no te viene mal!

La ventera ya ido y vuelve; levanta la cabeza del falto, le desliza unos sorbos entre los sabios.

Al ventero no le agrada el tratamiento.

-Con olor a vino, cuando lo encuentren muerto, vendrán por nosotros, mujer.

-¿Si está vivo, Antonio?

-“Franciscano, papo abierto y saco cerrado”, Teresa.

-Se ve que no das nada de balde, ventero.

-¡A ver si tú te abres de piernas gratis, damisela!

-¡Ni con mi padre, si lo conociera!

-¡Pues si tú de esa forma cuidas el negocio yo cuido del mío como mejor entiendo. “Saca y nunca pon, nada queda, pronto en el bolsón!”

-¡No discutas más con el posadero, Elvira, o nos aumentará la paja de la cuadra!

-¡Si te parece caro el establo, vete a fornicar en el prado, zorra!

-¿Dónde... estoy?

-Entre cristianos, padre.

-Eso se dicen pero yo poco me fiaría de sus virtudes como tales.

-¡Tú calla, “dedos largos”, que eres capaz de sacarle los cuartos a una viuda!

-Si los tiene y le gusta el naipe ¿Por qué no?

-¡Otra jarra, por favor! Suplica el franciscano.

-¿Y quién paga, padre?

-¡Dios!

-¡Aura me llamo Dios! ¡Librame de párrafo de fraile y de visitas de la autoridad entonces, tocayo!

El mesonero tiene oportunidad de decidirse entre la piedad y el comercio. Ese franciscano agotado por la fatiga no tiene un mal cobre. Luego, vino fuerte, áspero y barato; las tres “bes” “bueno, bonito y barato” sin pago asegurado no entran en las ideas de ningún ventero, ni en las de Antonio; el dueño de “Las Cañadas” comparte las experiencias del negocio en Castilla. Si limosna, mejor el agriado que se sirve a borrachos perdidos y pedigüños antes que el olor a rancio invada todo y sea menester verterlo.



Francisco Mirada se duerme o desvanece, que para su caso da lo mismo. Necesita descanso.

Roselia contempla al fraile. No conoce la historia pero los pies demasiados blancos para haber caminado sin botas, unas marcas de rojos cardenales en los tobillos, el pelo y la barba enmarañadas, la falta de tonsura le permiten recrear, si no toda, buena parte de la historia.

-Dejémoslo en paz hasta que recobre.

-Lo mejor será, afirma el ventero, sacarlo de aquí y ponerlo a la vera del camino. ¡A cien pasos! Algún alma caritativa se ocupará de él. Que a mí este fraile me da mala espina.

-Tú, Antonio, siempre fiel a tus creencias católicas. ¡Quién no paga, que se muera!

-Pero no dentro, en la venta, Benito. Picado, el posadero con el avieso y manifestó ánimo de ofender al habitual parroquiano, agrega – Tampoco me importaría mucho que tú no aparecieras más por aquí. Entre que rondas a mi mujer...

Teresa, la esposa, lo oye e interviene con segundas.

-¡Basta de tonterías Antonio! Benito y yo nos hemos criado juntos.

-Demasiado, dicen...

-...Las cotillas que no tienen un amigo. En mi posada sólo entran quienes yo quiera. Recuerda; eres apenas el encargado...

-...Y tu esposo, Teresa. No lo olvides. Ni tampoco lo que rezan Las Partidas sobre los bienes conyugales ¡y otras cosas, conversa!

La amenaza resulta evidente. Antonio denunciará a Teresa como judaizante si viera su propiedad sobre la venta amenazada.

**“Mi padre se equivocó. Con tal de ocultar mi preñez inconfesada me casó con el primero, así fuera Antonio, el mozo de “Las Cañadas”. La pudo comprar a buen precio por haberse muerto el dueño. Con quien me llenó, imposible. Estaba en prisión y si no hubiera sido por su hermana Josefina y porque Manuel pagó lo necesario, a punto de ser enviado a galeras por seis años, o por vida, para el caso daba igual.”**

Teresa clava sus ojos en su marido.

-Bien te cuides de hacerlo. Hay quien por poco te cortaría el cuello y quien dispuesto a pagarlo.

-Estás avisado, Antonio. Benito subraya las palabras de la ventera.

Antonio sabe que ninguno de los dos habla en vano.

-Con el dinero de Manuel Alvarado que le sisa tu hermana, su manceba, tienes, “dedos largos”, de sobra para pagarle a Terencio la faena.

-Piensas acertado. Si no él, otro, que matones hay de sobra.

-Los habrás conocido en la cárcel.

-O en tu venta, o en otra. Pa ti da lo mismo Antonio. No tengas malas ideas, te pueden servir de epitafio.

El ventero aguanta lo que pugna por soltar. Mejor no. Nadie, ni él, bromean. Pero no evita el agravio.

-Se equivoca quien afirma que “en Hervás judíos los más”. Yo diría que todos. Y se aleja.

-Forastero tenía que ser o morisco, que su madre se acostó con muchos.

Uno de los tratantes, observador con los compañeros de lo sucedido, se acerca a Benito.

-Disculpe, pero he oído que es del pueblo.

-Sí. Desde que me parió mi madre.

-Nos han dicho que hay por aquí un truchimán que domina el portugués. Que lo escribe bien.

-Y el latín, el hebreo, el árabe, el franco ¡hasta el catalán!

-¿Dónde podríamos dar con él? Necesitamos nos rellene unos documentos.

Benito estudia a los tratantes. **“A cuatrerros no llegan, pero sí a atajadores de mostrencos.”**

-¿No serán guías de ovejas, por un acaso? Pregunta con sorna.

-“Portuguesas”.

-¿Marcadas?

-Lo hacemos apenas “nacidas”. No queremos problemas con los Alcaldes Entregadores de la Mesta Castellana.

El hombre, se ve, conoce bien el negocio del abigeo invernall, el extravío, provocado o no, de los borregos de los grandes rebaños en marcha desde el Norte hacia las dehesas extremeñas.

-Hoy es día de mercado. Lo encontrarán en la plaza, redactando cartas y papeles a los vecinos. Se llama Teófilo Pérez. Todos lo conocen. Pero p'al caso, mejor van en mi nombre.

-Nos resulta oportuno. Hemos olvidado los documentos en la feria de La Guarda, en Portugal. Los lacres los pondremos nosotros.

-Sucede a menudo pero los Entregadores no se lo creen.

Un par de monedas caen sobre la mesa.

## CAPITULO 17

-Me da pena.

-A mí, poca, Lorenza. Peor quedaron muchos camaradas de los Tercios y nadie se preocupó por ellos. Se arrastran por los caminos pidiendo limosna o han servido, la mayoría, de carne para los carroñeros.

-Será así, Terencio, pero tú mejor que nadie lo sabes. Él que va de soldado a las guerras puede ganar o perder. Pero a este desgraciado nadie le preguntó. ¡Y mira cómo ha quedado el pobre!

La puestera se conmueve ante su vecino, al que conoce de niño, arrastrando la pierna izquierda, tiesa y retorcida, apoyándose con el brazo, también rígido, en una muleta sin poder aferrarla por tener las muñecas desencajadas y los dedos duros.

Se observa en el rictus del tullido el esfuerzo -¿sólo eso?- terrible que le produce caminar un hombre, que, no ha mucho estaba sano y entero.

El veterano de las campañas de Italia lleno de cicatrices, físicas y del alma, viejo, pobre, le robaron su parte del botín del saco de Roma los piratas cuando regresaba para vivir rico y respetado en su pueblo, no logra evitar esa extraña satisfacción de “yo estaré mal pero tú peor”.

-¿Y de regreso del cementerio, Teófilo?

-Sí. José Burgales finalmente descansa en paz.

-¿Quién ha rezado los responsos? ¿El cura o tú?

-Don Nicanor lo ha hecho, como corresponde. Es el sacerdote.

-¿No eres rabino como lo fue tu padre?

-Ten la lengua quieta, Terencio. ¿O sólo te falta en tu hoja de servicios ser soplón?

“Delator”, “confidente”, “malsín”. Peores insultos no hay para quien ha nacido en Hervás. El pueblo, creado alrededor de los Templarios guarda sus secretos en una singular solidaridad de silencios cómplices como lo hicieron los caballeros de la Orden Militar fundadora.

Es parte del acervo popular, una tradición continuada que ha protegido la tranquilidad de sus pobladores. Ha mantenido alejados a quienes pesquisar linajes, sangres, creencias y haceres tienen por oficio y beneficio. Los nacidos en Hervás lo maman de la teta.

Nadie mejor para ciudar esa herencia colectiva que Lorenza que, además de su atalaya en el centro del mercado, receptora de noticias y movimientos, tiene un origen, similar al de no pocos del lugar. A su padre, Juan, lo llamaban “el moro” porque la madre fue una morisca, dicen quienes la conocieron, poco convencida de la superioridad del cristianismo.

“Problemas de una repoblación realizada con prisas después de echar a los moros”, asegura Don Nicanor, el cura que, según parece de “eso” sabe bastante mucho, no por moranco o gitano, cristiano viejo es, sino por lecturas, que estuvo con los comuneros.

Lorenza -que de toda esa historia se siente depositaria- tiene autoridad para recordarle al veterano de Italia.

-¡Chitón, Terencio! Lo previene de mala manera la mujer ¡No sea aparezcas una noche con el cuello rebanado!

El hombre de acción, que por una paga brinda seguridad o lo opuesto; quien sigue, persigue e informa de cuernos, mayordomos mayores, administradores, socios o cómplices infieles, y según la contrata ajustada, les da su merecido conoce bien las reglas; no, mil veces no a las averiguaciones, visitas de alguaciles, cuadrilleros, ropones, corregidores, familiares del Santo Oficio y toda la sarta de autoridades creadas para vigilar la dudosa paz interior de Castilla, someter a quien se desmande y no obedezca los dictados del Rey y los señores.

**“No será Terencio quien suelte la lengua ni borracho.”**

-¿Soplón yo? Puedes estar tranquila, Lorenza. ¡Por ésta –besa los índices en cruz- te lo juro! Tú, Teófilo ¡Ten sosiego! No seré yo, que entre mis muchos pecados asalté Roma, quien te denuncie a la Inquisición. Además, te prometo –el soldado repite la fórmula del voto- si me entero que alguien ha piado demás, de un tajo lo envío al infierno! Y acaba una terrible carcajada- ¡gratis! Atención de un vecino para sus paisanos.

-Se agradece el ofrecimiento, pero si ocurre -¡Dios no lo quiera para nadie!- al que le toque ya habrá pasado por el tormento y poco le faltará para convertirse en cenizas en los quemaderos, si no es polvo ya. No sé lo que es peor. El lisiado hace una mueca con pretensiones de sonrisa –Me marchó a trabajar. Me espera una larga fila. El otoño es tiempo de arrendar dehesas, comprar ganado y pedir liberaciones de tasas e impuestos.

Teófilo se aleja hacia su puesto de escribiente. Lleva, como mejor puede, los enseres de calígrafo.

-¡Vaya cojera la del judío! Si se cae no se levanta sin ayuda. Pa quedar así, mejor muerto.

-Eso para ti, Terencio, pero a él le restan cabeza y conocimientos.

-Pa mi que los del tormento se pasaron con el potro, opina Petra.

-Lo “estiraron” demasiado, parece. ¿O lo colgaron con pesas, Lorenza, por los huevos hasta caparlo?

-De eso nunca habla pero lo que si creo, es que le apretaron los compañeros hasta dejarlos secos.

Petra, por motivos que ella se sabe, no vacila en afirmar.

-¿Quién puede a sangre fría destruir así a un semejante? Con intención, teñido de un ligero despecho, el soldado, comenta.

-Tú sabrás. Viuda y joven tuviste oportunidad de elegir. Con risa grosera, completa el indirecto agravio. -¡Me haces recuere a la condesa de “no sé cuánto”! ¡Nos la pasamos todo el Tercio por la piedra, mientras ella gritaba a cada relevo que no era pecadora, que la forzaban! Y cuando la dejamos, harta, juraba que no había ofendido a Dios. ¡El mismo Papa le dio la absolución como a todas las romanas! Pero la cara de felicidad no se le quitó a ninguna. ¡Ciudad de putas! ¿Qué opinas Petra?

-¡A nadie tengo que rendir cuentas! ¿Qué sabes? Tú siempre fuiste el perro de Don Juan Diego del Casar y te conformabas con las sobras, así fuera el botín que él despreciaba, la mujer que había forzado antes o las putas de las ventas que antes pasaban por su jergón.

Terencio soporta mal el puyazo. Pocos seguirían con vida si no fuera una mujer. Petra en especial merece una buena puñalada.

-Si no hubieras nacido hembra ya estarías en el hoyo.

-...Y la viuda de tu hermano a quien llevaste a la muerte con los cuentos de riquezas y gloria. ¡A un pobre mozo que sólo sabía sostener una azada!

-Te quise consolar.

-¡Demasiado pronto, cuñado! Esa misma noche cuando me supe sola.

Terencio contempla a la mujer. Aún está de muy buen ver, pero **“La muy cretina no me perdonará jamás. ¡Yo tampoco a ella!”**

-No por mucho tiempo, cuñada. Algún día me explicarás porque preferiste un judío a un macho como yo, de la misma sangre que el padre de tus hijos: Tendrías un hombre a tu lao...

-¿Por una semana, Terencio? ¿Por dos? A lo más hasta que tu amo se marchara a no sé que guerra y no volvieras nunca o a los años. Teófilo me dio consuelo, palabras del corazón aquietó mis penas. Supo encontrar las justas para una viuda joven y sola.

Petra sonríe. Siente como aquellos días en que Terencio le trajo la mala nueva, y dos doblones como parte del botín logrado en la toma de Milán durante la cual mataron a su Remigio. Únicamente el converso la ayudó sin pretender meterse en su cama hasta que ella lo quiso.

La expresión del rostro dice lo que la boca de Petra calla. Terencio adivina. Su amor propio ofendido, a pesar de los años, no perdona.

-Pero el converso prefirió casarse con una cristiana nueva, con dote, a una viuda pobre con hijos.

-Nunca hablamos de matrimonio. No era ese mi propósito. Ni creo el de Teófilo. Fue otra cosa. Petra observa la burlona mirada del veterano. -¡Qué puedes saber tú, macareno, de las cosas del sentir!

Terencio se retuerce. Por menos cualquier mujer hubiera salido marcada. Pero a Petra, no. No puede. A ella y a él, no los trató bien la suerte.

-No sabré pero a mí nadie me convirtió en cabrón como a tu buen amigo judío su esposa. El hombre ofendido hiere.

Lorenza, no puede con el genio. Cada cosa en su lugar.

-¡Y más! ¿A qué negarlo? ¡Fama de cuclillo bien ganada le dio la zorra, que nunca se supo si la llamaban marrana por lo que era o por lo que hacía!

Petra contempla el desgraciado aspecto de Teófilo arrastrándose. Violante, la infiel, la causa de todas las desgracias.

-Fue el curita de Segura del Toro, el último con quien estuvo liada, el que denunció a Teófilo a la Inquisición.

-¡Eso por meterse a reparar honras de mano propia, cuando por unos maravedíes se lo arreglaba yo de un tajo!

Petra fija la mirada en el lisiado, que pudo ser y no fue. No quería a Violante, pero, si además de converso se es castellano, el honor prima.

-Apenas salvó el pellejo; el hebreo le erró la cuchillada por dos dedos. Un cura menos. Nadie se hubiera dado cuenta.

¿O no lo pudo matar? Si alguien lo conoce es ella; bien sabe Petra que Teófilo es incapaz de quitarle la vida a un semejante.

-Corrió al Santo Oficio para acusarlo, ¡Obligación de buen cristiano!

-También acusó a Violante y a sus hijos. Petra señala con amargura.

-¡Vaya judiada la del cura! Por lo menos pudo tener el detalle de no delatar a quien con él se revolcaba.

-Pero había dinero de por medio, Lorenza, perdido el amor con oro se soporta mejor.

-Te veo muy enterada, Petra.

-Como tú. ¿O no lo sabe todo el pueblo?

Lorenza observa a su compañera. Si no tiene lágrimas en los ojos, poco le falta. **“¡Vaya con la pollera! Nunca supo suponer que...”**

-¿Y por qué ayudaste a la Violante a ganar La Raya si ella fue su perdición? ¡Dímelo Petra y alivia el alma por una vez en tu vida! No es bueno guardar las penas.

-Por los hijos. Son suyos. Lorenza, se lo debía.

Teófilo cuidó nada le faltara a los míos cuando quedé sola.

-¡Artera forma de llegar a una mujer propia de un marrano!

-Será. Dime. ¿Cuál el deber de cuñado con la viuda de su hermano, con hambre y cansada de esperar al marido que no ha de volver? ¿Lo conoces, Terencio?

**“¡Vaya! ¿Quién comprende a las mujeres? Si no se hubiera hecho la estrecha, nada le faltaría. Ni macho en el catre, ni carne en el caldero. Pero ella nunca me miró con buenos ojos, ni cuando se casó el pequeño Peoncio. La segunda, con ese inútil de Rufino y entre ambos, el marrano. ¡Si tan fácil le das a otros lo que a mí me niegas, que te zurzan y sigue vendiendo huevos en la plaza! Ese destino te has buscado ¡Zorra!”**

-También te han enseñado, parece, que el muerto y el ido pronto se olvidan.

-Pero yo no una afrenta. ¡Ahí te quedas, Terencio, con lo que te dio la guerra!

Las jornadas de mercado no sólo sirven para arreglar cuentas, intercambiar mercancías, noticias, mensajes. En algunas oportunidades, pocas, arriban visitantes no esperados ni deseados.

-¡Afufa, Nolia! ¡Recoge y aire, que llegan las sierpes verdes!

El gitano los ha oído a la distancia con ese instinto que la dura vida da a los perseguidos. La Nolia también los divisa.

-¡Vamos, churumbeles, que los hijos de Belcebú bajan del monte! Mientras los calós, borrico con calderos y cazos se marchan hacia mejor lugar por la cuesta del castañar desciende una extraña procesión.

-¡“Pax pacis, fratris! Proclama un singular anciano desnudo traído en una improvisada angarilla por dos cuadrilleros de la Santa Hermandad y seguidos por los otros componen el grupo. Llegan al centro del mercado.

Sin muchos miramientos dejan al achacoso viejo junto a la fuentecilla. El sargento al mando de la partida observa a los presentes. No conoce a nadie. Es su primera vez en el pueblo. Los vecinos de Hervás nunca reclaman la presencia policial. Tampoco los alcaldes. Ni los alguaciles. Según parece prefieren arreglar sus diferencias entre ellos sin la intervención de la autoridad. Restos de las costumbres y fueros de las aljamas.

**“... A la que sí conozco, es esa.”**

-¿Cómo estás, Lorenza?

**“¡Maldito hijo de puta, sargento Fermín Peño!”**

-Ya lo ve, cuidando mis negocios.

-No sabía que comerciabas con verduras y ajos. ¿No trabajabas en temas... de la carne?

-Poco y nada. Sólo cuando tengo oportunidad.

**“¡Vaya memoria la del hijo del torno! Todavía recuerda lo de aquella noche.”**

-¿No le habías comprado dos recentales a un pastor y no tenías albarán?

-Se lo dije entonces; por tan poca cosa no hacen falta. Además sólo me quedó uno. **“El otro me lo quitaste tú, cabrón.”**

-Sí, creo que la palmó por el frío. A ver si un día de estos, cuando bajes a las dehesas, te das una vuelta por la ballestería.

-No creo que pueda. Aldeanueva me cae lejos. **“¡La próxima que metas la verga en la boca, te la corto de un mordisco, cunero! Que si te la mamé aquella tarde, fue porque si no la chupaba ¡derecho a la trena, parido por el culo!”**

-“¡Spiritus Dei ferebatur super aguas! Dixit quoque Deus. ¿Quis quoe quid?”

-¿Y a éste que le pasa? ¿Se ha caído de la cruz?

-¡Calla, Lorenza, o te condenas!

-No padezcas, Petra; son de la Santa Hermandad y no del Santo Oficio.

-Sí, muy santos los servidores de ambos cuerpos del reino.

El cuadrillero pregunta en voz alta. -¿Alguien sabe quién es este desgraciado?

-El padre Salvador, franciscano de La Abadía.

-¿Está seguro, curita? Porque andamos detrás de un fugitivo.

-Yo lo esperaba esta mañana. Don Nicanor, atraído por el bullicio -cuadrilleros en el pueblo- ha salido de la iglesia y reconoce a su antiguo compañero de las campañas comuneras. De vez en cuando se reúnen a recordar aquellas batallas que tan mal fin tuvieron. ¡Dios les salvó la vida! Nunca mejor dicho. Si los conocimientos de latín de Salvador, era hijo del confesor romano de un alzado de Tordesillas, le permitieron ocultarse en un convento franciscano, sus conocimientos lograron a Nicanor una plaza de párroco en una escondida aldea. Les evitó las galeras, o la horca un fraile dominico, capellán de los Comuneros, a quien ambos ayudaban en las misas y en las confesiones cuando los heridos en las batallas cercanos a la muerte eran muchos.

Perdida la batalla de Villalar, el dominicano mandó huir a sus colaboradores y él se pasó a las tropas de Su Majestad Carlos I.

-¿Tiene apariencias de asesino este pobre hombre?

La respuesta del cura la tenía Fermín antes de efectuarla. Lo supo cuando encontraron al infeliz en cueros, desvariando en latín, magullado a golpes. Pero por algo se debe comenzar cuando se interroga a patanes y no se les puede moler los huesos para que canten. De alguna respuesta surgirá el hilo.

-¿No me miente, párroco? Que fuera de la iglesia, como sucede ahora, no está protegido por lo santo.



-Lo juro, si eso le basta. ¿O necesita el testimonio del Superior de La Abadía vecina a los Duques de Alba o él de ellos?

“El Picao” susurra al oído del sargento, bien sabe el cuadrillero que a Fermín le enfurece le quiten protagonismo:

-Si es fraile, y de La Abadía, le falta el hábito. A pie no vendría desde tan lejos.

**“Tiene razón. No es tan bruto como parece con esa cara llena de hoyos de viruela. ¿Cómo carajo no caí en ello?”**

-¿Alguien ha visto por aquí a un franciscano montado en un borrico o en un mulo?

Nadie responde.

Lo de siempre. Nadie tiene prisa en contestar si no se le apura. Terencio recuerda bien al huido. Podría describirlo con detalles, pero no será él quien denuncie al Capitán Francisco Miranda. Lorenza también pero, a pesar del odio por el hijo de puta del sargento, le resulta indispensable saber.

-¿Quién ha zurrado al monje?

**“¡Vaya, la de la boca holgada! Si le doy cuerda, quizá pique.”**

-Un asesino peligroso fugado de una cuerda de presos aquí cerca.

-¿Y por qué lo habían engrillado?

-Por escabechar a un superior en una taberna de Sevilla. Eran, él huido, capitán de Las Indias y el muerto, un alto mando, caballero de una Orden.

-¿Y las razones? No por nada se manda al otro mundo a un camarada de armas.

-Escúchame bien, Lorenza. Él que pregunta soy yo y no te hagas la lista conmigo o de la última vez te parecerá una juerga con lo que te espera si te levo a la ballestería. Ocho a satisfacer antes de llevarte a la trena. Te caerán unos años.

-El capitán se cargó al jefe porque éste le quiso escamotear su parte de un oro no declarado que traían de Las Indias.

**“Aquí uno que ha comenzado a largar.”**

-¿Y qué más?

-¿Pues le parece poco? Que te cuelguen los del Rey por privarlo de un quinto, vaya y pase. Pero un compañero, con quien te has jugado la vida cien veces, te robe. Pa esos no hay perdón.

Fermín Peño encara a quien de esa manera opina. Con lo dicho no alcanza pero de algo – mucho- más está al tanto.

-Dime, ya que te veo tan enterado. ¿Quién eres para dar parecer tan definitivo?

El veterano de Italia tienta el mango de la daga cargada en la espalda sujeta con la faja. Quizá con aclararle al esbirro con quien trata no haya necesidad de liquidarlo.

-Soy Terencio de María, quince campañas con los Tercios Viejos de España, escudero de Don Juan Diego Señor del Casar, de las huestes del Marqués de Bejar, tres veces mencionado en batalla por el Condestable Borbón, comandante de las tropas del Emperador Carlos V. ¿Necesita más datos –y termina, despectivo- “cuadrillero”? Lo que digo, lo sostengo, por las buenas o las...

Fermín Peño tiene oído al personaje. La fama lo precede en las veras y los valles extremeños. No es el momento adecuado para aceptar la parada. ¡Ya lo tendrá mejor unos de estos días desarmado y engrillado en la ballestería, que motivos para detenerlo no faltaran!

-Me pregunto si tan distinguido militar negará su colaboración a un cuerpo de seguridad del Rey. ¿Ha visto por aquí al fugitivo?

Terencio sabe que declarar media verdad equivale a poco o nada.

-Esta mañana pasó un franciscano a pie.

-¿Sería demasiado molestarlo si me pudiera indicar para dónde se marchó?

-¡Para Honduras y cruzar a la vera del Jerte, que según dijo de ahí es y a su casa iba!

La intervención de Lorenza, inesperada, salva el aprieto. Ninguno de los presentes desea colaborar, “testigo termina comprometido o empapelado”, y mentir a la Santa Hermandad resulta arriesgado. Los cuadrilleros siempre terminan conociendo la verdad. O acaban contigo.

Fermín prefiere encarar a la mujer. Con el veterano el asunto puede tomar otros aspectos. Por el momento no le interesan. La coge por la ropa y la sacude con saña mientras la apura.

-¡Canta, verdulera, fuerte y alto o te meteré un palo por el culo y te lo sacaré por la boca si mientes!

-¡Se lo juro, sargento! ¡P'arriba, p'al puerto, a pata, porque la mula se le había despeñado y sayo de franciscano llevaba! ¡No sé más! ¿Pa qué voy a mentir por alguien que no conozco y arriesgarme a morir empalada o quemarme por toda la eternidad en el infierno por jurar en falso?

El policía la escudriña. Si el terror marca, mayores no puede leer en el rostro de Lorenza. Ha provocado muchos como para equivocarse.

-¡Para lo alto, cuadrilleros! ¡Sin cabalgadura no se nos escapa!

-¡Un respiro, sargento! Llevamos toda la mañana corriendo.

-Para eso nos pagan, “Picao”.

Repentinamente Fermín recuerda al gitano que despenó esa mañana.

-¿Vive en este pueblo alguien que responda al nombre de Manuel Alvarado, un converso? Ese era el mensaje del caló asaetado. Silencio total. Más no necesita. Si no fuera del pueblo, lo dirían.

-Pues cuando acabe con el fugitivo, y baile en la cuerda antes de esta noche, regresaré para hacerle una visita al marrano. ¡Para Honduras, maulas!

Al alejarse la cuadrilla, Petra, aterrada, ayuda a la compañera a reponerse.

-¿Qué has hecho, Lorenza? ¡Cuando el cuadrillero regrese te romperá el culo con una estaca y te pondrá a secar al sol!

-¡No seré yo quién soy si ayudara a ese hijo de una puta madre que nunca conoció, que lo echó al mundo peor que una perra y de un padre que ni siquiera pensó en tenerlo cuando se revolcó con la zorra que parió al inclusero! ¡Ruego a Dios, sargento Fermín Peño, que tu vida sea como la de una lámpara! ¡Cuelgues de día y ardas de noche!

Descargada la ira y vuelta, no del todo, a la normalidad, Lorenza no puede menos que preguntarse.

-¿Por qué necesitaba ese habido del torno saber si aquí vive Manuel Alvarado?

## CAPITULO 18

**“...Es un asunto muy grande, arriesgado, sin dudas el mayor de mi vida. Si todo se da bien, podría...”**

-¿De cuántas cabezas se trata, Lisandro?

-De unas treinta mil, o más, sumadas unas trescientas mías, restos del rebaño de mi padre.

**“...Si el converso se achanta no sé con quien podría hacer el trato. En toda Extremadura no conozco ninguno que me merezca la confianza que Manuel Alvarado.”**

-¿Tienes poderes para negociar este tipo de contratos?

-Plenos. Llevo conmigo los testimonios del escribano de Valladolid donde me los otorgó ante testigos. En caso contrario no podría firmar nada.

**“No te preocupes, mercader. Llevo planeando esto hace más de un año. Necesito tiempo entre una cosa y la otra para darme el afufón¡ Y que me encuentre su puta madre!”**

-¿Cómo arreglarás las deudas de tu amo?

-¡Yo no tengo amo! Soy un hombre libre, leonés y serrano, de tierra de valientes. Pobre pero hidalgo.

-Perdona. Pocos en Castilla pueden presumir de no tener coyunda, vasallaje o dependencia.

-Para no caer en ello vengo a lo que vengo, Manuel. Si la ley no me protege, me la hago yo a mi manera ¡Y que se joda el Rey!

-Por menos perdieron la cabeza los comuneros.

-Ellos pensaron en muchos. Mi idea es otra. Esta regla sólo a uno atañe. Y eso soy yo.

**“¡Vaya con el Mayoral! Será hidalgo pero a ello no se aferra.**

-El marqués, que no se pasa de consorte, Manuel, tiene más deudas que el Rey con los banqueros de Alemania y media Europa.

**“Tiene información, Lisandro. Si no fuera por los Fugger, Carlos V no sería soberano de España ni Emperador de Europa.”**

-El puto extranjero no tiene ya como garantizarle a los judíos, perdona...

**“Siempre lo seremos aunque nos hayan bautizado cien veces.”**

-...A los prestamistas de Medina del Campo con nada. Le han dado un mes para pagar. Si el culón del flamenco, no lo hace...

-Los acreedores se dirigirán contra los bienes de la señora marquesa, verdadera dueña de los rebaños, que no administra por ser mujer y ello corresponde al marido.

-Así dicen Las Partidas. Pero el cónyuge se ha jugado, y perdido, hasta el apellido, él de su mujer, porque el suyo poco vale, algo así como Van "de no sé cuanto", que se dice pariente del rey.

-De ello presumen todos los nacidos en Gante que han llegado a Castilla.

-En cuanto nos demos cuenta se habrán quedado con todo. Fabrican sus famosos paños con nuestra lana, nos roban el oro de Las Indias y se llevan los mozos a la guerra. Nosotros los castellanos a callar, a pagar y a morir por un flamenco.

-Bien, terminada tu arenga patriótica, Lisandro. ¿Qué pretendes? ¿Ayuda, fondos, armas para una insurrección contra el opresor extranjero? Porque si a ello vienes, no. Te han dado la dirección equivocada. Soy un humilde mercader de lana en un pequeño pueblo extremeño. Busca un fuerte banquero francés vinculado a Francisco I. Los galos siempre han querido derrotar a los hispanos nos manden trastamaras, borgoñeses, absburgos. Ahora tiene más razones que siempre; aunque les faltarán les sobra ingenio para inventarlas. Hablando en serio. ¿Qué deseas, Lisandro del Valle?

-Hacerme rico.

Manuel observa con detenimiento al mayoral. Han hecho junto algunos pequeños negocios de "lana negra" con el pretexto, real o bien hallado, de que los vellones de merina dados por la reducida majada, unas trescientas cabezas, propiedad de Lisandro, también corresponden al marqués del Puente, dueño del rebaño de acuerdo a las ordenanzas de la Hermandad de la Mesta. Y como esas disposiciones constituyen una flagrante injusticia, él, como tratante, conoce las ocultas vías para evitarla. En resumen; en los resultados de las esquilas, y en los documentos de pago esos doblones no aparecían. Iban por los misteriosos caminos de las finanzas y letras de cambio a la bolsa de Lisandro. Javier, "el gordo", un vizcaino, mercader de paños, entregaba al mayoral en Tolosa, las cantidades que le habían correspondido. Así ¿cinco años...? ¿Más...? Siempre eran unas pocas arrobas. Nunca pasaban de un par cientos. Pero hacerse con una fortuna en una temporada, en un solo corte...

-¿En qué piensas, mayoral?

-Unas cinco, seis, siete mil arrobas de "lana negra". Toda la esquila venidera, Manuel.

Después de asimilar la sorpresa el converso recapacita. En otras circunstancias no trataría el asunto, no por exceso de honradez, -¿de qué honestidad se puede hablar con las ordenanzas de la Hermandad de La Mesta que desde el poder se queda con todo el provecho de la cabaña ovina y ha terminado con los propietarios de los pequeños rebaños?- Si no porque realizar una maniobra de esa magnitud no se puede ocultar y el resultado inevitable, la horca. Pero no está de más enterarse cuales son los planes del leonés.

-Resulta casi imposible. Además, quienes se atrevan, se juegan el cuello.

-Si los cogen. Entre el esquileo y los resultados en contante pasan unos meses. ¿Cuántos? ¿Tres, cuatro? Tienen que ir a Burgos, al Consulado, luego venderlo, embarcarlo. Llegar a Flandes, recibirlo los tejedores y no hacer reclamos. Librar las órdenes de pago. Desde la esquila al cobro, más del tiempo necesario para mí.

Lleva razón el mayoral. Por esos motivos existen los tratantes y los agentes, él, Manuel Alvarado entre ellos. Los nobles, las órdenes militares, las organizaciones eclesiásticas, todos los grandes dueños de los rebaños de La Mesta prefieren recurrir a los intermediarios que pagan de inmediato, rápidamente, a cuenta de resultados de la esquila venidera.

-Conoces bien los entresijos del comercio lanero, Lisandro.

-Llevo con las ovejas desde que nací, mercader. Me han sobrado años para estudiar el asunto. Tener el tiempo necesario para coger el oro de la lana y desaparecer para siempre es la parte fundamental de mi plan.

-Eso será para ti, leonés. Pero para el “otro” no resulta tan fácil. “Quien” te “compre” la lana se queda en su lugar; de alguna manera, lo sabes, los Alcaldes Entregadores de La Mesta lo descubrirán. En Castilla en realidad hay sólo dos cosas sagradas; el oro del Rey, su parte en los envíos desde Las Indias y la lana merina que se exporta. Con eso no se juega. Constituyen un delito más grave que predicar las doctrinas de Lutero.

Lisandro sonríe. Tiene previstos los pasos necesarios para lograr sus finalidades.

-¡Pero si tú no serías responsable de nada! Lo único diferente, en esta oportunidad, será que en vez de entregarme a la firma del convenio una carta con la orden de pago en Valladolid o Medina me habrás liquidado con escudos en metálicos por el apuro del marqués en pagar sus deudas.

-¿Y a los acreedores qué les contarás?

El Mayoral ríe con todas sus ganas.

-¡Les pagaré con un contrato de venta anticipada de la esquila próxima a un precio de ganga! Como los usureros creerán hacer doble negocio, intereses y una gran diferencia de precio; aceptarán.

Manuel considera el proyecto. Como timo no está mal pensado. Pero varias objeciones.

-¿Quiénes son los prestamistas?

Lisandro preveía esa pregunta.

-No te preocupes. No son de los “tuyos”. A conversos no les iría con ese proyecto. “Vosotros” os consultáis cuando un negocio ofrece dudas. Estos son unos italianos asentados en Medina. Atienden a los nobles en apuros. La vida en la corte requiere mucho dinero.

**“Banqueros genoviscos.”** A Manuel no le desagradaba que los intrusos italianos recibieran un buen palo.

Desde que los genoveses, florentinos y alemanes entraron en las finanzas de Castilla y Aragón con sus bancas, casas de cambio y préstamos, los negocios de los conversos se han hecho más difíciles en materia de dinero o arrendamientos de tasas, juros y otros ingresos reales. Son competidores desleales, inmisericordes. **“ ¡Qué se jodan! Nos han quitado miles de doblones.”**

-Yo no soy el más indicado, mayoral. No tengo esa cantidad de moneda. Sabes que represento a otros, financieros de Toledo, algunos señores poderosos de la comarca.

-...Algún obispo

**“Está bien enterado el leonés. Lo tiene bien estudiado. No lo haré, siempre termina descubriéndose un desfalco si tiene que ver con la Hermandad de La Mesta, pero me interesan conocer hasta donde ha llegado este ovejero, si bien fijodalgo, pobre.”**

-Si lo sabes ¿a qué vienes a mí, Lisandro? Para reunir tantos miles de escudos tengo que recurrir a alguno de ellos y les deberé explicar el negocio. “Secreto entre dos, sólo lo sabe Dios, secreto entre tres, público es.”

-Por varias razones, Manuel. Eres de honor. Hace muchos años estamos en tratos. Siempre te he confiado mi lana, “negra” como vosotros la llamáis, pero bien sabe Dios que mía es y no del gordo flamenco porque de mis ovejas sale por más que las ordenanzas de La Mesta afirmen que, si bien mis reses no les pertenecen, sí los vellones. Me has liquidado hasta el último maravedí sin mengua ni quita. Lo he comprobado.

-En este tipo de negocios sólo existe una manera de hacerlos; cumplir con la palabra empeñada. No hay mejor contrato para ellos. Dar buen fin a los compromisos se basa en la confianza, sin necesidad de papeles entre los que intervienen. Así son estos convenios. Faltar a lo prometido se paga con la vida. Tarde o temprano llega el vencimiento en forma de cuchillada.

-Me consta. Me puedo fiar de ti por entero. Te creo sin dudarlo a pesar de ser... Lisandro interrumpe la frase. La última palabra, de no sujetarla, puede arruinar todo el plan.

-¿Converso, mejor dicho judío? Bien. Me honra viniendo de quien viene; un hidalgo, pobre, pero limpia sangre de linaje leonés, de aquellos que conquistaron España a las órdenes de los Alfonsos. Pero vamos a poner las cosas en claro, Lisandro del Valle. Tú estás aquí, en mi casa, discutiendo conmigo un asunto porque, según tus planes, necesitas al judío, como siempre ha sido en Castilla y Aragón. Escucha; lo diré por última vez; no sigas perdiendo tu tiempo ni me hagas perder el mío. He retrasado un viaje por esperarte. Además de otras buenas razones, existe un motivo fundamental. No tengo el oro necesario para este asunto que para ti se parece a una venganza contra tu ¿”amo”? flamenco pero que la justicia puede calificar, si te cogen, de otra manera.

-Te equivocas converso. No de medio a medio, sino por entero. Creo en ti, seas lo que seas para quienes nos mandan. Además sabes el “como” hacer las cosas. Y por último, no necesito el dinero ahora.

Manuel Alvarado percibe que el mayoral ha urdido una trama más completa que un burdo robo. Ha planeado bien los detalles; ha elegido un buen socio en quien confiar; él. Tendrá, no lo duda, una perfecta escapatoria para que no lo cojan, todo ello basado en un acabado ritmo de los hechos, como si fuera una canción en la cual las palabras y la música encajan en el momento preciso. Pero, y eso lo seduce peligrosamente, el plan se puede perfeccionar.

Como siempre en los mejores negocios, no hace falta dinero sino ingenio. Puede proporcionarle unos recursos inesperados. Si el plan llega a buen fin será la solución a sus problemas; tendrá el capital suficiente, del cual carece ahora en la cantidad necesaria, fuera de Castilla e iniciar una nueva vida asumiendo lo que es; un miembro del Pacto, casarse por La Ley de Moisés con Josefina, tener un hijo y circuncidarlo lejos de la Inquisición, en los Países Bajos. Maridada Ana con Tomás Coronel su hija tiene la vida asegurada. Poco lo atará, entonces, a estos reinos donde sobrevive de milagro. Si, lamentará perder su paisaje natal, que tanto ama, pero a cambio de la tranquilidad y un futuro cierto no es alto el costo.

-Dime Lisandro ¿cómo piensas cobrar tus escudos por los cuáles estás dispuesto a correr tantos riesgos?

-¿Cuándo? Para el momento en que hayas vendido los vellones a quien sea, al mejor precio, pero lo antes posible. Cada día cuenta. ¿Cómo? De la forma habitual. Mis escudos me los entregará, como siempre, Javier “El Gordo” pero no en Tolosa otra vez.

-¿Dónde entonces? Considera que los vizcainos tienen sus límites aunque se muevan bien en las montañas.

-Los quiero en Bayona. O en Cambó. O en Pau. Para los vizcainos la frontera con Francia no existe. Esos mercaderes tienen casa en ambos lados de las marcas. Viven donde les conviene en cada momento. “El Gordo” me lo hará saber. Estaré en Guardo.

**“Bien pensado. Lejos de la menor posibilidad de los alguaciles y múltiples comisarios españoles. A unas horas de los valles y pasos de los Pirineos que pocos conocen bien, salvo quienes de ese saber hacen medio de vida. No lejos de un puerto de mar galo.”**

-Bien mayoral. No habrá problemas. Javier, “El Gordo” te dará lo tuyo en Bayona. **“Allí ha dado refugio el francés a más de un cristiano nuevo perseguido por la Inquisición”**. Al comienzo de la primavera ¿Te parece bien?

-Para ese tiempo calculaba.

-Luego ¿qué harás, Lisandro?

El leonés sonríe. Con un gesto de inteligencia, responde como quien ha considerado todos los detalles.

-“Secreto entre dos, sólo lo sabe Dios. Secreto de uno, no lo sabe ninguno”, Manuel. Será mejor no estés enterado.



**“No puedo, ni debo decírselo. Lo he planeado durante los largos días trayendo el ganado desde León a Extremadura por las cañadas; si algo se tuerce y prenden al judío, lo harán cantar en el tormento, no hay quien los resista, en especial si se trata de asuntos del Concejo de La Mesta. Si no sabe, no sabe. – No tendrán ninguna pista, salvo que me he ido a Francia ¡qué me busquen allí si pueden!”**

Para antes de las Navidades regresará a su casa en Guardo con el pretexto de estar muy enfermo, a punto de palmarla. Ya tiene en el morral las hierbas que les vendió la hechicera gallega.

Le producirán fiebres, vómitos, colores de muerte. Se marchará, con la compañía de un zagal, al pueblo.

Los rebaños a cargo de Eliseo como mayoral, hasta su regreso... ¡Al paisano le encantará! Sabe que si él no enferma, o se muere, nunca llegará a mayoral. También órdenes escritas, los Alcaldes de La Mesta de otra forma jamás aceptarán su palabra como prueba de entregar el total de la lana esquilada a Manuel Alvarado pues ya han sido libradas las cartas de pago a favor del Marqués del Puente que el mayoral se ha llevado consigo. Lisandro sonríe. **“¡No le vayan a cargar la romana al pobre desgraciado que no se habrá enterado ni se enterará nunca cómo ha sido la trama! Más por ti no puedo hacer, infeliz Eliseo”.**

Estará “enfermo” todo el invierno. Grave. A morir. Para la primavera, apenas llegue el aviso de Javier “El Gordo”, su mujer, también los hijos por si la diña en el camino, dirán a todos; todos que se marchan a un pueblo francés, Cambó, para ver si las aguas del lugar lo mejoran. Con el oro en la mano a través de los valles hasta Can Franc. Allí, en Huesca o Zaragoza, adquirirá una ejecutoria con derecho a título, de algún noble arruinado –**“¿No lo tuvo que hacer su abuelo al meterse en revueltas de fueros y linajes del lado equivocado, él de los perdedores?”**– Comprará un buen rebaño de merinas y de lleno en negocio de la lana en Aragón. Dicen que los catalanes tejen paños más o menos finos.

Con un apellido nuevo, un “Señor de...” ¡Qué lo busquen los alcaldes, corchetes, cuadrilleros y toda la policía castellana!”

-¿Tú, Manuel, qué harás? Yo desapareceré, pero nadie sabe. Por no contradecirnos demasiado si se da la mala.

El converso ha comprendido. Lisandro, y hace bien, no soltará la prenda. Aunque desearía conocer los planes del mayoral mejor, como él ha dicho, no tener idea de ellos.

-¿Yo...? ¿Acaso te he dicho que acepto? Una cosa es colocar cien o doscientas arrobas de “lana negra”, otra varios miles. Se necesitan muchas carretas. **Los portugueses las buscarán. A nadie le interesará dejar testigos sometidos a la justicia castellana.**

-¡Vamos, no dejarás pasar una oportunidad como ésta de hacerte rico a costa de estos hijos de puta que os echaron de Castilla casi en cueros? ¿O te sientes obligado moralmente con esos cabrones?

-¿Y tú, hidalgo sin título ni tierras?

-¿Yo? “Ni rey traidor, ni papa descomulgado”, converso. Quienes hacen las leyes, no las sufren. ¡Lisandro del Valle, a lo suyo, lo único que me interesa! De una vez, Manuel Alvarado. ¿Si o no? **“Di que sí, judío, que no tengo otro en quien confiar”.**

-No sé. Demasiada gente de por medio. En especial los Alcaldes Entregadores. Una cosa es, si se les unta bien, no vean unas arrobas. Otra, millares. Los carreteros serán lusitanos acostumbrados a meter cargamentos enteros, pringar a los de las aduanas. Con esos no hay problemas sean de un lado y otro. Cobraran lo suyo y no aparecerán en La Raya. – Compradores para una cantidad de ese envergadura, sin que haya pasado por el Consulado de Burgos...

Lisandro se sorprende.

-¿Pero piensas vender por lo “negro” a pesar de tener los documentos en regla que yo te dejaré firmados hoy?

**“¡He hablado de más!”**

¿Tú te crees, mayoral, que la Hermandad del Concejo de Castilla, que desde Don Jorge Mexía, el noble miembro de La Mesta, tuvo tanto que ver en la expulsión de los judíos en tiempos de los Reyes Católicos crearán a un cristiano nuevo por más papeles, escrituras que exhiba si le falta a un gran propietario, muchos, miles de arrobas lo dejarán pasar? Les va su prestigio, el control, la autoridad de una de las fuentes de riqueza mayores de este reino, el oro del Rey, esquileo pignorado a los banqueros alemanes. No te equivoques, Lisandro. Quien se atreva a secundarte se juega el cuello, en especial si se trata de un converso, a los cuales han tratado de echar del comercio de la lana en beneficio de genoveses, germanos y flamencos.

-Nunca me parecieron tan honrados los Alcaldes Entregadores cuando he tenido que tratarlos.

-Si se trata de unas decenas de ovejas mostrencas, los arreglas con poco, mayoral, pero los contratos de lanas en ciernes están muy vigilados. Se deben notificar y en este particular caso puede constituir la voz de alarma. Los prestamistas no son tan ingenuos.

-Tú sabrás.

-Lo necesario, serrano. Lo tuyo es tratar y cuidar ovejas, lo mío, con chalanes. “Mercader que su trato no entiende, cierre la tienda”. Te aseguro que no hay una verdad más grande. En cuanto les firmes el contrato “a futuro”, pagando las deudas del marqués con su lana, antes de nada averiguaran en los registros de La Mesta si está libre de cargas o convenios anteriores. Si aparece el mío, tú seguro, y yo casi otro tanto ¡A la horca! Le cae mayor pena a quien roba un vellón que si un señor mata a un villano. Este país es de los amos, sí Lisandro, de los amos que tenemos todos los súbditos de Carlos V.

Manuel tiene perfecta conciencia de la verdad de lo dicho pero no ha podido detener, ni con esos temores, las ideas que el plan del mayoral le han originado.

-¿En verdad el marqués te ha otorgado poderes tan amplios?

-“Para arruinar” los llaman. Puedo hacer y deshacer con sus rebaños más de lo que con nuestras ovejas permitían a mi padre y a sus hijos las ordenanzas, impuestos, tasas, portazos y toda la ristra de impuestos que se inventaban día a día. Salíamos de León con mil ovejas regresábamos con cien o doscientas menos al final de la invernada.

-Con eso acabaron con los pequeños propietarios. Y tú, de dueño ¡a trabajar para otro, de amo a mayoral!

-Eso porque se leer, escribir y llevar las cuentas. De otra manera de pastor no pasaba.

Manuel ha nacido en el comercio de la lana. Su padre fue agente de los Coronel en el valle. Luego, después de la expulsión, trabajó para los Fleitas, que exportaban “lana negra” de Castilla desde Lisboa a los tejedores del Norte de Europa. Todavía mantiene contactos con ellos. Podrían hacer “este” negocio si el precio les interesara.

-¿Todas merinas?

Lisandro se alegra. La pregunta del converso demuestra su interés por el trato. Pero debe obrar con cautela.

-Las mías, sí. Las del culón flamenco, la mayoría. Habrá unas doscientas o trescientas churras. Las usamos para leche y el caldero.

El mayoral saca del morral unos vellones y se los entrega a Manuel.

El contacto con la suavidad de la incomparable lana de los rebaños hispanos suscita extrañas sensaciones en quien, como él, se ha pasado la vida tratando los vellocinos de oro de Castilla. No son los razonamientos de un interesado mercader únicamente. El roce con ese producto perfecto de Dios le origina emociones, recuerdos. También inclina el fiel de la balanza que vacila entre el temor a las represiones, si fracasa y la posibilidad de ser un hombre íntegro, libre si logra el éxito. Sería un pecado dejara pasar la oportunidad que –no se atreve a mencionar al Todopoderoso en un acto reprobado por las Escrituras, “... la ley del país en que vives es tu ley” el destino le brinda; la ley del soberano lo condena pero la ley suprema de la existencia humana que se opone a ser un esclavo sujeto de los vaivenes de la voluntad de quienes detentan el poder, una criatura divina a la cual ha sido concedida la libertad por El Creador cuando le insufló Su Sople. ¿No rige?

Las circunstancias, la propuesta de Lisandro, le ofrecen la ocasión de elegir.

**“...Bien vendida la esquila como “lana negra” me producirá los recursos, el oro necesario del cual carezco ahora para intentarlo. Mi parte la dejaré en Amberes, en manos de los Mendes. Ello me permitirá comenzar una nueva vida en Los Países Bajos. Me lo consignarán o entregarán donde yo les indique. Sólo debo indicarle a los Fleita como distribuir los resultados y las direcciones a dónde enviarlos. A Javier “El Gordo” en Bayona los doblones del Mayoral; a los Mendes - ¿a Amsterdam? – los míos.**

**Cuando regresemos de la boda de Ana tendré unos meses. Venderé, sin prisas, ni ruido lo que pueda. Lo que no, le dejaré la mayor parte a Lorenza, la hija de “El Moro”, que tan bien se comportó con mi padre a nuestro retorno de Lisboa, reintegrándonos la casa y los bienes puestos a su nombre cuando La Expulsión.”**

Manuel sonrío. Trata de imaginarse la expresión de Lorenza cuando se vea convertida en la dueña del almacén y la vivienda.

**“No debo enajenarlos. Despertaría sospechas. ¡Pena me da pero ya tendré una mejor en Amsterdam! Una vez que la lana haya pasado La Raya, dos o tres días después de la esquila, nos marcharemos como si fuéramos a Toledo. No le diré nada a Josefina, como cualquiera se puede ir de la lengua en algún momento. Pero en vez de visitar a mi hija en su casa familiar, Lisboa será nuestra primera etapa. De allí un barco al Norte, de los que salen casi a diario. Se pondrá contenta. Será mi esposa y no la manceba del converso.”**  
Manuel termina de acariciar los vellones.

-¿Cuánto calculas, Lisandro, dará la esquila?

**“¡La codicia lo ha podido! ¡Estaba seguro! ¡Ningún judío permanece indiferente al oro!”**

El mayoral sonríe. Su plan se pone en marcha.

-De cinco a seis mil arrobas.

-Muchas me parecen. Mira; con quienes trataremos no permitirán se pese una lana demasiado sucia, ni con demasiadas “piedritas” “cogidas” en los revolcones.

Lisandro reconoce con un gesto las argucias que se emplean en los tratos para ver si cuelan.

-Pero ahí estarás tú, Manuel, para evitarlo y discutir las pesadas.

-Quizás no.

-¡Vaya! ¿Cuáles son tus planes?

El converso, con un ademán indescifrable.

-En Dios confío. Es el único que no habla demás. ¿No es acaso, hidalgo de limpia sangre, el mismo socio que has echado tú? El Todopoderoso será cómplice.

-Ojalá nos ayude. Falta nos hace.

-Bien. Te propongo un trato, sin regateos ni comisiones, ni “esta lana es mi rebaño o la otra la del marqués.” De lo que obtenga, tendré que ofrecer un buen precio a los compradores para que carguen con los gastos, puesto tu dinero en Bayona, la mitad para ti, la mitad para mí. O lo aceptas o lo dejas.

**“Era lo que tenía pensado. El judío parece decidido. En él debo confiar”.**

-Me va la vida en esta parada, Manuel.

Las palabras del leonés van cargadas de segundas.

-Yo también me la juego. Te recuerdo, Lisandro, que tú trajiste el plan. ¡Jamás me hubiera imaginado algo semejante! No soy el mayoral de ninguna cabaña, ni me han otorgado poderes...

**“Tiene razones del converso imposibles de discutir. Tanto tiempo rumiando el plan al mismo paso de las ovejas por las cañadas que siempre me pareció un sueño, una agradecida manera de vengar agravios y hacerme rico que ahora, llegado el momento de la verdad, a decidirme no me atrevo. Creo es una ilusión.”**

-¿Qué necesitas?

-Me firmes, de acuerdo con tus poderes, la venta “a corte futuro” de la esquila venidera.

-¿No me ponía en evidencia con los acreedores genoveses del culón flamenco esos documentos? Tú lo has dicho.

-No te preocupes. No lo registraré con el Alcalde Entregador como está mandado, pero me servirá para cargar la lana, si tú además das la orden, ya que “estarás grave, muriéndote en Guardo” para que ninguno de los rabadanes sospeche.

**“Tiene razón el judío. Eliseo sin papeles, aunque poco sabe leer, no entregará ni un vellón a nadie.”**

-¿Qué más?

-La esquila se realizará en el valle del Ambroz, en las mismas dehesas. Si los rebaños salen con la lana puesta fuera del señorío de los duques de Alba, que me conocen y dan fe de mí, el asunto será complicado

-No se moverán ni con bula del Papa. En los prados de la Abadía esquila.

-Siempre resulta más fácil tratar con Roma que con los señores de Castilla o con el mismísimo Rey.

-Necesito una suma para contentar, ahora, a los rabadanes, a los pastores tener yo un resto y el dinero para los gastos de diario de los hatos lo deberé dejar en manos de quien se haga cargo “cuando yo enferme”.

**“Eliseo se sentirá importante. Me estará agradecido.”**

Manuel asiente. Debe ser generoso, no en demasía. Poco, hará desconfiar. Mucho, también. Saca del arcón, afirmado al suelo con una cerradura de combinación sólo por él conocida, una bolsa. La sorpresa.

-Ahí van quinientos maravedíes.

**“...Más los que me llevaré del señor marqués el día que me marche “malo de muerte” redondearé una buena suma. Me gastaré algo en alegrar a los borregueros y roperos. Les quedará una buena impresión y me defenderán hasta que los achuchen. En cuanto los apremien los Alcaldes de La Mesta seré el culpable de haber crucificado, con el judío, a Cristo.”**

-Darán de sí lo necesario. Abriendo los brazos dispuesto a lo por venir, agrega. – Prepara el papelerío, Manuel. Se persigna.

Las miradas de ambos se cruzan y mantienen el tiempo necesario para intercambiar recíprocos mensajes, silenciosos pero elocuentes. La fe del uno en el otro es recíproca.

Saben que después de ese día nunca se volverán a encontrar.

Sólo, si el mal fario cae sobre ellos, se verán nuevamente las caras enfrentándose a la muerte en un patíbulo o – si el destino lo decide – como, donde, cuando...

## CAPITULO 19

Aterrado, pretende alejarlos esgrimiendo la débil vara.

Los perros ladran furiosamente y tratan de alcanzarlo lanzándose, rabiosos, a su cuello.

Los canes llevan collares de hierro, con afiladas puntas de acero alrededor de los pescuezos. Entre los dientes sobresalen unos colmillos capaces de destrozar a cualquier humano.

Aparecen, inesperadamente, en medio de las ovejas que no los temen. Por el contrario continúan la marcha, indiferentes, con calmos balidos, muy tranquilas sin inmutarse ante la presencia de las feroces bestias.

Uno de los sangrientos animales salta directamente con las fauces abiertas, rebosando espuma por los belfos.

Coge la garrota que lleva al lado, colocada por el caballerizo “por si un acaso”, y le da con ella, con tremenda fuerza, - jamás hasta ese momento supo la tenía- y le parte, con el golpe la cabeza al can.

El perro cae en tierra; agoniza entre aullidos de dolor y convulsiones finales, retorciéndose hasta quedar inerte.

No puede creérselo. Ha sido capaz de matar. Y si bien sólo se trata de un ser irracional, tenía el sople divino de la vida en el cuerpo, lo ha hecho.

Él, que no ha podido actuar de secretario durante las sesiones de tormento, sólo la vista de la sangre y los gritos de dolor de los interrogados lo enfermaban mucho, - salvó su empleo gracias a ser el recomendado de un obispo- ha sacrificado, con sus manos, una criatura de Dios...

-¡Que no sé pue matar perro que mate lobo! Los ásperos gritos de un pastor lo sacan de la zona del terror y lo vuelven a la realidad. El borreguero ha cogido las riendas y detiene al carricoche. Lope de la Peña se encuentra metido en el medio de una interminable caravana de ovinos que marchan en sentido opuesto al suyo, hacia el Sur. “¿Cómo ha sido?”

-No fue con intención, buen hombre. Esas bestias me acometieron.

-¡Un mastín sino está empicado no ataca salvo que se trate de un lobo! Luego agrega, con un ligero toque de guasa. —Ni a un inquisidor.

La Cruz verde bordada en su capa anuncia a cada momento el cargo que desempeña al servicio de la Iglesia. También Lope lo recuerda. Se trata de su primera misión, solo, no como uno más de una partida de familiares del Santo Oficio, obedeciendo órdenes. Adopta la postura y el tono que, supone, corresponden al rango de un funcionario de la Inquisición frente a un rústico.

-¡Ese animal venía por mí y no me discuta! ¿Tengo que recordarle con quién está hablando?

-No vucencia. Con todo respeto, los fueros de las cañadas, lo mandado por la Hermandad de La Mesta, protege a los mastines. Y multan a quienes los maltratan o... matan. Ese perro pertenecía a la Orden de Creta propietaria de estos rebaños. No perdonan fácilmente se dañe nada que sea suyo, termina con un suspiro.

-Se lo puedo asegurar. Sobre la espalda llevo las marcas de cómo castigan si alguien pierde ovejas o lo que sea.

-¡Pues que tus amos le reclamen al Tribunal del Santo Oficio Plasencia el mastín y veremos, de paso, cómo se comportan los hermanos de la Orden con respecto a la práctica de la fe! El novato inquisidor se sorprende de su atrevimiento pero así le han instruido actué los superiores: "No existe poder alguno en los reinos de Castilla y Aragón por encima del Santo Oficio. Tenlo presente Lope de la Peña cuando te relaciones con los demás. Nos temen y deben tener presente siempre nuestro poder".

-Pues ellos se proclaman los verdaderos defensores de Cristo, señoría.

-Ya veremos. ¡Aparta esas malolientes ovejas y dame paso!

El ovejero, aparado por las ordenanzas, se niega sin ocultar demasiado una pizca de chanza.

-Los rebaños tienen derecho de prioridad en las cañadas, vucencia, se ha metido en una de ellas. Tendrá que esperar pasen todas. Lope observa desde el charrete la interminable columna; se pierde hasta que su vista alcanza.

**"Llegaré tarde a la cita. Si quien me aguarda se marcha y no obtengo la información que ofrece, seguro me pondrán de patitas en la calle por más padrino Obispo tenga. Ya me han perdonado la vomitona con que embadurné el hábito del Padre Superior durante ese maldito potro, pero cuando se le desencajaron los miembros y expiró la relapsa no pude aguantar las entrañas. Dicen que me acostumbraré. Eso espero porque sino mal futuro tengo en la Inquisición. Podría haberme buscado otro destino mi padrino o lo que sea, para eso es vicario, representante de Dios en sus diócesis. Prefirió, me dijo, algo distante de su autoridad por eso de las murmuraciones. ¡Cómo si fuera el único eclesiástico en Castilla que tiene sobrinos o ahijados! Afirma, quizás tenga razón en ello pero, según parece –el Papa no está de acuerdo con la tesis -, que el voto de celibato, bien estudiado, prohíbe casarse a los sacerdotes católicos pero no la obligación de abstenerse sexualmente. Y si, en el ejercicio de esa actividad masculina se producen efectos irreparables, de alguna manera hay que denominar a los frutos de las funciones otorgadas por El Señor a los varones."**

Los pastores detienen a gritos al ganado, ayudados por los perros de carrea. Lope sonríe satisfecho. Algún jefe se habrá enterado y dispuesto lo necesario para dejarle paso.

-¿Dónde va, lelo?

-¡A seguir mi camino, rústico! ¿No ve que me dan vía libre?

-¡No a usted! ¡Alto ahí, parado!



Lope no comprende pero si advierte una columna de polvo levantada por un grupo de caballos se acerca rápidamente.

Cuando llegan los corceles montados por unos caballeros, precedidos por pajes, escuderos, sirvientes con banderolas y pendones en alto el novel inquisidor se apercibe que algunos, a pesar de las afirmaciones de los superiores del Santo Oficio, no están sometidos a los mandatos de la Inquisición por el solo hecho de ser súbditos del Emperador Carlos V y católicos.

Los vivos y las manifestaciones de sumisión de los ovejeros, desde los que cabalgan dando órdenes a los últimos zagales que corren detrás de las cabezas descarriadas, prueban a Lope de la Peña la realidad castellana; los villanos, duramente sojuzgados, respetan a sus amos si los envuelve la aureola del heroísmo y odian a quienes solamente temen. Los familiares de la cruz verde, a los cuales él pertenece, están entre los aborrecidos. La evidencia la tiene ante sí.

Desde la litera envarada en dos buenas mulas, el viejo don Fradique Álvarez de Toledo contempla los miles de cabezas que se han detenido para darle paso. En Castilla ser Duque de Alba supera las rígidas ordenanzas de La Mesta. Él es, sin duda, uno de los pilares de la noble Hermandad, la esencia misma de Castilla.

Varios jinetes, sombreros emplumados, fajas de rango militar cruzadas sobre los pechos, cabalgan al trote corto, dándole escolta, entre ellos su nieto don Fernando, el heredero del ducado. Lo ha preparado para continuar la tradición familiar, defender y aumentar los señoríos, ser fiel a los compromisos contraídos con la corona como él lo fue con los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, a quienes debe buena parte de su grandeza.

No sólo les proporcionó los soldados necesarios como correspondía a su condición de señor feudal; también estuvo al frente de ellos hasta la caída de Granada.

La vista de los inmensos rebaños en marcha hacia las dehesas le hace sonreír. Será un buen año de rentas para la Casa de Alba; los juro de los pastos y demás ingresos vendrán de perillas a las arcas ducales. Les son indispensables en tiempos de guerra, a este rey que el destino les ha deparado le agradan las contiendas tanto o más que comer -¡Y vaya si engulle y bebe el flamenco!- Las luchas de Carlos por el poder, por mantenerse como emperador, exigen cada día más tropas, más armas, más abastecimientos, más ¡De todo! Un noble debe cumplir con sus obligaciones.

El joven don Fernando Álvarez de Toledo observa la satisfacción y el orgullo reflejados en el anciano rostro de su abuelo. Él también experimenta un sentimiento de altivez, en especial cuando trae consigo a varios invitados extranjeros, compañeros de armas de las fuerzas del Emperador, al exhibir los dominios de los Alba, sólo en ese parte de Castilla y a poco, el palacio ducal.

Allí pasarán unas jornadas de esparcimiento entre la última batalla y la próxima. Los halagará con caros presentes, buenas mozas en los lechos; les sujetarán las presas durante la caza, comidas, vinos...

Los quiere a su favor cuando Carlos V lo ascienda y lo ponga al mando en las futuras campañas. Es bueno contar con la adhesión, voluntaria o comprada, de los que serán sus subordinados. El mismo Emperador lo ha hecho con los príncipes electores para lograr la corona del Sacro Imperio; el venidero duque de Alba lo sabe. Debe contar con la buena voluntad del Rey, de la corte, de los jefes militares, su valentía personal y... oro. Ahí están, en esos millares de ovejas que tanto sorprenden a sus visitantes alemanes, una buena fuente de las riquezas del ducado que le serán de mucha utilidad para lograr lo ambicionado.

-¡Cuántos jóvenes desperdiciados cuidando ganado que podrían servir de soldados, Don Fernando!

Las palabras del barón Von Schwartz, un noble hidalgo bávaro que decidió luchar, trayendo consigo unos mercenarios luteranos, por la noble causa del católico emperador Carlos V contra los señores protestantes germanos a causa de una buena paga y un buen arreglo sobre los botines, no sorprende al noble castellano.

-Déjelos cuiden los rebaños. En las cañadas y las dehesas me dan más provecho, por lo tanto al rey y a las guerras, que muriendo en las batallas. Las ovejas pagan y dan beneficios, los soldados cobran y comen. Por otra parte así está mandado en las Ordenanzas: Los pastores están exentos de los deberes militares.

-¡Extrañas leyes las vuestras! En Alemania ser soldado, desde un humilde campesino hasta un príncipe, es un deber y un honor.

-Es que allí, barón, siempre es de noche, llueve y hace frío. Comprendo que para no aburrirse elijan guerrear.

El de Baviera contempla el amplio valle pleno de verdor y luz, cabalgando en una vía sin los barrizales propios de la época en los principados germanos, sin el frío cortante hiriendo a quienes no tienen otra alternativa que salir a los campos cubiertos de escarchas, nieblas y lluvias o nieves; comprende porque hay tantos voluntarios para enrolarse como lansquenets entre los campesinos alemanes para las guerras de Italia.

**“Poco trabajo, salvo alguna que otra batalla; los italianos no ofrecen muchas dificultades en los enfrentamientos, siempre prefieran un mal arreglo a derramar su sangre y proteger sus casas. Todos los ejércitos han pasado por esas tierras. Buen clima, buenas mujeres, bien dispuestas casi siempre. Y si no lo están, saben como comportarse para salvar la vida en épocas de conquistas; excelentes comidas y vinos. ¡Y una paga, además de la participación los botines! Yo mismo –continúa las reflexiones el oficial alemán- no he sido indiferente a esos atractivos. Resulta más conveniente luchar con los españoles a favor de Carlos V que con los franceses, rácanos en todos los aspectos, contra el Emperador.”**

Pero la vista de tantos fuertes mocetones empuñando un cayado y no una lanza, le produce un profundo desgrado a quien ha hecho de la guerra su forma de vida.

-Sin embargo, mi respetado don Fernando, vendrían bien unos cuantos miles de soldados más en los Tercios.

-Unas compañías de piqueros reclutados por la fuerza de una leva harán poca diferencia. A la primera batalla seria se asustarán como liebres, darán la espalda y comenzarán a correr hacia sus casas. ¡Déjelos con los borregos que para eso hay que saber y aguantar mucho! Con lo que nos proporciona La Mesta se pueden conseguir mercenarios. Hay más soldados de fortuna que pastores expertos. ¡No discutamos, barón! ¡Tengamos la fiesta en paz!

El bávaro calla. El mal genio de Don Fernando Álvarez de Toledo no precisa demasiado para manifestarse. Bien lo conocen quienes se le ha opuesto.

La comitiva pasa delante del charrete de Lope de la Peña. La reverencia del inquisidor, sombrero en mano, no pasa desapercibida al futuro duque, tampoco la cruz verde del Santo Oficio labrada en la capa y en el jubón.

Don Fernando sonríe y se dirige al bávaro. Prevé su reacción.

-¿Sabe Von Schwartz qué hace ese hombre de negro que me saluda tan ceremoniosamente desde ese carruaje?

-No. Parece... ¿un funcionario?

-Sí. Su trabajo consiste en perseguir y llevar a los judíos a la hoguera. Y también algunos otros súbditos molestos, llegado el caso.

El caballero alemán, si bien detesta a los hebreos como todo bien nacido, advierte una nueva contradicción en los rudos hábitos castellanos del Rey Carlos I de España con los del emperador Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico. Por un lado la Inquisición hispana y sus piras expiatorias, por el otro...

-Mi, nuestro soberano, en Alemania y Los Países Bajos da protección a los hebreos negocia con ellos, les otorga arrendamientos, explotación de aduanas y peajes. Confía en ellos.

-Y contrata a luteranos como soldados de los ejércitos imperiales, ¿No es verdad, barón? En la guerra y en la política no se debe llegar a extremismos irreparables, salvo con los enemigos. Además las fronteras están creadas para lo que de un lado es una verdad incuestionable del otro no tanto, con excepción de un dogma indiscutible: El poder. Nuestro monarca lo obedece sin cuestionarlo; simplemente lo ejerce.

Don Fernando satisfecho de haber dado una lección al mercenario; no sólo con arrojo se consigue llegar a condestable o general: son necesarios, además, inteligencia, dinero y no preocuparse demasiado por el bien o por el mal, salvo del propio y elegir correctamente al vencedor.

Al joven duque le molesta como los zafios borregueros se mofan del –sin duda alguna– novato inquisidor. Lo dejarán, si pueden, en medio de las ovejas hasta que pase la última, así sea noche cerrada. No sólo es la burla del iletrado hacia quien tiene alguna cultura; a ello debe agregarse el odio que siente el pueblo llano por el Santo Oficio. De imponer orden.

-¡Pastores!

-¡Mande, señor duque!

-¡Dad paso al familiar de la Inquisición os pesará el no hacerlo!

Don Fernando espolea su caballo. Quiere llegar cuanto antes al palacio.

Los ovejeros obedecen sin rechistar. Con las órdenes del Duque de Alba no se juega.

El charrete de Lope de la Peña atraviesa el corte que han producido los pastores en la interminable fila de ovinos.

Respira aliviado. Podrá llegar a tiempo de cumplir lo encomendado. Descubrir y detener al judaizante que le será denunciado por un informante fiable en la cita a la cual acude.

Ahí está Lope de la Peña en el carruaje que lo lleva hacia un prometedor futuro una vez que, después de oír al delator, le ponga los grilletes al falso converso y lo presente ante sus superiores en Plasencia. Lo que luego le ocurra al judío no es asunto suyo. No será él quien le dé brasa a la hoguera en el quemadero donde el marrano arderá hasta convertirse en cenizas.

## CAPITULO 20

-¡Se acercan unos caballos, montados!

El aviso de Alipio provoca inmediatas consecuencias. Los recelosos gitanos corren hacia la vera de la trocha que lleva de Hervás a la Vía de la Plata en cuyo cruce se alza la venta de “Las Cañadas”. Se ocultan tras los árboles y altos pastos que abundan a los lados de la cuesta.

El oído del caló, no sólo predispuesto para el cante, permanece siempre alerta. Su instinto de supervivencia heredado, expuesto a los ataques de los fuertes y poderosos modelaron sus sentidos para protegerse o escapar a esos asaltos. El calderero ha sido educado desde niño en el catálogo de sonidos. Él que percibe en esos instantes, cabalgaduras al trote corto, carece de las vibraciones de hierros y aceros propios de hombres de armas que nunca resultan propicios para los gitanos. Vienen acompañados de ladrillos de perros -¿de carrea?- propios de ovejeros. Pero no escucha balidos, ni voces. Si son pastores los rebaños no están cerca. No se advierte la columna de polvo que levantan los ganados en marcha, ni el fuerte tufo a chirle de los miles de ovejas defecando unas sí y las otras también.

Tampoco son muchos. Los pájaros no arman ningún revuelo, ni pían alarmados. Labradores, no. El paso corresponde a caballos montados. Un plebeyo podrán encarmarse en un burro o en una mula, pero de un apoyarse de pezuñas al otro hay un ritmo, diferente un intervalo mayor. No le cabe duda alguna; son caballos.

Terminado el análisis del paisaje y del aire, Alipio indica a los suyos se mantengan ocultos. Aprieta con fuerzas las quijadas de su pollino para evitar rebuzne. Si bien lo que viene no alarma, mejor estar prevenidos. Nadie sabe quien es o no un enemigo de los calós.

Eliseo, ceño apretado, deja su cabalgadura marche libremente. Lisandro observa de reojo el gesto del paisano; el silencio mantenido por el rabadán desde la salida de Hervás no le agrada.

-¿Qué te pasa? Estás más callado que testigo no pagado.

-¿Qué quieres diga, Mayoral? Francamente me resulta menguado el precio de nuestra lana “negra”, porque doy por cierto has incluido mis cincuenta merinas en el trato.

-Por supuesto, Eliseo. Lisandro se percató que se ha pasado de listo. Debe evitar conflictos y desconfianzas aunque ocasione unos gastos no calculados.

-Lo recibido es sólo un adelanto. Unos pocos maravedíes a cuenta. Cuando la coloque nos liquidará el resto.

-¿Te fías del marrano?

-Nunca nos ha fallado hasta ahora. Espero que no me dé motivos en adelante. Para mí es persona de fiar.

Pero el rabadán no se tranquiliza. Algo no encaja.

-Me pareció estuviste “abondas” horas con el tratante para arreglar lo de siempre.

Lisandro advierte los vericuetos en que se han metido los pensamientos del paisano. Por algo ambos leoneses, de la misma serranía, tan distintos de caletre no son aunque Eliseo sea duro de mollera. Mejor, al uso de los castellanos viejos, será no andarse con quiebros y enfrentar al morueco de frente. Le caerá mejor al malicioso; espera ambos salgan de dudas porque el mayoral quiere estar seguro y cubierto en la parada. Nada mal atado.

-¿Piensas, Eliseo, que te timo?

El rabadán masca las ideas como trata de hacerlo su caballo con las hierbas de la orilla del camino. Al equino le resulta difícil deglutirlas debido al freno, a Eliseo lo retiene el bocado de la amistad para tragar con facilidad sus inquietudes.

-Náa. Si no fueras como yo de Guardo, afín y no hubiéramos recorrido las cañáas juntos desde que yo zagal y tú mozo servíamos en los mismos rebaños, podría pensar que me estás engatando.

Lisandro siente que el tirón no sólo le lastima el belfo del amor propio; constituye un peligro para todo su plan. Eliseo será el encargado de entregar la esquila a quien indique Manuel Alvarado pues él estará “enfermo a morir” en Guardo. Debe reaccionar como corresponde o el resabiado rabadán que tantas faenas ha visto, y protagonizado, en los años de trashumancia que lleva destruirá la trama como un carnero enfurecido clava los cuernos en el cuerpo de un oponente.

Sofrena violentamente su cabalgadura. Encara al paisano.

-¡Para Eliseo! No arrees por ahí. ¡Bien sabes que Lisandro del Valle, hidalgo y de limpia sangre, antes muerto que injuriado, así se trate de un pariente como lo eres tú!

El Mayoral clava los ojos en Eliseo. El ceño duro, la mano derecha libre, cerca de la faja donde emerge la empuñadura de la faca montañera convencen al rabadán, no por miedo,- es hombre de agallas -, pero sí porque el paisano no enfurecería tanto si sus palabras no fueran un insulto para él, serrano y cabal. Mejor alejar las malas ideas.

El rabadán yerra.

**“No me jugaré la libertad y la vida porque un patán ignorante, que apenas sabe dibujar unas letras y leer con mayor dificultad que el sacristán del pueblo, se pase de fino y perjudique mi futuro. ¡Ya le cargaré su muerto a unos bandoleros, por aquí sobran, sino me da otra alternativa el desconfiado!”**

El rabadán sonríe con franqueza. Da un taconazo al caballo y suelta las riendas para alargar el paso.

-¡A la venta, mayoral, por unas buenas jarras de vino del Duero y unas pécoras bien enseñadas!

Acaba de salvar su vida. Además, le ha dado una buena idea de cómo contentar a los hombres que llevan los hatos.

-¡Bien pensado! ¡Unas “borras” de culos y tetas grandes! Las cataremos nosotros primero. ¡Luego las llevaremos a los chozos para que se la pasen por la piedra desde el primero de los pastores hasta el último zagal! Deben estar cansados de tanta oveja.

-¡Y de meneársela, mayoral!

-¡Cargaré las pagas de las putas como gastos de enfermedad en las cuentas del señor Marqués!

-¿Qué otra cosa es, Lisandro, estar sin verle la crica a una mujer durante seis meses? ¡A por unas buenas borras que las machorras sólo sirven para el caldero!

Cuando la polvareda se disipa anunciando que los jinetes se han alejado, “La Nolia” sale de su escondite. A una señal Alipio y los gitanillos surgen entre los matorrales. El borrico rebuzna a placer.

-¿Y ahora qué hacemos, Alipio? Los cuadrilleros nos han chafado el mercadillo de Hervás.

-Se ha hecho tarde para ir otro lao, Noria. Estamos sin medio cobre. Ni para comprar un celeminí de trigo sobrao de la criba, romi.

“La Nolia” señala un punto situado cuesta abajo.

-¿Y si fuéramos para “Las Cañadas”? En las ventas con buen vino, lumias, naipes y caldero al fuego siempre caen unas moneas p'al cante, p'al nabí. ¡Y a quiénes leerles las manos!

El gitano lo medita.

-No está mal pensao, mujer. De ahí tiramos pa La Raya. La Santa Hermandad de Aldea nueva tiene sargento nuevo, a mí me da repeluz, dentera el tipo ese. ¡Afufa, churumbeles!

-Tiene la maldá en la cara. Huele a Satanás.

Alipio se fía de las dotes de su compañera. Siempre acierta cuando de malo se trata. **“¡Ojalá tuviera el mismo olfato pa lo bueno! Seríamos, sino ricos, al menos no tan pobres”.**

-Pues pa la venta tiramos. ¡A sacar lo que más podamos! De ahí tieso pa Portugal. Allí encontraremos alivio con los del Tío Eustaquio, en Castelo. Los cuadrilleros no cruzan La Raya.

El primer golpe indica a “Caprichoso”, el borrico del calderero la dirección escogida. La cuesta abajo le resulta agradable y hacia “Las Cañadas” emprende un alegre trote corto.

En lo alto, al abrigo del Pinajarro, la torre la iglesia de Santa María de Hervás se va desdibujando entre las nubes bajas del frío otoño. “La Nolia” lo lamenta. Ese pueblo les cae bien.

No rechazan la presencia de los gitanos en sus plazas y rúas como en otros lugares en cuales les echan los perros apenas los ven.

**“... Será porque en el pueblo viven muchos cristianos nuevos”.**

A los pensamientos “La Nolia” agrega un cante melancólico, con aires de soleá:

- ¡Pena me da  
alejarme, Hervás,  
de tus calles  
y de tu castañar!  
¡Igual te halle,  
sea Tu Voluntad,  
Dio al regresar!

- No dejes entrar a nadie en esta casa hasta mi regreso, salvo...

A Manuel Alvarado no le agrada las disposiciones que toma para el tiempo de su viaje pero, la experiencia así enseña, es inevitable hacerlo al salir por varias semanas del pueblo sin fecha de retorno.

- ...Josefina o a Ana, mi hija. ¿Has entendido bien, Terencio?

- De cabo a rabo, Manuel. ¡Aquí no entra nadie ni de día ni de noche mientras yo respire!

El converso tiene presente el pasado militar de quien ha encargado vigilar el almacén y la vivienda.

- Es una orden.

- Que yo cumpliré así me cueste la vida. ¡Vete en paz!

Manuel conoce perfectamente al veterano soldado. Un mandato avalado resulta más efectivo que una simple regla verbal. Le entrega una bolsa bien repleta.

- ¡Ahí van cien marevedíes!

- ¡Joder! ¡Estas puertas no las abrirán ni un ejército de franchutes!

- Tendrás cien más cuando vuelva y vea que has cumplido. No quiero tomes ningún otro compromiso mientras dure mi ausencia.

- No te preocupes, Manuel. Con esto, y lo prometido, tengo para largo sin moverme del pueblo.

Terencio, nacido y criado entre sus vecinos conversos, conoce bien los códigos y las palabras adecuadas que utilizan para cada ocasión.

- ¡La paz sea contigo, Manuel Alvarado y con los tuyos! ¡Ve y vuelve sano y salvo! ¡Bendito sea Su Nombre!

- ¡De tu boca a los oídos de Dios, Terencio! ¡Amén!



Al salir el viejo infante de los Tercios, el dueño de casa coge la pesada tranca de grueso roble y asegura el portal. Corre los pasadores de las contraventanas.

Luego, sólo alumbrado por la luz de los resquicios, aparta unos fardos de lana apoyados en los muros. Busca una piedra igual a las demás de la construcción pero no para sus ojos.

La quita. Del interior del nicho profundo y bien pulido, extrae un talego de cuero fino. Contiene cincuenta doblones “excelentes”, del tiempo de los Reyes Católicos, muy apreciados en toda Europa por su alta proporción de oro fino hasta el punto que los señores y negociantes los han hecho casi desaparecer de los mercados y mesas de banca y cambio. Las “carolinas”, con la efigie de Carlos V troquelada en lugar de la de sus abuelos, tienen un valor muy aminorado. El flamenco ha reducido en mucho la medida del metal áureo de la aleación considerando que su imagen compensaría la falta de oro.

Pero no ha sido así. El modesto tratante de lanas de Hervás conoce, como todos los reyes y comerciantes del mundo, que “el oro es el soberano de todos los soberanos” y alterar su peso en las monedas se considera un pecado sin perdón humano, ni divino.

Para Manuel Alvarado tiene otro gran valor por añadidura; Es toda su fortuna en metálico. Sus reservas para salvar la vida o solventar una situación extrema.

## CAPITULO 21

Los cuatro del mismo palo. Los naipes colocados suavemente pero con fuerza sobre la mesa, como le gusta hacerlo a Benito cuando tiene una mano ganadora, tuercen el gesto del arriero.

“¡Otra pa'l buche!” es la escondida celebración del taimado jugador al recoger los maravedíes de la parada. Ya tiene hecho el día.

El perdedor, congestionado por la cólera, olvida las recuas y el tramo que le falta recorrer. Si se demora más en “Las Cañadas” no podrá cruzar con luz el puerto de Bejar. La oscuridad no resulta lo más adecuado para atravesar un camino de riscos y barrancos, bien lo sabe el recuero, pero la ira puede más.

-¡No se puede tener tanta fortuna! ¡Tú, labriego, tienes la suerte de un puto!

-¡Tu padre! Que yo, Benito Trigo, sigo al pie de la letra que “la mujer y la gallina, la vecina”.

-Entonces juegas con naipes “hechos”.

-Oye “lamemulas”. La baraja, nueva, te la ha entregado, cerrada, la ventera. Tú has abierto el paquete. ¡Quéjate al alguacil si dudas!

Subir hasta Hervás, buscar al alguacil que enterado del asunto -una acusación contra un vecino- le llevará el resto del día para nada.

Resentido observa como Benito baraja. Le arranca las cartas de las manos y las repasa con el tacto y la vista, una a una. No tiene verduguillos, ni recortados los bordes para reconocerlas con las yemas de los dedos. Pero el perdedor tiene la seguridad de un engaño desconocido. Si él labriego se lo descubre podrá evitar lo desplumen en el futuro o utilizarlo en su provecho.

-¿Cómo lo haces, rústico? Si me enseñas la “flor” no más quejas y me marchó en paz.

Benito observa al furioso oponente. Si le descubre la fullería, marcar con hollín los bordes de los naipes según el palo,- se la enseñaron veteranos tahúres en la cárcel de Cáceres a la que fue a parar por jugador de ventaja novato- las consecuencias resultarán de aúpa. Ha visto como la culata de un trabuco asoma por la faja del arriero. Quienes hacen el camino como oficio no vacilan en utilizarlo si la ocasión aprieta o el enfado ciega. También le tocará a Teresa. Antonio el ventero, que se sospecha cornudo, lo es, pero los amores entre Teresa y Benito vienen de antes. Él no pudo honrar la preñez de la moza por estar en la trena. El cabrón le dará palos a su mujer hasta dejarla tullida, poco más o menos. La ventera es quien le da los mazos de cartas abiertos con el vapor del caldero para marcarlos. Luego, cerrados con engrudo fino, parecen recién llegados de la prensa. Esto, sumado a los revolcones que se dan cuando tienen oportunidad.

-¿Y destripaterrones, aunque por tus manos se ve que el naipe te gusta más que la cavadera, me enteras del truco o prefieres llevártelo a la tumba?

Benito advierte lo difícil de la mano. No tiene triunfos, ni puede armar una flor. Tampoco está la jugada para fachendear. Sin cartas, frente a un hombre acostumbrado a los riesgos de llevar los bienes de otros por los caminos y defenderlos, sólo resta el ingenio. Éste le indica ganar tiempo y ver si puede resarcirlo perdiendo una partida.

-Si tienes parné, te ofrezco el desquite, arriero.

El tono indica la intención. El mulero percibe el ofrecimiento del tahúr. Su vida a cambio de lo perdido. Pero no se contentará con ello. Le sacará al tramposo hasta el último maravedí. Y más.

Pero necesita sonante para la partida. Echa mano de lo que ha jurado no disponer si no le va la vida en ello; la bolsita que junto a las imágenes de San Cristóbal, la Virgen del Camino, la Cruz de Guadalupe y una figa lleva colgada del cuello.

-Ahí va mi resto; dos reales de vellón.

Benito cuenta con la vista las piezas de plata colocadas sobre con un fuerte golpe. El mulero no sólo quiere recuperar su quebranto; desea llevarse más, mucho más. No está seguro tener lo suficiente para aguantar el envite y perderlo. Porque el rival no está para nada que no sea ganar. Le va su vida en la parada.

-Con dinero santificado no juego. No se pueden superar las influencias divinas. Quizás le sirva de escapatoria.

-¿Santificado? ¿Divino? ¿De dónde carajo has sacado eso, fullero?

-¿No lo llevas junto a santos y vírgenes? Ese parné lo ha tocado Dios; contra la gracia celestial no hay quien pueda.

La respuesta desorienta unos breves instantes al recuero pero, si bien cree en influjos y meigas,- la figa se la vendió una bruja del Miño- no tanto para que un rústico lo marée.

-¡Te sientas y coges los naipes o los perros comerán tus despojos!

Antonio, el ventero, como los demás presentes en “Las Cañadas” asisten interesados al choque para él tiene una miga especial.

-Si llega la ocasión, arriero, no lo mate. Con caparlo quedará escarmentado. Yo lo ayudo si resulta necesario. No me gusta que los fulleros frecuenten mi venta. Dan mala fama.

**“¡Así te darán por el culo, Benito, y dejarás de adornarme con la puta conversa marrana de mi mujer! ¡No por qué te las hayas follado de soltera tienes derecho de hacerlo ahora también!”**

Teresa sabe bien las razones de su esposo. Sí, Antonio conoce desde el primer momento los motivos de la apresurada boda.

**“¡Maldita sea la hora en que mi padre me casó con esta mala bestia por que estaba preñada y le pagaron el favor comprando “Las Cañadas”, en la que servía en la cuadra con tal de ocultar la vergüenza! Ni siquiera les importó que no fuera converso.”**

De poco sirvió su penar, sin gritos ni lágrimas pero que le quemó las entrañas. Teresa abortó el día de la boda, frente al altar, en la misma iglesia después de dar el “sí”. Se enteró hasta el último vecino. Bochorno y tristeza se unieron inútilmente.

El mulero sonríe. Espera no sea necesario castrar al labriego. Él tiene experiencia. Lo hace con los potrillos que le suelen vender los atajadores lusitanos si no pide papeles ni marcas.

-Gracias por el ofrecimiento, ventero. Siempre se necesita quien sujete para capar como está mandado, de un tajo. Tengo prisas. Veremos como acaba la partida. Pero si, hágame el favor de darme naipes nuevos. Bien cerrado el mazo, sino le importa, porque puestos a cortar huevos, da lo mismo uno que dos, los capones, se entiende.

Teresa quiere hacerlo.

-Deja mujer. Yo lo alcanzaré. Antonio no está seguro, pero tiene sospechas. Una hembra encoñada con un macho engaña, putea, mata si llega el caso. ¿Por qué no colaboraqr con su chulo en las fullerías si Benito se lo pide a la marrana encelada con “dedos largos”?

Abre un bulto recién llegado de Toledo con naipes, cuchillos y algo de cubertería de metal por si lo solicita, y lo paga, uno que otro finústico que se detiene a comer en “Las Cañadas”.

La parroquia habitual se arregla los dedos, las cucharas de madera y lo que tenga a mano para cortar.

Antonio coge un fajo. Éste, puede jurarlo, no está manipulado por la putona de su esposa. El arriero revisa el envoltorio cuidadosamente. Lo abre. Y mientras baraja, exclama entre dientes.

-Si no te importa, destripaterrones, doy yo.

-¿A mí? Náa. Las cartas las reparte la suerte.

**“...Si bien yo a veces, muchas colaboro con El Señor.”**

De entre quienes presencian la partida, las dos mozas para el deleite, Roselia y Elvira han presenciado muchas timbas en los burdeles.

-No se debe jugar enfadado, ni bebido, ni cegado por la codicia. Atrae el mal fario.

-¡Y que lo digas, Roselia! A más de uno he visto no sólo perder el parné, que también se ha dejado el pellejo en un envite.

-¡A callar putas! Esto es cosa de machos y no de maturangas. Lo vuestro es cerrar el pico, echarse de espaldas y abrir las piernas. Rojo de ira el arriero baraja.

-¡Dejarlo en paz, mozas! Está cabreado y, puedo jurarlo, alguno la palmará cuando la partida acabe. ¿Qué os va en la talla? Nada.

-La curiosidá, fraile. Que también se juega de afuera, mirando.

-Mirar no siempre sale gratis, niña. A veces, sólo sonreír contemplando una partida, te dejan tieso.

Francisco Miranda llevado por los duendes del vino, necesitó cuatro o cinco jarras para reanimarse, abandona el robado hábito de franciscano y se marcha lejos, al pasado. Rememora la muerte de un gracioso gaditano. **“Se llamaba Paco Tierno, creo”. Hizo un mal gesto durante una partida de pintas al recibir el naípe dado a uno de los jugadores, tropa de los de Pizarro, nacido en Trujillo, un avinagrado de mucho cuidado, de apodo “el sombrío”; no le gustó el gesto del mirón. Habíamos apostado diez indios en el envite, nada de oro en esa mano. Era para traerlos a España y convertirnos en amos al regreso”.** Finiquitó al de Cádiz una estocada. Fue en Veracruz, antes de embarcar. Tiraron el difunto al mar para no dar explicaciones a los mandos.

**“Ojalá hubiera hecho lo mismo con el cuerpo de mi muerto en Moguer. No estaría huyendo desde entonces”.**

**“Pero el primer cadáver no pasaba de soldado raso y el mío superior, jefe de la expedición. Para colmo buen camarada, compañero de cien batallas.**

**¡Joder, lo que puede la codicia!”**

Un comentario de Elvira lo vuelve al presente, no pronto ni del todo. Fatiga y alcohol combinan mal y lo colocan entre el ayer y el hoy.

-Fraile, entre polvo y polvo con algo debemos entretenernos en las mancebías. A los chulos les gusta el naípe y a nosotras jugar.

El arriero, enfadado, las manos pasadas no le han dejado lo esperado, Benito apuesta con prudencia a pesar de las amenazas, les grita.

-¡Metéos la lengua en el culo, furcias, que no está la cosa para oír palabras de putas!

Roselia atrapa la respuesta de su compañera de andanzas antes que la jovencita hable. No ha buscado colega para subir de Sevilla a las dehesas durante el invierno y hacer unos buenos maravedíes, la meta en complicaciones. Si se ha procurado una socia es para no andar sola por los caminos, ventas y tierras de yerba cuando arriban los pastores. “Las lumias no deben trotar en solitario en lugares extraños”, le enseñó su madre que del oficio sabía el catecismo de memoria. “Si algo le pasa a una, te puedes morir que la gente “decente” no te dará ni un vaso de agua”, decía. Tapa la boca a Elvira con fuerza. No deben soliviantar al perdidoso que aún, a pesar de las amenazas, no ha conseguido que Benito deje una buena pila en las manos jugadas.

Éste, sabedor del destino de la partida, perder, trata al menos de hacer sufrir un tiempo al arriero y salvar el prestigio.

-Ahora barajo yo.

-Ya se ve por lo dicho que eres de por acá, rústico. Pero en esta parada doy yo toas las manos ¿O te parece mal?

-¡Quién da y reparte se queda con el mejor naipe! Así por lo menos pasa en el Salado de onde yo soy. La opinión de Elvira no le hace gracia al recuero.

-¡Cierra el pico puta de los esteros! ¡A Santana sólo van los patos y los moriscos que se hacen pasar por gitanos! Los que tenemos callos en las manos por ahí ¡ni de paso! ¡Te roban y ahogan en las marismas sin asco! Luego, despreciativo, le espeta.

-¡Por algo las ramera de por allí, y las de Sevilla, tenéis la fama de ser las mejores! Retorna un lento mezclar las cartas. Clavando sus ojos en Benito, agrega con tono de sombras. –Seguro, como eres de Hervás, si no hebreo, algún pariente marrano no te ha de faltar. Por eso resultas un avaro que tomas pero no das. ¡Apuesta bien lo que has de perder de una puñetera vez! Me tengo que marchar y no quiero la noche me coja cruzando el puerto. En estas sierras, además de los tramposos como tú, abundan los bandoleros y los perros judíos.

-¡Mira quién habla! ¡Un muletero de mala facha, oliendo a bosta que te crees descendiente de los reyes de Castilla!

El resentimiento de Elvira a duras penas ha soportado unos instantes de silencio. Le falta edad para tener experiencia. A un perdedor preso de la ira no se lo debe zaherir.

La respuesta del arriero, un fustazo, fuerte y duro como si le pegara a una de sus mulas, hace callar a la moza de fortuna.

-¡Ten la sinhueso quieta, pelandusca deslenguada o te la corto con la vara! Yo, a lo mío. Pone el naipe sobre el tablero; amenazador, ordena.

-Corta. Te advierto; esta es la última mano. Envita lo que tengas porque apuesto todo lo mío, cartas boca abajo. Entérate; la partida se acaba aura mesmo. Quiero mi dinero. ¡Estoy harto de ti, de ese franciscano papo abierto para el vino de oque y de esas dos busconas de venta!

Francisco Miranda, ido por las veredas del pitarra, tiene dudas si las palabras del mulero van por él.

**“Un muerto más en mi cuenta poca diferencia hará con los que llevo de cristianos, sumados a los indios de Cuba y México”**

Busca por instinto pero el hábito de monje no lleva espada, ni él fuerzas para empuñarla con acierto. No es a Francisco Miranda a quien injurian sino a un frailote borracho y sucio. Mejor dejarlo así. Observa a las muchachas que lo han traído medio muerto a la venta.

**“Siempre le he caído bien a las hembras. En casa nunca me faltaron primas y criadas. En las Indias se me ofrecían de cara y de nalgas. Hoy les debo la vida a dos murrangas. Estoy en deuda con ellas. ¡Al mulero que le ha pegado en cuanto me recupere le meteré la vara por el culo”**

-No preocuparos, mozas. A ése le saco la mierda por la boca.

Roselia observa al franciscano. Por rudos que sean los monjes hispanos, no son palabras propias de un sacerdote.

-Este fraile, Elvira, antes fue soldado.

-Bien armado además. Cuando lo trajimos de fuera me di cuenta.

-Lo habrás palpado.

-Por instinto, Roselia. Siempre lo hago antes para saber “con que” voy a encontrar y calentar un poco más al fulano para que acabe rápido.

-¡No tienes remedio! Se ve que recién comienzas. Si continuas así, la que acabará pronto y mal, serás tú.

La mano está dada. Benito levanta los naipes cubiertos. ¡Imposible pero cierto! Todas son pintas. No puede perder. Pero si gana le puede costar el pellejo. Por primera vez debe hacer trampas para no llevarse la parada y dejársela al contrario. Alza la mirada. El arriero sonríe burlón. No lo soporta. Sin trucar sus cartas, las descubre. Ha podido más el instinto de jugador y el amor propio que el miedo. Pocas veces se le ha dado, por lo legal, un juego así. No lo puede despreciar. ¡Ya saldrá el sol por donde siempre!

El mulero observa las barajas. No era lo silenciosamente pactado entre él y Benito:

La vida a cambio de perder.

El ganador recoge con prontitud lo apostado. El arriero se contrae preso de espasmos. La violencia crece incontenible. Agrega, además, unas palabras que, en ciertas oportunidades, no le dan días para arrepentirse a quien las ha pronunciado.

-“Fortuna y aceituna, a veces mucha y a veces ninguna”.

El mulero grita:

-¡Agárralo, ventero!

Antonio, fuerte y acostumbrado desde rapaz a tratar con las caballerías en las cuadras, atrapa entre sus robustos brazos a Benito.

-¡Capado y sin un cobre, así te quiero ver, cabrón!

Pero en vez del cuchillo castrador el alhamel tira de trabuco y comienza a cargarlo.

-¡Muertos aquí no, por favor! ¡Castrarlo lo convenido! ¡Si quiere acochinarlo se lo llevo al campo! ¡Dentro, en la venta, sólo me traerá complicaciones!

-¡Pues suéltalo, cagón! ¡Ya tengo el pedreñal armado!

Se abren los brazos. Un disparo a tan corta distancia puede atravesar al blanco de la bala, matar, con Benito, a quien quiere verlo muerto.

El sentenciado cae de rodillas y se persigna.

**“Morir así era mi destino. ¡Qué pena! Me ha tocado la negra.”**

Antes que pueda apretar el gatillo le arrancan de la mano el arma al ejecutor.

-¡No condenes tu alma al fuego eterno!

Es el franciscano. Sucio y borracho tiene, lo aprecia en su muñeca y dedos retorcidos, vigor suficiente para quitarle el trabuco. El arriero, desarmado, entre la súplica y la vida.

-¡Dios me perdonará! ¡Sólo se trata de un timador, padre! Con matarlo le hago un favor al mundo. ¡Se ha quedado con too lo mío! ¡Diez semanas de camino y el dinero que tenía reservado pa los entierros!

-Pues amansa tu saña, mulero. Te has engañado a ti mismo. Quien juega con codicia, pierde.

-¡Devuélvame el arma! Lo afrijolo, me arrepiento, me confieso, me absuelve, le doy diez maravedíes como al cura de mi pueblo, rezo ¡Y en paz!

La burlona sonrisa de Roselia, el gesto de Elvira a favor de Benito, la mirada implorante de la ventera pesan en Francisco más que el contante. Le vendría bien el dinero.

-He salvado tu alma de la condenación eterna. Estabas por cometer un pecado mortal. Además “ego te absolvo” de tus malas ideas. ¡Dame los diez, la tarifa de tu párroco y reza “padres nuestros” y “avemarías” hasta que llegues a tu destino! Suelta el parné.

-¡No tengo, fraile! Me lo quitó too el maldito fullero.

-¡Yo le doy quince, padre! Benito grita implorante. -¡Deje ir al pecador pronto, de prisa! ¡Lo ha mandado Dios! ¡En oración, tras las recuas se vaya y en paz!

Francisco hace un ademán de impotencia. No puede cambiar lo decidido.

-¡Que me devuelva mi dinero! S’a quedao con lo de la sepultura. ¡Me enterrarán con los gitanos y los ahorcaos!

-Son todos hijos de Dios. Francisco cambia de talante. -¡Fuera, al camino y da gracias de salir entero con tus mulas y la carga! Estabas tan cegado, recuerdo, que hubieras apostado a tus hijos a tu madre. La avaricia dobla las pérdidas. ¡Vete!

El arriero se convence; no logrará nada.

-¡Devuélvame mi arma, padre! No tengo otra defensa. Me come un lobo o me mata un bandolero sin un mal trabuco para protegerme.



-No. Veo en tus ojos la influencia del maligno. Estás predispuesto a pecar. Me quedo con él por orden divina. Luego, con el acento melifluido de las hipocresías clericales, completa la frase. -Lo hago por tu bien. Ahora, hijo mío, deja este antro y ve en pos de tu salvación. ¡Ya, de una puñetera vez, mulero o te meto el plomo en la frente! El franciscano le apunta con el trabuco que era suyo y ha cargado. -¡Afufa, vete con las bestias!

No le queda alternativa. Ya en la puerta, escupe en el suelo y espeta.

-¡Putas y frailes andan a pares! ¡Venta con lumnias, rufián el ventero!

El arriero sale en medio de una tormenta de insultos y rencores reprimidos.

-¡Olé tus cojones, franciscano! Grita, poseída por el regocijo, Elvira.

-¡Si tienes la verga como los compañeros más que satisfechas dejarás a las hembras!

Roselia conoce esas reacciones. Son debilidades; destruyen a las que la vida ha llevado a ser ninfas. “Coño caliente cabeza fría”, le enseñó su madre, “porque si ardes por abajo y por arriba estás perdida”, agregaba. De poco le sirvió. La mató un chulo celoso. Pero si de vez en cuando no le das una alegría al cuerpo con quien lo merece, mustia y triste te apagas en el más oscuro rincón de una ruin mancebía, de esas a las que concurren sólo enfermos y tullidos, vendiéndote por un bocado y un vino. Por eso calla y comprende a la moza de las marismas. Elvira aún tiene las tetas sin rellenar, lleva el sol de los esteros en la sangre y las ansias de vivir en las carnes.

También a ella le viene en ganas darse un gusto, pasado lo pasado.

-¡Viva el fraile que m’a salvao la vida! ¡Él y toa la compañía de franciscanos de Castilla!

El falso religioso le coge las manos a Benito, deteniendo su gesticular. Las repasa.

-Manos de labriego no parecen.

-El suelo está muy bajo y frío en estas épocas, padre. Y son de algún señor que no mías.

-Suaves y tersas, de timador, quizás, de soldado no.

-La sangre me da repelús. La ajena, mucho; la propia, más.

Francisco le coge las muñecas con la fuerza impropia de un hombre entregado a la oración. Echa las mangas hacia arriba. Quedan al descubierto unos naipes sujetos entre los brazos y la tela.

-Quizás debí dejar te matara el arriero. Los tramposos deben morir.

El tahúr siente como los fuertes dedos del monje se clavan en sus miembros haciéndole daño, quizás pueda partírselos si continúa.

“Este fraile tiene más fuerza que un buey”

-¡Pare, por el amor de Dios, que me quiebra los huesos!

-Eso sería lo justo. Así no te quedarás con lo ajeno, al menos con los naipes. Nunca podrás ya tenerlos en las manos, si lo hago.

Benito siente crujir sus coyunturas.

**“¡Me los rompe!”**

-¡Peor es matar, asesinar por una paga aunque se lleve pendón del rey y bula del Papa! ¡A esos nadie les critica nada si el oro de sus conquistas está manchado de sangre, ni tampoco merecen la horca por haber matado con sus espadas a indefensas mujeres después de haberlas violado! Se llama gloria y premia con títulos. Pero si un villano se resiste a la coyunda y trampea para sobrevivir ¡A la cárcel! ¡Al remo de las galeras! A eso se le proclama justicia y un religioso de la Santa Iglesia la aplica. ¡Aprieta franciscano y déjame baldado que tullida tengo el alma por haber nacido pobre y plebeyo en estos reinos!

Francisco Miranda, atónito, suelta a Benito.

-¡Vaya verborrea para un rústico! ¿Dónde la has aprendido, tahúr?

-En la cárcel. Me tocó de compañero de mazmorra un vizcaino que ahorcaron por hereje. Se aprende muchos en las chironas.

-¡En ella hasta pudrirte te hubieras quedado, sino te saca Manuel Alvarado, el judío de quien tu hermana es manceba pagando por ti lo que no vales, tramposo, jugador de ventaja!

Benito contempla con desprecio al ventero. Si el resentimiento alimenta sus palabras no será él quien lo aplaque.

-Da gracias, Antonio, a que no salí a tiempo del presidio, llegué tarde para reconocer lo que era mío. Por ello te compraron la venta, incluidos los cuernos ¡cabrón!

El ventero busca un cuchillo en la mesada ocultándolo con el cuerpo, y dar una puñalada artera. Una fuerte mano se lo impide.

-Ahora no. Cuando me marche ya tendrán tiempo para arreglar cuentas.

Luego contempla a Benito. Con gesto incrédulo el falso monje agrega:

-Parece que me han nombrado tu ángel guardián, ventajero.

**“Más verdad que el sol que entuavía veo. Sin el franciscano dos veces me hubieran finao.”**

-¡Si hoy he vuelto a nacer, vamos a celebrarlo! ¡Teresa, vino y yantar para toos! Benito invita! paga Antonio, atiéndenos rápido. Para un ventero antes está la venta que la honra. No me digas que recién te has enterao. Tú has empezao de niño en las posadas cuidando caballos. Ya habrá oportunidad de vernos las caras. ¡Sirve!

**“Veré cuanto me cobra un matón de Bejar por despacharlo. Terencio no lo hará ni por plata, ni oro puro. A los de Hervás, si no es un asunto personal, no los mata.”**

-Ya veremos Benito. Que no hemos acabao.

La ventera llena las jarras sin cerrar la espita. El vino corre generosamente por vasijas y gargueros. Mozas de fortuna, fugitivo, jugador y también la posadera celebran lo que hoy le es dado. Mañana será otro día.

Francisco acaba con tres o cuatro jarras antes que los demás lo hagan con la primera. Busca el respiro y las fuerzas, sabe le serán necesarias para continuar.

Los tragos del alcohol hacen su obra. El veterano de Las Indias siente aquello que un soldado nunca olvida; estar vivo después de una batalla. Jarra en alto, lo grita:

-¡La vida y el alma me he jugado en cien paradas y por ahora la conservo! ¡Quiero ahogarme en las dulces y oscuras olas del vino, no cómo tantos camaradas que lo hicieron en la mar salada y en las aguas de las lagunas aztecas persiguiendo las nereidas de oro y plata! ¡Beber, papear y mujeres bien dispuestas! ¿Necesita alguien más?

Teresa, la ventera, ha tomado, a pesar la regla de su comercio, “tabernero que bebe acaba donde no debe”, lo necesario para olvidarla.

Con los ojos brillantes, impulsada por los deseos reprimidos se arranca con palmas y cante. Se le han calentado boca y cuerpo.

-“¡Ay de mí que siendo niña  
di la palabra a un mancebo,  
sin licencia de mis padres  
a cumplirla no me atrevo”

-¡Pues no esperaste el permiso, Teresa, doy fe! Testigo fue Ambroz un día de San Gervasio, entre los cerezos. ¡Roja te quedó la saya como de guindas apretadas por una caída del árbol!

-¡Calla Benito, que nos puede oír mi marido!

-No te preocupes, mujer ¡Tu Antonio tiene metido el hocico hasta las orejas debajo de las enaguas de una de las mozas!

-¡Así se le caiga la lengua a pedazos por lamérselo a una puta!

Roselia oye a la ventera y echa con una patada al ventero de entre sus piernas. Desafiante, le responde a Teresa.

-¡No te preocupes que lo tengo más limpio que la virgen! Me lavo después de cada servicio con agua de Holanda que sin bien escuece, no deja bicho con vida. Agrega su copla.

-Los amores son aquellos  
que se ven de tiempo en tiempo;  
los que se ven cada día  
¡Vaya aburrimiento!”

Los posaderos, en especial el tuyo que en lingüitis no está graduado, no entran. Te sacan dinero por darte paja en la cuadra donde practicar el fornicio y además quieren mojar gratis. Eso, ventera, lo hago como tú, si estoy encelada y el macho se lo merece. No es éste el caso, pues ni con la sin hueso me da gusto tu marido.

Por su parte Elvira, encendida su joven sangre, busca quien apague el ardor y la satisfaga. El dudoso franciscano que la ha defendido le parece a la medida de sus calenturas.

Restregándose contra el cuerpo de Francisco, oliendo a hembra en celo, le susurra mientras le coge el sexo y lo arrastra hacia la cuadra.

-“Un obispo y una monja  
dormían siempre muy juntos  
pues tenían mucho miedo  
al pensar en los difuntos.” Tú muerto, lo palpo franciscano, no estás.  
Se levanta el refajo, las sayas. Las vulvas aparecen húmedas, brillantes, lubricadas por el deseo. El hombre la rodea con sus brazos. Caen abrazados en la paja del establo.

Las gallinas escapan y cacarean. Los cerdos se apartan gruñendo y completan la música animal los jadeos de dos humanos poseyéndose.

La de las marismas porque se lo pide el cuerpo y el fugitivo después de meses de cárcel, semanas en las cuerdas de presos, días a la espera de la horca, horas renovadas de angustias explota con el goce primario de quien aún tiene vida y lucha por salvarla.

Fuera se oye la voz de Teresa:

-“Si en el sexto no hay perdón  
ni el séptimo rebaja  
Ya puede nuestro Señor  
Llenar el cielo de paja”.

## CAPITULO 22

Las joyas, pertenecieron a la que fuera su esposa durante apenas un año, tres sortijas de oro con brillantes llegados de la India, no muy grandes pero de gran pureza, un brazalete con un cierre de pequeños rubíes rojos y una perla sin manchas traída desde el Cairo las lució Gracia Santa Cruz sólo una vez; el día de la clandestina boda hebrea celebrada en casa de su padre, el asentador Isaac Bar Querub como circuncidado y Ángel Santa Cruz como bautizado, en Badajoz. Allí, entre propios, fue posible. En público, no.

Después Gracia no tuvo oportunidad de hacerlo. Esas alhajas en una humilde población como Hervás no encajaban. Sólo presumían con esas galas mujeres de los nobles y señores del entorno de los Alba y los de Bejar en las recepciones en los palacios o en fechas señaladas. No resultaba conveniente que la cónyuge de un modesto mercader de lanas, vecino de una pequeña población de la sierra, exhibiera tales ostentaciones de riqueza, en especial tratándose de cristianos nuevos.

Manuel Alvarado las lleva envueltas en un paño de cocina sin ningún cuidado especial aparente. Las joyas, no tienen para el converso ningún valor particular fuera del económico. Como afortunadamente no tuvo necesidad de disponer de ellas para solucionar problemas graves en los cuales únicamente el oro o las piedras preciosas convencen, las llevará a Toledo para que su hija Ana las luzca en la boda con Tomás Coronel y sean suyas. Allí, en un medio propicio para las demostraciones de riquezas y poder, no destacará negativamente la esposa de un miembro de una familia de peso que en la ciudad las exhiba.

-¡Buenos días, Manuel!

El cordial saludo lo libra de recuerdos y reflexiones.

-¡Buenos días, Carmen! El cesto de ropa limpia y seca que trae apoyado en la cintura, los bajos de las faldas húmedos le dicen de dónde viene la vecina que en tiempos fue algo más que eso entre los cerezos de mayo.

-¿Nos habéis “fregado” bien a todos en el río?

-Alguno más qui otro. ¿Si ti casa l'hija, Manuel?

-Veo que entre jabón y aclarado tenéis tiempo para comentar las nuevas.

-¿Qué quiris hagamos? Estar de rodillas toa la mañana con las manos en el agua fría no es lo qui si dici un jolgorio. Carmen sonrío. No se engaña pero, además, le agrada el hacerlo. –Las noticias...

-...Y los comentarios.

-Pues sí, Manuel, nos ayudan a pasar el tiempo. La mujer, interesada en obtener de primera fuente las nuevas, pregunta intencionadamente. –Dicen que has elegido ricohome pa tu niña, un –vacila en emplear la palabra que le está por salir de la boca **“¿Pa qué molestar a un buen amigo de la época de las flores?”** ... cristiano nuevo de Toledo.

El hombre sabe que la mujer a duras penas a retenido el “judío” que emplean en la orilla del Ambroz las lavanderas, las vendedoras, clientas y demás en la plaza o calles cuando ninguno de los nuevos cristianos está presente. Esas son las costumbres. Muchos conocen, -los que lo niegan también- que por sus venas corre sangre hebrea recibida por lo legal ante el altar y de otras maneras por detrás de la cruz. En Hervás los conversos, a pesar de todo, no están tan expuestos a la maldicencia con sus peligrosas consecuencias en la Castilla de la Inquisición. En otros lugares, no tan distantes, serlo resulta riesgoso.

-Cierto, Carmen. Caso a mi hija con un Coronel, descendiente de aquel judío que fue Tesorero Mayor de Isabel “La Católica”, Abraham Senior se llamaba; después de pasar por la pila, apadrinado por los reyes, se apellidó Coronel, familia muy principal hoy.

Sonríe. Le consta que la buena amiga de aquellos días de verano cuando los mozos del pueblo, él entre ellos, buscaban a las mozas en heras, dehesas, ribera del río, castañar o en cualquier lugar en donde se diera la ocasión le está agradecida por la primicia y los detalles. Será la única que podrá afirmar el origen de la información sin que nadie ponga en duda su veracidad.

-Te felicito, Manuel. Siempre has sido un buen hombre y pasao lo pasao con tu esposa, por lo menos tu Ana si ti casa bien.

-Gracias, Carmen. Han pasado -¿Te das cuenta?- muchos años ya.

-Di too. Agrega con un mohín. –Lo qui nunca mi aclaré es porquí, cuando enviudaste, preferiste a la Josefina y no a mí. Nos iba bien, di pasmo cuando istabamos yuntos.

**“Sí, era una hembra garrida pero nunca despertó en mí lo que Josefina. La deseé desde el primer día que entró a mi casa.”**

-Así es la vida, Carmen, pero a ti no te va mal con tu Vicente.

-No mi quejo, pero contigo me pudo ir mejor. La mujer se da cuenta que esas épocas son el pasado.- Tíees razón, Manuel. ¡Qué Dios te depare venturas y felicidad!

-Y a ti, Carmen.

La mujer sube por la cuestecilla y él la baja. Si, aquellos encuentros son, para ambos, buenas memorias de un bello tiempo vivido.

**“Se añora lo que ya no existe; lo de ahora, lo de hoy, lo cierto.”**

Oye los ladridos de los mastines que ante el vaho de una persona desconocida, alertan al amo.

**“Espero que Gervasio los tenga sujetos. Esos perros te comen dos tarascadas.”**

En medio del corral Manuel descubre al criador de las mejores mulas de la comarca o cuando le conviene, pocos días, arriero. Ata con una fuerte cuerda los enormes canes que utilizan los pastores para defender a los rebaños de los lobos. Él, “empicados” los mastines, los usa para defender a sus recuas de animales feroces y cuatreros cargas y vida de quienes guían sus acémilas.

-¡Buenos días, señó Manuel! A pesar de conocerse hace años, ser paisanos, Gervasio no tutea a la persona por la cual siente un cariño y respeto, él que hubiese tenido por su padre de no haberlo perdido de niño. Manuel Alvarado fue el único que se preocupó por el huérfano Gervasio Castro después de aquellas crecidas del año negro.

-¡Buenos días, Gervasio! Luego de saludar a quien los conducirá a Toledo, contempla el carruaje en el cual deberán pasar buena parte del trayecto Ana, Josefina y él.

Un carro, le parece andaluz por la forma, entoldado con pieles de vacuno, altas ruedas de roble. El mozo de mulas lo está repasando en la cuadra. El zagal cubre las ranuras de la caja con vellones: el viento de Castilla en esas épocas, frío y penetrante, dejará tiesos a los pasajeros inmóviles durante horas. Por dentro, fregado y vuelto limpiar con agua, más el zumo de diez o veinte limones mezclados en ella, mantiene, sin embargo, un tufo a vino nuevo. Lo debían utilizar para el transporte de botas de blanco del Sur a las ciudades del Norte.

Los flamencos y alemanes gustan de esos caldos perfumados que entran fáciles, tienen mucho alcohol y los embriaga rápidamente.

-¡Vaya jornadas nos esperan en ese carromato!

-Lo mejor que pude encontrar, señó Manuel. Se lo compré al dueño de “Las Cañadas” a buen precio. Lo tenía arrumbado en el corral trasero de la venta. El dueño entró para comer, salió y nunca se supo más de él, dice Antonio...

-Lo habrán despachado por intentar una flor con quien no debía. Al ventero como a todos los posaderos, no les gustan los muertos dentro. Los dejan tirados en el campo para contento de los carroñeros. Se quedan con las pertenencias, dicen que en pago de parada y fonda. ¿Quién habrá comprado las mulas?

-Alguno de paso. Llevan marca, señó Manuel. Los del pueblo no, yo menos. Pa’so crió los míos. Sin papeles, mucho compromiso. Te ponen al remo pa toa la vía o te cuelgan de la “L” si propiedad de una orden o algún principal resulta el ganado.

Gervasio lleva razón. En Castilla un buen caballo, una mula o un buey valen más que la vida de un villano.

-Ven a cargar cuando de el mediodía. Josefina y la niña llevan arcones y bultos como si se mudaran.

-Ana se casa y vivirá en Toledo, señó Manuel.

**“Si, es verdad. Su hija a partir de unos días se convertirá en un mensaje de vez en cuando traído con los documentos comerciales. ¿La visitará unos días al año? ¿nunca?**

**No verá crecer a sus nietos, no estará junto a él cuando llegue la hora de acabar el camino. Duro el destino de un padre que se separa de sus vástagos.”**

-De allí es el prometido y tiene sus negocios. La mujer debe seguir al marido. Cuando suene la primera te quiero ver frente a mi casa. Acomoda el equipaje de forma de tener lugar para estirar las piernas o echarme un rato si me viene en gana.

-Si lo quiere llevo una mula de trote pa que vaya montado como siempre cuando salimos de viaje.

-No. Prefiero ir en el carro con las mujeres. En sus vidas han salido del pueblo y se les hará largo el camino.

**“Además aprovecharé el tiempo para enterar a la niña con quien se casa y en que familia entra. Los Coronel, cumplidos conversos y bien vistos por la iglesia, no han abandonado La Tradición tanto como yo; respetan Los Mandamientos y “Las Mitzvot” hasta lo posible. Ana tendrá que esforzarse en seguir todas las costumbres, preguntar poco y hacer lo mandado. ¡Menuda suegra le espera! Doña Fortunata comanda la parentela y los negocios con mano de hierro. Si no fuera mi tía jamás hubiese aceptado a una muchacha de pueblo sin conocerla bien pero, como hermana de mi madre, confía en mí como lo hace con el dinero y los tratos que realizo en su nombre.”**

-No prepares cabalgadura para Terencio. No viene con nosotros. Prefiero cuide mi casa y el guardalmacén.

-Ya lo sabía, señó Manuel. Me lo dijo Lorenza, la del huerto.

-¡Vaya, cómo corren las noticias! ¿Te contó algo más que haya olvidado informarte?

-Que se vuelve, apenas acabe la ceremonia, con la Josefina. Yo los esperaré.

-Se te agradece. Resulta difícil encontrar alguna carreta que vaya de Toledo a Plasencia al menos. **“Buena persona, muy buena este Gervasio, de lo mejor del pueblo. Convenir con un arriero un viaje especial, me puede salir una fortuna”.**

Manuel, con tono socarrón, Lorenza no se habrá contentado con tan poco.

-¿Nada más dijo la hija de “El Moro”?

Gervasio, prudente, guarda los comentarios recibidos. Lo de “judío”, si bien el señó Manuel lo sabe y la Lorenza lo dice sin mala intención puede caerle mal y fuera del pueblo resultan peligrosos

-No, pero me aconsejó lleve un buen trabuco o arcabuz. Terencio, me prestó uno pero -¿la verdad, señó Manuel?- no sé cargarlo. Lo llevó, de toas toas, bien a la vista para dar susto. En lo que si confío es en los mastines y en el machete a mano.

-Esperemos no recurrir a ellos. ¡Qué Dios nos lleve hasta nuestro destino con bien!



Gervasio observa el cielo. Las sombras comienzan a deslizarse por las laderas norte de la sierra.

-Se nos echará l'oscuridá encima apenas salidos. "Noviembre tiene un tempero."

-"...Como lo tiene enero; diciembre, nieves; febrero, loquillo." Y en verano, en Castilla, vaya calor. Pero no te preocupes. La noche no está creada para viajar. Dormiremos en Plasencia.

Conoce la casa. Se llaman Bejarano, mercaderes de paños y otros géneros. Conversos como el señó Manuel, medio parientes le parece.

-Mejor ansina. Si partimos antes de la tercera llegaremos con luz. Yo pasaré la noche en el carro, en la pradera de la Cruz Dorada donde nos aposentamos los arrieros. A las seis estaré listo pa seguir.

Pareciera dicho lo más importante, pero falta un aspecto. Manuel abre el pequeño bulto que trae en las manos. Ante las sortijas, aretes y la gran perla con su cadena de oro el carretero se sorprende.

-¡La madre que me parió!

Intuye los motivos del señó Manuel a llevarlas consigo pero ignorar la existencia de las joyas y prever las codicias de aquellos que pueden enterarse. Están joyas y oro en el carromato de camino a Toledo, pasando por los páramos y los montes, sorprenden y atemorizan al mulero. Bastantes bandoleros hay de suyo para que algún otro se meta a robar sin conocer las reglas del oficio y no sólo los desvalije sino que, además, los maten.

-Lo sabe únicamente Josefina, Gervasio. Quiero que Ana las luzca el día de la boda. Eran de su madre. Con mi hija quedarán.

-Con el trayecto de ida alcanza. Salidos de la Vía de La Plata, sólo la virgen nos protege.

-Tengo un plan. Los anillos, las sortijas y la perla los disimularemos entre los arreos y las crines de las mulas.

-Serán lo primero que roben. Llevo las mejores de mi cuadra. Metido en el tema, tratándose de Ana y de Manuel, no tiene escapatoria. Debe hacerlo.

-Mejor será meterlos debajo de las carlancas de los mastines. Nadie les mete mano salvo yo. A cualquier otro le arrancan dedos y brazo al primer bocado. Qu'istos perros no están criados a pan para cuidar ovejas como los de los rebaños. Están empicados con carne desde cachorros. Si los suelto se meriendan a cualquiera, no sólo a los lobos. Los salteadores están al tanto. En los perros será más fácil pasen si tenemos algún encuentro inesperado.

Manuel le entrega a Gervasio las joyas. El recuero las contempla con aprehensión. Nunca ha tenido objetos de tanto valor en su poder.

-Me pone en un gran compromiso.

-No es la primera vez que confío en ti.

Una verdad como la luz del día cada mañana. Cuando quedó huérfano, más de una docena de años no tenía, ese abril de la crecida que se llevó a sus padres trabajando en la vera del Señor del Casar, nada le dejaron más que la vida. Fue cuando Manuel Alvarado le prestó el precio de un mulo castellano para que hiciera recados y transportes desde el pueblo a Bejar. Lo devolvió a los dos años. El judío no le quiso cobrar intereses; “es mi ley ayudar a viudas y huérfanos” Con el tiempo, sino amigos, son muy diferentes, las largas jornadas durante los viajes de Manuel a Toledo, a Portugal, a tantos sitios de Castilla cabalgando juntos al paso cansino de las mulas, ya tenía una recua y un corral de crianza, nació entre el basto, analfabeto recuero y el culto, pero no menos rudo converso una relación íntima, casi sin palabras, crecida en las noches durmiendo al raso, en el compartir mesa y vino en las ventas, en el común miedo a las soledades.

Así lo sienten ambos, el uno y el otro.

-Quiero llegar cuanto antes. Me he atrasado dos días por culpa de unos negocios.

-Llevo una yunta al tiro para refresco.

Gervasio las ha elegido entre las mejores crías de las dos yeguas pardas franconas, de buena alzada, que tiene para madres. Fueron cubiertas por “Mala Leche”, el garañón castellano alimentado con hierba fresca mezclada con albahaca para aumentar su virilidad. Son mulas fuertes, resistentes.

-Iremos too lo que podamos al trote, aunque les resulte duro al culo de las mujeres.

-Ya se les ablandará, Gervasio. Los hombres sonríen. Hay varias formas de hacerlo pero a ellos sólo se les ocurre una.

-Hablando de otra cosa; no hemos ajustado el precio. Manuel hace un gesto de resignación.

-Con tanto arreglo y limpieza del carromato, las mulas, los mastines, las esperas, me parece cargaras la romana hasta el final.

-Pue'stá equivocao. Cuando al regreso, con la ayuda de Dios, pasemos delante de “Las Cañadas” antes de coger la cuesta pa'l pueblo, nos apeamos y nos bebemos unos vinos, los mejores y con eso quedaremos en paz. Caa uno da lo que tiene, puede y quiere. Este es mi regalo de bodas para su hija.

El converso clava sus ojos en los de Gervasio. Hay asuntos que no necesitan más que una mirada para quedar claros.

-Todo está en su sitio entonces, amigo... Ahora ¡Cada uno a lo suyo y salgamos cuanto antes de Hervás! No se nos haga demasiado tarde.

-Como mande, Manuel.

## CAPITULO 23

Los grandes espacios abiertos lo atemorizan. Los cielos, las sierras como horizonte y no los conocidos edificios que cada mañana al despertar redescubre, le producen la sensación de hallarse en un universo ignorado, lleno de peligros.

De tanto en tanto las carretas tiradas por bueyes o mulas, las recuas cargadas de bultos llenos de mercancías misteriosas o la litera de “alguien” custodiada por servidores y soldados circulando por la antigua Vía de la Plata lo tranquilizan.

Añora Salamanca, las tabernas y los burdeles con amables prostitutas. Por unas monedas aliviaba su necesidad y el alejamiento de su madre -inigualable en mimos y caricias-, algunas, cuando llegó la edad, le producían tanto placer como el que lograban las pupilas de la casa de “Ña” Flora. Claro está que su progenitora lo hacía por el amor a su único hijo y las putas del callejón del Pozo Amarillo por dinero. También cierto, al recordarlo se le pone dura, a las mozas de fortuna se las metía hasta los cojones y con la autora de sus días no pasaba de juegos de manos –las de ellas- y algún que otro beso –quizás algo más- en el bálano.

**“¡Me quiere tanto y cuánto me gustaría estar con mamá en la cama!”**

Lope de la Peña se sobrepone. Si bien los miembros de la Inquisición tienen prohibido tener relaciones con las detenidas y prisioneras -¡sería tan fácil!-, él pertenece al cuerpo de vigilancia de la religión como familiar letrado, verá como resolver sus urgencias. Habrá putas en los badenes del camino. Se aliviará en un ris-ras de pocos minutos. Mejor no. En Plasencia ha oído la historia de una serrana que atrae a los hombres con un fornicio y luego los mata. Quizás, si tiene oportunidad, lo resuelve solo como lo ha hecho tantas veces desde niño y no se le ha caído el pelo, ni se ha vuelto ciego como lo prevenían los curas cada vez que confesaba el pecado.

Tampoco debe buscarlas en las ventas, ha pasado una hace poco, “La Abadía” se llamaba. Si bien con una ramera de esos lugares estará más seguro de que no lo roben ni lo maten, perderá un rato largo antes de que se abra de piernas. ¡Debe llegar a la hora convenida a la cita o el viaje habrá resultado inútil!

Por otra parte la Cruz Verde bordada en el jubón le impone cierta conducta. Y esas damiselas resultan caras pues, además de su paga, el posadero cobra la cama, si la hay, o buena consumición si lo hacen en la cuadra. No tiene tiempo y menos dinero.

No lejos divisa un mar de lana pero esas olas balan y no braman como cuentan quienes han estado en las costas. Él espera verlo algún día si, como sueña, lo destinan a Las Indias con un alto cargo en el Santo Oficio de las nuevas posesiones imperiales en mérito a los trabajos realizados, comenzando con un rotundo éxito en el de hoy; detener y llevar a los judaizantes a la cárcel inquisitorial de Plasencia.

Los rebaños paralizados, no conoce la razón, le impiden avanzar. Las ovejas han abandonado la cañada e invaden la calzada de la Vía de Plata.

-¡Por aquí, vucencia! Un cuadrillero de la Santa Hermandad, reconoce el uniforme, los ha visto traer prisioneros de los pueblos a la ciudad, lo orienta por un estrecho paso que abre a golpes, con una saeta sacada de su aljaba, apartando el nado.

-¡Aproveche ahora, inquisidor, o puede quedarse semanas ahí atascado!

Lope sigue las instrucciones. Al pasar advierte los motivos; aduaneros reales contando las cabezas, alcaldes entregadores de La Mesta revisando marcas, agentes de los arrendadores de impuestos, almojarifazgos, peajes, infinitas discusiones de mayores y rabadanes. Unos vigilando a los otros. Decenas y decenas de salarios originado en el comercio de las ovejas que cansadas, sedientas y con hambre esperan horas, días hasta pasar los puertos reales, uno de los cuales, Aldeanueva del Camino, acaba de atravesar.

Ahora puede continuar el trayecto. El tosco carromato nuevamente se sacude a cada vuelta de sus ruedas sobre las piedras que restan, una aquí, otra allá del antiguo camino construido por los romanos y que nadie ha mantenido desde entonces.

La espalda le duele terriblemente. No sabe donde posar el culo. Lo tiene ardiendo, tanto o más que en aquellas épocas de escuela con los agustinos, cuando la memoria le fallaba y no podía repetir correctamente los verbos en latín. Le cruzaban diez o veinte veces las posaderas desnudas con una vara.

Quizás debió escuchar a los funcionarios inquisitoriales veteranos; le recomendaron la jornada en mulo y no en ese carruaje. Solo existía un detalle a tener en cuenta. Nunca ha montado bestia alguna en la vida.

-¿Cuánto me falta para Hervás? Le pregunta a un mendigo, ciego y cojo, situado con una concha de peregrino a la vera del camino.

-Unas leguas. En cuanto pase la venta "Las Cañadas", too tieso, a la derecha, cuesta arriba.

Lope le arroja un cobre en la valva.

-Gracias, la Virgen lo proteja, padre.

-Soy letrado que no cura, aclara el inquisidor.

-Da igual para las bendiciones.

Lope azuza al veterano jamelgo asignado en las cuadras del Tribunal. El caballo están tan fatigado que arrastra los cascos.

**"¿No era ciego el pordiosero? Quizás no del todo."**, se disculpa el novato inquisidor.

Sin embargo una idea se concreta en su confusa mente; lo aprendido en las aulas no basta para transitar sin peligros, o ser embaucado, los caminos de Castilla.

Debe escudriñar atentamente las denuncias del informante que lo aguarda. Un nuevo error y lo pondrá en la puta calle el mismo superior que le ha perdonado su debilidad en la sala de tormentos. Esta vez no habrá padrino o tío obispo que lo salve del definitivo adiós a su empleo en el Santo Oficio.

## CAPITULO 24

-¿Tienes noticias de tus hijos?

Teófilo no responde de inmediato. Quizás por el dolor que le significa la respuesta, acaso por lo agitado de su respiración cuando sube las cuestas apoyado en las muletas.

Se ha cruzado con Manuel, cuesta arriba, viene del corral de Gervasio con seguridad, él salía de su vivienda, esa covacha situada en la Travesía del Moral, en la parte baja del pueblo, cerca del río.

Confinado en las empinadas calles y travesías de la parte inferior de Hervás en la cual, no demasiado tiempo atrás vivían judíos y pobres.

Pero los conversos de la primera hora, los que permanecieron en Hervás acatando el Decreto de Expulsión de los Reyes Católicos y los “tornadizos”, los que regresaron al tiempo de Portugal convertidos en “cristianos novos” por la omnimoda voluntad del rey lusitano Manuel, prefieren abandonar, cuando pueden, la tradicional judería y construirse nuevas casas en La Plazuela o cerca de la Iglesia, en lo alto y llano, confundidos con los “de posibles” e influyentes cristianos viejos.

Teófilo no ha podido elegir. Al regresar de las prisiones inquisitoriales, lisiado y desposeído de todos sus bienes, entre ellos la casa familiar de La Plazuela, aceptó el rincón que le ofreció Manuel para cobijarse “por el momento” que, si bien no le cuesta un maravedí, dura tres largos y duros años.

-Están bien. El mayor prepara su “bar-mitzvá”. Viven en Lisboa con su... La palabra “madre” se resiste a salir de su boca, su abuelo Adón Mosè Cardoso, Manuel. Te agradezco tu interés.

-Fui testigo de ambas circuncisiones, Teófilo.

Aunque se ven a menudo en la Cofradía, Manuel evita preguntarle por la familia. Sabe que ello le produce extremo dolor al desgraciado tullido. No es para menos. Si la adúltera Violenta no le hubiera confiado, al amante, ese despreciable curita de Granadilla, lo que debía mantener en secreto, acaso el sabio rabí, lo era Teófilo, la habría perdonado.

Ante todo por mantener la familia, primera obligación y, en segundo lugar, quizá por estar demasiado metido en el estudio de los Libros Sagrados y olvidar que una mujer quince años menor tiene necesidades que la sabiduría del esposo no satisface. El asunto sólo hubiese quedado en un cotilleo de mercado y no provocado una de las pocas intervenciones de la Inquisición en Hervás y puesto en peligro a todos los conversos del pueblo.

Teófilo, a Manuel no le caben dudas, a la clemencia por la infidelidad uniría la comprensión. Los conversos no tienen demasiadas opciones en estas épocas en las cuales los rencores aflojan lealtades debidas, los arrebatos pasionales las lenguas de las esposas engañadoras, la envidia rompe amistades y la codicia provoca delaciones.

Los “nuevos cristianos” viven peligrosamente entre la tolerancia comprada a los poderosos, los vaivenes de la política, las necesidades de los soberanos según el día y lugar.

Teófilo, estudioso, hijo de rabí, fue su padre quien enseñó a Manuel hebreo y La Ley en la clandestina escuela talmúdica de Lisboa, no tenía otra opción pero el ambicioso joven párroco prefirió su parte por denunciar a un judaizante y a la esposa, querindonga aunque la condenara a la hoguera.

-Ya va más de seis años que no los veo. Muchos para un padre de niños pequeños.

-Demasiados, amigo. Al menos, te consta, son educados como Los Hijos del Pacto y no como católicos.

El progenitor desposeído y lejano, el marido engañado no pueden menos que reconocer en la intimidad -¡Jamás públicamente!- que en eso la adúltera se comportó como una madre judía.

Escapó a tiempo con los dos pequeños, tres y siete años tenían los hijos de Teófilo y Violante, avisada dicen, por María, el ama de don Nicanor, el cura del pueblo con quien se confesaba el delator. "Conversaciones de almohada nunca son reservadas", sostiene Lorenza cuando se comentan en el mercado casos de igual índole.

También, se afirma entre las cotillas, ayudada por Teresa, la ventera, porque a un arriero le faltó la mañana siguiente una mula que ella pagó sin rechistar.

Fue de noche nevada. Los alguaciles de Plasencia, que la perseguían, hicieron un alto. Violante no. Atravesó la sierra de Gata con la cinarra hasta llegar a La Raya.

Teófilo, apresado, aguantó el tormento sin denunciar a nadie pues la Inquisición se contentó con él. Quedó lisiado. El potro no tiene medidas para su trabajo. Depende de la fuerza del verdugo y la inquina de quien o quienes interrogan.

Apareció, tres años más tarde, arrastrando la pierna izquierda, mortecino el brazo del mismo lado, macilento y magro. Las mazmorras del Santo Oficio no cuidan demasiado la salud de los alojados en sus dependencias.

Manuel observa al amigo, al compañero de aula, a quien, como él fue bautizado el mismo día, en la misma iglesia por unas gotas de agua arrojadas sobre cientos de refugiados judíos en Lisboa por orden de un monarca que faltó a su palabra, al miembro de las familias que un día decidieron, en común, retornar al pueblo natal. Siente la necesidad de confiar en él. Hay cosas que un espíritu atormentado exige comunicar a un igual capaz de comprender. El escriba puede ser uno de los pocos.

-Cuando regreses de Toledo quiero hablar largo contigo, Teófilo.

Extraña actitud, considera. Manuel Alvarado, desde el retorno a Castilla, ha vivido sin comunicarse íntimamente con nadie, converso o cristiano viejo. No tiene amigos ni confía en ninguno. Ejerce de patrono de vecinos en dificultades; Lorenza, Petra, Gervasio, él... Seguramente con varios más pero, justo es decirlo, lo hace con discreción y no presume de generoso. Algunas veces conversa con don Nicanor, el cura, nunca de asuntos religiosos. En la Cofradía de Nuestra Señora de la Asunción cumple, hasta donde resulta posible, con las obligaciones mínimas hebreas, ayuda al sostén de la asociación, posiblemente el que más, pero de ahí no pasa, si bien cuando se debe discutir con los señores de la comarca, los Zúñiga, los Alba, el Obispo de Plasencia y otros las discriminaciones o límites sociales de los nuevos

cristianos impuestas en Castilla en base al demencial “estatuto de limpieza de sangre” que se ha comenzado a utilizar en ciertas instituciones del reino, Manuel Alvarado encabeza y defiende públicamente a los conversos.

Los correligionarios malpensados consideran que saca provecho de tales actitudes porque a los ojos de los poderosos es “el judío” fiable de la comarca. Por ello le encargan negocios, en especial los Alba y los de Bejar en el valle del Ambroz, murmuran los otros conversos.

El insólito gesto de Manuel sorprende a Teófilo.

-¿Algún asunto en especial?

La pausa, larga, refleja lo rudo de la pregunta y lo difícil de la respuesta.

-¿Por qué continuamos nuestras existencias en unos reinos en los cuales los señores nos desprecian y los súbditos nos abominan?

El estudioso de los libros bíblicos conoce la contestación elaborada por los sabios a través de los siglos de Diáspora.

-Los Hijos del Pacto con Dios Todopoderoso no tienen opción ninguna a escoger hasta la llegada del Mesías. Elegidos como víctimas los indefensos hebreos buscan la protección de los enemigos de sus enemigos para sobrevivir pagando el amparo. Siempre ha sido así desde la destrucción del Templo.

Manuel lo sabe desde niño. Es la primera lección que imparten los ancestros a sus descendientes. La réplica no consigue más que ahondar su padecer. El creyente vacila una vez más.

-Ética, moral, mandamientos, preceptos de conducta correcta. ¿Existen o sólo son convenciones inventadas para no matarnos unos a otros en el momento en que consideramos tener la oportunidad de hacerlo sin consecuencias, sin temor a los jueces o a las venganzas?

-¿Dudas de Adonai, de las palabras del Altísimo?

El directo interrogante realizado en la calle de la sinagoga, la llaman así todos los vecinos aunque ahora funcione una almazara en el edificio del antiguo templo hebreo, previenen al nuevo cristiano, mucho más cuando quien hubiera sido el rabino de Hervás, agrega:

-...De La Palabra, de La Ley de la Torá, “Manuel Alvarado”?

-Nunca le preguntes eso a un converso, “Teófilo Pérez”.

Da unos pasos hacia la calle que lo conducirá a las escaleras de La Cuestecilla. Las cuestiones planteadas por aquel que tiene acceso a los designios de El Señor del Mundo escritos en los Sagrados Rollos, dictados por Dios, a diario, el encargado de la Cofradía suele sacarlos del secreto nicho para recitar las oraciones del día, dichas en voz alta conmuevan al dubitativo creyente.

-Sólo la muerte me dará la respuesta, Yael Bar Rav Shimón, contesta Manuel deteniéndose. Llama a quien interpreta la Voz Divina por el nombre dado en la circuncisión. Es como judío que busca la respuesta a sus incertidumbres.

Teófilo lo alcanza con dificultad. Las empinadas calles del Hervás de abajo no resultan las adecuadas para un lisiados pero las palabras a pronunciar deben ser susurradas en tierras del Santo Oficio.

-Nunca, jamás repitas esos interrogantes de manera que nadie los oiga, Emanuel Bar David, o acabarás en la hoguera. No son propias de un cristiano sincero. Luego agrega, sombrío. – Ni de un Hijo del Pacto, de un miembro del Pueblo Elegido. El Todopoderoso condena al fuego eterno a quienes duden de Sus Mandatos.

-Según veo, Teófilo, me espera el infierno de una manera u otra.

-No lo tomes a la ligera. En la otra vida te juzgará Dios pero en ésta, si llega a oído del Santo Oficio, los inquisidores. Te aseguro: son hombres de poca fe y muy incrédulos con los arrepentimientos rápidos si no se pasa por el tormento previamente.

-Antes me deberían delatar y este pueblo no hay soplones. Pocos estarán a salvo si llega la Inquisición a Hervás.

-Estás equivocado, sentimientos, rencores, despechos no faltan aquí como en cualquier lugar habitado por seres humanos.

-Según parece no tienes demasiada fe en la bondad de los hombres.

-Tanto como tú.

Manuel considera la reflexión de su cofrade, no sólo en las apariencias de una asociación piadosa. No, no cree en la inclinación natural al bien. Todo lo contrario. Está convencido que las criaturas supuestamente creadas a imagen y semejanza de Dios, son seres sometidos desde el nacimiento a los instintos básicos, con el único fin esencial de sobrevivir de cualquier manera, a costa de otros hijos del Altísimo Señor del Mundo si es necesario. Si se une con otros en razón del origen, o un peligro común, lo hace para continuar viviendo. Esa es la razón fundamental de la solidaridad. El resto, imaginación, palabras bonitas para ocultar el verdadero motivo; vivir, vivir a cualquier precio. Como cualquier otro animal del Reino Divino. Por eso se protege a las crías, porque son la prolongación de la propia existencia; por eso se roba, se es cobarde, se mata.

Pero aceptar a conciencia esos terribles pensamientos harían de él una persona muy distinta a lo que Manuel Alvarado piensa de sí mismo. Su autoestimación lo impide. Sin embargo en la soledad, quizás demasiada, en la doble vida que lleva a toda hora esas ideas lo acosan y le resulta difícil alejarlas.

Admitir como verdad lo contrario a lo enseñado por padre, maestros, escritos de sabios rabinos, inclusive lo preconizado por la doctrina cristiana le producirían un efecto destructor. Le resulta, sino imposible, al menos inasequible. Todos los años transcurridos de existencia serían una realidad absurda, sin sentido alguno.



-Dejemos las exégesis para los pensadores. Tú ibas para rabino. Yo me limito a vivir como me dejan y puedo.

-Tienes razón Manuel. Sonríe. – Finalmente deberemos aceptar, amigo, que la ignorancia es la base de la felicidad, agrega.

-Posiblemente pero nuestros progenitores se han preocupado en impedirlo con éxito. Eres hijo y discípulo, como yo, de un gran maestro, Rav Shimon Bar Yael.

Su padre. Lo recuerda encorvado estudiando los textos sagrados del Señor durante las noches cuando los vecinos de Lisboa dormían. Durante las jornadas de trabajo atendía sus labores de agente en la Praça do Comercio y los extensos conocimientos de lenguas que poseía, castellano, portugués, latín, árabe, arameo, hebreo, francés, el idioma de la marca catalana, dialectos afines y hasta un poco de ese alemán hablado por los judíos de los principados teutones y norte de Italia lo convertían en el más solicitado por los mercaderes. Eso lo hacía sospechoso para los incultos sacerdotes lusitanos que vigilaban a los “cristianos novos”. No dejaba de encender las velas los viernes, para iluminar, decía, la oscuridad de los sentimientos humanos buscando el sentido de La Palabra Divina, sin reparo alguno.

Él, Yael Bar Shimon, Teófilo Pérez, heredó devoción y oficio hasta que en el potro del tormento dudó, o confesó repudiar las enseñanzas recibidas para salvar su vida. Ahora es un escriba mal pagado en una perdida comarca castellana, no un gran rabí como era su destino.

-¿Sales hoy, amigo?

-Apenas las mujeres estén listas. Llevo dos días de retraso a causa de un negocio.

-Será para bien, si Dios lo ha querido así.

-Eso espero. Pero siempre pienso si el apego al maldito dinero...

-Bendito para quien, como yo, no lo tiene.

Manuel observa a Teófilo. El tono, adecuado para un pobre hombre, tiene un extraño eco de lo profundo, allí donde se anidan los sentimientos inconfesables, secretos, malignos. Pero pronto desecha las prevenciones hacia el amigo, las que siempre lo atenazan cuando se encuentra con otros: **“Los detestables celos que se apoderan de mí para con los demás. La doble existencia que llevo terminará por envenenarme el alma y desconfiar de todos. Teófilo es mi compañero de la infancia, cofrade de la clandestina sinagoga de los conversos del pueblo.”**

-Acaso la comarca resulta pequeña para un hombre de tus conocimientos e inteligencia, Teófilo. ¿Por qué no piensas en marcharte a una gran ciudad o al extranjero? Cuentan que en Marruecos se nos tolera bien.

-Manuel Alvarado, si tuviera como y el dinero necesario, al único lugar del mundo que iría se llama Lisboa. Allí se encuentran mis hijos. Me corresponde la potestad sobre ellos de acuerdo a la ley hebrea y a la ley cristiana. También el castigo previsto para una adúltera como lo es Violante, mi esposa hasta hoy. Quisiera ver cumplidos lo antes posible estos deseos. El

respeto intelectual me importa poco. Los cultos, hasta los sabios, se cotizan muy baratos en el mercado de la sociedad actual. Solo tiene valor el oro y el poder que con él se compra.

El resentimiento, el arraigado afán del desquite del lisiado llega en toda su dimensión al entendimiento de Manuel.

-Dios proveerá, Teófilo. Hablaremos cuando regrese.

El escriba apenas retiene su lengua: **“No necesito palabras sino doblones”**.

-No faltará ocasión. Luego, señalando la sierra. – Amenaza mal tiempo. Salir tarde y con nubarrones para una larga jornada... ¿Por qué no lo dejas para mañana?

-Saldré hoy. Haré noche en casa de los Santa Cruz en Plasencia.

-Bueno, así me parece razonable. Siempre has sido una persona inteligente y afortunada. El Todopoderoso ha te mirado bien desde tu primer día de vida. Ahora los esponsales de tu hija - ¡qué mayor alegría para un padre que llevar a su niña hasta la “jupá”! – corona con mercedes tus esfuerzos. “¡Mazal Tov”, Manuel!

**“¡La “jupá”! Será difícil explicarle a Ana la doble ceremonia. Espero que los hechos replacen las palabras y una vez consumado el casamiento no sean necesarias. Tomás Coronel, si me han informado correctamente, tiene la virilidad esencial para que la muchacha olvide otras preocupaciones excepto las de satisfacer sus deseos”**.

Los de ella y los del marido. De otra forma las parejas no encajan. Pero no debe olvidar responder a las felicitaciones del hermano de culto como corresponde.

-“¡Todá rabá, Yael Bar Shimon! ¡Que también Dios compense tus pesares y te dé todo lo bueno!

-¡Amén! ¡La paz sea contigo, Emanuel Bar David!

Teófilo se marcha por la calle del Rabilero.

Manuel tiene la extraña sensación que faltó, era lo suyo, ofrecer al desgraciado tullido algo más que palabras de consuelo. “Los consejos, la mitad en doblones” afirmaba su padre Adón David. Lo hará, con generosidad, al regreso. Teófilo merece recuperar a los hijos y castigar a la infiel Violante con todo el peso de La Ley.

**“Es mi amigo”**.

## CAPITULO 25

Roselia tiene buen ojo para clasificar a los hombres. Desde que vino al mundo en el burdel “d’el espasmo”, así lo llamaban los marineros del puerto de Sevilla, hasta este momento, que sentada sobre el muro del corral de “Las Cañadas” observa la Vía de la Plata con la saya y las enaguas arremangadas a medio muslo ofreciendo sus servicios, ha visto centenares de varones de todo tamaño, color, forma, altura, nacionalidades, gustos y maneras.

Mucho ha de errar si esos dos jinetes que han entrado en el cercado de la venta, echándole una mirada a la blanca piel de sus pantorrillas y a las tetas asomadas por el corte del blusón, no vienen a comprar lo que ella vende.

Mientras ellos desmontan, los ojos rijosos, la moza lo hace de la valla y se acerca meneando las caderas, sonriente, provocativa; da una voz para llamar a la colega de trajines. Es tiempo abandone las obras de caridad y se dedique al trabajo remunerado.

-¡Elvira deja al fraile ya! ¡De limosnas no viven más que los curas y las monjas! ¡Ven que tenemos tajo!

Desde la cuadra responde la socia de fatigas dispuesta a ganarse el jornal. De todas maneras el franciscano, acabado por los repetidos fornicios y el vino de incontables jarras, dormido como un leño no da para más.

-¡Presta voy al reclamo! Grita mientras se arregla el refajo y la camisa si bien, espera, tendrá que desarroparse pronto para ejercer su oficio, pero, como afirmaba la alcahueta de las marismas que le trajo los primeros clientes: “Vestida vales más, niña; los hombres se imaginan y pagan más por lo figurado que por lo visto.”

Fuera, allegándose al poste donde los probables clientes sujetan los caballos, Roselia sopesa el precio a pedir estudiándolos de pies a cabeza. Su madre le enseñó que el calzado dice más de una persona que sus palabras.

El más tallado, buena planta, botas fuertes de piel de vaca, faja colorada y limpia, jubón de paño de doble urdimbre, oliendo a oveja, mayoral, seguro.

El otro, más joven, fornido, rudo, borreguies altos de cuero con el verde las dehesas pegado a la suela, chamarra de pellejo de carnero, rabadán del mismo rebaño. Por eso tiene una buena yegua como monta y no un borrico.

**“No están nada mal los pastores: el mayoral, alto, tirando a rubio, me gusta más; parece limpio y de buenas maneras”** considera Roselia que da final a sus apreciaciones con un saludo y una sonrisa húmeda.

-¡Buenos y santos días! Parecen necesitaos de un alto.

-¡Y de echarme unos cuantos polvos! ¡Va para meses que no le veo la crica a una mujer!

Lisandro con un gesto ataja al lanzado paisano. Pero advierte que su idea de gratificar a los pastores con una buena e inesperada juerga con vino, carne de vaca, no caldero de ovejas muertas en las cañadas y sobre todo unas buenas hembras, jóvenes y guapas, bien dispuestas a refocilarlos durante unos días, dará excelentes resultados. Ninguno de los pastores hablará más de lo necesario de él y callarán comentarios innecesarios sobre el rumbo de la lana. En realidad, no les atañe. Soplones no hay; los ha elegido todos leoneses, de la sierra y de aldeas cercanas a Guardo. Los informadores entre los hombres de los hatos suelen utilizarlos las órdenes religiosas o militares con grandes cabañas. No se fían de nadie. Los nobles castellanos poco o nada creen en la lealtad de sus siervos por el solo hecho de serlos. Cualquier traición, o delito contra sus propiedades, la saldan en el acto sin juicio previo con la muerte del infractor.

El terror da excelentes resultados si la vida depende del amo.

Precavido, si algo se tuerce se juega el cuello, el mayoral desarrolla, paso a paso, con calma, su plan.

Primero lo primero: Dar salida a la “lana negra” y recibir el dinero; El judío lo hará sin obviar ningún compromiso. Segundo, los dueños, el puto flamenco y la puta marquesa del Puente no vigilan su cabaña, no revisan los libros, no han visto un hato ni de “luenxe”; confían en él mientras no les falte doblones para gastar con los demás señoritos de la corte. Tercero, Eliseo, su paisano y rabadán, el más peligroso para su proyecto; de la trashumancia y los tratos del camino conoce bastante aunque no sepa escribir ni leer adecuadamente. Pero si le hace creer que será mayoral por recomendación al lucio extranjero cuando se retire por enfermedad poco antes de la esquila, verá poco o nada, en especial si le adelanta los escudos de la lana negra de las cincuenta ovejas de su propiedad. Luego, cuando tarde y “longi” se entere del fregado - ¡Qué Dios lo ayude!

Por último, a comenzar ahora mismo, lograr la simpatía y el agradecimiento de pastores, zagales, sobrados, roperos y demás personas que conducen los rebaños.

Esta será la primera francachela. La segunda la dará antes de partir de regreso a Guardo una semana antes del equileo, para “bien morir” entre los suyos. No hay nada que impresione más a los hombres duros que la entereza viril ante la muerte y merezca más respeto. Como de ello no tendrán seguridad pasadas unas semanas de la vuelta con los hatos a las montañas de León, le sobrará tiempo. Será entonces, más o menos, que llegaran los Alcaldes de La Mesta a investigar donde carajo se han ido los vellones del señor Marqués del Puente. Y como a un difunto no se lo ahorca, sobre él caerán los malos pareceres de todos para salvar pellejo y ocupación.

-No tengo prisas, Eliseo. Primero debemos ajustar el precio con las mozas.

-¡Así se habla! Aprueba Elvira que provoca el rabadán sobándolo ligeramente.

-¡No rempujes jovena o te la hondió aquí mesmo!

A Roselia la actitud del mayoral, ya no le caben dudas, le atrae y, al mismo tiempo, la previene. “**¿Qué querrá ese gachón? Habla poco y remira mucho... Con tal que pague lo debido, se verá**”.

-Se vienen con nosotros a los chozos, a un par de leguas, a un par de leguas en las dehesas de La Abadía. Le dan servicio a los pastores y al resto del personal.

-Y a los que pasen cerca. ¡No te jodas! ¿De cuántos se trata?

Lisandro advierte que la churriana, de tonta, nada. No quiere errar en el precio. En verdad su proposición escapa a los ajustes de un lunapar o en una venta. Es bonita. Parece una romana, esas que llaman “maestras de placeres”, -conoció una llevado por el gordo flamenco duque del Puente a un burdel de lujo, de Valladolid, para celebrar los resultados de una esquila- del Trastevere era la mamona.

-¡Eso, bien dicho, Roselia! La otra lumia, no está mal la jovencita andaluza, la repasa el mayoral, guapa, rústica, bruta –no lo puede, ni lo quiere disimular- apoya a su colega.

Eliseo, con apuro, quiere ver solucionado el regateo para llevarse a la gaché al establo y darle unos revolcones, interviene en el negocio.

-¡Vamos mujieres, no tengáis tantos remilgos! ¿Qué significan para dos hembras forciás treinta o cuarenta méntulas más o menos en una jornada, aunque repitan mis pastores? A las puertas de un cuartel, o en una mancebía del puerto de Sevilla, os pasáis más cada jornada.

-¡Cierra el pico, Eliseo! A nadie le importa la vida de los otros o de las otras, mientras no te ofendan ni perjudiquen. Luego, con una sonrisa de quien discute un asunto respetable – Yo te propongo... ¿Roselia?

-Así me bautizaron en la capilla del Hospital de la Caridad. Mi madre tuvo un habitual que la pintó en su paredes. La dejaron parir allí en vez de dar a luz en cualquier lugar donde la cogieran los dolores, como sucedía, y acontece en las riberas del Guadalquivir, si una del oficio tiene la mala suerte de quedar preñada, recuerda la muchacha lo contado por su progenitora.

-Pues mira Roselia. Te ofezco un escudo de buena ley, uno para cada una, por dos días en los chozos sin cuentas de pocos o muchos.

Elvira no se puede contener. Ni un mes en la casa de “Ña Felicia”, la del muelle de la Torre del Oro, da tanto.

-¡La madre que me parió!

La mayor de las dos mozas de fortuna aguanta el tipo. La propuesta, buena, un escudo da para mucho, pero puede quedar en promesa o lleva segundas. La sonrisa, melosa para un hombrón como el mayoral, oculta alguna trampa. Además ¿Desde cuándo un superior se preocupa tanto por sus pastores? Nunca supo de nada igual. Tiene que haber otros motivos. Si los hay, se estirará.

-Quien ofrece dos puede dar tres. ¿Te llamas, mayoral...?

-Lisandro del Valle, Roselia. No irá a discutir un par de piezas con unas pelanduscas un hidalgo. Si el destino lo ha llevado a servir hoy, mañana será un noble aragonés, propietario de un buen rebaño.

Tendrá el apellido y el título comprados, pero no más amos en la vida.

-Bien ¡Tres! Ahora, a comer y beber algo antes de llevaros a la dehesa

Cuando el trato parece finalizado, Elvira, atemorizada por alguna mala idea, retrasa la partida.

-¡Esperar! Yo no sé si voy.

Eliseo, harto del chalaneo apenas se contiene de darle un buen fustazo a la morena.

-¿Y aura qué, moza?

-Nunca he trabajao con pastores de un rebaño en camino.

-No seas ñona, muyier. No veo porque el jergón de un chozo resulta peor que una carretera de soldaderas o la paja de una cuadra.

La marismeña, inquieta, busca explicarse sin ofender a quienes las han venido a buscar.

-Me da repeluzno la lecha de los acostumbrados a... con ovejas, como dicen.

El rabadán se cansa. Les pagarán espléndidamente, demasiado, - Lisandro lleva las cuentas y buscará apaño para ese gasto – pero no pasan de ser busconas callejeras ¡Y pretenden rechazar a su gente, serranos y leoneses!

-Pa que t'enteres, las corderas están más limpias y sanas que esos soldados vueltos de Las Indias pringados, llenos de chancros.

Roselia, si bien la reacción de su joven compañera de aventura – se ve que la infeliz no ha salido de los esteros y de algún lupanar del puerto- la mención de purgaciones o picadura de tarántula le producen espanto, reacciona altanera.

-Mira rabadán. A un infestado se le nota en los ojos, o si veo llagas, ni la mano. Morir hemos de morir todos pero d'eso, yo no. Ni por todo el oro del mundo.

A la Lisandro le cae bien la moza. Si no fuera por el oficio, bien vestida, con peluca, zapatos de raso, sortijas, collares, la cara llena de polvos no desentonaría en un palacio entre otras putas con títulos como la marquesa del Puente, la dueña de los rebaños, la más popular de la corte de Valladolid, con mucho sexo y poco seso la señora.

-A ti se te ve sana, Roselia.

-¡Ni un grano, mayorall! Me lavo apenas acabado el trato y me repaso bien el chocho por dentro y por fuera con mitad agua, mitad holandas como me enseñó mi madre. El alcohol mata los bichitos. El de Flandes es más fuerte que los castellanos.

-¡Y yo también! ¡Se creen que por haber nacido entre las garzas una no s'a enterao de náa! “Ña Rafaela”, que hacía de tercera en los pantanos, me enseñó además como meterme la matita de yerbas pa no quedar preñada.

-Entre Holanda y los esteros te veo protegida, marismeña. ¿Qué me cuentas moza? ¿Vienes o te quedas?

-¿Tú que dices, Roselia?

-Los pastores seguro son más limpios que los soldados de Las Indias. De allí traen los males que les pegan las hembras salvajes. Habíamos quedado en dos escudos para cada una, de plata noble, por un par de nochadas, Lisandro.

-Sin contar las cabezas que pasen por vuestros “puertos”.

-¡Entuavía no soy propiedad del rey! Roselia responde chulesca.

-No le des ideas al flamenco. Por conseguir dineros sería capaz de poner un impuesto a los fornicios. Tú, morena ¿Qué has decidido?

-En no habiendo jacaranas, ni chulos que lleven tajada sin abrirse de patas como una, ni meter manos en las entrepiernas pa animar a los quedaos, bue... ¡Vamos pa'llá Mayoral!

Eliseo agarra a la jovencita y la alza en brazos.

-¡Pa mí mentres un adelanto, que pa eso soy el rabadán!

-¡Tú quieta parada, Elvira! Restan detalles pa tener en claro el ajuste antes de las tareas. Vamos a ver, Lisandro.

-Di prenda lo que te falta y yo te pueda dar, la anima, intencionado.

-D'eso ya veremos, mayoral. El hombre le gusta. Si tiene lo que tiene que tener con esa planta y ese genio, podría pensar en unas buenas cabalgadas con él de jinete ahora. En lo chozos la faena será dura y no le dejará ganas de nada por días. – Pa empezar, terminado el famulato nos llevarán a un poblao por donde pase trajin pa'l Sur.

-De acuerdo. No las dejaremos tiradas en las dehesas. En la venta más cercana por la cual pasen las carretas de la Vía de la Plata. ¿Qué más, salada?

**“Me arregosta el serrano y le viá a dar una alegría al cuerpo”**, concluye mentalmente Rosalía, pero **“eso será después de acabado el trato.”**

-Nos dejarán dormir unas horas; los de las garitas de los cuarteles también lo hacen acabadas la guardias.

-Mientras haya luz, a pata suelta. El ganado da mucho trabajo en las dehesas y no quiero los pastores se distraigan.

-¿Ande está el parné? Que después no me gusta echar cuentas ni reclamar lo mío.

Lisandro saca de la faja una faldriquera, se la ve muy cargada; ello despierta la codicia de Roselia.

Tenía razón su madre cuando le recomendaba subir los inviernos a Extremadura: “Deja que la burra lleve a la puta a los pastores”, afirmaba.

-Por dos escudos más, cada una, nos quedamos toa la semana, mayoral.

-¡Ni de gracia, Roselia! Las mujeres en los chozos sólo dan problemas. No quiero ningún pastor muerto, que no sobran los buenos. ¡Dos noches y van bien servidos!

Saca los cuatro escudos. Por el brillo se diría recién acuñadas.

**“Bien cuidadas las tenía el judío”.**

No quiso abrir el bolsillo al recibirlo; le pareció propio de un avariento, de un desconfiado y no de un socio de buena fe, pero -¿la verdad?- por el peso le pareció correcto si de ley era el contenido. Sonríe; no lo ha engañado.

-¡Plata recién llegada de Las Indias, mozas!

Roselia las coge y mientras las guarda en un pliegue cosido en el refajo, Lisandro, además de los blancos y apetitosos muslos de la lumia, advierte un puñal cruzado en las cintas de las sayas.

-¡Vaya con la inocente!

-Prefiero un muerto en mi cuenta a jodida sin saldar o robada.

La muchacha observa al rabadán cabreado y ansioso.

-¡Ve y dale el gusto al hombre! No se vaya a correr antes de llegar.

Eliseo desaparece llevándose a la marismeña al hombro, Roselia sonría a Lisandro. Con un gesto pícaro, indica.

-Deberíamos entrar y hacerle un buen gasto al ventero, se cuida de rufianear pero de alguna manera hay que pagarle el uso de la cuadra.

-Luego, Lisandro, si gustas, te brindo un ris-ras, aquí, porque me han venido las ganas y prefiero hacerlo antes que tus borregueros me dejen escaldada y sin fuerzas pa tener las gambas en tabera.

El mayoral estudia a la mujer. La sonrisa, llena de luz de mar, la boca, flor roja, húmeda, deseosa. Garbo no le falta. Tiene todos los dientes. No ha visto manchas en su piel. Fresca. Sana, parece. La mata de pelo castaño, como el de una buena yegua parda. Apenas unas motas de jena mora marcándole los ojos. Sí, por añadidura, logra algo extraordinario como hacen las putas romanas ¿Por qué no? Lo que le espera nos sera nada fácil. Enfermarse, morir, recorrer los valles de Los Pirineos en invierno, olvidar nombre y pasado.

-No seré yo quien te deje con ganas, Roselia. ¡Vamos mujer, dentro! Unos vinos ahora, cabrito asado para después. Así dejamos al ventero satisfecho y nosotros completamos la tarde a placer.



Entran mirándose, deleitándose anticipadamente con lo deseado.

En el establo, en la paja, entre refajos revueltos, enaguas sueltas, gritos y resoplos, Elvira y Eliseo afanados en lo suyo con entusiasmo y ardor, no advierten que en uno de los revolcones han aplastado un bulto cubierto por el heno de la cuadra.

Francisco Miranda, acurrucado en el sayo de franciscano, consumido por la fatiga de la huída, la flojera posterior a un intenso intercambio carnal, el vino consumido con generosidad ni se da cuenta de que le han pasado por encima. No oye el resuello del macho encabritado, ni los ayes de la hembra poseída en una tremenda cabalgada.

Sueña con unos campos verdes de selva india en la cual fue libre, amo y señor de machos y hembras, fueran bestias o humanos.

## CAPITULO 26

-¡No se te ocurra cruzar de matute La Raya!

La sorpresa, mayúscula, estremece al boyero de Aldeia do Bispo.

-¿Pero qué me dice, seor Manoel?

-Esa carta que llevas para los Caro de Belmonte debe estar en sus manos antes de una semana, diez días a lo más. Si te cogen los aduaneros, castellanos o lusitanos por intentar meter mercancías de contrabando, te detendrán y ese mensaje nunca llegará o caerá en manos de los ropones.

-Nunca lo he pagado las tasas de alfandega, ni un direito en minha vida por entrar coisas. Siempre lo tengo concertado con os vistas de os dois lados. Son meus amigos. Si vo y les digo, “quero pagar os direitos de alfandega por isto”, sospeitaran tanto que si me detendrán para descubrir el verdadero matute que quero pasar.

-Les aclaras a tus compinches de las aduanas que los compradores a nombre de quienes van los albaranes, quieren la estameña con los papeles en regla porque los tienen vendidos, a un convento de monjes Suplicadores de... Castelo Branco.

-¡Seor Manoel! Eso no se lo creí ni meu filio. Pa mentir memorioso ante todo. Ni sei si en Castelo Branco hay un monasterio de los Hirmanos Suplicadores, ni creio esa orden exista.

Braulio nunca comprenderá las ideas de los “cristianos novos”. El boyero, después de largos años de relaciones con los conversos de ambos lados de la frontera, está convencido de ello.

Manuel Alvarado lo ha llamado para arreglar un gran transporte de “lana negra” desde las dehesas de La Abadía a Lisboa -serán necesarias decenas de carretas, bueyes, mulas, casi todos los hombres disponibles de Valverde, en Castilla y de Aldeia do Bispo, en Portugal, bolsas llenas de escudos para los guardias y así meter sin problemas los miles de arrobas de la esquila venidera- ahora tiene remilgos por un envío de unas pocas varas de tosca urdimbre segoviana, el único tejido permitido por el Rey se fabrique en Castilla. Los paños finos se tejen en Flandes.

Manuel Alvarado intuye los pensamientos de Braulio. Se conocen hace muchos años. Confía él uno en el otro sin reticencias. El boyero, nacido en La Raya en el seno de esas familias que tanto son portuguesas como castellanas, tiene por herencia la vivacidad que el oficio de metedor requiere. Se deben valorar los actos y las circunstancias inesperadas con rapidez para evitar muchos años de galeras.

Los de Valverde, y las comarcas de los alrededores, utilizan un habla propia, local, aprendido “de madre”. Fuera de ellos, escasos los capaces de entenderlo. Para Braulio es su idioma natal. Hay pocos, contadísimos para efectuar con acierto la misión del año próximo; llevar los vellones de los rebaños del marqués del Puente hasta los agentes de los compradores europeos asentados en el puerto lisboeta, tal como se ha comprometido con Lisandro, bien lo sabe Manuel.

Cuando metedor y mercader se citaron pensaban en unas pocas carretas pero el negocio propuesto por el mayoral alteró los planes. La envergadura del traslado no arredró al de la frontera. Es más; le agradó el desafío. Por ello le extraña el encargo de ahora.

-¡Mais pro iso, seor, esqueza tuda preocupación! Esas piezas de estameña se las llevo de graça.

-Braulio; lo importante no son los paños.

El boyero, su profesión legal, protegida por las ordenanzas reales, le hace viajar en toscos carros de transporte tirados por bueyes cargados con cualquier tipo de mercancía para tener así un amparo legal sólo comparable al de La Mesta ovejera, sonríe.

Lo valioso en este caso no es la basta tela castellana; lo trascendente, el mensaje a los Caro de Belmonte.

-La carta la entregaré en mano eu mesmo.

-Veo has comprendido. Si te cogen, además del decomiso de carreta, bueyes, tú irás a parar al trullo y la misiva no llegará. A ti el contenido del mensaje no te compromete. Parecen noticias de familia, saludos para unos amigos de Lisboa, la fecha de una boda. Si no la reciben en Belmonte se acabó el negocio para los dos. ¿Comprendes por qué te pido pases por una aduana y pagues las tasas, los derechos y lo que te pidan por las telas?

El de Aldeia do Bispo no necesita más. Perderá muchos escudos si lo prenden y el mecanismo comercial no queda concertado, pero no puede evitar un comentario burlón.

-Le pido, seor Manoel, la gente no se entere d'isto. Perdería tudo meu bon nome si os paisanos se enteraran que Braulio Rodrigues ha pasado por una alfandega delcarando la carga y abonando os direitos.

Ambos ríen. El carretero saca una bota de buen vino verde guardado debajo del pescante. Un buen trago sirve para sellar el acuerdo.

El boyero reflexiona: si supiera leer abriría la carta por el solo hecho de conocer como se comunican los judeus. No puede dársela al cura de la aldea, ni al escriba de Valverde. Al día siguiente lo sabrían todos, hasta los guardias de la frontera.

Sin embargo, si ello aconteciera, quien se enterara del contenido de la carta enviada por Manuel Alvarado a la familia Caro de Belmonte no observaría nada especial. El de Hervás comunica a sus parientes lusitanos que ese mismo día sale para Toledo para los esponsales de la hija y supone estará de regreso dentro de unas semanas. Les promete escribirles apenas llegue relatándoles los detalles de la ceremonia. Los invita, junto a los Creste de Lisboa a pasar juntos la Noche Buena, o el día de Los Reyes Magos, en el pueblo. Les notifica ha encargado unos corderitos recientes para las comidas de esas jornadas. Les pide le comuniquen su conformidad ya que aprovecha la circunstancia de que el portador, un arriero de confianza, conocido por ellos, les lleva el mensaje, regresa a Hervás.

Nada significativo para las autoridades. Sin embargo para los “novos cristianos” apellidados Caro, de Belmonte, primos de Manuel por parte de madre al igual que los Coronel de Toledo, el mensaje está claro. Sale ese día de Hervás para Toledo –de las fechas de la boda de Ana estaban ya informados- y piensa regresar a los sumo en tres semanas o un mes. Pasado dicho plazo sin noticias deben investigar si le ha sucedido algo grave. En la Castilla de la inquisición, o en sus caminos, la vida de nadie, salvo los poderosos que viajan con escoltas numerosas está garantizada. La invitación para los amigos Creste, agentes laneros de Lisboa y las comidas a base de carne ovina significa que los llama para convenir un negocio de lana. Ninguno de ellos, incluido Manuel comercia con ganado. Braulio Rodrigues, a quien los Caro conocen les da la clave de la autenticidad de la carta recibida en mano al ser entregada por alguien a quien ellos tienen visto antes.

-No temas, Braulio. Lo escrito en esa misiva no te compromete para nada. Te doy mi palabra.

El matutero no tiene reservas. El compromiso verbal en este tipo de tratos vale más que un contrato con firmas, testigos y cien sellos.

Se garantiza con la propia existencia. En caso de incumplimiento grave, con la vida de hijos, esposa, padres y todos los allegados. Si a quien ha sido avalada no puede ejecutar la pena –la conocen bien los intervinientes en estos convenios-, la realizará otro en su nombre. No pueden existir dudas. Va en ello la estabilidad del negocio. Ajustar las cuentas resulta por ello esencial.

Ya está todo dicho y aclarado.

El de La Raya azuza a los bueyes; la carreta parte a paso lento pero seguro. Son bestias expertas, de esas en las que confían los labriegos para las aradas; “hacen surcos derechos” y los carreteros, los mercaderes de toda Castilla; “te llevan de Toledo al mar sin cansarse” y “comen gatuña si no hay hierba”.

Manuel cruza el antiguo puente: se dirige a La Plazuela; pueden partir si las mujeres han terminado.

Al llegar del río por detrás de la iglesia observa, a la distancia, como Teófilo montado en su pollino, de la mejor manera que sus lisiados miembros le permiten, se dirige a coger uno de los senderos de la sierra sólo conocidos por los lugareños. Acortan distancias y evitan encuentros desagradables. Los que frecuentan esas trochas no atraen a los bandidos. Son aldeanos sin nada de valor en las alforjas.

El escribiente sólo lleva en las suyas el pupitre, la caja de plumas, el tintero bien cerrado, unas manos de papel, sobres, lacre y un mechero de aceite.

El mercader ve con pena al que hace unos años era un hombre hecho y derecho, ahora convertido en un tullido. **“Lleva con dignidad sus desgracias”**. El compañero de infancia, el amigo de la adolescencia no ha mendigado de limosnas de los cofrades apoyándose en su condición de víctima de la Inquisición. Sobrados ejemplos existen, infortunadamente, de salidos de las mazmorras del Santo Oficio que viven de la solidaridad de los conversos sin pensar en dar golpe para ganarse la vida.

**“No resulta vergonzoso para el hijo de un rabino ser escribiente”.** Teófilo, le consta, presta servicios no sólo a los villanos; también a tratantes de ganado, señores, más o menos analfabetos los unos y los otros. Siempre hay un convenio a redactar, una inevitable instancia oficial dirigida a los alcaldes o al funcionario correspondiente.

Al pasar por el mercado oye la explicación de la inesperada salida, ese día de mercado abunda el trabajo de redacciones:

-El guarda de Donjón tiene un hijo en Las Indias con Almagro que se ha hecho rico en el Perú. El viejo le reclama ayuda cada tanto, para eso lo ha criado y ahora, nada en oro, le recuerda que tiene un padre. Ahí marcha el cojo a escribirle la carta, comenta Lorenza en voz alta. -¿Te vas Manuel a Toledo para casar a la hija? agrega al verlo pasar.

-Estás al tanto. Hoy salimos.

-¡Que tenga suerte y Dios la acompañe! Pero quizá no resultaba necesario buscar tan lejos lo que se tiene cerca.

-Gracias, Lorenza. La respuesta, no lo puede evitar, está teñida de extrañeza. ¿Qué le habrá querido significar la más informada del pueblo? Preocupado Manuel otea la sierra antes de entrar en su casa.

Los cielos vienen cargados. Por la época, casi apurado octubre, lluvia, puede, nieve, no.

El cabrerito observa los picos. Si viene agua, la huele, las cabras tendrán dificultad en la bajada. Quedarse en el rellano donde está, si bien el pasto ralo no da para mucho, resulta lo acertado.

Allí ficará hasta el atardecer. Antes de la noche debe estar en el pueblo y encerrar el hato en el corral del amo, Gervasio, el arriero. El dueño del ganado le ha pedido duerma por unos días en el cercado, acompañando al mozo de mulas. El parte hoy de viaje por unas semanas, ida y vuelta a Toledo. La tarea, mucha para uno solo.

Le ha prometido unas jarras de leche de primer ordeño para su madre, la Petra, con ellas hará unas tortas de queso de muy buena venta en el mercado. No demasiado para las faenas que le esperan;... peor es nada.

Por la trocha de Hervás, cogiéndola se evita cruzar el pueblo, hacia Honduras avanza un carruaje. Muy pocos la circulan, salvo los conocedores de la sierra. El polvo, los ecos de un trote cansino dan cumplido preaviso al chaval.

El charrete, tan desvencijado como el matalón al tiro, se detiene apenas el desconocido carretero -¿quién será?- lo advierte.

-¡Oye, zagall! ¿Voy bien para la Fuente Perdida? ¿No me habré extraviado a la salida de la aldea?

La pinta de forastero no le agrada al pastorcillo. Si bien nunca ha dejado el pueblo, ni por unas horas y poco sabe de los asuntos del reino, la cruz verde bordada en la capa y en el jubón le permiten identificar al conductor del carro.

Uno de la Inquisición.

Nacido en una comarca con pueblos de no pocos vecinos cristianos nuevos, moriscos bautizados el muchachito está lo suficientemente instruido para reconocer a un miembro del Santo Oficio.

-Como media legua p'arriba. En cuanto veía un árbol mocho, medio quemao por un rayo, ahí nomás, a unos pasos.

Extraño. Alguien de fuera preguntando por un sitio tan poco conocido.

-Gracias. ¡Dios te bendiga!

Antes de arrancas el mocito lo detiene.

-¡Espere, padre!

-No soy cura pero sí licenciado. ¿Decías?

-No coja el primer tronco chamuscado. Esa salida no lo llevará a la Fuente Perdida sino al "barranco de los ayes" porque todos gritan ¡Ay! Al despeñarse.

**"¡Vaya historias las de estos rústicos! Si no te mata una serrana después del coito, las sendas acaban en un risco. ¡Bonita misión me han encargado en Plasencia por ser la primera!"**

-¿Dónde entonces, chaval del demonio?

Quizá lo mejor habría sido no prevenirlo y dejar cayera al hoyo para que los carroñero devoraran su cadáver.

-En la segunda, a cien varas. El primer truncao, castaño. El cierto, roble.

Lope de la Peña sabe Las Partidas de memoria casi pero de plantas, en Salamanca, no le han enseñado nada.

-¿El segundo? Se asegura.

-Sí, no tiene pérdida. En too caso, grite. Yo acudiré. Aquí, en la sierra se oye a media legua si lo hace fuerte.

Azuza el cansado jamelgo. Avanza a paso lerdo. Las cuevas arriba al veterano caballo se le hacen pesadas, llegar al lugar fijado se le hace difícil, mucho más que lo recorrido en toda la jornada desde la salida de Plasencia desde primeras luces de la mañana.

Para el novato familiar del Santo Oficio la distancia última resulta interminable. Llegar a destino y encontrarse con el informante, llave del éxito de su primera misión como inquisidor le produce una ansiedad tremenda. Si logra los objetivos, detener al principal judaizante del valle del Ambroz con pruebas justificadas de su delito caerá, no le caben dudas, la entera red de falsos conversos de la comarca. Le reconocerán los méritos debidos y podrá presentarse a esa

plaza en el nuevo tribunal que se proyecta para Las Indias, lejos del Obispo. También a su padrino le interesa una distancia entre ellos. Pasa delante de un árbol tronchado, la parte superior negra como el carbón.

**“Este no. El segundo ha dicho el pastorcillo”**

El repecho se hace pronunciado. El penco apenas tiene resuello.

**“¿Quiénes serán los memos que utilizan estos caminos?”**

Ahí está el segundo truncado en dos y quemado de arriba hasta las raíces. Un claro se ofrece a un lado. El punto de referencia dado si entre las piedras del sitio brota un manantial.

De unos peñascos surge un chorro de agua límpida.

**“La fuente perdida”. Lugar, el convenido. La hora, -¡a Dios gracias!- un rato antes de la cita”**

Lope de la Peña salta del carruaje y mira en torno. Nadie.

**“Debo aguardar. Espero aparezca. Según los datos que me han proporcionado las señales para reconocerlo son inconfundibles. Las llevará bien expuestas.”**

Si no se presenta, no puede imaginar las consecuencias. Ni quiere. Una bronca colosal, una patada en el culo y ¡a la calle! La mejor posibilidad; lo envíen al Norte del Ebro a perseguir brujas y coger paganos en los aquellares, buscándolos en esos caseríos de las montañas en los cuales ni siquiera se habla castellano, con una paga miserable.

-¿Licenciado Lope de la Peña?

La voz surge de una persona que emerge de entre los árboles.

**“Es él.”**

-Servidor de la Santa Fe, familiar del Santo Oficio.

-No perdamos tiempo entonces. ¡Vayamos a lo nuestro! Dentro de poco puede caer una buena lluvia. Será útil para los labriegos pero no ayuda en nada a resolver nuestros asuntos.

## CAPITULO 27

Los nubarrones rodean el Pinajarro. No truenan, pero traen agua. Quizá pasen de largo y descarguen en la dehesas. Es el anuncio; comenzará a ser frecuente el mal tiempo y los caminos se harán difíciles de transitar hasta el florecer de los cerezos.

Entra en la casa. Es la única vivienda conocida en todos los años de su vida. Puede describir con los ojos cerrados la forma y color de cada piedra de los muros.

Aquí nació en presencia de Don Juan Diego Señor del Casar y la comadrona traída por él de Bejar. El noble no confiaba en ninguna de Hervás, no por su capacidad para ayudar a parir sino porque, sabida la ansiedad del hidalgo por tener un heredero varón, tiene sólo hembras de esposa, temió matronas vecinas le dieran el cambiazo y le atribuyeran como vástago suyo cualquier macho nacido en esos días de una plebeya desconocida. Por unos pocos maravedíes las viles pueblerinas eran capaces de felonías como esa o peores. Don Juan Diego, conocedor de que su manceba Amelia, “la portuguesa”, con tal de retenerlo y no la dejara abandonada se atrevería a todo, quiso ser testigo del alumbramiento y marcar al niño, si resultaba varón con el sello de los Señores del Casar en el muslo derecho como era costumbre en el linaje.

No lo engañarían, ya lo pretendió una vez la zorra de su legítima cónyuge, una de los Verges, dama de compañía de Germana de Foix -¡otra de merecida fama!- la reina que a poco de enviudar de Fernando el Católico tuvo una hija de su nieto Carlos I de España, entre varios olvidos al respeto a su ilustre esposo.

Bien enseñó a las señoritas de su corte. La de Verges, con la cual se casó para hacer carrera, le quiso encajar un fruto de su vientre habido durante una compañía que lo mantuvo alejado de ella más de un año en Italia. Afortunadamente el adulterino murió a las horas de nacer. Le evitó la disyuntiva de un escándalo o la afrenta de callar y permitir un espurio heredará título y honores correspondientes al Señorío del Casar.

Nunca estuvo seguro que las tres hijas fueran suyas. Horribles y bastas debían ser el resultado del ayuntamiento de su esposa con algún villano.

Diego, el hijo, conoció su particular historia de boca de Terencio la noche de una terrible borrachera del veterano de los Tercios. El soldado criado, escudero, confidente, tercero o cómplice necesario en estupros y violaciones de su amo, el poderoso Don Juan Diego Señor del Casar, lo sabía todo de su patrón. Él fue un expósito dejado en el portal de la iglesia de Santa María. Cuidado por el cura –lo bautizó Terencio, en esos días el párroco estaba leyendo al clásico para mejorar su latín- y lo apellidó “de María” por la iglesia donde fue abandonado. Al cumplir unos diez años, Don Juan Diego Señor del Casar, el caballero extremeño, dueño de tierras cercanas al pueblo, se lo llevó sin preguntar para que el peño le sirviera de criado y luego de paje.

De pajecillo a hombre de confianza “para todo”, Terencio estuvo con don Juan Diego hasta el día de su muerte durante el saco de Roma.



Diego también se enteró, don Nicanor le dio copia de la fe de bautizo, de haber sido cristianado en la parroquia de Hervás, testigos fueron Terencio de María y Lorenza Pardo, -“la niña del moro”- como hijo de Amelia Branco, “la portuguesa”, pero sin padre anotado que lo reconociera.

Toda la comarca, incluidos el duque de Bejar, la “damisela” de Verges, como denominaba Don Juan Diego a su cónyuge y las tres hijas que llevaban su apellido conocían la existencia de Diego, su fornecino.

Nunca ocultó la existencia del bastardo. Si el rey se permitía tener tantos ¿por qué no uno un buen oficial de sus ejércitos ? explicaba Don Juan Diego.

Pero el interrogante: ¿Si tanto deseaba tener un heredero de título y señorío por qué no reconoció al fruto de la unión con Amelia, “la portuguesa”, como su hijo al bautizarlo?

Nadie, ni Terencio, salvo una persona conocía los motivos del padre para no darle además del nombre, apellido y prosapia; don Nicanor, el párroco. Había recibido las declaraciones de Don Juan Diego, no exactamente en confesión pero si de forma reservada, fiándose el hidalgo de la fama de discreto, muy merecida, del sacerdote.

Si bien el noble le manifestó las razones con tal naturalidad, al cura le parecieron tremendas. Juró que sólo las haría públicas si las expectativas de Don Juan Diego se cumplieran y dejara desamparado a Diego. Lo dejó escrito por entregado a María, su ama, si expiraba antes que el Señor del Casar. Deseaba proteger al bastardo, un inocente, educado por él durante años.

El asunto, según le respondió a don Nicanor al preguntarle los motivos de negarse a reconocer al vástago en el acto de cristianarlo, fueron claras, propias de un noble castellano protector de su linaje: “Mire, padre, soy un católico respetuoso de los sacramentos hasta el punto de morir defendiéndolos como hago en cada batalla con las tropas del Emperador del Sacro Imperio, Don Carlos V, mi rey, si fuera necesario. Espero Dios recompense mi devoción haciendo que mi desleal esposa legítima la diñe antes que yo. Entonces desposaré una moza de linaje, la preñaré así me tenga que pasar mil noches con ella metiéndosela hasta que la Virgen de las Angustias, le he prometido construirle una capilla si colabora, me ayuda y la tal me dé un hijo varón, legal, que pueda heredar por derecho mis títulos, tierras, señorías y honores. Si ese resulta el caso ¿Para qué crear pleitos desde ahora reconociendo a un bastardo, Diego, como descendiente? Sería el mayor en el grado de prioridad. Toda mi heredad quedaría vacante durante años, en peligro.”

La mañana siguiente montó a caballo y seguido por el escudero, Terencio de María, se marchó a una de esas guerras que no faltaban en las épocas del primer Austria, rey de España.

No volvió hasta unos años más tarde. Diego caminaba y hablaba cuando su padre lo levantó en brazos para ver si el peso lo hacía dudar sobre la salud del niño.

Esa noche fornicó con Amelia. Cuando amaneció dejó una bolsa de escudos y se fue.

Así de vez en vez, años entre ambas.

Cuando la bolsa dejada se vaciaba Amelia le pedía sostén a través de don Nicanor. Como siempre la ayuda se demoraba, Teresa, la ventera, -nunca nadie en el pueblo supo, tampoco sospechó el por qué, ni siquiera Lorenza la comadre mejor informada- cada domingo, antes de misa, se acercaba a la casa de la portuguesa en la Cuestecilla, frente a los campos de centeno, y la proveía de lo necesario para cubrir las comidas de la semana.

Afirmaban, algunos, que era una manda de don Juan Diego al dueño de “Las Cañadas” pagada por un aparcerero del Casar. De la generosidad de Antonio, el ventero, dudaban todos, con razón.

Pero, en verdad, no se conocían los motivos de Teresa.

Amelia apenas salía. Quizá para orar a horas desusadas o en fechas señaladas. Poco trato tenía con las vecinas, con Lorenza la que más. Los días de mercado, después de las horas de venta, se aproximaba a ver a “portuguesa”. Un poco de conversación, preguntar por el niño, dejarle los ajos y las verduras sobrantes de la jornada. Contrariamente a lo habitual en la cotilla mayor del pueblo, la comadre nunca comentaba sobre Amelia, “la portuguesa”. Ni una palabra.

La lusitana apareció, casi veinte veranos atrás, sobre la grupa del caballo de don Juan Diego Señor del Casar a la vuelta de una compañía en Portugal. La alojó en la misma casa que habitó la manceba hasta la hora de su muerte. No la llevó a Bejar, ni al Casar por temor a la cónyuge legítima, capaz de hacerla matar si tenía la afrenta cerca, a los ojos de la “gente de bien”.

Más detalles nunca le dio Amelia al hijo. Ni dónde venía, ni quién era, aunque las evidencias demostraban una buena educación propia de una familia acomodada portuguesa, quizá noble. Lo único cierto, afirmaba la madre, “eres fruto del amor, hijo, y de las circunstancias, pero de la mejor sangre por ambos progenitores. Algún día, Dios mediante, serás un señor, con títulos, dominios, respetado y poderoso. Saldrás de la bastardía obligada por situaciones irreparables y te llamarás Don Diego Señor del Casar. Ten fe en mí. Mi linaje es viejo como el mundo”.

Él nunca dudo.

Meses después de la toma de Roma por Su Católica Majestad, el Rey Carlos I de España y V del Sacro Imperio, regresó a Hervás Terencio de María. Solo.

Su amo, don Juan Diego del Casar, fue herido de muerte durante uno de los asaltos al Castillo de Sant’Angelo en el cual se había refugiado el Papa Clemente después de la caída y saqueo de la capital Santa.

El oficial de los Tercios de Italia agonizó durante varios días. Sabiéndose a las puertas de la muerte el noble hizo redactar, en presencia del Capellán Mayor de las tropas españolas y el capitán Julio de Castillo, su última voluntad.

En ella reconocía como único hijo varón suyo a Diego, habido de una mujer portuguesa, de nombre Amelia Branco tal y como constaba en el acta de bautizo correspondiente, guardado en los archivos de la Iglesia Santa María de Hervás, sacramento realizado por el párroco, don Nicanor Salvatierra. También, en ese testamento, nombraba como único heredero de título, dominios, honores, hacienda y todos otros bienes al vástago que en ese momento reconocía,

don Diego Señor del Casar. Las hijas tenidas con su esposa legítima, doña Carolina Verges, y la esposa misma, quedaban fuera de todo título, propiedad o patrimonio familiar.

Le enviaba su espada y sus espuelas para, cuando tuviera edad, las luciera en batalla. Nombraba albacea, don Diego era un niño, al Duque de Bejar.

Don Juan Diego la firmó con su sangre. También atestiguaron con sus rúbricas el Capellán de los Tercios y el capitán Julio de Castillo.

Murió a las pocas horas.

Su escudero, Terencio de María, fue relevado del servicio y enviado con la manda, la espada, las espuelas y la parte del botín que le correspondía del saqueo de la Capital Pontificia al caballero Señor del Casar, de regreso a Castilla.

El servidor, cansado de tantas batallas, zurcido por decenas de heridas, con pocas fuerzas para levantar la pica o la espada, se veía difunto como su amo si no se apercibía de esas carencias. Las venideras campañas de guerra lo llevarían en poco tiempo a la tumba. Por eso, aunque no lo manifestó, se sintió contento de abandonar los Tercios y regresar al pueblo. Estaba seguro que el joven señor Don Diego lo tomaría a su servicio con una buena paga, el oro que le llevaba cargado en el caballo de don Juan Diego, daba para eso y más, sin contar rentas y juros del señorío.

Lo no previsto por Terencio en sus planes, ocurrió. En el trayecto de Roma a Nápoles con un grupo de soldados españoles camino de regreso a sus casas, cargados, todos, con los botines obtenidos en Roma, se protegieron unos a otros bien armados y prevenidos.

Embarcados en un navío corso con destino a Valencia fueron asaltados por la tripulación, robados y dejados a la deriva en unos botes en medio del mar Tirreno. Terencio salvó espada y espuelas, la manda la llevaba pegada al pecho, porque los piratas, creyentes y respetuosos de las tradiciones familiares, no quisieron mancillar el justo despojo a los invasores hispanos con una mala acción en perjuicio de un huérfano. Además el acero, viejo y mellado no valía mucho y las espuelas no eran necesarias para navegar.

A punto de morir de hambre y sed, los compañeros de barca la habían palmado antes, Terencio fue rescatado por un galeón levantino. Cuando se recuperó, después de meses en un hospital de la Orden de la Merced de Barcelona, el escudero inició el camino de retorno a Hervás.

Al entregar el documento, tizona y rodajas a Diego, tendría entonces unos trece años, no más, se sintió cumplido y permaneció en el pueblo a la espera. No dudaba. Don Diego Señor del Casar, apenas fuera reconocido por la Chancillería y el Consejo Real, lo pondría a su servicio con una buena paga.

Entre tanto se ganaba la vida como mejor sabía.

El albacea duque de Bejar, ocupado en el cuidado y el engrandecimiento del ducado, dejó las reclamaciones del hijo de don Juan Diego en manos de un amanuense. Presentados los papeles en Valladolid, al no ser estimulado con unos escudos por el solicitante como de habitual expediente siguió el curso normal de la justicia castellana.

Pasados cuatro años sin noticias de la Chancillería, muerta su madre Amelia, “la portuguesa” unas semanas atrás, rechazado por Ana Alvarado, sin recursos a Diego no le quedó otra elección; alistarse en las tropas de Carlos V y partir a la guerra, la que fuera. Faltar no faltaban en esas épocas. El veterano soldado de los Tercios se lo dijo claramente: “Muchacho o te enganchas en las tropas del duque o te mueres de hambre.”

-...Ya tiene las pruebas, licenciado de la Peña. Manuel Alvarado es un falso converso, un judaizante

El inquisidor observa una vez más al informante.

No le gusta, en realidad, no tiene porque agradarle. Lo importante resultan las circunstancias que denuncia. Siempre le han repelido los lisiados pero este cojo, con el brazo paralizado, de expresión torva le produce un efecto especialmente insoportable. Por otra parte no existen hechos, si los hay el soplón los oculta por motivos que él sabrá. Todas las imputaciones se basan en actos que de por sí no constituyen ofensas a la Santa Iglesia.

Debe profundizar.

-Se dará cuenta, Teófilo, que sus acusaciones no las veo concluyentes. Se basan en presunciones. Para mí son subjetivas, personales. Por otra parte, tengo las informaciones del Obispado de Plasencia, realiza buenas obras, ayuda a huérfanos y viudas...

-¡Cumple los mandatos bíblicos impuestos a los judíos!

-Da importantes limosnas semanales al cepillo parroquial, comportándose mejor que los cristianos viejos con posibles del pueblo.

-¿Qué otro testimonio puede prestar don Nicanor? Lo mantienen los conversos. Por otra parte, visitador, debería conocer los antecedentes de ese cura. Ha sido capellán de Los Comuneros levantados contra el Rey.

-De acuerdo al legajo no pasó de sacristán de campaña de un dominico arrepentido. No existen acusaciones sobre su comportamiento en todos estos años de curato en Hervás. Y los informes sobre el comportamiento de Manuel Alvarado para con la iglesia no provienen sólo del párroco.

No es verdad pero Lope desea intranquilizar a Teófilo insinuándole que la vigilancia inquisitorial de la comarca no es tan laxa como parece.

El delator se detiene. Considera las últimas palabras del familiar del Santo Oficio.

**“Una trampa de este novato. Me quiere engatusar con falsedades. Si existiera un control de la Inquisición en el valle del Ambroz, estarían, yo incluido, todos los cristianos nuevos de la comarca registrados, los más enfurecidos.”**

-Licenciado, me pregunto si vucencia no tiene antepasados... judíos...

El visitador se santigua y exclama preso de un repelús.

-¡La Virgen Blanca me guarde de tamaño escarnio! Soy cristiano lindo, de rancio origen por los cuatro lados. ¿Cómo se atreve a decir eso de mí?

-¿Por qué entonces tantos remilgos con Manuel Alvarado? Con sólo una denuncia –piensa en como su esposa, Violante, se fue de la lengua entre sábanas con el curita- me encarcelaron durante cuatro años largos. En el tormento, licenciado, obtuvieron de mí la confirmación. El potro, la cuerda podrán corroborar los delitos. Manuel judaiza, lo juro.

El juramento de un nuevo cristiano, después de su larga permanencia en la cárcel de la Inquisición en Llerena como única prueba. De poco valor procesal.

Pero también tiene presente las palabras del Secretario del Tribunal de Plasencia: “Lope, no vuelva con las manos vacías. En caso de sospecha tráigame al imputado. Ya descubriremos la verdad en los interrogatorios con la ayuda de Dios.” A Lope le consta como actúa Dios en el tormento. Sin embargo lo aprendido en Salamanca rechaza tanta sencillez. La palabra, la simple declaración de una sola persona -¡vaya a saber uno las razones de tal actitud!- llevarán a, por lo menos, sufrir tortura, a manos de verdugos conocedores a fondo del oficio a, quizás, un total inocente. Vacila.

-¿No tiene otras demostraciones que avalen su denuncia, Teófilo?

El lisiado advierte las dudas del familiar inquisitorial. No se trata, en este caso, de un ignorante ordenado. Lope, licenciado en leyes, necesita más.

Darle los hechos sería poner en manos de la Inquisición a todos los componentes de la Cofradía de Nuestra Señora de la Asunción de Hervás. No obtendrá mucho más con ello. Lo hará más adelante si esta primera denuncia le reporta buenos beneficios.

Se trata de un letrado, preparado en las arduas discusiones jurídicas de la universidad que, en verdad, de nada sirven. La simple voluntad real anula bibliotecas de partidas, leyes, ordenanzas, borran lo escrito en millares de comentarios jurídicos-; por ello debe seducirlo con algún juego mental que lo haga sentir inteligente, sagaz, una acumulación de hechos tangibles por la vía deductiva, como efectúan con sus exégesis los maestros e interpretan el verdadero sentido de La Palabra del Todopoderoso, fórmulas en las cuales él, el hijo de un rabino, esudioso de la Torá durante años, está mejor preparado. Quizás un argumento especulativo...

-¿No le parece revelador, licenciado de la Peña, que pudiendo, un converso como lo es Manuel Alvarado, casar a su única hija con un noble castellano, aspiración de casi la totalidad de los nuevos cristianos de Castilla haya elegido desposarla con otro converso?

-¿Es verdad lo que afirmas, Teófilo?

**“Ha picado”.**

-Lo sabe el pueblo entero, podrá obtener los testigos que desee, Diego, heredero legítimo de don Juan Diego Señor del Casar requiere de amores, lícitos y con el ánimo de confirmarlos como sacramento a la hija de Manuel Alvarado, Ana; el falso converso rechaza este ofrecimiento. Prefiere como marido a Tomás Coronel, otro “nuevo cristiano”. Se marcha hoy, hoy, licenciado, a Toledo para tales propósitos.

Lope considera los nuevos indicios. No puede despreciarlos pero debe profundizar. Por el momento no pasan de atisbos.

-¿El tal Diego es heredero de un título nobiliario? Heredero no propietario de la ejecutoria...

-Aún... Tiene los documentos correspondientes, autenticados, que le dan pleno derecho al señorío. Están debidamente presentados ante la Chancillería de Valladolid.

-Ante la Chancillería. ¿Desde cuándo necesita un legítimo sucesor presentarse ante la justicia para ser reconocido como tal?

Teófilo percibe se ha metido en un terreno inseguro, exactamente en el cual el novato inquisidor se siente firme. Pero en la polémica, para eso se ha pasado años en la controversia rabínica pura, convencerá al debutante de la culpabilidad de Manuel. Debe llevar el asunto con cautela.

-Porque don Diego Señor del Casar es el hijo varón único, pero bastardo del padre. Las tres hijas del muerto, hermanastras del auténtico heredero, se oponen. Ellas han sido habidas en católico matrimonio. Esgrimen su condición de legítimas ante los jueces.

-¿El muchacho está reconocido como vástago por el progenitor?

-Por escrito dado ante testigos, el Capellán de los Tercios de Italia y el capitán Julio de Castillo, de las mismas tropas el día su muerte a causa de las heridas sufridas en la toma de Roma, firmado con su sangre; el albacea nombrado, el Duque de Bejar, ha sido quien ha presentado a los magistrados de Valladolid los documentos.

-En resumen; ahora no tiene nada. Sólo un derecho en expectativa.

-A falta de una comprobación judicial, elemental podríamos calificarla. Apenas le reconozcan título será dueño, además del título, de tierras, vasallos, bienes, un palacio, juros. Rico, licenciado.

-Pobre en la actualidad. Tomás Coronel un hombre acaudalado, por el apellido y la condición de nuevo cristiano, supongo.

-Supone correctamente, don Lope.

-Entonces, Teófilo, los indicios obran a favor del sospechoso. Un padre, en estos reinos, tiene por total potestad decisoria de elegir con quien desposar a su prole. Manuel Alvarado, por ser súbdito de nuestro Rey, Carlos V, puede casar a sus descendientes hembras con quien él quiera sin dar explicaciones. Entre un muerto de hambre, que ya se verá cuando obtiene señorío, bienes y un hombre rico ahora, no veo nada reprochable en su proceder.

-Salvo que el motivo del rechazo de Manuel Alvarado no se debe a la falta de un patrimonio de don Diego Señor del Casar. Ese falso converso posee riquezas suficientes para sostener a la nueva pareja y esperar, dar prisa si quisiera, a los procedimientos de la Chancillería con el dinero necesario para honorarios y otros gastos, digamos. Un título de nobleza para un marrano no se consigue fácilmente en estas tierras. ¿A qué más puede aspirar un judío para borrar las huellas de tal mácula en sus descendientes, vucencia?

Lope se siente intrigado. Las frases del informador dan lugar a considerar que algo más puede ocultarse en el proceder del acusado de judaizar.

-¿Cuál es entonces, Teófilo, el motivo verdadero, según tú afirmas, para desechar a don Diego como esposo de su hija?

El tullido ha llevado al inquisidor exactamente al sitio al cual pretendía arribar. Cuando le descubra los aspectos ocultos del asunto el licenciado se sentirá inteligente, capaz de llegar a conclusiones imposibles de lograr para los brutos familiares habituales del Santo Oficio. El engreimiento será total y se convencerá de su perspicacia. Además estos argumentos tienen un mérito imposible de lograr con otros careciendo de pruebas concretas o testimonios creíbles.

Son ciertos.

-Las razones reales de Manuel Alvarado para rechazar a don Diego se basan en un hecho incontrovertible. Es bastardo.

-¿Eso? ¡Vamos, Teófilo! ¿Desde cuándo en Castilla, en toda Europa el hijo habido fuera del matrimonio de un noble resulta reprobable para nadie, menos aún para los plebeyos? No existe quien se atreva a criticar, digamos, al Rey.

-No Manuel Alvarado. Es un falso converso, un traidor.

La sorpresa de Lope de la Peña resulta total por lo terminante de las palabras del soplón.

-¿Un marrano discute los usos y costumbres de Castilla? ¿Los fueros de la nobleza? ¿La ley de estos reinos?

-Pero la ley cristiana, vucencia, no es La Ley que rige a los judíos, La Ley Bíblica, la canonizada por los sabios rabinos de Sión. Esta, inquisidor, es la prueba para acusar a Manuel Alvarado de judaizante.

-¿La ley judía, Teófilo?

-Don Nicanor, vengo a pedirle le extienda mi fe de bautizo y certifique las copias de los documentos presentados a la Chancillería de Valladolid.

El cura observa a Diego. Trae un atadillo de camisas y mudas, un par a lo sumo. Lleva las botas, las espuelas y la espada de su padre cargadas. Calza unas sandalias de esparto para el camino y no estropear así las suelas y las cañas. Se nota que las reserva para mejor ocasión, cuando tenga la montura adecuada de un caballero.

-¿Te marchas a la guerra, muchacho?

-Sí, a enrolarme en los Tercios. Necesito esos documentos y me den plaza de oficial.

-¿Sin caballo?

-Me dará monta, espero, el duque de Bejar así sea prestada. Él conocía y apreciaba a mi padre, uno de sus mejores mandos. No me negará una cabalgadura y quizás un puesto en sus tropas.

El párroco sabe que las virtudes y conocimientos militares del joven resultan escasos para salir con vida del primer encuentro con cualquier enemigo. No pasan de unas pocas lecciones de manejo del arma dadas por Terencio conocedor más de picas y lanzas que de tizonas. De cabalgar un corcel de guerra, nada. Apenas si domina una mula o un borrico. Recuerda sus tiempo con los comuneros. Después de las batallas contra tropas de la corona, los nobles y los mercenarios alemanes, daba extremaunciones por decenas a los inexpertos jóvenes defensores de los derechos castellanos avasallados por el rey extranjero.

Diego será uno en los primeros en caer.

-Me parece, hijo, que hasta no estar reconocido como noble no deberías actuar como tal. Quizá, por un tiempo, te sería de provecho ser escudero de algún oficial.

-¡Nada de eso, don Nicanor! Puliendo las armas de otro no sacaré honras ni provecho.

-Pero aprenderás a salir con vida de un combate. La forma de luchar bien, es decir matando al otro por su causa y quedando vivo por la tuya se adquiere observando como la diñan los inexpertos. Existen trucos, dejarse caer, hacerse el muerto y atravesar al adversario que viene por tus pertenencias, por ejemplo.

-¡Pero eso constituye una deslealtad!

-...Muy práctica. O gritar "¡Me entrego! ¡No me maten! ¡Obtendrán un buen rescate por mí!" cuando te rodean, te van a sacar las tripas y estás desarmado ante un rival espada o pica en mano.

-¡Cobarde quién así actúa!

-Pero eficaz. Luego, se verá sin alguien paga un escudo por ti. También, llegado el caso correr, buscar amparo. No debes descartarlo.

Don Nicanor rememora como el dominico, a quien servía de ayudante en las tareas de capellán de Los Comuneros durante la batalla de Villalar tuvo la revelación divina. Dios daba la razón a los grandes señores castellanos, aliados por el Rey extranjero. Se pasó como ministro de la Santa Iglesia a confortar a los soldados del Conde de Benavente que luchaba por el dominio de los Habsburgos en Castilla. Fue realidad incontrovertible después de la contienda.

-Desertar, largarse lejos y pronto tampoco es alternativa a obviar.

-¿Quiénes son capaces de tanta cobardía?

-Muchos, Diego. Huir es conservar la existencia para triunfar en las guerras venideras. Muerto poco puedes ayudar a tus ideales y a tu Señor en el futuro.



El posible Señor del Casar está anonadado. Ser militar requiere otros conocimientos además de manejar la espada con mano firme y ser valiente. Las honras pueden ser sólo fúnebres si se carece de ellos.

-Por otra parte, jovencito, no creas resulta sencillo clavar un acero en un semejante y ver como lo has matado tú... Siempre te perseguirán los ojos desorbitados, la voz implorante de aquel a quien, cara a cara, has quitado la vida.

El hijo de Amelia ha sido incapaz, siempre, de faenar uno de esos corderitos mostrencos que siempre aparecen en el pueblo, sin marcar, en tiempos de trashumancia. No tiene estómago para ver fluir la sangre de un animal.

-¿Qué hago, padre? No puedo quedarme. No tengo ni para vivir un día. Carezco de oficio. No debo trabajar para no perjudicar mi nobleza. Si ensuciara mis manos con alguna labor jamás sería reconocido como un hidalgo.

-Sabes leer y escribir. Plebeyos, contados. Nobles, escasos.

Diego lo hace bien. Ha sido su alumno durante años enteros. Amelia, "la portuguesa", deseó con todas sus fuerzas el hijo no fuera un iletrado como el padre. Ella le enseñó portugués, don Nicanor castellano y un poco de latín.

En esas clases conoció a Ana. Manuel Alvarado enviaba a la hija, cosa poco común, a que aprendiese a redactar y a lecturas de todo tipo. Cosas de nuevos cristianos. ¿Para qué necesita una mujer saberlo? La que también se enteró, de paso, fue Josefina, el ama de la niña. Se quedaba con ella las horas enteras de enseñanza vigilándola.

-¿Y de qué sirve escribir y leer en las guerras? Eso no me dará gloria ni provecho.

-Estás equivocado, Diego. Quien redacta informes, hace cuentas, levanta actas, relata los hechos, destaca nombres que llegan a los secretarios, a veces al mismo Consejo Real, -¡al Rey en oportunidades!- Eso da gran poder a un noble, como lo serás dentro de poco. ¡Un caballero letrado! Una joya preciada para sus iguales. No dependerán de escribientes plebeyos, frailes acomodaticios que comunican los contenidos a los obispos y éstos a Roma, como estamos obligados los sacerdotes. Confiarán en ti. Te harás de buena fortuna, títulos, ¡hasta fama de valiente si algún disparo suena cerca de ti y puedes relatar por escrito los trances y tus actitudes en esas batallas! Sobre todo si los posibles testigos han huido o están muertos.

Pero entre diseñarla a las primeras y verlas venir cerca de los mandos, lejos de arcabuces y espadas por el momento, hasta enterarse bien de que va una guerra, Diego prefiere postergar la búsqueda de la gloria y los beneficios.

-De acuerdo, don Nicanor, pero no será el hijo de don Juan Diego Señor del Casar un chupatintas, un cobarde que rehuya de la lucha. Le acepto, si puede una recomendación a quien me pueda dar ese empleo por un tiempo.

El párroco sabe que aquel dominico a quien sirvió, entonces capellán comunero, ahora detenta un alto cargo en la Orden y tiene amigos influyentes en los ejércitos. Quizá acomode a Diego en algún Tercio para llevar las cuentas y la redacción de los documentos de la unidad.

No será el brillante destino descrito pero le ayudará mucho para cuando sea reconocido noble y tenga derecho al oficialato.

Le tiene especial aprecio al bastardo. De entre sus escasos alumnos, Ana y él los más asiduos durante años. En el aula debió surgir el afecto. Los otros, hijos de los Alcaldes, los progenitores pensaban en su porvenir como funcionarios de la Corona, destino seguro y fructífero para los plebeyos que no podían aspirar sin una instrucción mínima. Luego, ingresar en Los Escolapios, completar sus conocimientos y convertirse en burócratas del reino. El hijo de Amelia, “la portuguesa”, era el más brillante, con un gran futuro, de no estar marcado por su nacimiento; sólo los jueces le otorgarán título y señorío: pobreza y padeceres si no pasaba de hijo espurio de la manceba de un noble secundario. Dada la escasez de recursos para sobornos, lo probable. El Superior no le negará ese pequeño favor, sobre todo si quien lo solicita ha sido su ayudante en tiempos mejor olvidados y ha mantenido la boca cerrada tantos años.

Don Nicanor le dará esa recomendación. En Castilla sin esos no se prospera ni se obtiene ningún cargo.

La lluvia, finalmente los nubarrones han cumplido las amenazas, cae copiosamente empapando foresta y suelos.

-...Los Mandamientos hebreos declaran malditos a los bastardos, en especial a los adulterinos, y a sus descendientes hasta la décima generación.

Lope de la Peña escucha a Teófilo sentados en el charrete, protegidos por el entoldado del carruaje. Se siente molesto por la proximidad pero no existe otra posibilidad. Lo oído, interesante quizás para conocer las extrañas costumbres judaicas, de nada le sirve. No es un elemento para imputar a Manuel Alvarado como sospechoso de judaizar.

-No conozco ese precepto mosaico. No le veo relación con el caso.

-Pero yo sí, licenciado. Por mis saberes hebraicos he pasado cuatro largos años en las cárceles de la Inquisición, tormentos incluidos.

-Lamento hayan sido necesarios tantos sufrimientos para que te llegara la revelación divina y pudieras reconocer la verdadera fe, la de Cristo, nuestro Salvador. Lope adopta un tono de superioridad. Lo cree oportuno dada la situación; delator, con olor a tocino, el uno; autoridad el.

En realidad poco le importan los padeceres del tullido. Al familiar del Santo Oficio sólo le interesan los datos que el soplón pueda aportarle.

-Por otra parte, Teófilo, esas disposiciones se aplican únicamente a los judíos. Diego, al bastardo del Señor del Casar no lo afectan.

El hijo del rabino mantiene un silencio largo, provocador. Ese maldito novato, un miserable esbirro del negro poder inquisitorial, servidor del poder real contra sedicentes, disconformes o súbditos dudosos ha mordido el anzuelo. Debe dar, ahora, el tirón definitivo y evitar escape. Sus planes dependen de este preciso instante.

-Amelia, “la portuguesa”, la madre de Diego, la manceba de Don Juan Diego del Casar, era judía. De acuerdo a las Leyes mosaicas los descendientes de progenitora, de dadora de vida hebrea, son judíos. Por lo tanto, inquisidor, Diego es judío para quien, como Manuel Alvarado, respeta los Mandamientos de la Torá judaica.

Lope de la Peña, anonadado por la información, trata de asimilarla. Si lo dicho por Teófilo puede verificarse, no solo constituye un indicio cierto del judaísmo encubierto del nuevo cristiano; puede tener otras consecuencias. Lo convertirían en sobresaliente investigador de traidores católicos. Además podría evitar la infiltración de hebreos en la nobleza castellana, mal del cual se queja con frecuencia el Santo Oficio. ¿Qué mayor gloria para la primera misión del licenciado Lope de la Peña?

-¿Estás seguro de tus afirmaciones? Te juegas la cabeza si resultan infundadas. ¿Puedes demostrarlo?

-En los tribunales portugueses de Castelo Branco existe la denuncia de José Albo contra su esposa, Amelia, antes del bautizo Shoshana bat Simuel, “cristiana nova”, por huir con un caballero español, don Juan Diego del Casar, dejando abandonados marido e hijos, con testigos presenciales. Está perseguida, acusada de adulterio y dejación del hogar conyugal con voluntad de hacerlo, delito castigado con prisión mayor, al menos. Se puede pedir testimonio de las actuaciones judiciales lusitanas si fuera necesario.

Lope considera los hechos. Estas transgresiones han sido cometidas en Portugal y de manera alguna entran en la jurisdicción del Santo Oficio castellano.

-Estos datos, Teófilo, no aportan nada a la denuncia contra Manuel Alvarado. Nada de ello le atañe. Amelia, tú lo has dicho, era cristiana, adúltera, pero no es del interés inquisitorial su fidelidad a un lusitano.

-La condición de judío o judía para los seguidores de la Fe del Adonai hebreo nunca se pierde por su conversión a otras religiones. Así está escrito. Amelia para Manuel era una Hija del Pacto como lo es él.

El novato policia advierte que Teófilo lo lleva hacia aspectos del asunto ocultos, misteriosos, a las fronteras de una compleja trama elaborada durante siglos por creyentes en un Dios Único, Señor del Mundo y sus exégetas rabínicos. No desea especializarse en religión judía, para eso hay muchos conversos expertos en ello deseosos de colaborar, Teófilo por ejemplo.

-Bien. Aceptemos que Amelia sea considerada judía. Ahora vamos por partes ¿Lo sabía don Juan Diego Señor del Casar?

-No, en absoluto. La conoció una noche, cuando alojado en casa de los Albo en Castelo Branco para pernoctar y continuar viaje a Castilla, poseyó a la señora del lugar. De Amelia se trataba. Era una de las mujeres más bellas que el Señor del Casar había conocido. Blanca de piel, garrida, ojos verdes como hojas del castaño en primavera, ancha de ancas, turgentes pechos, grácil cintura... sexo ardiente. Nunca experimentó nada igual don Juan Diego. Él no se lo pensó mucho; ella no se negó, quizá se lo insinuó; llevándola en la grupa del caballo se marchó esa madrugada hacia La Raya. La convirtió en su manceba.

-Bonita historia de amor, Teófilo. Pero, estamos en claro. El noble castellano nunca supo de que su manceba era una “cristiana nova”.

-Jamás. Amelia lo escondió siempre.

El licenciado se tranquiliza. No involucrar a un noble en nada parecido a una sustitución de limpieza de sangre para aspirar a un título de calidad, así se trate de un hijo suyo, resulta saludable. Los señores reaccionan de maneras muy violentas si se afectan sus fueros.

-¿Conoce la condición de conversa, que la suciedad de su sangre, contaminada por el judaísmo de su madre, le impide al hijo, a Diego, aspirar a ningún título de nobleza?

-¿Me está preguntando, licenciado, si Diego sabe que su madre era judía?

-Exacto.

-Pues haberlo hecho directamente. La respuesta, no. Amelia nunca le contó ni un detalle de su vida anterior. Quería que su hijo fuera un noble cristiano, con título y bienes, de limpia sangre. Siempre se negó a relatarle quién en realidad era. A la hora de su muerte... Teófilo apenas vacila pero Lope percibe el titubeo.

-¿Qué pasó al sentirse morir? ¿Se confesó?

-Sí, don Nicanor, el párroco de Hervás.

-¡El Santo Oficio le obligará a declarar, a repetir hasta la última palabra de Amelia!

-¿Y el secreto de confesión? ¿No se trata de un sacramento inviolable?

-¡No me jodas Teófilo! Estamos hablando de la Inquisición, del Instituto para la salvaguarda de la fe. ¡Nada ni nadie se puede oponer a su trabajo en defensa de la verdadera religión! ¿Negarse un pobre cura de aldea a lo que han hecho, convencidos, confesores de reyes, príncipes, grandes señores? Si se obstina hablará en la tortura. Sabremos lo que dijo “la portuguesa” antes de abandonar esta vida. Su condición de sacerdote no le excluye de los procedimientos habituales utilizados para descubrir la verdad. El Santo Oficio está autorizado por el Papa al uso de cualquier método en defensa de cristiandad.

-Lo sé por experiencia pero estoy seguro que Amelia no le declaró nada que hiciera peligrar el futuro de Diego sino todo lo contrario. Mintió como lo hizo toda la vida. Garantizar el porvenir de su hijo constituyó el único afán que le permitía soportar su dura existencia.

Desesperado, Lope desea terminar la investigación con pruebas concretas para ganarse el respeto del Secretario del Tribunal, sacude al lisiado cogiéndolo por brazos.

-¡Necesito evidencias, maldito tullido! ¡Con tu denuncia, hasta qué punto interesada en perjudicar a Manuel Alvarado, no me basta! ¡Documentos, una “probatio probatísima”!

Teófilo se siente satisfecho. El novato ha perdido el control. Ahora aceptará cualquier cosa y sus condiciones.

-Hay un mensaje con detalles terminantes de que Amelia no sólo era judía sino, además, y esto es lo importante, “mamzer”, bastarda, de segunda generación, sus padres también lo fueron, trasmitible a sus descendientes hasta la décima prole maldita, por lo tanto Diego lo es. De ahí la terminante oposición de Manuel Alvarado a desposar a su hija Ana con el muchacho. Los descendientes de tal matrimonio serían para Manuel, “mamzerim”, bastardos adulterinos. Esa es, inquisidor, la prueba acabada de que Manuel Alvarado judaiza. Le importa más un mandato hebreo que él, a pesar de la conversión, considera vigente por encima de partidas, ordenanzas, usos, costumbres y leyes establecidas en el católico Reino de Castilla.

Lope de la Peña reflexiona, si bien la exaltación le impide hacerlo con calma.

No ha comprendido bien, ni le importa, esa tremenda historia judía sobre el adulterio, la ilegitimidad de los bastardos, ¡A él, hijo de un padre muerto varios años antes de él nacer, aunque esté inscripto su deceso en fecha conveniente en una perdida parroquia sobre la cual su padrino, el Obispo, tiene jurisdicción diocesal! Lo único serio; existe una carta con detalles y términos correspondientes a la práctica religiosa judía en la actualidad del acusado.

-¡La misiva, el mensaje! ¡Necesito verla!

-Está escrita en hebreo.

-¡Vete al infierno, Teófilo! ¡Cómo si la Inquisición no tuviera los peritos en esa lengua, tú mismo llegado el caso, para traducirla y dar fe de su contenido! ¿Dónde está?

La estocada final de una larga faena. Teófilo la hunde hasta la empuñadura.

-Le tiene Manuel Alvarado. Se la envió el clandestino rabino de Castelo Branco para prevenirlo.

-¿Estás seguro?

-Yo se la leí. Manuel, aunque conoce la lengua sagrada, bíblica digamos rectifica a tiempo Teófilo, no se vaya a traicionar con palabras escapadas a su voluntad. - pero no acabadamente. Me llamó para aclarar algunos términos escritos en arameo y confirmar el contenido hace unos días. Teófilo miente. Sabe de ella hace años, casi desde cuando Amelia llegó a Hervás.

Ambos se divertían enormemente con la posibilidad de que uno de ellos, un “mamzer” para mayor sarcasmo, se convirtiera en un noble castellano. Por otra parte, -nadie conoce el mañana- fuera útil para lograr del futuro Señor del Casar, llegado el caso, ciertos actos favorables o necesarios coaccionándolo con la divulgación del mensaje en la corte. Por ello Manuel la guardó cuidadosamente.

-Apenas conocí el terrible texto di pronta noticia al Tribunal del Santo Oficio de Plasencia para que enviaran alguien con autoridad, vucencia la tiene al parecer, de que existía un judaizante en el pueblo y pruebas para inculparlo. No di más detalles. Si mi denuncia era interceptada, Manuel destruiría la misiva.

-¿Dónde la oculta el marrano? ¿Lo sabes Teófilo?

-Supongo que en su casa en algún nicho secreto, junto con las filacterias y los libros de oraciones sagrados judaicos.

Lope se excita. Está a punto de lograr el objetivo fundamental de la misión encomendada. Su éxito personal.

Teófilo aprieta los dientes. Manuel no tiene escapatoria.

-...Los filos están mellados. La punta, bien. Entrará sin dificultades en las carnes. Si el contrario tiene escudo o coraza, puede que los traspase. Pero apenas llegues al Tercio entrégale la espada al armero para su repaso y afilación. ¡Debe cortar paños en el aire!

Terencio ha pasado las yemas de sus dedos por lo bordes de la tizona. De inmediato la empuña con fuerza y la levanta por encima de la cabeza y la hace girar dando gritos.

-¡A mis putos franchutes! ¡Os caparé al primer tajo!

Pero al poco tiempo del ejercicio el peso del acero lo vence; cae de posaderas agotado.

-¿Ves, Diego? ¡Ni fuerzas me quedan para esgrimir una buena hoja toledana! Si hoy llegara a entrar en batalla duraría un pedo de yegua.

El muchacho ha ido a despedirse del escudero de su padre. Desde el regreso del veterano ha sido una referencia diaria. No quería marcharse de Hervás sin darle un abrazo.

-¡Cúidala como si fuera tu vida, de ella dependerá muchas veces! La envaina y se la entrega al joven. – No la saques en vano. Si no la vas a utilizar, déjala en la guarda. Enemigos y amigos deben saber que si don Diego Señor del Casar descubre su acero correrá sangre. Así te ganarás respeto y fama.

El viejo soldado observa al vástago de quien fuera su señor. Es más alto, tiene la piel blanca –don Juan Diego era cetrino-, los ojos celestes –los del amo oscuros, retintos con un brillo a fuego en las pupilas, armonioso en los movimientos, como el órgano de San Pedro de Roma que los divertía todas las noches tocando aires de la tierra para mejor pasar la noche con las mozas que traían a dormir con ellos en la Basílica. El del Casar rudo, duro en cada hacer.

Si no fuera por el sello marcado a fuego en el muslo del muchacho Terencio dudaría de la sangre del mozo. Se parece más a su madre -¡Vaya si era guapa la portuguesa!- que al amo, un hidalgo castellano de pura cepa, llegado el linaje de Galicia en tiempos de la repoblación.

Además de ello, la orden de don Juan Diego Señor del Casar, pagada cada cosecha con trigo a Lorenza, para que vigilara a la manceba y al hijo, la cumplió la de los ajos fielmente, si Amelia se atrevía a coronarlo, o algo aconteciera con Diego, le debía avisar de inmediato a través de Emiliano, el guarda de la casa del Señor.

Lo más difícil, suponía Terencio con razón, debió ser el juramento de Lorenza de mantener silencio y no comentarlo con nadie del pueblo o forastero. La verdulera sabía como se las gastaba don Juan Diego con los desleales. A ella le iba le lengua si cotilleaba. ¡Así mejor mutis que muda!

Diego abraza a quien tanto cuidó de él. Nadie se atrevía a molestarlo. El escudero lo defendió cuando niño, lo asistió de zagal y le enseñó, hasta donde sabía, el manejo de las armas, pero la espada seguía siendo pesada para el joven ayer y hoy. También se preocupó de ejercitarlo en un medio fundamental para sobrevivir en los encuentros; a correr, ya fuera el frente o hacia la retaguardia. Todas las jornadas el escudero y el muchacho subían a paso ligero las cuestas de la sierra de Valdeamor que rodean Hervás.

-...¿Y si resulta un hombre de agallas y aguanta la tortura? Lope se estremece. Su primera y única experiencia como secretario en la sala de tormentos, se desvaneció durante la sesión, fue definitiva. No pudo soportar la vista de un hombre con la espina dorsal quebrada durante el suplicio “del agua”, agonizando sin reconocer su judaísmo.

Teófilo se seca el rostro. La humedad que lo cubre quizá no son gotones del aguacero colándose por los costurones del entoldado del charrete, sino el sudor brotándole por cada poro recordando los dolores sufridos en “el potro” o “las parrillas”.

-No lo creo. No hay humano que aguante a un verdugo regocijándose con su trabajo, pero si Manuel Alvarado tiene redaños para ello, si guardan los límites necesarios para que no pierda la vida, le aseguro, inquisidor, que no aguanta ni un ¡ay! de su hija. Cantará como cualquiera. Sabremos donde esconde la carta y otros documentos importantes para el Santo Oficio.

Lope trata, abierto el grifo de la información, obtener más. Contarán en su legajo como méritos agregados por el talento desplegado en la misión específica: apresar un solo judaizante, pero, quizá pueda arrestar a muchos...

-Mensaje escritos... ¿Cómo se transmiten, Teófilo?

-Infinitos son los caminos de los nuevos cristianos y los no convertidos. Correos especiales, caravanas, carreteros, soldados, curas, enviados reales. Llegan a destinatario. Eso es todo.

No sacaré nada concreto. El familiar de la Inquisición se orienta entonces a cuestiones cercanas.

-¿Conocen estos hechos algunos más?

El malsín sonríe. Advierte las intenciones del investigador. Todo tiene un precio. Por el momento con delatar a Manuel, basta. De acuerdo a la recompensa que reciba, verá.

-Que yo sepa, no. Es verdad. Él y Manuel convinieron en ocultar los hechos a los demás cofrades. Demasiado importante para divulgarlo sin utilidad. Secreto entre dos, puede llegar a serlo. Entre tres, imposible, salvo que hayan muertos dos. Quizá pueda conocerlo Teresa, la ventera. Aunque de padres del pueblo, nació en Castelo Branco durante el exilio de los progenitores y allí vivió hasta moza. Por otra parte siempre se preocupó de Amelia, “la portuguesa” y su hijo cuando carecían de lo necesario. Un “novo cristiano”, de paso por Hervás, comentó un sábado en la Cofradía que la manceba y la ventera eran primas hermanas.

-Licenciado, me gustaría percibir lo mío cuanto antes. Necesito dinero rápidamente.

-Tendrás lo tuyo en el momento de la liquidación confiscados al condenado sus bienes, como de costumbre.

-Antes, mucho antes de eso. Los trámites pueden durar años y yo tengo urgencias ahora.

El inquisidor observa la mirada fría, decidida del informante. Percibe que el lisiado posee una cantidad considerable de datos sobre los judaizantes de la comarca. Tenerlo satisfecho resultará una correcta inversión.

-Veré si logro un adelanto del Tesorero.

-Grande. Mis apuros han esperado más de lo necesario.

Lope repasa a Teófilo. ¿Qué puede precisar un tullido como él? No puede imaginárselo...

**“...Los escudos suficientes para contratar a cumplido matón portugués que me procure a mis hijos quitándoselos a la maldita Violante; a la adúltera le marque la cara con cicatrices de manera tal que la infiel coqueta no se anime a mostrarse a nadie el resto de su vida”.**

El licenciado no deja pasar la ocasión para un sarcasmo. Pocas oportunidades tiene de mostrar su ingenio entre los familiares de la Inquisición poseídos por silencios cómplices y sumisiones absolutas.

-Parece, Teófilo Peres, que tus servicios a la Santa Iglesia sólo los prestas por intereses dinerarios.

-Como vucencia por la mesada y los otros beneficios que llegan de las requisas y adjudicaciones de las propiedades de los sentenciados. La devoción sin sustento asegurado, o a riesgo de vida y posesiones terrenales, es un privilegio reservado a los mártires, justos, candidatos a santos. Yo no pertenezco a tan elevada categoría humana. Soy un mísero lisiado, con necesidades diarias insatisfechas que van desde una criada que me ayude, haga mi comida y arregle mi cama de la manera habitual. Estoy tullido pero no capado. Hoy hasta las putas me desprecian. Eso no lo hará una criada bien pagada una vez se entere de mi capacidad de satisfacer a una hembra.

Lope contempla al denunciante. Nunca supuso que un estropeado de tan mala manera pudiera tener ganas de fornicar pero la existencia va enseñando al novato. Los instintos se mantienen en el cuerpo por retorcido esté.

-Para el salario de una muchacha retirada de algún asilo, te darán el anticipo. Lo gestionaré con especial atención. Si logro cumplir con buenos resultados esta misión el tesorero me escuchará con mayor respeto.

-Pues entonces si quiere aprehender a Manuel Alvarado mejor se da prisa. Se marcha hoy del pueblo, dentro de una o dos horas a lo sumo.

-¿Con esta lluvia?

-¿Lluvia? Según veo usted de la ciudad no ha salido mucho. No pasa de un calabobos. No le hará aplazar la salida. Lleva retraso. El arriero ha sido citado para cuando suenen las dos. Se marcha, acompañado de Ana, su hija y de Josefina, la barragana. A Toledo, a casar a la moza.



Las noticias inquietan al visitador. Si el imputado se le escapa, a pesar de haberle avisado el soplón a tiempo, no tendrá disculpa.

-¡Debo correr al pueblo y proceder de inmediato! ¡Me presentaré ante los alcaldes y apresaré al reo con su ayuda!

-Sólo largas, las necesarias para ganar tiempo, el necesario, alertar a Manuel y huya apenas se haya corrido la voz.

El tono del malsín resulta convincente. Sin embargo al inquisidor se le hace incomprensible que una aldea de rústicos desafíe con artimañas al Santo Oficio.

-¡Estamos en Castilla o lo has olvidado! La Inquisición, el supremo poder de la Iglesia y del reino, yo, aquí y ahora, soy su representante.

Teófilo advierte, una vez más, la inexperiencia del enviado.

Únicamente la fuerza, el terror indiscriminado pueden dominar a una población remisa, pero no es el caso. Se trata de apenas uno entre los millares de los falsos conversos en España. A los Superiores les será más sencillo atribuir el fallo a la falta de idoneidad del enviado que un pelotón de corchetes detengan a medio pueblo por complicidad.

-Tranquilícese Licenciado. La población de Hervás no pasa de doscientos vecinos. Gente de campo, algunos artesanos. Los grandes propietarios no habitan el pueblo. Lo más cerca, Bejar o Plasencia. Los conversos hemos nacido, crecido y muerto aquí desde hace más de un siglo. A pesar de burlas, insultos, cotilleos propios de un lugar pequeño en el cual nos conocemos todos desde siempre. No nos gustan los forasteros vengan a decirnos como debemos comportarnos.

Lope pierde la paciencia. No puede aceptar que un hato de plebeyos incultos le impidan cumplir su cometido. Además reflexiona en voz alta:

-¡Los castellanos odian a los judíos y siempre han querido verse libres de ellos, de esa raza maldita! ¡No veo por qué esta aldehuela sea distinta a todo un país!

-No parece sencillo desembarazarse de “Los Hijos del Pueblo Elegido”, inquisidor, aunque ha sido intentado muchas veces.

El comisario del Santo Oficio, cree, no puede asegurarlo, notar un ligero acento de - ¿superioridad?- en las palabras del malsín. ¡Imposible! Pero...

-Escucha, Teófilo. Como converso conoces los fines de la Inquisición. Lo sabes de sobra. La intención no es aniquilar físicamente a los judíos. Sólo deben acatar la verdadera religión, aceptar a Cristo ¡Y basta! ¡Voy a buscar a los alcaldes, a los alguaciles! ¡Tengo plenos poderes y deben colaborar conmigo so pena de ser castigados si desobedecen!

-Nadie se atreverá a discutir una orden del Santo Oficio. Pero, en oportunidades, llegan cuando el acusado no se halla de manera alguna donde debería encontrarse. El malsín pierde la paciencia. Un principiante da siempre un trabajo desusado. Si el visitador fuera un hombre curtido Manuel ya estaría engrillado.

-Somos pocos en el pueblo. Existen lazos de familia entre cristianos viejos y nuevos, sentimientos de amistad, favores debidos, intereses recíprocos, lechos compartidos, adulterios ignorados por los cuclillos, o no. Estamos en un rincón de la sierra, alejado de las hostilidades y ambiciones. Lo sabemos. Harán lo posible para que nadie interfiera la pobre paz lograda. El lisiado se deja llevar por el enfado apenas contenido. -¡Escúcheme! En Hervás nadie querrá secundarlo, inquisidor. ¡Haga un poco de bulla con su Cruz Verde, sus poderes y Manuel Alvarado enfilará hacia La Raya y jamás tendrá noticias suyas salvo en el expediente que le incoarán por inútil!

Lope atiende. El maldito delator lleva razón. Conoce a sus vecinos. También como funciona el Santo Oficio. El visitador advierte que ambos tienen un interés común; apresar a Manuel Alvarado con las suficientes pruebas para llevarlo al quemadero. Debe solicitarle ayuda. Ha percibido la inteligencia de Teófilo, el dominio de los hechos y de las reacciones de las gentes, todo aquello de lo que él carece, pero confesárselo con un pedido claro le parece humillante.

**“¡Un licenciado en derecho por la Universidad de Salamanca rogando la asistencia a un converso, al hijo de un rabino de la fe condenada! No me puedo permitir al afrenta. Soy cristiano viejo y lindo.”**

Por otro lado sin ese apoyo el sospechoso huirá.

-Me marchó a Plasencia, Teófilo. Allí recabaré las fuerzas necesarias.

-¡Déjese de memeces, licenciado! Teófilo considera llegado el momento de ordenar el procedimiento. Si el inquisidor enviado en lugar de este aprendiz hubiera sido un simple monje sin tantos vericuetos intelectuales, Manuel ya estaría camino de la prisión. -Entre que va y viene de Plasencia, Lope, nuestro judaizante estará a muchas leguas de aquí. Si avisado de la presencia de la Inquisición, habrá cogido camino de La Raya por senderos secretos o evitados con justificados temores. En el mejor de los supuestos, fuera de la jurisdicción de Plasencia. Si llega a la diócesis de Toledo, protegido por los Coronel y sus relaciones, no le resultará fácil al Santo Oficio apresarle. Eso, será su ruina, visitador.

Lope se abandona. No tiene elementos, ni experiencia para responder acertadamente al informador. La situación se ha revertido. Quien mandaba, obedece. Quien servía, ordena.

-¿Qué hago, Teófilo?

El traidor, unido al goce del triunfo intelectual, sabe lo necesario para enfrentar los hechos.

-¡Mate a palos al jamelgo que tira de este charrete, revíentelo si necesario pero llegue cuanto antes al puesto de la Santa Hermandad de Aldeanueva del Camino! Está a un par de leguas. ¡Solicite una cuadrilla y venga por Manuel Alvarado sin perder más tiempo conmigo! Lo que no conoce ahora, lo sabrá de boca del acusado durante su tormento.

-¿Me dará tiempo? Para Lope todo ya son dudas.

-¡Lo cogerá, mentecato! Saldrá en una hora o más. El carromato que lo lleva, junto a la hija y a la barragana irá cargado de bultos, arcones, cofres. La muchacha se casa y abandona para siempre Hervás. Se lleva todo lo suyo. Gervasio sentado en las varas o a pie. Aunque sean dos los mulos enganchados, de un tranco corto no pueden pasar. Se dirigen a Plasencia

primeramente. ¡Si no los detiene, licenciado, merece lo envíen a tierra de infieles para que se lo merienden los indios caribes!

Si, resulta evidente que en la universidad no aprendió lo necesario para convertirse de un togado de ciudad en un agente del Santo Oficio en un medio rural con pautas diferentes a los apartados de Las Partidas. Ahora debe aprovechar la experiencia del soplón. Luego verá.

-¡Vamos, muévase de una vez, inquisidor! Yo me bajaré antes de llegar a la Vía de la Plata. No vayan a vernos nadie juntos. ¿No querrá me moje y coja un constipado de muerte antes de prender a Manuel Alvarado?

Burlón, el malsín agrega. – No es de buen cristiano dejar a nadie en medio de la lluvia y el campo teniendo lugar en su carruaje. ¡Haga todo como le he indicado! No podré ayudarlo. Tengo un compromiso en Granadilla con un padre analfabeto de quien se ha olvidado su hijo rico. Da pena. El oro arruina los mejores sentimientos.

-“... ¡Tienen una misma falta  
la cereza y la mujer!  
¡Si no se cogen a tiempo  
cereza y mujer se pasan...!

“La Nolia” interrumpe su copla repentinamente. La puerta de la venta, abierta de un golpe, da paso a una figura embozada en una amplia capa aguadora por la que sobresale la empuñadura de una espada.

Las tizonas nunca auguran bueno para los gitanos. Soldados, corchetes o para peor, cuadrilleros de la Santa Hermandad las usan fácilmente contra ellos. Los que lucen uniforme, toga, hábitos, en especial si éstos pertenecen a los inquisidores, para los calós significan humillaciones, dolor o ir “de Herodes a Pilatos”.

-¿Por qué callas, egipciana? ¡He pagao pa que cantes too el día! ¡Estoy celebrando mi nacimiento!

La mirada de “La Nolia”, clavada en el recién llegado lleva los ojos de Benito hacia el desconocido. No le gusta la pinta. Alguien, en medio de una lluvia como la que cae, con un arma de guerra asomándole entre los pliegues de un capote militar, solo, andarse con cuidado es lo mejor.

A Teresa, la ventera, y al ventero tampoco les agrada el parroquiano. Si bien los clientes son escasos, los pastores y las putas refocilándose en la cuadra, los gitanos, que solamente piden y no gastan, Benito como único consumidor, si bien hoy tiene la bolsa abierta, el tapado no parece solucione la jornada.

El extraño se quita la capa y se sienta, agotado en un banco.

-¡Pero si es Diego! ¡Venga, vecino, emborracharse solo es más triste que un velatorio sin gente! ¡Vino pál mojado!

La ventera que, en los días fríos y de lluvia, siempre calienta una jarra de pitarra al rescoldo de la chimenea para reconfortar a los calados por el agua o enfriados por el viento de la sierra, acerca la vasija al muchacho.

-¡Vamos, Diego, bebe! No hay nada mejor para los helores que un buen trago de tinto cálido.

De un golpe el muchacho se mete el contenido, casi un cuartillo, en el cuerpo. Un ardor desusado se irradia desde su estómago invadiéndolo desde los pies a la cabeza. El joven se siente animado.

-¿Ande vas con este tiempo? Si ni las vacas mugen pa no abrir la boca.

-A Bejar, Benito, a ver al Duque.

-Si está, que pa cuidar de lo suyo hay más de uno que nos jode la vida a los demás. ¿A qué, si se pué saber?

-Para alistarme en sus tropas. Dice que necesita tres mil lanzas y piqueros a una compañía contra los protestantes alemanas o el turco. Me hará oficial siendo hijo de quien soy.

Teresa al escuchar al hijo de Amelia se inquieta. Olvida el cuidado del cabrito que hornea, ordenado por el mayoral para que después de saciarse con las busconas en la cuadra, y se sienta junto al muchacho.

-¡No seas atolondrado, Diego! No tienes edad ni experiencia para batallar.

-Con menos años estuvo mi padre, el Señor del Casar a las órdenes del Duque de Sanabria matando comuneros en Tordesillas. El resto lo aprenderé. No te preocupes Teresa. No resulta tan difícil clavar tu acero en otro.

A Benito le recorre un escalofrío el espinazo. Recuerda algunas reyertas en la prisión. Siempre acababan con algún finado. Nunca aguantó ver sangre brotando de una persona por ruin que fuera el pinchado. Muerto a la vista, echaba las entrañas fuera o caía taranta. No ha cambiado. No puede ni retorcerle el cogote a una gallina.

-Se dice pero no es tan sencillo meterle una espada a un hombre, aunque lo tengas a punto si te mira fijo a los ojos. O llora. O pide por sus hijos.

-Pues en esos casos se lo perdona. ¡Y se lo deja ir!

-Entonces es cuando “ese” te acochina, Diego. En la guerra o matas o te matan. ¡Mejor te lo piensas bien y te buscas otra ocupación! Sabes escribir y leer. De plumilla lo pasarás teta. Los papeles sólo reclaman tinta, no sangre.

-¡Yo soy un hidalgo, futuro dueño de tierras y título! ¡No un escriba!

-Si tú lo dices. ¡Antonio, unas jarras para despedir al muchacho!

El ventero llena a pie de bota los recipientes.

-¡Otra para el monje que me ha salvado el pellejo! El tahúr busca al franciscano. -¿En ande se ha metío el padre?

-Está durmiendo la mona en el establo, o mojando con los pastores. A los frailes las putas se les dan bien. Y donde follan dos, tres no se notan.

-Pues sírveles a los gitanos. Hombre de buen fario hoy: mañana no se sabe. Así que ahora ¡A brindar! ¡El responso, mañana o nunca!

Antonio reparte las jarras. “La Nolia”, desacostumbrada a recibir agasajos, levanta la vasija y deja caer la estrofa.

-Un vino a tiempo  
Da ánimo y vida,  
Sabe Dío no miento,  
Al que bien convida.  
Tenga yo la ocasión  
Que una noche o un día  
Pueda, payo, entuavía  
Devolverte la atención.

-¡Al buche ahora, después es tarde! Alipio se lo bebe de un trago. Benito, “La Nolia” y Diego lo acompañan. Casi sin darle cabida al aliento los duendes del alcohol se acomodan en los cuerpos de los bebedores.

Teresa no ceja. Dejar ir a Diego al matadero sin tratar de impedirlo, ella sabe los motivos, no puede ni debe.

-Escúchame, hijo. La guerra no es para ti. Espera. Cuando llegue el reconocimiento de tu nobleza, verás. No te des prisa, para morir siempre hay tiempo.

Benito conoce a Diego desde que gateaba en las hierbas que rodeaban la casa de Amelia, “la portuguesa”. El bastardo, de no lograr el título y los bienes de don Juan Diego, no pasará de ser un fornecino sin arte ni oficio librado a la mala suerte de los caminos. Quien ha soñado todos los días de su vida convertirse en señor y dueño, mal lo tendrá si no pasa de plebeyo y pobre.

Su amiga está más preocupada de lo habitual. ¡Si habrá visto irse mozos de la comarca para no regresar jamás! Pero con éste... ¡Vaya uno a saber el por qué!

-¡Vamos, Teresa! Dios ha barajado así. Quizá no sea para mal. ¿Qué le espera al muchacho de quedarse? La ejecutoria no llegará nunca si no tiene un buen padrino o puede pagar un letrado que abra las puertas de la Chancillería y el Consejo Real. En las batallas, si no la palma, su nombre, reconocido o no, tendrá lustre y le dará lo que ahora no posee; fama y respeto. Entonces, verás, le reconocerán el título y los dominios ahora ignorados. Al menos Diego, bastardo, pero de noble sangre tiene una oportunidad. Nosotros, villanos, ninguna seamos legítimos o de madre soltera.

Teresa escucha. Le parecen dichas por Amelia. “¿Qué destino le aguarda a un hijo de mi sangre si judío y maldito? Ser un “mamzer” él y su descendencia por generaciones. Si de don Juan Diego Señor del Casar lo tengo, aún bastardo, podrá llegar a la hidalguía, señorío, bienes. Prefiero, prima, me llamen manceba de un hidalgo y de él haber vástagos que no una falsa “cristiana nova” a quien los suyos rechazan por maldita en Castelo Branco. Aquí, en Hervás, barragana de un aristócrata, logro más respeto que entre los nuestros siendo legítima esposa de un “mamzer” él y yo también. ¡No lo pude soportar más! Si, me subí a su caballo ese día cuando me dio la mano para ayudarme. Nunca supo en casa de quien había pasado la noche, ni de quien era la cama, ni la mujer de quién había gozado. ¡Yo, como nunca! Hay cosas que sólo piensas después. ¡Juro por el Todopoderoso que no me arrepiento! Diego será un Señor de Castilla y no un converso despreciable en Portugal”.

La ventera prometió silencio. Nunca traicionará a Amelia. La reconoció apenas llegada si bien habían pasado muchos años desde la última vez, once o doce de verse, al otro lado de La Raya. Peor lo tiene ella, casada infiel de un esposo cuclillo, que ni por su honor tenía cojones para luchar con tal de usufructuar de una venta como dueño en la cual había sido caballerizo.

-¡Que Dios lo proteja, guarde y le dé vida para gozarla! Teresa comprende y acepta; Diego no tiene otra alternativa, salvo si Manuel Alvarado hubiese aceptado los amores del muchacho con Ana, pero algo le dice a la ventera que el converso conoce el secreto de Amelia.

-Ve, mujer y trae unos vinos, de los buenos, para despedir al mozo.

Del establo llegan gritos de hombres y jadeos de mujer.

-¿Qué pasa allí dentro?

-Ni los garañones vociferan así cuando motan, ni las yeguas resuellan de tal manera cuando las cabalgan. Son unos pastores y unas lumias revolcándose, Diego. Benito observa al muchacho; parece le inquietan los sonidos de los humanos dándole el gusto al cuerpo, si bien éstos, repara el hombre, lo hacen bien, mucho y con poca vergüenza. No será...

-¿Y tú, Diego, qué?

La callada por espuesta lo dice todo.

-Veremos si de las ahí dentro tiene un rato para ti. No puedes llegar a un campamento con el frenillo entero.

-Gracias, Benito. Ya veremos...

-¿Irte de este mundo, si te toca la negra en la primera lidia, sin haber catado hembra? ¡Deja esas ideas! ¡Para la cual te habías reservado estará brincando en la cama con su marido antes de llegar tú a Flandes las veces que le vengan ganas al día a ella o a él!

Diego sólo ha pensado en sus penas, pero la idea de Ana cubierta por otro hombre lo hace prisionero de los celos.

-¡Si no pueden estas maturrangas, parecen tener compromiso, te hará el servicio cualquier soldadera apenas llegues a las barracas de los Tercios!

**“No será mía. Alguien la poseerá para siempre Ana se entregará a un desconocido... quizás con agrado...”**

-¡Teresa! ¿Dónde están esos vinos? No soporta la visión de Ana con...

-¡Tranquilo, Diego! Los del Duero los guardan en la bodega. Benito percibe que la mano es diferente a la supuesta. Pero no descubre cuales son las pintas en los naipes del joven. Pertenecen a un palo diferente a los de las barajas. Corresponden al ganar y al perder el la vida.

A la salida de un recodo de la trocha un hato de cabras cruzado impide el paso del charrete.

-¿Ha dao con la fuente, vucencia? De entre las pajas atadas por un extremo y separadas por debajo que sirven de protección contra la lluvia emerge la voz de una persona.

Lope se sorprende si bien le parece reconocer el acento de quien, cubierto por ese chozo en movimiento, le interroga.

Teófilo reacciona con rapidez. Cubre rostro y cuerpo con su capa de lana negra encerada. No están lejos del pueblo y el pastor, él que fuere, lo reconocerá si alcanza a distinguirlo.

La noticia recorrerá Hervás. Lo habrán descubierto compartiendo el carruaje de un inquisidor. Las conclusiones de los vecinos, su condena.

El cabrerito emerge de entre los largos tallos unidos.

-Me quedé por aquí, señoría, por si no encontraba el rumbo al regresar.

El muchachito sonríe. Se han cumplido sus predicciones. Lo que sube, baja, sobretodo si la senda conduce a ninguna parte. Ahora falta saber quien acompaña al del Santo Oficio. Esta noche, después de encerrar las cabras, se lo dirá a Petra, su madre. Mañana el pueblo entero estará anoticiado.

-¡Aparta esas malditas cabras del camino, zagal! grita Lope poniéndose de pie y batiendo la vara con fuerza.

-Ta bien, don inquisidor, ya le dejo la cuesta libre. El mocito, con un par de gritos y movimientos, separa el ganado y da paso al carricoche que, entre el apuro de los ocupantes y el descenso, se marcha rápidamente.

-¡Estoy perdido, licenciado! ¿Cómo no me advirtió la presencia de ese desgraciado al encontrarnos? ¡Mañana, qué digo mañana, esta noche mismo al regresar al pueblo el maldito pastorcillo, hijo de Petra la huevera, lo proclamará en La Plaza!

-No te preocupes, Teófilo. Embozado como vas nadie puede enterarse quien me acompañaba.

-¡De alguna forma lo sabrá! Estos cabreros encuentran al ganado extraviado hasta por el tufo. En cuanto Manuel Alvarado sea apresado todos me señalarán como el malsín delator. ¡No tendré reposo ni tranquilidad en el valle! ¡Vendrán por mí!

-Calma. Apenas llegue a Plasencia le diré al Secretario del Tribunal te proteja ¡Existen cien formas de cubrirte de esos traidores! Por otra parte, Teófilo, no padezcas. No pudo reconocerte. “La capa todo lo cubre”.

Pero en esta oportunidad del refrán no basta y el inquisidor se equivoca.

El borrico del escribiente al tiro del charrete, con las alforjas llenas, por una asoma el pupitre, por la otra la caja de las plumas, dan indicios suficientes.

**“Mi parece qui ise pollino is del cojo que escrebe en La Plaza. No me caben dudamientos. Se llama Teófilo y es un judío de abajo.”**



## CAPITULO 28

Las nubes bajas rompen contra los peñascales de pizarra. Dejan caer una llovizna espesa sobre la sierra. No logra divisar el valle en el cual quizá naciera y dónde sin dudas, ha pasado la infancia. Recuerda su niñez. No fue agradable.

Metidos en un zahundón, esos refugios utilizados por los pastores en los veranos cuando suben con el ganado para aprovechar las hierbas frescas y blandas recién brotadas, el sargento Peño y los tres cuadrilleros de batida en busca del asesino huido, Francisco Miranda, que fuera capitán en Las Indias, se protegen del agua, y menos de la ventisca que traspasa sus gruesos capotes. Fermín rumia sus pensamientos.

-Amaina. Pa mi hasta dentro d'un rato no lloverá, sólo fríos y repelucos. "El Picao" conoce bien esos riscos. Descargamaría, allí nació, no cae lejos. El hombre, antes de convertirse en soldado de la Santa Hermandad, recorrió esos pagos haciendo -¡vaya a saber Dios qué!- lleva razón.

Fermín sale del chamizo.

Desde lo alto de la serranía, desaborlado y barrido por los vientos llegados de Calendario, observa el entorno, la distancia. Reducidos valles verdes, columnas de humo atraviesan las brumas señalando lugares habitados; se intuyen pero apenas se distinguen.

-Listo, sargento, es La Garganta, si lo digo porque como es nuevo por aquí vaya conociendo el pago.

-Se agradece, "Picao". Pero antes o luego, el cacarañado y los restantes ballesteros del puesto de Aldeanueva se enterarán de dónde viene el sargento Peño. El inclusero está seguro.

Lo sabe por experiencia. En las noches, durante los largos recorridos de rondas o en los cuartos de guardia, corren las historias y la suya, de mozo "para todo" a grado del cuerpo, la conocen muchos.

Ha cruzado estas montañas más de una vez llevando recados de un convento a otro. De donde se halla hoy no se ve, pero conoce perfectamente el emplazamiento, se encuentra el monasterio de Pinofranquedado.

Allí, en su inclusa, lo abandonó la puta hembra que lo trajo a este puto mundo.

-Mi sargento, si no le importa ¿li pueo decir algo? "El Picao" interrumpe sus memorias.

-Diga.

-¿No li parece qui el huido será un asesino pero no un majara? ¿Pa qui va tirar pa istas sierras donde no tiene cómo esconderse y lo llevan a ninguna parte?

Fermín esucha. Lo ha gateado la puta verdulera de Hervás. Lo ha enviado justamente en el sentido contrario al cogido por el fugitivo. Se llama Lorenza, cree. Cuando acabe con esto volverá al pueblo y le meterá, como prometido, un palo por el culo y se lo sacará por la boca.

De paso verá que pasa ahí, en ese lugar en el cual los judíos hacen lo que les sale de los cojones, en especial uno llamado Manuel Alvarado. Se ha quedado con el nombre.

-¿Pa qui coño vendría un afutado pa Las Hurdes y no pa La Raya? En Portugal puee encontrar amparo. En Castila, si se queda, un día o el otro, lo espera un verdugo. “El Picao” argumenta con precaución. El Sargento Peño llega precedido de una fama de bruto y cruel bien ganada de la cual no se salvan, cuentan, ni sus propios hombres.

**“¡Me han boleado! Pero ya verán como no soy hombre con el cual se pueden hacer faenas sin pagarlas caro.”**

-¡Para abajo! ¡Hacia el Camino de La Plata, maulas!

“El Picao” satisfecho, sonrío. Estar a bien con un superior siempre trae ventajas. Con la orden el sargento ha demostrado tenerle confianza:

-¡Nos han tomao por “bobos de Coria”, mi...!

No puede acabar la frase. Fermín le propina un tremendo revés con el puño cerrado que lo coge con la boca abierta. Si no le ha reventado los dientes es porque al subordinado le faltan muchos.

-¡No te pases de listo, castúo! Conmigo, quien larga demasiado la diña pronto.

“El Picao” se limpia la sangre de los labios y el mentón con las mangas del uniforme, bajos los ojos.

**“En cuanto pueda, me rajo.”**

-¡A correr, maulas!...

**“¡El inclusero está mochales y nos lleva directo al hoyo!”**

-¡...De prisa, ablandahigos, flojos de mierda...!

**“... Mejor desertor del otro lao que finao de éste...”**

-¡...Si no cojo al fugado les haré limpiar la cuadra con la lengua, inútiles...!

**“...O si le están por darle puerta pa'l otro mundo, no seré yo quién lo impida.”**

“El Picao” saca sus conclusiones. Con el sargento Fermín Peño la vida puede resultar dura en el mejor de los casos, breve, casi seguro.

**“Mejor él que yo.”**

Van rápido, casi de culo, cuesta abajo, corriendo sobre mojado.

Para Fermín no es la primera vez. Así huyó un día de invierno del convento en el cual había crecido desde el torno a los años que tenía; trece o más le echaban las monjas.

Aquella noche la hermana Socorro comenzó a gritar como una loca cuando, antes de servirla, le mordió el coño y no se lo lamió como le gustaba a la muy zorra.

Eso no fue lo peor. Muchas lo hubieran perdonado. Las atendía con fervor solícito por turno, se trajinaba a las beatas desde cuando se le puso tiesa iniciado por la mentora de letras, Sor Mencia, entre lección y dictado. Le enseñó con maestría escribir, leer y fornicar.

Lo malo resultó la cuchillada que le metió a la hermana portera por no franquearle la salida. Hasta la empuñadura. Quizá no la mató pero la llavera chillaba más que un marrano en el degüello de una matanza.

Aún hoy, tanto tiempo después los gritos de una y otra monja le producen goce con sólo recordarlo.

## CAPITULO 29

### “HERVÁS”

Con la afilada punta de una daga berberisca –la compró en un mercado de Córdoba a un morisco que se hacía pasar por gitano- termina de grabar el nombre del pueblo en la última de las cincuenta “Cuádruples Excelentes” de purísimo oro, del tiempo de los Reyes Católicos, llevará en el viaje a Toledo.

Lo hace en hebreo, en el anverso de cada una donde aparecen los rostros de Isabel y Fernando mirándose.

Quien en el futuro, nadie puede preverlo, obtenga una o varias de estas monedas atesoradas a lo largo de años, -una buen parte las heredó de su padre y constituyen la mayor porción del patrimonio de Manuel Alvarado- sabrá, si conoce la lengua sagrada, que puede fiarse de la exactitud del peso, que la aleación no ha sido alterada ni las piezas tienen los cantos ligeramente limados como lo hacen los genoveses.

El converso las guarda, como le fue enseñado por su padre, para casos de verdadera emergencia, cuando únicamente el oro puede salvar la vida de uno o todos los Alvarado, proporcionar un asilo, un documento protector, el cruce clandestino de una frontera, el transporte ilegal a un refugio. Sólo en esas oportunidades serán utilizadas las “Cuádruples Excelentes”. Para ello han sido atesorados esos doblones.

Es guelte muy apreciada por cambistas, mesas de banca, señores, superiores de conventos, guardias de límites, armadores de barcos. Pertenecen a una época durante la cual la moneda española era considerada como la mejor de Europa antes que Carlos V alterara la proporción del metal áureo y reemplazara la efigie de sus abuelos, batida con el cuño real, por la suya.

Las pocas “Excelentes” aún circulantes, representan para el converso todo eso. Agregar el nombre de su pueblo, Hervás, les da, difícil de explicar de otra manera, un valor afectivo. Manuel Alvarado ama el lugar en el cual ha nacido y transcurre su vida. Presiente un destino inimaginable para esas monedas que significan, además del nombre y la figura de los reyes que acabaron con la presencia judía en España, la época más gloriosa del Pueblo Elegido en la Diáspora, el tiempo en que los hebreos constituían la savia de los reinos hispanos, desde las grandes ciudades hasta los pueblos más pequeños como Hervás.

Así quiere proclamarlo. Quien tenga en sus manos en años venideros una de esas piezas y advierta la inscripción, querrá conocer el significado; que sólo la historia se le podrá revelar.

Terminada la faena, sopesa y cuenta las “Cuádruples” una vez más. Sonríe. No puede evitar, de la manera acostumbrada por las gentes que trafican con dinero, -alemanes, flamencos, genoveses, catalanes, judíos y de otro origen- repasar una y otra vez las cantidades que reciben o entregan. Un hábito heredado, supone, al sorprenderse efectuándolo.

Las coloca, luego, cuidadosamente, a lo largo de una ancha faja doble extendida sobre la mesa del almacén.

-Cose los bordes del ceñidor, Josefina, con puntadas pequeñas, ocultas a simple vista, debe parecer un tripero normal, de esos que usáis las mujeres para abrigar el vientre bien sujeto debajo de la saya. Lo debes llevar siempre ceñido a la cintura, sin desprenderte de él ni un solo instante durante el entero viaje hasta llegar a Toledo.

Sorprendida, nunca supuso hubiese en la casa una cantidad tan importante en oro, atiende las órdenes de Manuel.

Cuando él la llamó bajara al depósito, el ama advirtió puertas y ventanas cerradas en pleno día. Supuso que de algo serio a resolver se trataba pero nunca pensó su dueño le confiara tamaña riqueza. Sí, es cierto. El converso la considera su mujer.

-Así lo haré.

-Llevas cincuenta “Cuádruples Excelentes” de oro puro. ¡Cuídalos!

Josefina jamás supo, hasta ese momento, tal moneda existiese.

**“Debe tratarse de una fortuna inmensa.”**

-¿Para qué llevas tanto?

Manuel lo ha meditado durante semanas. Llegados a Toledo no existen problemas. Los Coronel le deben varias comisiones. Si precisara más, su tía, la cabeza de la familia, le puede proporcionar lo necesario. Pero el largo trayecto que le espera con su hija y Josefina, sus mayores bienes, lo incierto de la situación en Castilla, le han hecho considerar la posibilidad de no retornar al pueblo. Si dicha alternativa se produjera, prefiere llevar consigo buen dinero. Con esa cantidad puede recomenzar en cualquier parte. No sería la primera vez en la historia de los judíos, ni en la de la familia. Cuando en julio de 1492 los Reyes Católicos los expulsaron de Castilla, su padre, David Bar Emanuel, poseía menos para la dura vida que los aguardaba en Portugal.

-¡Dímelo, Manuel!

Duda unos instantes. ¿Cómo explicarle a una cristiana vieja, por mucho amor que le tenga, la terrible experiencia del Pueblo Elegido?

-Los caminos tienen sorpresas.

-¡La Virgen de las Aguas Vivas no lo permita! El ama se santigua sobrecogida. No faltan historias tremendas de bandoleros y asesinos asolando las rutas castellanas.

-¡Deja de suplicar! ¡No bajará ningún ángel del cielo a protegernos si llega una malhadada hora! Su rostro se ensombrece. Lo aciago puede acontecer en cualquier momento y lugar, en especial si se es un converso en esos tiempos de inquisiciones y guerras.

-Lo deberé hacer yo. Confío más que en las armas en el poder del oro. Los bandidos no buscan las vidas de sus víctimas sino el dinero que llevan.

-¡No irás a darles toda esta riqueza!

-¿No? ¿Acaso, llegado el momento, no la valen nuestras existencias? ¿Resultará que la judía eres tú y no yo? La socarrona respuesta de Manuel desarma a la compañera pero sólo encubre sus profundas preocupaciones. Un carruaje solitario, sin la protección de hombres armados transitando por las trochas de los Montes de Toledo constituye una presa fácil. Conoce el trayecto. Lo ha recorrido en las ocasiones indispensables para su negocios. Lo ha hecho a lomo de mula, acompañado por Gervasio, a veces también Terencio armado con arcabuz a la vista, trabuco en la faja y espada visible, le daban una escolta más disuasoria que real pero efectiva. A nadie, malhechor de profesión o de ocasión, le interesa dejarse el pellejo en un asalto y los cómplices disfruten del botín.

Pensó llevar al veterano pero los aspectos confidenciales del viaje, mejor queden ignorados por los demás, -en Gervasio confía- lo hicieron desistir de la idea. Prefiere guarde almacén y casa a tenerlo cerca de tratos y ceremonias propias de nuevos cristianos.

Las delaciones están muy bien recompensadas por el Santo Oficio.

Josefina sólo una vez ha salido del pueblo. Fueron ella y Manuel a Plasencia, al despacho de un escribano. Firmaron un documento por el cual, según leyó el Fiel de Fechos, Manuel le reconocía la condición de barragana y le otorgaba varios derechos. Nunca lo volvió a repasar aunque lo tiene en su poder. Toledo, lejano, a muchos días de la casa, atravesando parajes desconocidos, lugares extraños, parajes desiertos la atemorizan.

-¡La Virgen María, en su infinita bondad, nos cubrirá con su manto brindándonos amparo! ¡Cuando regresemos subiré la cuesta de la iglesia de rodillas y le encenderé un cirio todos los domingos del año!

-¡Déjate de beaterías, mujer! Te estoy dando instrucciones y escúchalas bien. Procederás como te mando. Si llega una negra hora y me pasara algo...

-¡Dios me lleve y no a ti!

-Las hembras siempre sobreviven en esas oportunidades. Así está escrito y así debe ser. Sin vosotras no hay vida. Manuel, con el acento empleado cuando lo por él ordenado no admite controversias, prosigue.

-Si antes de arribar a Toledo sucede lo imprevisible emplearás estos "Cuádruples Excelentes" para la salvación de Ana primero, y si resulta posible, la tuya. La llevarás a Toledo y se la entregarás a los Coronel, a mi tía Gracia. Ella sabrá como proceder.

-¿Una tía... tuya...?

-¡Sí, mía! ¿O los conversos no podemos tener parientes fuera del pueblo? Esta casa, con todo lo contenido, es para ti. En el hueco, tu lo conoces, hallarás lo suficiente para vivir muchos años.

-¡Calla Manuel! ¡No quiero oírte más! La desesperación y los sollozos se apoderan de la mujer.

El converso, dominador, la coge por los brazos y la sacude. Con determinación, una vez calmada Josefina, agrega.

-¡Escúchame de una puñetera vez! Los asuntos para después de su muerte un hombre cabal debe dejarlos claros y reglados en vida.

A Josefina se le hace imposible imaginar su existencia sin Manuel. La ha llenado desde sus días mozos, apenas muerta su esposa hasta ese mismo instante. Le ha enseñado no sólo los atractivos del tálamo y vivir bien. Se ha preocupado que don Nicanor le descifre los misterios de las letras, le ha brindado libros y consejos para leerlos con provecho. La ha convertido en dueña de casi todos sus secretos. Conoce las hornacinas en las cuales se ocultan documentos y dinero.

Nunca le ha reprochado, es más; ha simulado no enterarse de los maravedíes, a veces escudos, le entrega al zascandil de su hermano Benito si las suertes de los naipes se le muestran esquivas; lo ha librado de la cárcel cuando se le ocurrió hacer una flor, durante una partida, a un señor de La Corte. Claro está que, vestido de faena, el tahúr no se percató de la categoría del contrario.

Lo ama con todas sus fuerzas. Nunca ha deseado a otro ni con el pensamiento.

Sólo le falta la garrida hembra una bendición de Dios, -Manuel jamás pasará por la iglesia, se lo tiene dicho desde los primeros tiempos,- pero con boda o sin ella sí unos hijos, suyos y de Manuel antes de secársele el vientre. Él lo ha evitado siempre, contando vaya a saber que días, que momentos de La Luna. Su amado no quiere frutos bastardos de su semilla, dice. Los rechazará como lo hace con los demás ilegítimos de los restantes nuevos cristianos del pueblo. Conversos y conversas llegada la oportunidad, o la situación, no rehúsan ligarse con “limpios de sangre” por delante o por detrás del altar.

-¿Me oyes o no, Josefina?

-¡Manda, Manuel!

-Estos “Cuádruples” -¡todos si no hay alternativa!- los utilizarás para comprar la libertad de Ana, o salvar su vida, si yo no puedo hacerlo. ¡Hay más de lo soñado por un salteador, un alguacil, un guardia, o un cuadrillero! Tampoco vaciles, llegado el caso, en cruzar La Raya con ella. Una vez en Portugal dirígete a Belmonte y busca a los Caro. Son de mi linaje. Se ocuparán de lo necesario para -lo han jurado- nada os falte.

Le entrega la faja con las monedas. Pesan. Brillan como hoguera de San Pedro y San Pablo sobre la cual ella saltaba cuando niña se encendía la noche de junio. La semioscuridad del recinto acrecienta el áureo -mágico- fulgor. Josefina jamás pudo imaginar tener en sus manos una fortuna semejante.

-¿Has entendido, mujer?

Sin poder apartar los ojos del hechicero dorado encantamiento, responde.

-Sí. Luego, como quien se libra de un trance, agrega. -¡Quiera la Virgen de las Angustias protegenos y que nunca llegue ese momento!

Manuel, al tiempo la extrae de un pequeño cofre una cantidad de escudos de plata y maravedíes que guarda en una faltriquera, no puede menos que sonreír.

-¿Piensas que la Santísima Madre de Dios tendrá tiempo para ocuparse de un converso como yo?

Cerrado el bolsillo lo sujeta a su faja. Queda prácticamente a la vista. A el ama le resulta extraño. Cargar una cantidad muy ocultadamente la que llevará ella y otra, si bien mucho menor, sin disimulo no le cuadra.

-¿Y esas por qué no van con mis “excelentes” en el ceñidor? Hay en tu faltriquera lo suficiente para comprar una viña o un prado con agua.

-Tienes buen ojo para contar al vuelo, Josefina. ¡A ver si llevan razón las cotillas con su dicho de mercado! ¿Cómo reza...?

-“La cristiana vieja de tanto frotar se convirtió en nueva”.

-De cristiana vieja en... judía nueva. Completa la frase con un acento serio, contrario a lo gracioso del refrán de las comadres.

-Sería interesante ver como te iría tal mudanza, unida, por ejemplo, al cambio de barragana en esposa.

Ambos clavan los ojos del uno en el otro. Manuel nunca habla en vano, ni bromeando, en especial de “esos” temas. “Palabra y piedra suelta no tienen vuelta” afirma siempre. A la compañera le consta.

-Sé quieres a Ana, lo sé, como tuya pero ser madre de un hijo propio, varón, por supuesto ¡es tu mejor deseo! El hombre apenas esboza una sonrisa; en sus pupilas se reflejan los destellos de una ilusión.

-Si tú eres el padre ¡cuánto antes, Manuel!

-Cada cosa a su tiempo.

-No puedo esperar muchos más. Las flores y las mujeres se marchitan llegado el invierno.

Su amiga lleva razón. Si de ella quiere un descendiente, esos son los días postreros.

-Será entonces para la primavera próxima. ¡No me preguntes nada, Josefina! Si no sabes puede llegar a ser lo mejor para ti. El converso tiene experiencias de otros. Si ignoras planes y lugares mal puedes declararlos aún bajo tormento y ser cómplice ante un tribunal del Santo Oficio.

Dando un giro completo para evitar las respuestas a los interrogantes inevitables.



-¿Se te han pasado el asombro, mujer, de conocer los motivos de llevar casi a la vista, o en el primer sitio que buscarán los bandoleros si nos topamos con ellos?

-¡No deberíamos salir del pueblo! ¡Qué el tal Coronel venga con una tropa de gentes armadas, para eso tiene dinero, se case en Hervás Ana y se la lleve de igual manera!

-No sufras demasiado. He viajado decenas de veces en estos años y nunca me ha pasado nada serio. Este truco me ha servido en ocasiones. Me lo enseñó un mercader de pimientas y sedas de la India. Las traía desde Cochín a Lisboa y de allí las distribuía por toda Europa.

-¡Para otros esos negocios!

-Si te encuentras con atracadores y éstos hallan a primeras una bolsa bien nutrida puede te perdonen la vida y te dejen seguir adelante. Es un pacto tácito con los salteadores de oficio. Aún más. Agregando otra cantidad te protegerán hasta llegar a las puertas de la ciudad a la cual te diriges.

-¿Por qué no me habré confesado esta mañana? ¿No hay manera de transitar a salvo por los caminos de Castilla?

-Si eres oveja y marchas en un rebaño de La Mesta, quiza, Josefina. Luego de una pausa agrega. – Pero a mí no me agrada ser borrego. No acepto ser guiado por los pastores de la Iglesia ni vigilado por los perros de la Inquisición. Prefiero seguir mi libre albedrío con todos los riesgos de tal osadía. Muchos. En los reinos de Carlos V la vida de un plebeyo vale menos que la de una merina de buen rendimiento de lana. Todos, ganado y súbditos, somos sus corderos. Le damos las ovejas, oro, los hombres, sangre para sus guerras.

Josefina sigue como puede las reflexiones, para ella demasiado sesudas de Manuel, pero de algo está segura.

-¡Para lo que le va a servir cuando la palme el flamenco! Amos, siervos, reyes, señores, todos al hoyo con plebeyos y demás gentes.

“Polvo eres y en polvo te convertirás” la frase bíblica, idéntica, acude a Manuel Alvarado desde las páginas de El Libro.

-Ahora voy a ver cómo me apaño con esta faja llena de monedas. Pesan un quintal. Dime ¿no habrás dañado su valor con esos garabatos que has tallado en el oro?

## CAPITULO 30

-¡Al asalto! ¡Roma es nuestra! ¡Vamos, españoles, a San Pedro! ¡A coger al Papa y a sus cardenales! ¡Adelante los Tercios de Castilla!

Los relatos del mando de las tropas que tomaron la capital pontificia, la sede del Vicario de Cristo, navegando en las olas del alcohol, contadas una y mil veces por su escudero, el fiel Terencio, desembarcan en las palabras del hijo.

Ebrio de vino y orgullo, Diego une la acción a las voces. Con la espada de su padre convoca al saco a los soldados que siguieron las arengas de los jefes y entraron en la ciudad para imponer la voluntad del Emperador Carlos V; allí se quedaron largo tiempo y gozaron los bienes y los deleites de la victoria.

Pero no son las murallas de Roma donde se encarama, tizona en alto, el hijo de Amelia “la portuguesa”, sino los bancos, las mesas, las tinajas de la venta “Las Cañadas”.

Los espíritus de las viñas, a los que no ha frecuentado en demasía vigilado por una madre estricta guardiana de la conducta de su niño, -le evitó los malos hábitos de la ignorancia y la embriaguez- se han apoderado del mozo.

Diego, en esos instantes, no espera una carreta o una recua que le evite subir el puerto a pie y le permite llegar a Bejar antes del anochecer. Se ha traspuesto en Don Juan Diego del Casar al frente de sus tropas, asediando el Castillo de Sant’Angelo. Durante el cerco un dardo traicionero lo heriría de muerte como aconteció con el Condestable de Borbón poco antes. “A veces los jefes también la diñan”, comentaba con guasa Terencio.

-¡Otra jarra para quien será el más valiente de los capitanes de Castilla! ¡Y otra para mí, que pocas veces se puede celebrar el nacimiento de uno mismo!

-¡Basta Benito! Tú estás al tanto del pitarra y volverás mal o bien tarde, de amanecida a dormir a tu casa, pero el mozo tiene mucho por andar y si se presenta en la casa del duque con este aspecto, borracho, los criados no lo dejarán pasar ni al patio.

El jugador observa a Teresa; con la sorna y la franqueza de los beodos, la achucha.

-¡Ni que fuera algo tuyo! ¿Y desde cuándo una posadera se preocupa del gasto de los parroquianos mientras paguen?

El ventero, harto de las actitudes del joven aunque por oficio acostumbrado a los desmanes de los ebrios, molesto desde siempre con Benito no pierde la oportunidad.

-Eso me gustaría saber. ¿Quién apoquina lo del bastardo?

-Yo, lambeculos. ¡Vete haciéndolo con Diego! Dentro de no mucho tendrás llamarlo de don y será Señor!

El muchacho, ajeno a las discusiones, levanta el pesado acero y tropezando con muebles, bancos, cacharros se dirige directamente las botas de vino apiladas contra una de las paredes.

-¡Ahí están los negros hábitos de los clérigos defensores del Papa Medicis! Nadie se anima a impedirlo. Una espada en manos de beodo resulta peligrosa. Perfora un odre del cual comienza a manar el alcohol. Empapa al mozo desde la cabeza a los pies. Resbala en la humedad y cae en el piso.

El ventero corre a taponar el agujero como puede. Por el orificio se escapan decenas de jarras a vender.

-¡Maldito borracho!

-¡Entrar en batalla ebrio, lo adecuado para olvidar el miedo! ¡Da valor, te hace capaz de las mayores hazañas! Mi padre, don Juan Diego lo hacía. Terencio siempre le entregaba, antes que las armas, una medida de orujo capaz de encenderse si le acercaban candela. Se la bebía de un trago y ¡tizona en alto, partía al galope a la carga contra el enemigo así fueran miles!

-Así se explican las agallas de los Tercios, comenta Antonio, el ventero.

-¡Calla, cagón! ¡Con gente como tú no se hizo Castilla!

-Pero se sembraron los campos. Benito ayuda a Teresa a sentar a Diego, La ventera, cubo de agua y paño fuerte, trata de asear al muchacho.

-Así, ebrio y sucio, el duque ni de caballerizo te aceptará.

-¡Cierra el pico, criada! ¡Piquero seco me da lo mismo! No importa como.

-Si que importa, mocito. Deberías tener más respeto por Teresa, ni que fuera tu madre te atiende ¡Escúchala niño! Dice bien; la tropa rasa, los d'a pata mueren a las primeras. Van al frente. Los oficiales, depende... De costumbre, detrás de los soldados, mandan e infunden valor a punta de espada a los de vanguardia. "P'al d'a pie, por doblones o desesperaciones, miles de dolores."

Diego, si bien más aseado de cuerpo, tiene enmarañado el espíritu con desvaríos y vinos. Coge las manos de Teresa y, poseso de sus trastornos, explica a la ventera.

-¡Madre, he jurado regresar vencedor de cien batallas como lo hizo Don Juan Diego, cargado de gloria, fama para ponerlos a los pies de Ana! ¡Veremos si un converso niega a un caballero, pleno de títulos y honores...

-...Fúnebres! ¡Vamos, Diego, razona! Pa cuando eso llegue, si antes no estás en la sepultura, tu pollita habrá gozado lo suyo y llena de hijos la encontrarás a tu regreso; los conversos no pierden tiempo.

Teresa no resiste el sufrimiento que las palabras de Benito someten al hijo de Amelia.

-¡Basta! No todos tienen que pagar con penas sus quereres. ¡Debe existir un lugar para aquellos limpios de alma que aman de verdad!

Quien de jugar ha hecho su oficio contempla con tristeza a quien tiempo atrás compartió con él ese sitio, reservado a pocos, negado después. Su mala cabeza pudo más que el amor.

-Teresa. Lo mejor será para Diego dormirla; pasada la cogorza verá el mundo de forma distinta. Pero tú, mocito, oye. Nunca juegues una partida ni ebrio, ni enfadado. Además, en este envite, no llevas triunfos y los contrarios han repartido las cartas. Para ganar hay que saber pasar. En esta mano, lo conveniente, sin dudarlo, pasa.

-Calma, hijo. Lo tuyo es un amor primero. Entrás riendo y sales llorando. Procura no lamentar que por un arrebató llores toda la vida, como le pasó a Amelia.

-¡Deja a mi madre en paz! Muerta está. Bastante la han hecho padecer en vida. Tú, conversa de poco fiar ¡Límpiate la boca antes de hablar! ¿Qué sabes de ella Teresa?

La mujer calla. Los juramentos cierran el camino a las palabras. Mejor será para el hijo de Amelia, “la portuguesa” seguir su camino sin enterarse del lado oscuro de Miriam, de Castelo Branco, como se llamaba en Portugal la madre de Diego.

-¡Unas cuántas jarras, ventero! ¡Pa cabalgar hembras como estas gachés se necesita poderío! ¡Vino o se me dobla!

Eliseo, calzones caídos, con sus partes pubendas a la vista, descamisado, más ablandado por los fornicios que por los meses de cañada, atraviesa la venta. Busca un buen elixir renovador de las energías utilizadas en las montas cumplidas con las guarras. El rabadán siente las miradas de los presentes observándolo. No le molestan. Las de los varones, envidia pura; la de la ventera, calculando cuanto le dejará la paja del establo como lugar de la cita.

Roselia descabalgó y cae de espaldas exhausta, saciada, alegre. El encuentro con Lisandro, el mayoral, comenzó para ella como un servicio; satisfacer las necesidades del cliente de manera rápida pero de forma tal se sienta muy macho, sazónando los corcovos con quejidos variados, suspiros entrecortados, ayes profundos susurrados al oído. Para su sorpresa el serrano resultó un garañón leonés experto e insaciable. El hombre franqueó las barreras autoimpuestas de la moza: Ejercer el meretrício sin dejarse arrastrar por la sensualidad propia. Roselia ha mamado los menesteres de horizontal en los burdeles de Sevilla y su puerto. Allí trajinaba la madre y veintenas de prostitutas de todo origen, color y tamaño ganándose el sustento.

Pero a veces, la moza de fortuna lo sabe, la carne puede más que la cabeza. Debe cuidarse mucho de no caer en ello porque en ese caso su vida será breve o dependerá del chulo que se lo haga sentir.

También Lisandro experimenta estar consumido, sin fuerzas, vacío. Roselia será puta pero es una hembra cabal, de las mejores por él catadas desde aquel día, hechos trece años, lo desvirgó una pupila de un lupanar de Medida del Campo pagada por su padre, el dueño del rebaño en el que hoy mayoral servía de zagal a pesar de ser el heredero.

Llegan las jarras. Las traen Eliseo y el ventero.

-¡Aquí les traigo, señoras y señores, el elixir del Ambroz! ¡Vino de uvas criadas en las laderas que dan al sol, polvos de romero y albahaca, dan fuerzas a los garañones, calentado al fuego de roble nuevo y cuernos de carnero! ¡Os la pondrán tiesas!

Antonio proclama las bondades de una antigua fórmula traída por una bruja gallega llegada a Hervás en tiempos de la primera repoblación cristiana. No sabe, y duda, sirva para endurecer lo blando por edad o uso desmedido en una sola encamada, pero sí que se cobra caro y los forasteros lo pagan. Los del pueblo suelen prepararlo ellos; nadie lo confiesa por dignidad de macho o temor los vecinos les hagan fama de hechiceros.

Mayoral y Roselia trasiegan las suyas a sorbos. Mal no les hará y una pausa viene bien.

Elvira, lumia en primeras, jóvenes tetas no cuajadas aún, el preparado acaba llevándosela de la realidad y pasar, una vez más esa jornada, los límites entre la faena pagada y el placer. El agotado rabadán colabora hasta donde le queda de resto y puede.

Los revolcones por el amplio lecho de paja dan una vez y otra de un bulto cubierto por el heno de la cuadra, formado por un hábito de monje y el fatigado cuerpo de Francisco Miranda. Comparte la vasta cama lúdica con otros animales del corral, y las cúpulas de dos yuntas de “dos espaldas”.

Adormecido, el fugitivo sin percatarse dónde y con quiénes se encuentra, trata de orientarse.

-¿Qué cojones pasa aquí?

-¡Mirad la compaña! ¡Nuestro buen franciscano durmiendo la mona! descubre, divertida, Roselia. -¡Ya que estamos de buen talante, queda bien con la iglesia, Elvira, y ofrécele un tringue de lo tuyo al fraile!

La marismeña, viajera en el aire de la lujuria, observa a Francisco y lo incita.

-¡Vamos, deja la misa! ¡Misionero a tu misión! ¡Juro que antes no lo has hecho mal! ¡De rodillas, padre! ¡La mejor manera de rezar!

Francisco, entre que no sabe lo que acontece y tampoco el lugar en el cual se halla, aleja de sí a la moza, se acurruca y grita.

-¡Qué te den por culo!

Lisandro rememora las putas romanas ofreciendo sus traseros.

-¡Buena idea la del fraile! Coge a Roselia y volcándola sobre el heno la sujeta con fuerza boca abajo.

La muchacha se resiste sin demasiada vehemencia pero por pundonor de oficio. “Separar las nalgas, sólo por mucho parné”, afirmaba su madre. Recurre al exorcismo enseñado que la ha salvado de situaciones similares si el cliente con ese capricho es creyente devoto.

-¡Cometerás, mayoral, pecado nefando!

-“Si el trasero de varón”, decían los evangelizadores antes de penetrar a las indias que se nos ofrecían en cuatro patas con el culo en pompa y bailón.

-¡Bien dicho, fraile! Obtenida la innecesaria e inesperada dispensa religiosa, Lisandro se ocupa del objeto de su deseo.

La churriana trata, al menos obtener algún beneficio.

-¡El ojete no entró en el trato!

-¡Esto lo haces, moza, por amistad! ¿O no estamos ahora en eso y lo de los chozos, con los pastores, después, por oficio y paga?

-¡Duele!

-¡Afloja las ancas, Roselia, y el dolor se convertirá en placer!

Mientras entre ayes, suspiros, voces y quejas la pareja se entrega a lo suyo, Francisco vacía una jarra encontrada no lejos. Retoma, acunado por los sonidos de la sensualidad y el tetero, al mundo de ilusiones. Revive sus épocas de amo de tierras y esclavos mientras duerme. Quizá prevea que despierto no será dueño de nada, sino un fugitivo desesperado defendiendo su vida.

-¡Al asalto, soldados! ¡Palacios, conventos, casas, todas las hembras de Roma son nuestras! ¡Por ellas, castellanos!

Grita, espada balanceándola en sus manos fatigadas de sostener el pesado acero, el hijo de quien, además de las hazañas bélicas, era bien conocido por sus hazañas carnales. Así las narraba Terencio, en esos abandonaba su labores de escudero para estar en primera línea.

El veterano relataba con fruición, hasta los mínimos detalles, dichas acciones de guerra, sin pasar por alto violaciones, estupros, consentimientos gustosos con protagonistas nobles, religiosas, plebeyas, algún mancebo, paje de cardenal o prelado de rango. Era el tema preferido cuando se reunía con los vecinos en las anochecidas de invierno.

Diego se colaba en el corro de los adultos. Junto a otros chavales formaba parte de la segunda fila. Escuchaban a los mayores relatando sus andanzas, conociéndolos, más deseadas que reales mientras la bota de pitarra pasaba de mano en mano. Estas conversaciones de hombres y el apareamiento de los animales constituían la única educación sexual de los adolescentes del pueblo.

La imaginación del doncel fantasea convirtiéndose en su padre a quien ninguna mujer, por las buenas o por las malas, se resistió, cuentan.

Por ello en el momento que, empapado hasta el tuétano con alcohol, escucha al ventero al salir de la cuadra, baboso de tanto fisgar los haceres de las mozas de fortuna con los pastores, proclamar casi corriéndose...

-¡Vaya cabalgadas les están dando a las lumias! ¡Y cómo responden las muy putonas!

Diego no logra impedir al héroe a imitar, Don Juan Diego Señor se apodere de él y lo transporte a las calles de Roma, esa ciudad mítica que los Tercios saquearon por derecho de botín e hicieron suyas a sus mujeres por la misma razón.

-¡Tomad la que más os guste, soldados! ¡Poseedla como vuestra hasta se os canse o tengáis leche en los cojones! Luego devolvedlas a las casas!

Grita el mozo a sus imaginarias tropas.

Él reserva para sí una bella doncella, que, asustada, le sonríe sin embargo; de Ana Alvarado tiene el rostro y el desnudo cuerpo traseñado. Se le entrega por su voluntad, libre, gustosa.

La desvirga con pasión pero suavemente. No quiere la violencia marchite la flor tan anhelada.

## CAPITULO 31

**“... Una hembra muy apetecible. ¿A quién no le agradaría yacer con ella?”**

Ana es una muchacha hermosa, atractiva, en la flor de la doncelléz.

Manuel, su padre, no puede evitar esas ideas al contemplarla, la sayuela semicaída por la que se asoman unos pechos juveniles, turgentes.

La espalda, una leve, grácil curva que acaba en redondeces de caderas y nalgas prietas. Un desconocido, Tomás Coronel, gozará por vez primera de ese profundo venero de placer porque mujer suya será ante Dios y los hombres, fuente de deleites y goces por el resto de su vida. ¡Vaya suerte la del toledano! Conocer una hembra como esa.

Sonríe burlón. Sabe muy bien porque recuerda en ese momento la parte de “Génesis” sobre Lot y sus hijas. Si La Ley no lo condenara no necesitaría la excusa de la ebriedad. El Todopoderoso tiene más fuerza, en determinados asuntos, que los instintos primarios de un macho.

Ana termina de doblar los camisones, bordados durante largas jornadas con Josefina, para ser lucidos ante el marido las noches de tálamo.

-¡Padre! No te oído entrar.

-La puerta estaba abierta. Deseo hablar contigo de...

Manuel se interrumpe bruscamente. Entre los erguidos senos de la jovencita se destaca una cruz de oro colgada del cuello. Reacciona bruscamente.

-¿Qué llevas entre los pechos, muchacha?

-¿Esto? Ana coge la imagen y la besa. Un Cristo bendecido por el Papa. Me lo regaló Benito. Se lo ganó a un coadyutor del Prior de Guadalupe.

-¡Ni se te ocurra, mema, llevarla a Toledo!

-¿Por qué no? Santificará la unión.

Manuel se la arranca, vehemente, al tiempo que entre dientes le advierte con un susurro amenazador.

-¡Jamás llesves, ni menciones cruces, vírgenes o santos en casa de los Coronel!

Ana, con una aparente ingenuidad, quizá no es su voluntad manifiesta provocar la polémica con su padre en ese momento pero la muchacha efectúa el interrogante que la corroe interiormente. Nunca no obtuvo respuestas a sus dudas.



-¿No son, acaso, cristianos los Coronel?

Tampoco Manuel desea aclarar nada antes de partir. Lo ha postergado durante años. Considera el largo viaje que los espera la circunstancia adecuada para disipar las oscuridades y poner al tanto a su hija lo que significa ser converso en la Castilla de Carlos V.

Piensa que los hechos consumados, en especial la boda y el conocimiento inaugural acabarán con las incertidumbres de Ana. No existe situación alguna que “cuerpo satisfecho a Dios no alabe”, sea éste el Altísimo hebreo o el Dios cristiano.

-Sí, hija. Son tan cristianos como yo y muchos otros nuevos.

-En ese caso no veo muchas diferencias. Si bien fuisteis expulsados como judíos de Castilla, regresasteis de Lisboa convertidos a la Fe de Cristo y Su Santa Iglesia Católica, el candor se resiente con el final de la frase. -... ¿o no...?

Manuel Alvarado reflexiona conteniéndose de responder, como debe, a una menina atrevida aunque se trate de su hija.

Pero ¿en realidad qué busca la muchacha provocar, -queriéndolo o no- se produzca entre él y ella antes de partir hacia su destino cierto y definitivo?

No le preguntará nada. Quien las hace en los momentos inadecuados obtiene respuestas inesperadas. Manuel no quiere entender ni comprender. Ni tampoco hacer un largo trayecto, en vísperas de la boda, con enojos de por medio. Ana persigue algo. No le dará oportunidad. ¡A ver si se atreve!

Sin embargo su hija debe conocer que...

-...En 1492, en la malhadada hora que los Reyes Católicos nos expulsaron de todos sus reinos...

-¡Yo nací cristiana! Me bautizó don Nicanor en la iglesia de Santa María ante todo el pueblo. ¡No me interesan historias de judíos!

Manuel, atónito, descubre cual terribles resultan los pensamientos del fruto de su sangre, la última de una estirpe con raíces, cuentan, en Jerusalén, a la sombra de la torre de David.

Su culpabilidad, no consigue acallarla como tampoco ha logrado dominar los malditos sueños que antes de despertar lo atormentan trayéndole a la cabeza hechos enterrados, creía, en el tiempo. Él no ha cumplido en instruir a su hija sobre los antepasados, la fe heredada a través los siglos, su pertenencia por Mandato Divino al Pueblo Elegido puesto en la Tierra por el Altísimo como demostración de Su Poder, la grey que ha sobrevivido, sobrevive y sobrevivirá a todos los intentos los enemigos de Adonai por eliminarlos. No la ha educado en esos principios esenciales de los Hijos del Pacto de la que Ana es parte le guste o no.

**¡Cristiana! Ya verá como en realidad lo aceptan los viejos, los de “limpia sangre” cuando salga de Hervás.**

No es ahora el momento apropiado, -siempre se ha dicho lo mismo para postergar lo inevitable, para justificar lo injustificable. Ha llegado de ir preparándola.

-Ana, no todo no es como parece. Nosotros, mi padre, yo, tus abuelos, los Santa Cruz de Badajoz, tu madre, mi siempre recordada Gracia –apenas puede rememorar su rasgos- no tuvimos otra alternativa para vivir en estos reinos que pertenecer a la única religión oficial, la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. Debimos ocultar nuestra sincera Fe en Adonai, Uno y Único, las creencias que se originan con la Creación del Mundo so pena de ser juzgados por Santo Oficio y arder en el quemadero. Ese es el secreto de la mayoría de los conversos de Castilla. Tu padre, Manuel Alvarado, uno de ellos.

-Yo no. Soy una católica sincera.

-Nadie te creerá.

-Lo juraré sobre esa Cruz bendecida por el Papa que me has arrancado.

-Serás una perjura para el Santo Oficio porque has cometido, Ana, otros delitos que los harán dudar de la veracidad de tus afirmaciones.

La muchacha, paralizada, no recuerda haber faltado a ninguna de las obligaciones de una buena cristiana.

-No veo cuales. Obedezco los mandatos de la Santa Iglesia, concurre a misa todos los días, me confieso honestamente, comulgo, creo...

-¿Has denunciado, como es tu obligación que tu padre, yo, Manuel Alvarado, judaiza?

La confusión de Ana, tremenda, dramática, no encuentra respuesta.

-¿Tú...? ¿Delatarte, yo?

-Sí. ¿Nunca me has sorprendido durante mis oraciones en hebreo algunas mañanas al entrar sin aviso en mi habitación? El converso prosigue - ¿con unas extrañas correas de cuero negro ciñéndome el brazo izquierdo y la cabeza?

-¿Te has preguntado los motivos por los cuáles en esta casa no se come nada que provenga del cerdo?

**“¡Con lo bueno que están los chorizos que prepara María, el ama del párroco que les da comer como almuerzo durante las clases! No. Pensó su padre lo tenía prohibido por ese médico de Plasencia, un tal Santamaría. Eso de no probar marrano sólo, creía, es cosa de moriscos... hora cae en cuenta, de judíos también. En la casa nunca ha entrado cerdo...”**

-¿Por qué no trabajo los sábados y me reúno en cambio con los miembros de la Cofradía de la Asunción?

-Tienen tiempo y ninguno de ellos labran campos ni viñas.

-¿Sabes las razones por los que te sumerges y te bañas de cuerpo entero después de cada regla en esa tina guardada en la bodega?

-¡También lo hace Josefina y es cristiana vieja!

Manuel tiene la réplica. Josefina yace con él y por esa razón la ha obligado a pasar por la “mikve”, el baño ritual hebreo obligatorio para las mujeres, después de acabada la menstruación, para purificarse y poder ser conocida por su esposo. La considera una buena medida en un sexo con restos de la regla. Pero aclararlo conducirá a otros interrogantes de Ana con respuestas difíciles. No es la circunstancia apropiada; el complicado diálogo que mantiene ahora con su hija ya es de por, sí difícil.

-El ama, después tantos años en esta casa, ha comprendido las ventajas de la limpieza y el aseo corporal.

**“...Y es tu barragana, padre, que lo sé. Nadie en el pueblo lo ignora; tú y ella no lo ocultáis. Sólo ante mí mantenéis la farsa de criada y amo.”**

Esa conclusión la lleva considerar los restantes hechos de los cuales ha sido testigo desde la niñez. Desconcertada, descubre la verdad tenida ante sus ojos durante largo tiempo; no la ha querido ver.

-¡Nunca has creído en Cristo ni en su Iglesia!

-¡Ve y delátame antes de que sea tarde y ardas conmigo en la hoguera!

-¡Nunca lo haré, padre!

Finalmente todo está en claro. Ana lo acepta como judío oculto y lo encubre; el resto será más fácil.

-Por eso te casas con Tomás Coronel. Pertenece a una gran familia de conversos.

El cuadro adquiere contornos definidos para la jovencita. Los Coronel, de la cual su futuro marido es destacado miembro...

-¿... Judaizan...?

-¿Tú qué crees, niña? Cuando Abraham Senior se convirtió en un buen cristiano, apadrinado por los Reyes Católicos, y continuó sirviéndolos como ministro, hubo entre ellos quienes, amparados en la protección y el prestigio del nuevo apellido, permanecieron en Castilla y continuaron la fidelidad debida al Todopoderoso Señor de los Hijos del Pacto.

-¿A uno de esos Coronel pertenece Tomás? ¿Esto te agrada? ¿Lo debo elegir?

-Ordeno, Ana. No te confundas. Soy tu padre. Por las Partidas de Castilla, y también por La Ley de Moisés, seguirás mi voluntad.

Manuel, luego de establecer las reglas de la obediencia debida por los descendientes a los compromisos maritales convenidos por los progenitores sin necesidad de consultarlos, suaviza la imposición con las ventajas que supone, para ella, esa alianza.

-Tendrás comodidades, riquezas, doncellas, criadas. Vivirás en una hermosa casa, en una gran ciudad como es Toledo. Te respetarán pueblo e iguales. Accederás a los círculos más selectos de Castilla. El porvenir de tus hijos está asegurado. Todo lo faltante en un pueblo, lo más ignorado para ti, lo podrás ordenar y disponer. Lo no enseñado por mí sobre La Ley, maestros tendrás. ¡Muchas envidiarían la décima parte de su suerte! Eres una mujer afortunada.

La jovencita experimenta una calidez, un interesarse por ella, un cariño desacostumbrados –la hace feliz, no lo puede negar, Manuel la ha rodeado de lo necesario y más-, pero como progenitor ha sido rudo, distante. Advierte el deseo de protegerla de toda amenaza.

Considera llegada la oportunidad, no tendrá otra si dentro de un rato parten para Toledo de exponer un plan pergeñado por ella para el cual necesita la autorización, y la complicidad, de Manuel; resolvería los problemas a satisfacción de hija y padre, cree... Acaso un sueño, no tan preciso como los imaginados durante las noches y los amaneceres cuando comparte el lecho con Diego en sus fantasías pero, ella cree, realizable.

-Creo existe otra solución a nuestros problemas. Gozaría de igual, o mayor bienestar y me haría dichosa.

Manuel percibe una amenaza a los planes trazados años atrás. Cuando Ana quedó huérfana convino con su tía, doña Gracia, matriarca del clan de los Coronel de Alcalá –rama del linaje que perteneció fiel al Altísimo a pesar de la conversión de todos los Senior encabezados por don Abraham, financiero de Isabel La Católica-, el enlace, cumplidos su niña los años suficientes, con su hijo Tomás. Quedaría todo en familia. Un Bar David con uno de la misma prosapia.

Ha llegado la hora. Ana es una mujer cuajada. Tomás ha cumplido la veintena larga.

Observa la mirada de su hija. Aún tienen el brillo de la virginidad, el candor de la inocencia. Está en ese efímero instante de la vida pero “la mujer hermosa, niña y el cerezal son difíciles de guardar”, dicen los del valle con buenas razones. ¡Cuántas, en tiempos, se llevaron los moros! ¡Cuántas se han ido con un forastero engañoso! El converso desconfía, como está mandado a los hombres, de las hembras así sean hijas y todavía no se le haya secado la leche de los labios. Más si se ha criado sin madre... judía. Con fingida alegría, pregunta.

-Tú dirás cual es la prodigiosa idea que has tenido, en especial si asegura el contento de ambos.

-Si me casaras con un hidalgo, con un noble como lo han hecho y hacen tantos conversos en Castilla, nuestros problemas acabarían.

Manuel apenas se contiene pero la prudencia aconseja llegar al final de la calle para conocer los detalles.

-¿Quién te ha sugerido tal recurso?

-Nadie en especial pero la gente habla y yo escucho. Comentan...

-...Las comadres del pueblo en el mercado de La Plaza.

-¡Sí! Aseguran que los condes de Ramos, el duque de la Vera, el Señor don Luis Pacheco, la familia de los Mejía, algún Zúñiga -¡media nobleza castellana tiene esposas o maridos conversos! En pocos años ¡ni rastro de cristianos nuevos! Todos católicos, lindos, limpios de sangre y con títulos. ¿Por qué no yo una de esas?

El padre contempla asombrado a la chiquilla; de ingenua, nada.

Su niña no sólo se ha convertido en una apetecible hembra, a pesar de no haber acabado su sazón. Sumada a la gallardía Ana maneja la astucia -¿innata?- de las mujeres y el uso adecuado de las armas femeninas; aparente debilidad, seducción, dulzura. Su hija ha crecido sin que él se apercibiera. Quizá...

Manuel reacciona; no es la hora del arrepentimiento ni de echar cuentas. Ella pretende alterar los planes establecidos para su futuro desde, puede afirmar, desde el día de abrir los ojos en este mundo. Pretende casarse evidentemente, la naturaleza reclama lo suyo a la hembra en flor, pero no con el elegido por su padre.

El converso, hombre curtido en los tratos, educado de niño en un puerto como el de Lisboa, -los muelles reúnen los comportamientos de mercaderes, traficantes, piratas, esas gentes que hoy están y posiblemente nunca retornen- aborda con tranquilidad, aparente, las intenciones de Ana. Aplicará paso a paso lo enseñado por un proverbio árabe: "Acompaña a quien divaga sin precisar hasta la puerta de su casa. Antes de entrar conocerás sus verdaderos propósitos".

Tampoco sobrarán una buena carnada. Los animales jóvenes, sin resabios, caen fácilmente en las trampas. Con una sonrisa y un tono de inocente amor paternal, arma el artificio.

-¿Has pensado en alguien?

La muchacha, inexperta, acude al reclamo.

-¡Sí, padre! ¡Me quiero desposar con Diego, Señor del Casar!

A duras penas Manuel se reprime de actuar como le exige la ira. Necesita conocer detalles, circunstancias. No resulte que las matronas de Toledo no puedan certificar la virginidad de Ana y que, además de avergonzado, no pueda regresar a la casa de los Coronel.

-Él... ese Diego... te refieres, supongo, al bastardo de Amelia "la portuguesa" ¿está de acuerdo?

-¡¡Me lo ha pedido varias veces, este amanecer en la ventana, luego en la iglesia!!

-Buena manera de confesarte. Debe enterarse. Quizá el disgusto resulte terrible pero evitará desgracias irreparables. Si la doncella ha dejado de serlo, no sólo será una vergüenza absoluta ante toda su familia por haber intentado colocar a una desflorada como entera, también significará su caída en desgracia y apartamiento del clan.

Si ha perdido la virginidad sin resistirse, como le está ordenado y escrito por los sabios, sino -¡El Todopoderoso no lo haya permitido!- se ha entregado con su libre consentimiento ¿qué hacer?

-Dime Ana. ¿Hasta dónde... qué promesas... se han hecho para llegar a conversaciones sobre vuestro posible enlace?

La moza se alegra, su progenitor no se ha enfadado, ni se niega, estaba segura lo haría, a discutir la posibilidad de su boda con Diego. Entre prevenida y sincera, la respuesta debe ajustarse a la verdad. Si Manuel descubre la menor incorrección nada será posible. La meterá en un convento. ¿Hay cenobios conversos?

-¡Nada reprochable, padre! Sólo palabras. Nos conocemos desde niños. Estudiamos juntos con don Nicanor.

-¿No me mientes? ¿No existe ningún detalle oculto, secreto?

Si continúa en la negativa finalmente lo descubrirá. Ana decide confesar el pecado.

-Hace una semana... me dio un beso.

-¿Cómo?

-Con... la boca.

-¿Dónde?

-...En la iglesia.

-¡Joder con el párroco! ¡A sus oficios de tercero agrega el templo como casa de citas!

-¡Don Nicanor no sabía nada! ¡Hoy nos reprendió severamente!

-¿"Nos"? ¿Qué hacíais? ¿Algo pecaminoso?

-Y Diego, una vez más solicitaba nos casáramos. Don Nicanor se enfadó terriblemente. Le dijo me olvidara, que tú nunca autorizarías mi boda con un ... vástago... ilegítimo.

-¡Está en lo cierto el cura! A Manuel no le sorprende la actitud del sacerdote. Ha pasado buena parte de su existencia entre conversos.

-Nunca te desposaré con un adulterino de nacimiento. Además pobre, miserable, tanto o más que un siervo o un esclavo.

Ana, astutamente, evita mostrarse superior a su progenitor. Le consta que Manuel Alvarado detesta ser obligado a realizar nada contra su voluntad y rechaza de mala manera, si puede, tales actitudes le expone, con estudiada ingenuidad, su plan.

-De momento, padre, pero si a Diego le reconocen sus derechos a título y señorío, se convertirá en dueño de tierras y poblados, tendrá bienes y juros. Será rico, noble y de lindo linaje.

A la mocita acaso no la hayan desvirgado, pero de inocente, nada, considera Manuel mientras, parece, se deja conducir por Ana. Su furia, tremenda, la deja para el momento indicado. Un converso aprende, entre otras muchas cosas, a reprimir, no exteriorizar los sentimientos; no tragar hiel, las veces, puede costar la vida.

-Antes deben aceptar la legitimidad de los documentos la Chancillería y el Consejo Real. Eso, niña, está por verse y va para largo.

Ana sonríe. Ha llevado, cree, a su padre al sitio exacto. Ahora le explicará a Manuel Alvarado su parte en el plan.

-Tú podrías rogarle al Duque de Alba interceda por Diego. El Rey, si se encuentra en España, o la Reina Regente, escuchará a Don Fradique y a su nieto. No les negará tal favor.

La criatura lo ha meditado con astucia. El padre espera conocer todo el proyecto antes de responderle como se merece.

-¿Qué te hace suponer, hija, los señores Álvarez de Toledo quieran hacerme tamaño favor o recibirme siquiera?

-Les administras varias dehesas en el Ambroz. Si te confían sus juros, otras rentas además, te harán una gracia si se la pides.

-Has elucubrado un esquema casi perfecto, niña.

Esas palabras le suenan a elogio. El padre está cautivado por su inteligencia. No estará demás un halago.

-La hija de Manuel Alvarado no podía ser menos. "El fruto no cae lejos del árbol".

Tampoco desprecia la zalamería la refinada. ¿A quién habrá salido la niña? A él, evidentemente. Cuando adquiera experiencia será una mujer aguerrida pero, por ahora, una novata. Ha soltado casi todo. La última finta.

-Existe un gran inconveniente. Los señores de Alba no están en palacio de La Abadía. Pueden pasar meses antes de que yo pueda solicitarles audiencia. Vienen de tanto en tanto.

-¡El Duque y su nieto don Fernando han llegado hoy a Sotofermoso!

Esto sí lo sorprende. ¿Cómo lo ha sabido esta mocosa antes que él?

-¿Cómo te has enterado? Siempre me anuncian sus visitas.

-¡Dan una fiesta inesperada, tan imprevista que no han podido preparar nada! Se la brindan a unos caballeros teutones, compañeros de guerras. El maestresala de Don Fradique ha ordenado a los alcaldes de los pueblos de Ambroz lleven buenas mozas bien arregladas, aseadas para cantar esta noche durante los agasajos.

-¡Cantar y “coser”!

Ana, sorprendida, no comprende.

-¡Coser no! Alegrarán la gala con cantigas.

Una violenta bofetada interrumpe la ingenua explicación. Manuel no soporta actitud de su hija. Con astucias lo ha llevado, al menos así ella lo cree, hasta una situación que asume favorable para convencerlo de las ideas sobre su futuro. Pero no pasa de una cría pueblerina sin ninguna experiencia, con el candor propio de sus pocos años.

-¡Boba, más que boba! ¡Esas buenas mozas además de cantar quedarán la mayoría preñadas! ¡Los señores se las pasarán por la piedra y dentro de nueve meses habrá bastardos a porradas en estos pueblos! ¡Tan hijos de puta como tu Diego!

-¡Él no es... eso! ¡Es fruto del amor!

Otro tremendo golpe de Manuel la arroja sobre la cama de espaldas, con las mejillas marcadas a rojo por los bofetones. Nadie, hasta ese instante, le ha pegado, ni Josefina cuando la desobedecía de niña. Nunca pudo suponer su padre fuera quien le hiciera conocer la dureza y la humillación de un castigo físico. Confusa, obligada por los impactos a tragarse las palabras, no reacciona ni con gritos de dolor o reproche al padecimiento. La sorpresa sobrepasa cualquier otra aflicción.

Manuel, desatado el furor retenido mientras Ana le exponía sus planes la coge por los brazos y la sacude mientras le susurra, con los dientes apretados:

-¡Escúchame, majadera! ¡Nunca te casarás con Diego, mientras yo viva! El interrogante, mudo, aparece en los ojos de la muchacha.

-¡Es el hijo de esa puta lusitana que se hacía llamar Amelia! ¡Un “mamzer”, un adulterino maldito él y su descendencia hasta la décima generación! ¡Así ordenado, escrito por los mandamientos hebreos!

-¡Pero Diego no es judío!

-¡Su madre, Miriam Albo, sí! ¡Amelia, “la portuguesa”, como conocían en Hervás a esa zorra, nació judía y lo era, quisiéralo o no hasta la muerte! ¡Judío sus hijos, tu Diego sumado a los abandonados por esa furcia en Castelo Branco! ¡Se hereda, de acuerdo a La Ley, ser miembro del Pueblo del Pacto por la sangre materna! ¡Diego, ese adulterino a quien, imbécil, te pretendes unir es un execrado pero judío ante los ojos del Altísimo! ¡Y los míos!

El padre deja de zamarrear a la hija. Ana, conmocionada, llora, resistiéndose. No quiere admitir las afirmaciones del autor de sus días.



-¡No puede ser verdad! ¡Embustes fraguados por la viuda del Señor del Casar y sus hijas para impedir Diego herede lo que legítimamente le corresponde!

Manuel se acerca y le dice quedamente al oído como si pretendiera grabar en la cabeza de la muchacha sus palabras. La moza conoce perfectamente las inflexiones de esa voz, que si bien nunca la acunó, fue su única guía en la vida. Lo que le diga será cierto. Nunca le mintió. Quizá callara muchas verdades pero Ana sabe que su padre jamás la engañó.

-¡Diego, lo juro por mi vida ante Dios Uno y Único, es judío porque, te lo repito, su madre, Miriam Albo, fue judía!

Las miradas se clavan la una en la otra. Ana se recupera un tanto. No quiere entregarse sin luchar. Dura, pretende serlo a la par del progenitor. Quizá con su terquedad pueda convencerlo.

-La viuda del Señor del Casar y las arpías de las hermanastras de Diego te darán un saco de oro por esas informaciones. ¡Delátalo si tienes pruebas!

-Manuel Alvarado nunca será un malsín. ¡Jamás denunciaré a un Hijo del Pacto! ¡Así me vaya la vida en callar! ¿Pruebas? Las tengo, por escrito. Pero a mí poco me importa un “mamzer” sea el Señor del Casar. O quizá me interese, si lo obtiene algún día, lo dudo, utilizarlas. ¿Cuánto valdrán para ese supuesto noble las probanzas de su infame origen?

La hija se propone ser más ruda que el padre.

-El dinero que tú pidas. Para un hidalgo su honra no tiene precio. Se lo pondrás tú.

Manuel acusa el puyazo. El resentimiento profundo de Ana no perdona ni al autor de sus días. Pero el converso aprovecha el momento.

-Puede ser. Tu padre es un judío, lo proclama todo el pueblo, los judíos sólo amamos el oro afirman, pero sólo para salvar la vida. Gracias a documentos como ese que nos avisan sobre Diego y otros de todo tipo, delaciones, deudas, convenios de traidores en infinidad de veces han servido para que el Pueblo de Israel sobreviva, sea amparado por señores, obispos y soberanos. El mismo Carlos V, niña, protege a los hebreos de Alemania mientras aquí nos martiriza. La existencia constituye el don mayor. El bien dado por el Altísimo no tiene precio. ¿Esclavitud, servidumbre, discriminación, oro...? Lo que nos pidan. Si no podemos pagar al contado los reyes, príncipes, nobles nos fían el abono a plazos. Los judíos siempre cumplen los compromisos y pueden estrujárselos un poco más llegado el caso. Manuel cambia el tono. Ya le ha dado a la hija correctivos y argumentos convincentes. – Ahora, Ana ¡déjate de historias de niña tonta y acaba de preparar tus cosas! Nos marchamos enseguida. Con una sonrisa que supone reparadora, agrega. – Me debes dar nietos pronto, para yo disfrutarlos antes que los días se me hagan largos y el tiempo corto. “Los nietos son hijos dos veces paridos”.

No tan fácil. Ana por algo es hija suya.

-No me casaré con Tomás Coronel. Sería engañarlo desde el principio. Amo a Diego, padre.

El converso observa a la empecinada. Una moza de sangre ardiente, no caben dudas, en las jornadas iniciales de los apetitos del cuerpo. El achuchón dado por un joven bien acabado y con la verga dura, se le ha hecho sentir entre los muslos, le parece amor. Pero explicarle eso a una calenturienta sin aplacar no resuelve nada. El ser humano ha sobrevivido durante millares de generaciones, y continúa existiendo porque satisface sus instintos de los cuales depende como todos los animales, está escrito por Dios. El ser humano se diferencia de las demás bestias por su conocimiento de que es una criatura hecha por el Todopoderoso, Señor del Mundo, a su imagen y semejanza. Para asegurarlo, reproducirse, la exigencia primera de cualquier criatura humana.

-¡Ya te contentará Tomás Coronel, Ana! Para aflojar la tensión no se le ocurre nada mejor que repetir una frase de las cristianas sorprendidas yaciendo con un converso. A él se la han dicho decenas de oportunidades.

-Las buenas católicas afirman, Ana, que “los cipotes de los circuncisos son más gustosos”. Te garantizo que Tomás lo tiene. Estuve presente cuando el “moel” le cortó el prepucio a los ocho días como está prescripto en la Torá para convertir al recién nacido en judío.

La jovencita no soporta la enfermiza, cree, insistencia de su padre.

-¡Basta! ¡No puedo aguantar un instante más tu obcecación con “judío” por acá, “judío” por allá! ¡Existen otras gentes, otros pueblos! Además -¡recuerda!- Yo soy cristiana, bautizada, de misa y confesión, sincera y castellana.

-¡Tengo noticias para ti, fiel católica! Ni una santa, ni un gran escritor, ni un gran hombre de estado -¡nadie nacido de madre judía!- se lo considera limpio de sangre. En estos reinos, en toda Europa siempre les recuerdan su origen. El “converso”, la “cristiana nueva”. Así es y así será por los siglos de los siglos. No nos perdonan que Dios nos haya elegido como Su Pueblo, puesto en la Tierra y los Mares como testimonio de su Poder. Manuel no evita agregar con acento de sorna muy suficiente -Ni creo se lo disculpen al mismo Señor del Mundo. Por eso han creado otras divinidades para ser adoradas tanto o más que a Él ¡Cristo, la Virgen María, el Espíritu Santo, los santos, las santas, los beatos, las beatas, las aparecidas, las aguas milagrosas, las imágenes bendecidas! ¡Una lista inacabable para cada uno de los creyentes de la Iglesia! ¡Un ídolo a gusto y elección de los feligreses según su parecer! No veo se haya avanzado mucho desde el paganismo a nuestros días.

Se produce un silencio pleno de sentimientos encontrados.

Ana educada en la fe cristiana por don Nicanor, -un sacerdote formado en las turbulencias de las luchas entre comuneros castellanos y el poder de los señores, lejos, por voluntad propia de los falsos oropeles de la clerecía, convertido en cura de pueblo- repite lo de él aprendido.

-Cristo era un redentor, el enviado por Dios para redimir a los pobres, a los...

-Cristo, Ana, era un buen judío, mejor que yo seguramente. Él jamás hubiera creado la Inquisición. Manuel interrumpe a su hija. -Pero de su doctrina poco queda. Hoy los Hijos del Pacto sólo podemos habitar un país interior, oculto a los ojos de los otros. Estamos desterrados en nuestra patria, Castilla. Debemos aparentar lo que no somos, simular creer en dogmas que no aceptamos. El converso no logra retener su agobio. -¡Adonai! ¿Cuándo acabará este martirio?

La jovencita nunca ha visto a su progenitor sumido en la angustia. El duro castellano se deshace ante sus ojos. Por primera vez en su existencia reconoce la llamada de la sangre.

-¡Padre, déjalo ya! Te has convertido. ¡Acéptalo y vive en paz, sin pesares! Lo más difícil, el primer paso, ya lo has dado. Sé tan cristiano como los demás, mejores o peores, pero sin temer a la Inquisición cada minuto de tus días.

Manuel Alvarado revive la escena de su bautizo, encerrados por la fuerza en la Catedral de Lisboa, rociados con unas aguas que a muchos ni llegaron a humedecer. Los arrearón dentro, a punta de lanza y látigos, judíos, salieron cristianos del templo católico lusitano.

-¡Jamás yo, Emanuel Bar David, aceptaré como verdadera una fe que me ha sido impuesta con las armas! ¡Soy Hijo del Pacto con Él, El Todopoderoso! Si he de morir por ello, lo haré con Su Santo Nombre en mi boca. Ana, tu madre lo era. Tú lo eres. Diego, el hijo de Amelia “la portuguesa”, lo es aunque su progenitora, Miriam Albo, lo ocultara.

-¡Hizo bien en huir, alejarse de quienes la repudiaban! ¿Debía respetar una creencia que la despreció y la declaraba maldita a ella y su descendencia? ¡Yo hubiera...!

Un grito terrible, la Voz del Dios tonante del Sinaí parece, surge las entrañas de Manuel e interrumpe las reflexiones de la jovencita.

-¡No pronuncies una sola palabra más, insensata! Puedo olvidar que eres hija mía, que yo te dado la vida. ¡No te criado para que te unas a los lobos! ¡Nos acosan por ser fieles a El Señor del Mundo! ¡Persiguen a quiénes desafían lo impuesto por el poder! El resto, niña, mera cháchara para iletrados. No hay un Dios bueno cristiano y un Dios apócrifo, perverso, judío. Sólo Uno y Único.

El hombre que ella siempre conoció altivo, tallado en roca, inteligente trasmutado en débil ser, sujeto a los dictados de un Dios terrible eleva sus brazos al cielo y pide, trémulo como un rústico analfabeto, a un Señor Todopoderoso, resulta revelador para Ana. Escucha. Atónita:

-¿Cuántas veces Adonai me tienes que someter a examen? ¿No te han sido suficientes las pruebas pasadas? ¡Sí, he faltado en mi obligación de instruir a mi hija en nuestra Fe, pero no me castigues tan cruelmente alejándola para siempre de mí! Si mi vida tiene un valor ¡Tómala a cambio de su fidelidad a Ti, Dios Nuestro Señor Uno, Único protege a mi niña! Se cubre el rostro, lo vuelve para ocultar sus lágrimas.

Ana no resiste más. El dolor de su padre quiebra toda resistencia.

-¿Qué deseas haga? Lo que de tú ordenes, cumpliré sin quejas.

-Ana Alvarado, Ana Bat Emanuel, mi hija y de Gracia Santa Cruz, -¡Dios la tenga en paz junto a Él!- olvidarás para siempre, borrarás de tu cabeza y sentimientos a Diego, el “mamzer”, el bastardo de Amelia, “la portuguesa” y te casarás como corresponde de acuerdo a la Ley de Moisés y las Ordenanzas de Castilla, con Tomás Coronel. ¿Me lo prometes?

Una larga pausa. Para la muchacha no resulta fácil... Es su albedrío decidir...

-Te lo prometo, padre

## CAPITULO 32

Lope de la Peña está satisfecho. Su primera misión como familiar del Santo Oficio va encaminada hacia el éxito. Con la denuncia contra Manuel Alvarado confirmada, quizá sea necesario detener también a la hija -¿cómo puede ignorar las prácticas judaizantes de su padre conviviendo bajo el mismo techo?-, la gestión encargada por el Tribunal de la Inquisición de Plasencia marcha a satisfacción.

La acusación “ad verbum” de Teófilo Peres ha correspondido a la confianza depositada en él por los inquisidores, lo liberaron al cuarto de su condena a cambio de colaborar vigilando a los “nuevos cristianos” de la comarca, no admite dudas. El converso felón practica en secreto los ritos de la religión hebrea a pesar de haberse convertido y bautizado en Lisboa, según se presentada por las familias Alvarado al retornar de Portugal en el año 1507, documentos bien archivados en la Iglesia de Santa María de Hervás.

El malsín tiene bien identificadas las pruebas. Será un proceso de fácil resolución. Con un poco de tormento quedará perfectamente listo para sentencia. ¿La hoguera? ¿Por qué no? Él no tendrá que encenderla.

Si el ruin jamelgo, tira cansinamente del pesado carricoche, se diera un poco más de prisa, podrá llegar al puesto de la Santa Hermandad en Aldeanueva, a un par de leguas apenas y engrillar al traidor antes del anochecer.

La acuesta abajo se allana. El camino de La Plata debe encontrarse cerca, a unos minutos. Ahí debe girar a la izquierda.

Entre los árboles aparece un edificio chato, con un corral delantero y otro detrás. De la chimenea emerge el humo de un fogón.

La venta que le sirvió de referencia a la venida.

No ha comido ni agua, ni descansado desde la salida de Plasencia este amanecer. El amanuense del Receptor le entregó veinte maravedíes para gastos, a liquidar, rezaba el recibí que firmó. La Inquisición trata meticulosamente los asuntos económicos.

El matalón parece exhausto. Además de su belfo le sale una extraña espuma blanca y sus pasos se le antojan, no entiende nada de caballos, vacilantes. ¿Se irá a morir? Si se le ocurriera estirar la pata daría al traste todo lo hecho. ¿Cómo llegar al puesto de la Santa Hermandad? ¿Y si le descontaran el valor de la bestia de la mesada además?

No hay dudas. Apenas empleará unos momentos en reponerse y dar descanso al tiro.

“Las Cañadas” reza toscamente pintado en el muro de la posada.

-...¡Ventero, vino, de prisa! La orden, vociferada, sale del establo.

Antonio sonrío. Las maturrangas andaluzas venidas para esta invernada conocen su oficio. Son jóvenes, guapas, no como las putas habituales de la comarca, viejas, acabadas, desdentadas, sólo aptas para muy apurados. Las voces del rabadán, llegadas de la cuadra, le

anuncian que esos pedidos se repetirán a menudo estos meses. Si consigue retener a las mozas hasta la esquila se correrá la voz en las dehesas y la venta estará llena de parroquianos todos los días. Le ofrecerá a las furcias comida gratis y cama si Teresa no se mosquea. Poco y nada puede exigir la muy zorra la marrana de su mujer. Está seguro que lo adorna con Benito. Debería buscar remedio a la situación.

La puerta se abre educadamente. Por ella entra en embozado, de toga larga.

-“Putas y frailes andan a pares”.

El comentario, de un rústico sentado a una mesa haciendo solitarios con sucio mazo de naipes, no agrada al recién llegado. Sobre un banco, estirado a todo lo largo, dormita un muchacho. Habrá bebido demás. ¡Pronto comienzan los de pueblo a darle al alcohol! Lope continúa la revista. Acurrucados junto al fuego Lope de la Peña advierte a una pareja de miserables gitanos, rodeados de unos churumbeles asando carne en unos espiches. Al licenciado no le cabe la menor duda que es magra, de vaca o cordero, nunca de cerdo; los egipcianos de estos parajes y de Andalucía tienen costumbres muy similares a los moriscos. Quien si tiene una amplia sonrisa, de circunstancias por supuesto, es el ventero. Sus finas vestiduras, supone, anuncian un cliente con medios. Lo saluda, reverente

-¡Buenas y santas tardes, monseñor!

-“No barajes con alcalde o fraile”, insiste en sus alusiones el jugador sin dirigirle la mirada.

Antonio, el mesonero, servil, le indica una mesa junto a la chimenea.

-¡Aquí estará caliente, vucencia! El familiar del Santo Oficio se aproxima. Fuera hace un frío intenso; lo ha dejado tieso.

Al sentarse Lope se quita la capa con un estudiado gesto de gentil hombre. Bien expuesta, exponiendo con claridad a los presentes ante quien se hallan, la bordada cruz verde de la Inquisición no da lugar a dudas.

“La Nolia” y Alipio, sigilosamente, descubierta la insignia de uno de sus implacables perseguidores, - el otro, la Santa Hermandad- se apartan del fogón a la búsqueda de la oportunidad de marcharse sin llamar demasiado la atención. No resulta buen techo el compartido con los miembros del Santo Oficio.

Teresa, trémula, se acerca a Benito quien, sin abandonar el solo de naipes en el cual parece enfrascado, vigila de reajo al comisario del Santo Oficio. No son bien acogidos en Hervás quienes luzcan la Cruz de Borgoña en el jubón.

-¡Viene por mí! Susurra al oído del jugador. -¡El pueblo entero puede dar fe que, si bien nueva, soy sincera cristiana, comulgo, me confieso, voy a misa cuando el trabajo me lo permite!

-No padezcas, Teresa. No es a ti a quien busca. Está solo, sin corchetes ni cuadrilleros. Viene de paso. Benito deja los naipes. Agrega con pena. -Si cuando te dejé... llena, hubieras ido a Portugal, a Castelo y esperado en casa de tu tía Violante, al salir de la chirona me hubiera unido a ti. Hoy estaríamos lejos de estas angustias. Ahora, mujer, quiero y debo enterarme a

que viene el esbirro. Me da mala espina esté cerca del pueblo. Se levanta y sonriendo va hacia el enviado de la institución más odiada en la comarca.

-¿Torta de cabra, chorizo de bellota? ¿O prefiere, vucencia, una buena calderada de lechal?

-No tengo demasiado tiempo, ni un visitador puede pagarse esos lujos, labriego.

-No se preocupe, invito yo. He tenido una buena racha y es de buen cristiano agradecer a la Iglesia su protección, padre.

-No soy ordenado. Lope observa al villano a quien advirtió haciendo solitarios y dirigiéndole alfilerazos al entrar. Claró está que el rústico pensó que trataba de un frailuco y no de un familiar del Santo Oficio. La verdad, tiene apetito y le vendrá bien una buen yantar caliente que pan y queso. Lo tratará lo necesario, conservando las distancias. –Soy licenciado en leyes. Gracias por la invitación.

-¡Antonio, agrega a la comanda una buena jarra de vino del de ese guardado en la bodega para clientes de lustre! ¡Dos! Beberé con Su Señoría. Sin esperar invitación Benito se sienta a su misma mesa. Observa al inquisidor. Según aprecia será oportuno, a ver como reacciona, tocar el palo de la vanidad.

-¡Vaya confianza le tienen sus superiores, licenciado!

Extraño elogio, verdadero, asume Lope pero, considera, será mejor conocer el motivo del halago.

-¿Por qué lo dice? No nos conocemos de antes.

-No necesito más que verlo. Un joven, enviado solo a estas comarcas tan difíciles, con bandoleros y asesinos en cada recodo, en una misión seguramente complicada. No se la habrán confiado los magistrados del tribunal de... ¿Plasencia?... sin tener los méritos necesarios a pesar de su edad.

Benito ha jugado el naípe acertado. Lope, satisfecho, -¡Por fin alguien advierte sus condiciones!- responde con un gesto. Trata de restar importancia a la comisión encomendada, pero no demasiada. La falsa modestia puede constituirse en pecado.

-No tanto, ni tan poco. No he defraudado a mis superiores. He comprobado una denuncia. Dentro de nada, apenas llegue a Aldeanueva y obtenga la colaboración de la Santa Hermandad, detendré a un falso converso.

Amenaza inminente para algún vecino... -¿de Hervás?- necesita precisarlo Benito, experimentado, sabe que la mejor jugada en este momento sería el pase y esperar hable el contrario; convertirse en inquiridor y no ser inquirido, como está mandado, entraña riesgos pero no existen otras alternativas de envite si desea conocer el juego del familiar del Santo Oficio para prevenir a la víctima antes de que sea tarde.

-¿Se puede saber quién es el traidor?

Lope, a punto de soltar la lengua demasiado, advierte, lo ha presenciado en los garitos de Salamanca en los cuales los estudiantes perdían los dineros enviados por sus familias, lo “está haciendo entrar”. Un patán de aldea, además.

-¿Y a ti qué te importa, palurdo? ¿O eres de esos, un marrano de poco fiar?

-¿Yo, vucencia? ¡Cristiano viejo, lindo por los cuatro abuelos, sin miedo a oler a tocino! En la iglesia de Santa María está registrado mi linaje desde la repoblación. Le preguntaba, respetuosamente, por si necesitaba ayuda, como lo veo solo.

-¡Ya volveré con los cuadrilleros necesarios! Ahora ¡Déjame comer en paz! No tengo mucho tiempo.

Ha sido precavido pero no lo suficiente. Ha dado información. Quien sea se encuentre en peligro tiene, si se le advierte, tiempo para escapar. Benito necesita conocer el nombre. En el pueblo viven decenas de posibles presas de la Inquisición, entre ellos, su cuñado. Bueno, casi... Manuel Alvarado.

-No era mi intención, Su Señoría, molestarlo pero como en mi pueblo las calles y callejuelas no están bien señaladas, si de Hervás se trata, era por servirle de guía. ¡La judería esta llena de recovecos!

-No te preocupes tanto, villano. Al Santo Oficio nadie le niega colaboración. Lope comienza a sospechar de tanta amabilidad. No estará demás averiguar quién en verdad es este tahúr de venta, del oficio del casual anfitrión ya no tiene dudas pero, quizá, sea un cómplice de los judaizantes del pueblo o algo similar.

-¿Dónde están las jarras, ventero? ¡Tengo la lengua y los cojones secos!

-¿Ya la tienes arrugada, rabadán, que sin vino no se te para?

Las voces de Elvira y Eliseo provenientes a gritos del establo, por lo inesperadas distraen al inquisidor de sus presunciones sobre Benito.

-¡Vamos, pastor, a cabalgar!

-¡Entonces jaca! ¡sacude las ancas, ábrelas pa llegar al fondo!

Un grito de mujer, mezcla de placer por lo alto y un poco de dolor por lo bajo responde a las desatadas voces y jadeos de machos alzados.

El inquisidor, atónito, sin saber a que atenerse, interroga al ventero que llega con platos y vinos.

-¿A qué se debe ese alboroto?

-Naa importante, Vucencia. Antonio agrega con la misma naturalidad de la frase anterior. – Unos pastores que están en la cuadra refocilándose con unas putas.

“Putas...”

Lope rememora el lupanar de la calle del Pozo Amarillo en Salamanca. Concurría con los compañeros a descargarse con las viejas prostitutas, todas se decían portuguesas para no afear el orgullo castellano de los asiduos, como le explicó un rufián borracho un día mientras esperaba la vez.

También las pajas, incontables, hechas mientras espiaba por una ranura a su madre haciendo la jineta, cabalgando rijosa a su padrino, el obispo, con gritos y jadeos muy parecidos a los llegados desde el establo de “Las Cañadas” en boca de putas y ovejeros.

A ella también, las miserables cotillas del pueblo, la llaman “la tía” del obispo y a él, “el sobrino” o apelativos peores...

Pero Lope siempre supo que su madre lo hizo por su hijo. Una humilde moza de las montañas nunca le hubiera podido dar secando a los clientes de los baños lo que él ha disfrutado. Claro que cuando estaba en las aguas no lo había parido. Eso ocurrió años después en Zamora a donde se la llevó el Hermano; no la cruz de Borgoña en verde grabada sobre el negro paño de las vestiduras, ni los estudios previos hubiera tenido si su progenitora no hubiese sido el ama de un obispo.

-¿Estoy en una venta o en burdel?

-¡No confunda, Su Señoría! Antonio, intimidado por el tono del inquisidor, agrega. - ¡Yo no tengo náa que ver con los tratos de las coimas!

-¿Qué hacen entonces aquí ejerciendo su vil oficio esas prostitutas?

-¿Dónde pueden encontrar las daifas clientes en estos parajes? Los pueblos de por aquí, Vucencia, son pequeños y no dan para mantener una mancebía.

Lope escucha a Benito. El razonamiento del villano resulta lógico pero aceptarlo sería agravante.

-¡No vengas con excusas, patán! Una posada no debe servir de casa de lenocinio. El licenciado observa fijamente al jugador. Con segundas, tan amenazadoras como el subrayado de lo anterior, finaliza.

-...Ni timba en la cual se despluma a los viajeros.

-¡No confunda, Señoría! ¡Soy un honrado posadero! ¡No vivo de chulear a las rameritas! ¡No hago de tercero, ni tampoco me da comisiones este maldito tahúr!

-¿Entonces qué hacen aquí esas putas y este fullero?

Antonio, artero, muy experto en tratar con las autoridades, -si se pretende ganar dinero con una venta por lo estrictamente legal, ruina asegurada- busca con halagos el punto débil del inquisidor, todos los funcionarios lo tienen.

-Distinguido señor. En los desolados caminos de Castilla, las paradas y fondas no sólo comidas y descanso podemos proporcionar a los viajeros. Se hallan lejos de los hogares, hartos de recorrer un día tras otro largos trayectos. Les urge encontrar forma de aliviar las



necesidades de la carne, un fornicio no pasa de un pecado venial, vucencia, que se arregla con la confesión y una penitencia y, si le apetece, un poco de distracción echando una partida.

Lope, adulado, experimenta la complacencia del poder; desea gozar, apretar un poco más al servil ventero.

-Según creo este establecimiento no está autorizado como lupanar ni como casa de juegos.

-...Pero como todas las ventas, tolerado, Señoría. Antonio se decide a intentar el soborno acostumbrado pero intuye se debe andar con cuidado; se trata de un novato e inquisidor para mayor inri.

-Estamos para servirlo, vucencia. Pida lo que venga con ganas. Gira los ojos hacia la cuadra, con un gesto cómplice. Lope no mueve un músculo. Si tuviera tiempo, no sería mala idea, pero el judío puede huir. Rechaza la proposición con un gesto de dignidad manifiesta.

-¡Comencemos entonces por un buen licor! ¡Teresa, Agua de Holanda, de la pura!

La aterrorizada ventera se dirige, torpemente, hacia la alacena en la cual se guardan bajo llave los alcoholes de precio. Tropieza, cegada por el miedo, con el banco donde duerme la mona Diego haciéndolo caer al suelo. El golpe despierta que no despeja al joven. Coge una de las jarras caída y alzándola, grita, cautivo aún de sus ensoñaciones.

-¡No lo conseguiréis, cobardes guardias, impedir la toma de Roma!

El poseso descubre a Lope y su negro atuendo luciendo la visible cruz.

-Un esbirro de las tropas papales, mis valientes. ¡A por él!

Benito, dándose cuenta que el ataque del inquisidor, por más bebido se halle Diego, no conducirá a nada bueno, se interpone y detiene al mozo.

-¡Alto ahí, muchacho! Éste sirve a nuestro Rey, a Carlos V y no al Papa Clemente. Es un inquisidor, un letrado de la Santa Iglesia.

-¿Un letrado? ¿Una persona que sabe lo que dicen los doctores de la Chancillería y también primado sobre los derechos de un hijo de linaje?

Teresa, asustada pero no desprevenida de los peligros que significan las consultas de un ingenuo preso de una melopea, trata de evitar Diego prosiga y alerte al inquisidor sobre los Alvarado.

- ¡Basta Diego! ¡Deja en paz a Su Señoría!

El mozo reconoce a quien se interpone. Pero no es el hijo de Amelia sino el Señor del Casar en esos instantes.

- ¡Quita, ventera! ¿Quién eres tú para entrometerse en mis asuntos?

La mujer presiente lo que puede acontecer si la lengua del bastardo, prisionera de las ansias y el vino, continúa. Busca a Benito con la mirada. La encuentra. El amigo comprende el quedo aviso leyendo los labios: “Manuel, Ana... Josefina...”

- Explíqueme, licenciado, si un converso puede rechazarme como...

Si no actúa de inmediato la partida está perdida. Debe volcar la mesa.

Sin contarlas saca de su faltriquera unas monedas y las arroja a los pies de los gitanos.

- ¡Algarabía, Alipio, jaleo, jaleo!

Debe ser mucho. “La Nolia” sonríe al recoger el dinero. Comprende. A pesar de no querer llamar la atención al hombre de la cruz verde, se arranca, al tiempo con un gesto ordena a su compañero la acompañe con la vihuela. Bullicio para acallar las palabras inconvenientes.

- ¡Alegría, alegría!

A la guerra marcha el mozo  
por su Rey al francés vencer.  
Quizá la negra suerte  
le depare pronta muerte  
quitándole así el gozo  
de la vida al perecer.  
¡Alegría, alegría!

Los churumbles, empujados por el caló, bailan rodeando al desorientado inquisidor. No tiene la menor idea de lo que acontece, ni porque canta la gitana, ni porque tañe el gitano. Ni porque danzan los gitanillos. Si algo ignora Lope, son las verdaderas razones del inesperada bulla.

Benito Teresa alejan a Diego del inquisidor.

La ventera le refresca el rostro con agua. El jugador le susurra al oído.

- ¡Cierra el pico!

- ¡Benito! ¡Ven conmigo y serás mi cronista! ¡Cantarás mis hazañas!

- ¡Póstumas, inocente! “El muerto y el ido, prestos al olvido”. ¡Calla!

- ¡Mudo, Diego! ¡Nada tienes qué preguntarle a ese maldito! ¡Por tu culpa Ana puede arder en la hoguera! le murmura fieramente Teresa acentuando las advertencias.

El hijo de Amelia reconoce a la amiga de su madre, la ventera de “Las Cañadas”; a Benito, el hermano de Josefina, el ama de Ana. Son gente de Hervás. Si le avisan de peligros, éstos existen; lo prudente, seguir las advertencias y no descoser los labios. Su madre temblaba cuando se mencionaba la inquisición.

“La Nolia”, una vez arrancada, sigue las campanillas de la inspiración caló.

—¡Alegría, alegría!  
¡Vive si puedes,  
¡la Parca viene  
en cuánto la suerte  
de culo tienes!  
¡Alegría, alegría!

La algarabía cesa cuando un grito de Lope encolerizado por no comprender lo inesperado de la jarana, seguro de representar la autoridad clerical, la posee por temor a los símbolos verdes, interrumpe cante y baile.

—¡A callar gitanos de mierda! ¡O me los llevo con los judíos a Plasencia para qué les den un repaso por las cuerdas! Aterrorizados “La Nolia” y Alipio enmudecen. Luego, encarándose con Antonio, le interroga amenazante. - ¿Qué pasa aquí, ventero? ¡Estoy en una posada o en un burdel con tablado?

—¡Náa de iso, excelencia! Estos egipcianos son así. Se arrancan en cuánto se le da la vena o huelen un poco de vino!

Antonio, alterado, no tiene en claro lo sucedido. Los gitanos sin parné por adelantado no cantan para los payos porque sí. Entre las putas en la cuadra, los calós en la venta y si buscara un poco más las frascas de licores extranjeros entrados de matute, el vino bautizado, los muertos en riñas de gentes de paso faca en mano enterrados por los alrededores, no se salvará de la horca o del remo y bogar hasta diñarla. Observa las cuchicheos de su mujer con Benito. Considera que todo puede ser un plan preparado por la marrana y el tahúr para sacarlo de en medio. Enviarlo al trullo por rufián o a galeras, quedarse con la venta y él lejos o muerto.

El ventero experimenta los deseos de venganza de un marido traicionado, cobarde, incapaz de aclarar por su cuenta los problemas.

En la presencia de un inquisidor a pocos pasos, está la solución a sus problemas; denunciar a Teresa como judaizante y se la lleven de “Las Cañadas” para quemarla como a tantos conversos...

La puerta de la venta se abre de golpe. Con el frío del exterior entran cuatro hombres cubiertos por aguaderas empapadas.

—¡Sangre de carnero preto con leche de oveja jacobita, la Virgen de la Aguas Muertas se lleve de aquí a estos hijos de Satanás! “La Nolia” impetra a lo divino mientras apoya sus súplicas con cuernos hechos con los dedos de ambas manos.

La presencia de los recién llegados, Fermín y los tres cuadrilleros restantes representan para los gitanos el peligro supremo.

—¡Lo qué fartaba, Nolia! ¡La inquisición y la Santa Hermandad juntos, mal farío! ¡En cuánto se puea, nos afufamos sin hacer bulla! Alipio no tiene dudas; el riesgo acecha.

El sargento y los ballesteros se derrumban sobre los bancos, se desembarazan de las húmedas capas, extenuados, ateridos por la arriscada caminata desde la cima de las sierras hasta la Vía de La Plata bajo la lluvia y los mojados campos. Fermín, de muy mal tono, cuando

coja al condenado fugitivo lo colgará por los huevos antes de entregarlo a los ropones de Plasencia, reclama:

—¡Ventero del carajo! ¿dónde mierda estás?

Antonio acude presuroso. No ha visto antes a ese cuadrillero, lleva jinetas de sargento, pero suena a bestia, tanto o más que el anterior encargado del puesto de Aldeanueva, al que mataron unos bandoleros en el alto de Honduras, si bien otros se lo atribuyen a la Serrana de la Vera.

—¡Mande!

—¡Vino, del bueno! ¡Y si tienes, qué la tienes, alguna frasca de aguardiente de Porto! ¡Sírvenos sin demoras!

—¡El vino mejor comido qué bebido, Antonio!

A éste sí lo conoce. Lo llaman “El Picao”. Lleva fama de astuto y mala entraña. Los enterados afirman que cada hoyo del rostro corresponde a un muerto, y se le pueden contar por decenas las marcas de la viruela.

No irá a discutir con ninguno. Al nuevo porque no se llega a sargento de la Santa Hermandad por las obras de caridad. Será un tipo duro. Bien encallecido, parece. Al viejo, porque sabe de él.

-¡Teresa! ¡Hogazas, queso, chorizo!

-¡No se olvide carne del caldero! ¡Quiero comer caliente, ventera! ¡Me lo servirás tú misma! ¡Tienes un culo que sabrá gloria!

A Benito no le gusta la chanza por venir de quien viene. Ese nuevo no está enterado de que con las hembras del pueblo no se juega.

Qué se lo pregunten al sargento despeñado en Honduras. Se llevó por delante al marido de Carmela, Pedro, el cesterero, por una discusión sobre unas mostrencas que habían “metido” en su vallado. Luego volteó a la esposa, entre los canastos, junto al cuerpo del muerto.

Si los bandoleros, la serrana de la Vera, o Terencio, poco importa. En el barranco encontraron al sargento tieso y con un agujero en el pecho.

“El Picao”, con mayor experiencia en la comarca, alerta al superior.

-Cuidao, es la mujer del ventero. Los de por aquí aguantan mal las bromas, en especial si de hijas y esposas se trata.

Fermín escucha. Será así pero quien cuida su honra no la pone a servir a extraños en una posada. “No se puede dejar al alcance del gato el pescado”, afirmaba la Hermana cocinera cuando de chaval se le metía debajo del hábito para lamerle las entrepiernas por un trozo de la tarta de cabellos de ángel recién horneado.

Ya verá.

-¿Y esos gitanos? ¿Qué hacéis por aquí, hijos de Lucifer?

-De paso, mi sargento. Vamos pa'l mercado de Granadilla pa ver si colocamos unos calderos. Alipio responde aparentando una tranquilidad que le escasea. – Tengo los papeles en orden. Si vucencia los quiere ver. Daos por la autoridad.

-Serán falsos, pero no tengo tiempo ahora de perder con unos egipcianos muertos de hambre.

En su revista descubre a Lope, sentado cerca del fuego, contemplándolo con la mirada fija. Descubre la Cruz de Borgoña labrado en la negra vestidura.

-¡Vaya, si hasta inquisidor tenemos por estos pagos! ¿A qué debe tan importante visita por estos lugares?

El tono burlón de ese malhechor a quien, según parece, todos temen no le agrada a Lope.

-Licenciado Lope de la Peña, familiar del Santo Oficio, en comisión de especial. Y si quiere saber, rústico, me dirijo a buscar a los cuadrilleros de la Santa Hermandad de Aldeanueva para detener a un delincuente. Le recomiendo no molestarme.

Fermín no puede menos que sonreírse. ¡Vaya comisario han enviado los de la Inquisición para un encargo policial! Éste no ha visto ni sabe con quien trata. Un pardillo de primer grado.

-Pues ha evitado el camino hasta Aldeanueva. Ha dado con la Santa Hermandad. Poniéndose pie, saluda con recochineo. -¡Sargento Fermín Peño, jefe de puesto!

Lope no puede aceptar. Esos individuos con trazas de bandidos ¿cuadrilleros...?

El grado de la Hermandad descubre en los ojos del novato su desconcierto.

-Estamos un poco sucios, vucencia, pero con la lluvia y el barro de los senderos no estamos, lo que se dice, para revista. Pero si tiene alguna duda le puedo meter una saeta por el culo.

El ventero, tiembla. Los ballesteros no se andan con chiquitas. Le han dejado, en más de una oportunidad, tirados los muertos en medio de la venta para que él los enterrara.

-¡No discuta Su Señoría! ¡Son cuadrilleros! ¡Lo juro! Y no soportan bromas. Los conozco bien. Para demostrárselo a ese barbilindo que evidentemente nunca ha pisado los campos de Castilla -¡en mala hora ha tratado con ese retorcido picado de viruelas!- saluda a "El Picao".

-¡Bienvenido soldado a mi venta! Aquí, junto al fuego estará mejor. ¡Vaya si se conocen! Cuando murió de -¡vaya uno saber la dolencia!- aquel arriero del sur, él se quedó con la bolsa y el posadero con las mulas y el carro. Le dieron sepultura a la vera del camino con unas piedras de la Vía de la Plata encima.

-Se agradece, Antonio. Hoy la sierra no está para paseos. Sino fuera porque estamos detrás de un asesino fugitivo, nadie nos sacaba de la ballestería con la que está cayendo.

Convencido que ese grupo, con fachas de malhechores, son agentes del Rey, el inquisidor se dirige a quien parece mandarlos.

-Necesito la colaboración de la Santa Hermandad. Tengo poderes para solicitarlo.

Fermín no acaba de creérselo. Enviar a un pipiolo con éste a detener a quien sea, sólo puede obedecer a dos motivos: o no tienen otro o los superiores quieren fracase, -debe tratarse de un recomendado- y tener razones para ponerlo en la puta calle, así sea el mismo duque de Alba quien lo envíe.

-¿Qué se le ofrece? Siempre estamos dispuestos a colaborar con el Santo Oficio.

Lope se apresta a manifestar los alcances del encargo pero el sargento nota demasiado interés en los presentes. En especial en la ventera -¡Lástima, percibe que tendrá que marcharse sin catarla, le guste al marido o no!- y ese villano a su lado, demasiado limpio y de manos blancas para ser un labriego de paso. Si se trata de engrillar algún vecino de los alrededores, está casi seguro, pretenderán avisarle corriendo por un atajo apenas salgan.

-Si no le importa, inquisidor, prefiero tratar el asunto a resguardo de oídos ajenos a la ley.

Mientras cuadrillero y visitador se alejan Benito advierte el juego. No le caben dudas; se trata de un vecino del pueblo, uno de los conversos. Quizá Manuel...

-Teresa, en cuando pueda me las piro. Viene por alguien de Hervás. Debo prevenir a quien sea. A todos los tuyos. Ningún converso está a salvo.

Ella también está segura. El Santo Oficio rondando el pueblo. Mal presagio para los lugareños, en especial para los cofrades de Nuestra Señora de la Asunción, cristianos nuevos todos.

La madera de roble y de castaño arden eliminando del ambiente los pesados tufos a vino, sudores, barros del camino traídos por los que hacen parada y fonda antes de subir o acabar el descenso del Puerto de Bejar.

Fermín observa como las alubias emergen, saltonas, sobre la capa del sebo derretido en la sartén al fuego; se fríen junto a la carne de cabrito.

-Parecen gustarle las judías guisadas, licenciado.

-No mucho. Las fabas me producen... ventosidades.

El cuadrillero ya no abriga dudas. Ese inquisidor no tiene ni puta idea del oficio. Si ver como se cuecen las judías al fuego sólo le traen a la mente los pedos y no los gritos de los quemaderos, es porque nunca ha visto retorcerse a una hembra mientras el fuego la va consumiendo y da voces capaces de llegar al cielo. Que prueba una vez más, reflexiona Fermín, que en las alturas no hay Dios, Cristo, Virgen o santos. De existir no podrían soportar una vez y otra los clamores de los ajusticiados en las hogueras que arden por toda Castilla un día sí y otro también.

El mismo cuando, por razones de servicio, le ha tocado asistir a un Auto de Fe queda con el cuerpo tan revuelto que ni con una bota de vino entre pecho y espalda se recupera.

Este licenciado no pasa de pichón de corral recién largado a buscarse la vida fuera. ¡A ver cuánto provecho puede sacar del novato!

-No se preocupe, licenciado, por nada. Yo lo haré todo. No es la primera oportunidad que colaboro con El Santo Oficio. Vucencia manda y yo ejecuto.

-Debe actuar conforme a las ordenanzas que establecen el procedimiento correspondiente, no transgredirlo jamás.

-¡No me venga con monsergas de leguleyo! -**“¡Este pollo ha resultado un tonto de Coria!”** – Conozco perfectamente las actuaciones ajustadas a derecho de la Inquisición. Pasan a los detenidos en primer lugar por el “strappado”. Si no cantan con la cuerda, un “aselli” con agua suficiente por el embudo, suelta la sin trapo del más agallado si no la ha palmado antes.

Lope palidece. El estómago se le revuelve como le aconteció cuando le enviaron, su primera misión en el Santo Oficio, actuar de escribano en la sala de tormentos. En aquella oportunidad se cagó en las calzas. Cree haber progresado. Está soportando la visión del descuajeringamiento de aquel día sin cagaderas pero claro está, debe reconocerlo, no presencia personas siendo destrozadas, ni gritos de dolor perforándole los oídos. Sólo son memorias.

-He presenciado, cuando no ayudado en más de una quema. Sé como llegan los relapsados que han resistido unos días el tormento. Desconjuntados, baldados, arrastrándose. He dado fuego a piras en decenas de quemaderos. Luego acentuado la dureza, a pesar de los susurros que intercambian cuadrillero e inquisidor para evitar sus palabras lleguen a los demás presentes en la venta -la crueldad no necesita bramar para manifestarse en los recuerdos, en el hoy y, con seguridad, en el futuro de su existencia- el sargento Peño agrega: - Los tostamos vuelta y vuelta, licenciado, de acuerdo a las leyes y las sentencias de los Tribunales del Santo Oficio. No corre sangre para tranquilidad de los espíritus de familiares y magistrados de la Inquisición como está mandado, pero sí cenizas de aquellos que apenas unos momentos antes estaban vivos. ¡No me joda boquirubio! Suelte lo que necesita de mí.

Lope experimenta una extraña sensación -¿terror?- ante ese hombre que presenta la autoridad real y al que tiene que recurrir para cumplir su encargo. Será cuestión de ir acostumbrándose a las formas en que se ejerce la ley en Castilla. En el tono más firme posible, con la pretensión de parecer natural.

-Necesito asistencia para detener a un delincuente.

-Yo y mis cuadrilleros, lo lamento, estamos comprometidos en otro servicio. Perseguimos a un asesino reclamado por la justicia militar.

-Lo mío tiene prioridad, sargento.

-Eso lo decidiré. Fermín supone la petición pero no fuera a equivocarse y se trata de alguna bruja de poca monta. A un bisoño, como el que tiene delante, encargarle un trabajo serio no es propio de gente experimentada como lo son los inquisidores de la comarca. – Si me informa, se verá.

-Detener a un judaizante y llevarlo a Plasencia para entregarlo a mis superiores.

-¿Cómo se llama?

-Manuel Alvarado...

El nombre le suena al sargento. Para un grado de la Santa Hermandad poseer buena memoria resulta muy útil. **¡Joder! Lo cantó el gitano que se cargaron esta mañana, ése que venía en la cuerda de presos con Francisco Miranda, el fugitivo que están buscando todo el puto día. Además el finado pío; llevaba un mensaje para el mismo judío...**

-...De Hervás el marrano.

Fermín consigue el efecto deseado; sorprender al inquisidor.

-¿Cómo lo sabe? Lope está seguro de no haber mencionado la población.

-Le voy a dar más datos, lechuguino. Quien lo delató se llama Teófilo.

Ese era el mensaje del egipciano: “Cuidado con Teófilo... es un... malsín... o algo parecido”. Lo confesó antes de dar la espalda y le clavarán un buen puñado de saetas. Pero el sargento oculta al atónito inquisidor la forma utilizada para lograr la información.

-¡Los denunciantes deben permanecer en secreto!

Fermín ha conseguido lo buscado; el mando. De ahora en adelante las decisiones las tomará él y no un casi barbilampiño licenciado lleno de formulismos y ceñido a un procedimiento que nunca se aplica por más escrito esté.

-Así trabaja el sargento Peño, vucencia.

Lope, resignado a dejar la iniciativa al cuadrillero trata, al menos, de complimentar lo comisionado.

-¡Deberíamos darnos prisa! El sospechoso parte, si no ha salido ya, de viaje a Toledo.

El de la Santa Hermandad no puede reprimir, -no se dan tantas oportunidades de un buen botín apresando rústicos, patanes o bandidos,- su codicia.

-El judío no saldrá “desnudo” para ponerse en camino, sobre todo tan largo.

Lope, a quien el tono le anuncia una actuación contraria lo preceptuado, se considera en la obligación de advertir al cuadrillero.



-Le recuerdo, sargento, el patrimonio de los prisioneros del Santo Oficio, tanto dinero, muebles, semovientes e inmuebles quedan en manos de la Inquisición.

-¡Vaya condiciones me quiere imponer, pollito! Sé bien que las fortunas, las tierras, el ganado de los judíos que se pudren en las prisiones o se han convertido en cenizas se las queda el Santo Oficio. ¡Ójala fueran para mí! ¡No quedaría vivo ningún marrano! Se acerca un poco más al amedentrado visitador y le murmura al oído con acritud. – Escuche, cagatintas, ¿Quiere coger al judío o no? ¿Prefiere volver a Plasencia con las manos vacías?

Lope no quiere siquiera considerar cual será su futuro si el judezmo huye y no lo consigue apresar. Ni su padrino, el Obispo, lo salvará lo expulsen del empleo. Terminará de secretario de algún caserío vizcaíno con pretensiones de ciudad, en el mejor de los casos.

-¿Cuál es el trato, sargento?

-Me da la orden por escrito. Yo le entrego a su falso converso engrillado y a sus cómplices en la huída.

-¡Pero si no se fugan! ¡Salen de viaje!

Fermín apenas soporta al mentecato. Un inquisidor tinterillo, observante de procedimientos de ley.

-En la tortura confesarán haber robado la Torre del oro si los apuran lo necesario.

Lope tiembla. Él no resistiría ni el primer tirón de polea. El “strappado” descoyunta, en medio de terribles dolores, al más fuerte.

-De acuerdo; intentan huir, la Santa Hermandad los atrapa y después me los entrega.

-Pero entre “los atrapa y después me los entrega” hay un tiempo, corto, lo mínimo necesario que sólo estarán en mis manos.

-¿Qué les acontecerá a los detenidos en ese “tiempo, corto, mínimo necesario”?

-Eso, comepliegos, es asunto mío. No deberá escuchar los reclamos de los prisioneros, ni se los comunicará a nadie, ni a sus superiores o le juro que si canta le cortaré los cojones, son un buen bocado y le ayudarán a mantener el voto de abstinencia.

Lope de la Peña comprende la inutilidad de haber estudiado durante tantos años en Salamanca.

**“¡Para qué coño he seguido la carrera de derecho!”**

Si acepta la propuesta del cuadrillero, uno de los que mantienen el orden real en Castilla, sus creencias, su entera vida anterior habrá sido inútil, una falacia. Si la rechaza perderá empleo, futuro y no llegará a ser alguien, sólo “el ahijado del obispo” o uno más vagando por los caminos.

-Me debe prometer, sargento, que no se apartará demasiado de la ley.

-“¡No me la metas toda”, gritaba la monja al confesor, pero la hembra arrempujaba hasta los cojones del cura. Sor Ángela quedó preñada de mellizos, licenciado. Fermín, a continuación del grosero parangón aclaratorio, deja escapar la violencia acumulada durante el susurrado diálogo con el inquisidor; considera acabado el trato entre justicia clerical y las fuerzas del orden imperial.

-¡Métase Las Partidas, los códigos y las ordenanzas dónde le quepan, escuchimizado! ¿De qué desea, licenciado, acuse a cualquiera? ¿De hechicera vasca, de meiga gallega, de bruja castellana, de blasfemo? ¿De puto, de sodomita? ¿De cura estuprador? ¿De religiosa de clausura fornicadora? ¿De funcionario corrupto? ¿De prevaricación a jueces y magistrados no protegidos por clase o condición? ¿De adulterio, de incesto entre padres, hijas, hermanos, madres y vástagos? No debo pesquisar demasiado. En cada palacio, casa, choza los puedo encontrar si quiero. Detrás de cada puerta hay historias de amores prohibidos por la sangre, casi siempre consentidos, deseados pero en silencio, ocultos para los ajenos a la familia. ¿Prefiere encuentre cubridores de bestias? No debo andar mucho para hallarlos en las dehesas, corrales o establos. Los pecados nefandos se practican en conventos, prisiones, cuarteles, eras, galeras. ¿Relaciones entre mujeres? De los dormitorios de alta alcurnia a los jergones de las criadas. ¿Putas? En ese momento explota todo su resentimiento. Lo lleva, desde que tuvo conciencia de su condición de hijo de la inclusa, acumulándolo cada hora de su existencia. -¡Todas las mujeres si tienen oportunidad! ¡Cualquiera, sin excepciones! ¡Son peores que las bestias! ¡Ninguna hembra animal abandona a sus crías! Las del género llamado humano, sí. ¿Más ejemplos, vucencia?

No solo Lope está aterrado. Los presentes en “Las Cañadas” reconocen en el sargento al basilisco capaz de aniquilar a cada uno de ellos si le viene en gana protegido por la ley, además. Benito reflexiona quedo.

-De España entera no se salva nadie entonces.

-¡Ventero, cabrón! ¡Vino! La sed me abrasa. ¡Pronto o quemo la venta con todos dentro!

Antonio corre con una jarra llena para calmar al desenfrenado Fermín. “El Picao”, cuadrillero experimentado, intranquilo, comenta con su compañero, “El tuerto”, otro con años de servicio en la Santa Hermandad.

-Este sargento está majara. Debemos andarnos con tiento o acabamos toos tiesos por algún capricho suyo.

-No seré yo quien le cubra las espaldas en los entreveros. Si le dan una puñalada y lo despachan.

-Habrá tenido mala suerte, “Tuerto”.

Acabado el contenido de la vasija de un trago Fermín exige al acorralado licenciado.

-¡Quiero la orden por escrito, chupatintas! Todo puede quedar en nada si algún poderoso deudor del judío escribe “a quien corresponda” dando fe de la religiosidad del marrano. ¡El pato lo pagaré yo!

Lope se decide. Extender el documento... malo. Inicia un camino cuyo destino cierto es convertirse en uno más. No extenderlo... peor. Comienza un sendero que acaba en la indigencia y la picardía diaria para sobrevivir malamente.

-¡Ventero, papel, pluma y tinta!

-¡Ya, licenciado! Antonio rebusca en los cajones de las alacenas lo pedido. Pocos solicitan tales enseres en una venta. Él ignora el alfabeto pero no lo echa en falta. De poco le sirve para las cuentas; las de sumar se le dan mejor que las de restar. No los encuentra en el revoltijo de las cajas. Su mujer ha de saber donde están los malditos utensillos. Le escribe a no sabe quien de vez en cuando. Lo traía aprendido de Portugal.

-¡Teresa! ¿No has oído al licenciado?

La ventera los halla a la primera. Le envía cartas a sus familiares de Castelo Branco. No todos tomaron a Hervás.

Los coloca sobre la mesa de Lope, pero no se aleja, no estará demás enterarse a quien, o a quienes, ordena apresar el Santo Oficio.

Terminado de redactar la orden, Lope la relee, también lo hace la ventera. El uno se resigna. La otra desfallece.

Lope se lo entrega al sargento. Teresa clava los ojos en Benito.

Fermín repasa el documento. De lo poco bueno que sacó después de trece años en el convento; las monjas, entre otras cosas, le enseñaron los secretos de la escritura y una buena redacción.

A Benito no le es necesario leer el mensaje de su amiga. "Manuel Alvarado". Lo ha recibido claramente, aún antes del mudo movimiento de labios.

-¡Cuadrilleros, a ver si dejan de papear y darle al trago! ¡A moverse!

Los tres restantes de la partida reaccionan desganados.

-¡Si recién hemos llegado y venimos molidos! "El tuerto" responde displicente.

-¡No corra, sargento! ¡Ya espichará el juido, sino la ha diñado en cualquier rincón de la sierra! Lo habrá matao el frío. ¡Con el yelo y un hábito por capa no puee seguir con vía! Caerá solo. Debe andar por aquí buscando caliente. La contestación de "El Picao", mezcla de experiencia, temor, fatiga y mala disposición con el mando, evidentes, terminan por enfurecer al sargento Peño.

Observa a sus cuadrilleros. Ha compartido cuarteles, puestos, caminos, senderos, picos, llanos, días, noches, amaneceres con gente de toda calaña enrolados en la Santa Hermandad con el propósito de evitar la cárcel, las galeras, el hambre, la miseria o tener algún poder sobre los demás plebeyos pero como estos tres cobardes, ruines, flojos a su mando hoy, pocas veces.

-¡A ver maulas, hijos de puta si cogen coraje y fuerzas con este anuncio! Se suspende, por el momento, la búsqueda del asesino fugitivo hasta nueva orden. Esta cuadrilla se pone al servicio del licenciado Lope de la Peña, familiar del Santo Oficio, para apresar a un judaizante y sus cómplices.

“¡Cómplices!” Si de Manuel se trata, los otros acusados serán Josefina y Ana. Benito se estremece.

Los de la Santa Hermandad ante las palabras de su sargento respiran aliviados. Un judío no les meterá una puñalada o despeñará una piedra como es de esperar del fugitivo si no tiene escape. Por otra parte, no saben como el nuevo mando “trata” a los delincuentes. Si le gusta le unten o va de honesto con los compañeros. Mejor no. Quien en el servicio no comparte dádivas y ventajas del mester, poco futuro tiene su vida.

Fermín relee una vez más la orden del inquisidor. Con una sonrisa de clara intención, proclama en voz alta.

-¡Vaya, una pollita, culo estrecho, no de ponedora! ¡Ya veré cómo se lo preparo para aovar! ¡Me ocuparé personalmente! “Ana Alvarado...”

Diego, si bien ha permanecido atento a los acontecimientos, le interesan poco -¡Qué le importan los asuntos de la Inquisición y la Santa Hermandad!- reacciona al oír del nombre de la joven.

-¿Por qué Ana Alvarado? Ella, tan buena cristiana como yo, nunca ha hecho ni hará nada que pueda molestar a la Iglesia y menos al Santo Oficio.

La instintiva reacción del muchacho interesa a Lope. ¿Quién puede reaccionar de tal forma sino está directamente preocupado por la suerte de la hija del converso?

-Diga, mozo, ¿con qué autoridad o cargo puede atreverse a discutir o comentar una orden de la Inquisición?

El joven observa a ese hombre, enfundado en negra vestidura, blanca tez, breve bigotillo movido nerviosamente por un labio inquieto. ¡Un servidor, a lo sumo algún funcionario subalterno de vaya a saber qué oficina! El hijo del noble, entre la seguridad de serlo él también, fermentado su amor propio por los restos de los duendes del vino ingerido y los sentimientos hacia Ana rigiéndolo, adopta, así lo siente, la actitud que tantas veces vio en su padre al dirigirse a los inferiores.

-Don Diego Señor del Casar.

“Es él”.

Lope, satisfecho de su capacidad de intuición, trata de comprobar con más detalles la identidad del mozo.

-¿Tu madre se llamaba Amelia, conocida en Hervás como “la portuguesa”?

-Amelia, sí era su nombre, nacida en Castelo Branco, de hidalgo linaje lusitano. ¡Cuide sus palabras! Se refiere a una dama y a quien me ha dado la vida!

El inquisidor ya no tiene dudas. La suerte le ha sonreído. Acaba de hallar otro mérito para sumar a los de este servicio. Detener a un bastardo de origen hebreo que aspira a señorío. Si bien el muchacho ignora la procedencia racial de su madre y en realidad resulta inocente, eso cree, aunque el Tribunal después de someterlo a tormento, si lo ve necesario, puede opinar distintamente, el solo hecho de impedir un impuro de sangre llegue a lograr un título de nobleza resultará para sus antecedentes como inquisidor, excelente.

-Sargento Peño. Este joven queda retenido, digamos.

El cuadrillero huele algo. No le gusta permanecer al margen de los asuntos en los cuales interviene. Nunca se sabe.

-¿Alguna razón en especial, vucencia? Es útil darle importancia a quienes dan órdenes confusas ante los detenidos por si se produce alguna irregularidad y el apresado tiene cierta categoría, que parece puede tener el mozo. Fermín tiene experiencia de cómo los jefes nunca se equivocan; sólo los subalternos yerran y pagan los errores.

-Por orden... mía.

-Suya, remarca en alta voz el sargento. - ¿En qué situación?

-Digamos, por el momento como testigo indispensable para el caso de los Alvarado. Luego veremos. Lope espera que las informaciones del soplón resulten exactas. Si Teófilo ha mentido, al malsín le resulta casi igual, pero a él, a Lope de la Peña la expulsión del Santo Oficio. “¡Detener a un noble con una acusación injustificada!”

-Ya has oído, mocito. No se te ocurra moverte de la venta.

Diego, confuso, interesado en los sucesos, obedece más por esos motivos que por temor. Si tiene la espada a mano, ahí cerca se encuentra, sabrán esos patanes quien es Don Diego Señor Llegado el momento.

-En cuánto puedas ¡Huye!

La inusitada advertencia, susurrada al oído por la ventera, sorprende al joven.

-¿Por qué, Teresa? No he cometido nada reprobable, no ante la Inquisición. Tampoco he faltado al Rey.

-Diego, hazme caso, ignoras demasiado. ¡Escapa antes de pudrirte, en el mejor de los casos, en una prisión!

-¿Yo...? ¿Está bebida, ventera?

-Tu madre... Teresa no se anima a decir la verdad entera al hijo de Amelia, su prima. No la podrá admitir en la situación en que se encuentran.

-¡Créeme, hijo! Te lo aconseja la mejor amiga de tu madre de todo Hervás.

Cierto. La única del lugar que la visitaba regularmente. Siempre dejaba unos huevos, a veces un pollo, potajes. Sí, en especial cuando las remesas de maravedíes de su padre se demoraban y no había con que comprar nada.

Benito, alerta, ha seguido todo sin perder detalle. No le caben dudas del juego del inquisidor; va por Diego, por razones que él sabrá. Su amiga le advierte de un peligro, ella lo dice convencida. Santo Oficio y Santa Hermandad juntos, demasiados santos para ser derrotados en una sola mano. Lo mejor, en estos casos, pasar. Quien sabe pasar, gana. Conoce bien la venta. Son enteros los días en ella. Detrás de las botas de vino, casi oculta, la puerta que da al corral trasero. De allí al campo, sólo una cerca. Él muchacho debería seguirlo.

-¡Yo no tengo por qué huir, Teresa! ¡Dame razones para hacerlo!

-¡Deja eso pa'l tiempo de las cerezas, Diego! Ahora se trata, tú de pirártelas, yo, de llegar al pueblo y advertir a Manuel antes de que salga. Mi hermana y... Ana van con él. El tormento les espera.

-¡Voy contigo, Benito!

-Bien. Escucha. Detrás de esas tinajas de pescao salao y de las botas de vino apiladas, hay una puerta. Cuando me veas correr ¡Sígueme!

El de la "buena suerte" idea una jugada. Se acerca a los gitanos acurrucados en la sombra de un rincón.

-Faraón... ¿Quieres ganarte un escudo?

Alipio no cree en tanto dinero de común, pero de las manos de un tahúr, sí. Quien fácil gana, fácil gasta.

-¿El envite, cuál?

-Armar, cuando yo indique, un buen jaleo.

-¡No me vengas con chungas, payo! Inquisidores, cuadrilleros y gitanos hacen mala liga.

-Escucha, "dedos largos". Too isto me da mal aire y tiene mal fario. En cuanto podamos, nos jopamos de aquí ¿O ti crees qui por un escudo nos vamos a dejar el pellejo? Por naides. "La Nolia" define la postura sin dar lugar a retuque.

-Cuando acaben con los hebreus, estos hijos de putana seguirán con los calós, responde Alipio. Tiene memorias de ello. De las Alpujarras viene. Allí siempre la pasaron canutas judíos, moros y gitanos.

No hay regateo. Benito los conoce. Los egipcianos aman, a diferencia de muchos, más la vida que el dinero. Los ha tratado desde niño.

El asunto se ha simplificado. La mano está perdida. Habrá que volcar la mesa y correr. Las tinajas, las botas desparramadas pueden servir divertimiento.

No por mucho. Tendrá que perderse detrás de la cuesta antes que lo alcance alguna saeta. Los de la Santa Hermandad son muy certeros con las ballestas.

## CAPITULO 33

Josefina le alcanza el último bulto, supone Gervasio. El arriero trata de hacer lugar entre los arcones, sacos, paquetes que ocupan buena parte de la caja del carro.

El equipaje apenas deja espacio suficiente a los cojines y almohadones dispuestos por el ama para el largo y duro camino. Pretende hacer confortables los interminables días de marcha prisioneros del agobio y la estrechez.

La pesada carreta sureña, destinada a la carga ha sido la solución para el viaje a Toledo propuesta por Gervasio aceptada a regañadientes por Manuel. No existe otra alternativa. Descartadas las literas reservadas sólo a nobles con recursos, desechados mulos y borricos, Ana y Josefina serían incapaces de aguantar cabalgando muchas jornadas, adaptarse a un carro, al estilo de romeros en procesión a distantes santuarios, constituyó la única salida al asunto.

El recuero sabe que también a él le resultará difícil. Hacer a pura a pata casi cien leguas, salvo los cortos trechos cuesta abajo durante los cuales podrá poner el culo sobre una de las varas entre las que va uncida la yunta de mulos en línea, el único respiro.

Ya no tiene veinte años. Hacía el trayecto a Bejar ida y vuelta en poco menos de un día al paso de una mula, atravesando del puerto, desde Hervás; nunca tuvo reclamos por demoras.

Pero son cosas del oficio; si bien pudo encomendarle esta faena a un mulero pagándole, tiene ahora su posición como criador y patrón de recuas que le permiten contratar a otros, este viaje lo hará él. Existe algo que se llama agradecimiento. Se lo debe a Manuel. De bien nacido se considera y su memoria, sin olvidos.

-¡El último, te lo juro, Gervasio!

El ama aparece con un cajón de más de vara y media.

-¿Se van pa siempre del pueblo, o sólo se mudan de casa, Petra?

El comentario guasón de Lorenza realizado a su compañera de mercado, han acabado las ventas y sólo falta recoger y las comadres tienen el tiempo necesario para efectuar observaciones en profundidad sobre los vecinos, molesta a Josefina.

-¡Eres una cotilla, Lorenza! Te repito: Hoy salimos para Toledo. Cuando regrese te traeré todos los detalles de la boda de mi niña.

-¡"Quién de otra hija cría, oro cría"!

El dicho en boca de Petra hiere profundamente al ama.

Conoce los motivos de la pollera. Cuando viuda joven ella, y soltero Manuel, tuvieron sus revolcones en eras y lagares. Al tiempo, fallecida Gracia, la esposa del converso, Petra trató de ocupar el sitio que correspondía Josefina. La respuesta, intencionada del ama, devuelve la pulla.



-¡"Habló la vaca y dijo muuuu"! Les da la espalda y entra en la casa que puede considerar suya. Es una barragana con contrato y no una simple manceba.

-¡Vaya con la finura de la "fina"! ¿Quién se cree? ¿Qué te parece, Lorenza?

-Como duerme con rico, rica se cree la moza "de abajo".

Petra, irritada como gata mojada, reacciona con maldad, señalando el carro cargado hasta los topes.

-No pasan de Navacarros sin quedarse en cueros y la moza el virgo perdido si se topan con "El Serrano de la Garganta". ¡Buen reclamo llevan con tanto bulto!

Si bien de natural sereno, Gervasio se enfada. Mentar bandoleros antes de una salida los arrieros lo consideran de mal fario.

-“Las mujeres, las que callan buenas. Las otras, que parlan sin tono ni son, putas de jóvenes, alcahuetas de viejas.”

-¡Tu hermana, mulero!

-No mentes a los muertos. Han pasado más de veinte años pero aún tiene presente la riada que se llevó a la niña y a sus padres.

-Tampoco irás por La Garganta, supongo.

-Supones bien, Lorenza. A veces ni las mulas se atreven a pasar por allí.

El bandido no le preocupa al arriero. En oportunidades le compra bestias de origen incierto, remarcadas o unas cuantas cabras, pero si el camino; apenas una huella dejada por los pasos de caballerizas anteriores. Las mulas sólo la atraviesan cegadas. Así no se despeñan a causa del vértigo. Por Navalморal, todo llano hasta los Montes de Toledo por las rutas de los moriscos y gitanos que conoce bien Manuel, Juan "el moro" se las enseñó, mejor.

-¡Petra, Lorenza! Su voz, precisamente, resuena con ese tono amable pero de autoridad indiscutible tan propio.

-¡Manda, Manuel! Petra no pudo, ni puede librarse en los años transcurridos de la fascinación del converso. Hoy le asoman las canas en la recortada barba, en los cabellos morenos pero, bien mirado, ella no puede librarse de hacerlo, enmarcan una tez blanca en la cual refulgen un par de ojos zarcos que la atraen como los cebos a las lobas hambrientas en invierno y le meten fuego en la sangre. Así aconteció al quedar viuda con veinte años y se encontraron la primera vez, sin proponérselo, en el lagar del pueblo. Hoy también sucedería.

-¿Qué quieres? Lorenza, a pesar del agradecimiento que le debe y tiene, - su fértil huerta junto al río está en tierra cedida gratuitamente por el converso, -ha recibido la ciencia de cultivar las hortalizas de su abuela morisca- no elude el acento hosco, mordaz que tantos disgustos le traen cuando los suma a su repertorio de dichos y maldiciones propios y recopilados. A ella le consta pero no lo puede evitar.

-Como sabéis, si te faltan algunos detalles, Lorenza, te los daré a mi regreso, me marcho de viaje a Toledo por unas semanas para casar a mi hija.

-Como si en el pueblo faltaran mozos pa llevarla tan lejos.

Manuel, al tanto de las razones de la vecina, Lorenza tiene prometido por Diego estar al frente de su casa cuando al muchacho le sea reconocida la nobleza y le entreguen sus señoríos, continúa sin responderle como desea. Se conocen desde niños, desde que Iosef Bar David y su familia fueron expulsados - ¡Malditos el día, la hora, los Reyes Católicos!- el judío dejó a nombre de Juan, “el moro”, todos sus bienes para que no se incautara de ellos el duque de Bejar, ni el obispo de Plasencia. Juan era el padre de Lorenza. Iosef, el de Manuel. “El moro” les reintegró todo, hasta el último palmo de viña cuando retornaron, apellidándose Alvarado los Bar David.

En realidad se estiman pero ambos, demasiados altaneros, no lo reconocen ante los demás vecinos.

-Sois las mejores y de mayor confianza para cuidar de mis bienes mientras dure mi ausencia. Terencio vigilará día y noche.

-¡Tienes mi palabra, Manuel! Asegura el veterano apostado no lejos.

-...Pero “alguien” tiene que sacar el polvo y regar los tiestos, comenta Josefina intencionada.

-No te preocupes, los “regaré” como a ti te “riegan” a diario. Responde Lorenza a la recién aparecida ama.

-¡Basta! ¡Mujeres, mujeres! ¿Quién os habrá inventado? No se trata de las flores, sino de la viña, que no le falte agua ni se olviden de limpiar las cizañas.

-¡Mi Remigio le echará un ojo a diario, descuida Manuel!

-Tú, Lorenza, deja las discusiones para el regreso; fíjate que las ovejas no entren en mi cereal. ¡Riégalo si no llueve! “Amo ausente hace al mozo negligente”.

-“Amigos y dientes, aunque duelan, sufrirlos hasta la muerte”.

-De ti, y por ser hija de quien eres, me consta Lorenza. Redaños te sobran y puedo confiar en tu palabra.

-Si la doy, “que dada obliga o la honra se pierde”.

Verdad. Cuando Juan, “el moro”, -así lo llamaban por ser fruto de una morisca casada con su abuelo- al salir en defensa de Lorenza el día de su boda y muerto por aquel corchete ebrio que quiso ejercer “el derecho de pernada en nombre del rey”, Lorenza no toleró las afrentas. Echó de su lado, y del pueblo, al recién desposado marido declarándose viuda. No quiso aceptar como cónyuge a un cagón. Al agresor lo hallaron muerto, pocos días después, con sus huevos en la boca.

Obligarse con el judío, la mujer lo tiene claro, significa abandonar la esperanza de servir - ¡vaya a saber una cuándo o si ocurrirá alguna vez!- de dueña a Diego, el hijo de Amelia “la portuguesa”. Criada de dos amos, a ninguno sirve. En especial si uno nunca tendrá heredades que cuidar.

-Ve tranquilo, Manuel. Viña, cerezos, animales, casa y lo que tienes, que yo me sé, estarán guardados. Si hace falta, Terencio me dará una mano.

-¡Con la espada y el arcabuz si se presenta la ocasión!

-Os pagaré bien los servicios.

-Conmigo estás cumplido, Manuel, responde altanera la hija del “Moro”

-Y a mí nada, si de parné de trata, se suma la otra.

-En ese caso os traerá de Toledo unos buenos paños de Flandes y unos encajes de Brujas. Así podréis presumir en las fiestas.

Las sonrisas de Lorenza y de Petra lo dicen todo. Esas telas son lujos de ricos. Jamás han podido soñar tener ropajes de esa calidad.

Manuel conoce a las mujeres. Una buena atención significa para ellas más que el dinero del coste. También para alguno muy macho. Las gentes humildes, o tacañas, no se atreven a darse los gustos aún poseyendo el precio. Siempre existe alguna premura que los pospone. Un buen regalo resuelve el asunto a gusto de todos.

-Josefina, llama a tu niña y acaben de una vez con esta verdadera mudanza o no nos marcharemos nunca. Manuel, terminados los detalles, entra por última vez en vivienda.

Le faltan dos requisitos antes de emprender el camino. A solas pronuncia las oraciones hebreas solicitando la Protección Divina para el trayecto. Lo hace de cara a Oriente, a Jerusalén, donde se levantaba la Casa de Dios, el Templo.

Luego coge su daga veneciana y la guarda en la faja, debajo del jubón. Nunca se sabe.

Ya en la calle una última recomendación.

-Atención Lorenza, Petra y tú Terencio y seáis testigos los unos de los otros. Si yo, digamos me retraso o no regreso ¡Silencio, se lo digo! ordena al oír las quejas de ama e hija- Escuchadme bien. Dejaréis entrar en esta casa como su dueña a Josefina, que lo será si falto y está casada Ana. Así, consignado por escrito está en mis mandas en poder de don Nicanor.

El judío confía en el cura del pueblo más que en ninguno de los vecinos. ¡Vaya con el converso! Las cosas que tiene la vida, reflexiona Lorenza, aunque también ella lo haría, si bien el párroco es forastero.

Manuel sube al carro y –no puede evitar cierta tristeza, no sabe el porqué- precisa.

-Vamos, Gervasio!;Arranca o llegaremos a Plasencia al cabo de un día de mucho y víspera de nada!

El arriero castiga a la primera de las dos mulas en línea que tiran entre las varas. La yunta de refresco cocean cuando el ronzal las obliga a marchar uncidas detrás del carruaje. Los perros ladran pero la respuesta de los mastines, encadenados al carro, los disuaden de toda acometida seria, Los empicados muestran los dientes y gruñen avisando de su fiereza.

Sólo falta el chillido de los ejes. A Manuel no le agrada el penetrante sonido de las ruedas girando sobre la barra. Bien engrasados con sebo de cochino. Apenas un rechinar. Todo lo contrario a la mayoría de los solitarios carreteros para quienes ese estrépito les hace compañía en sus largos trayectos.

Gervasio satisfecho, nada falta para el camino, sólo un poco de suerte, sonrío. Si no llueve demasiado en una semana, poco más o menos, llegarán a Toledo.

Las comadres observan detrás de las ventanas, los hombres en la plaza y en la calle de la Cuesta que los lleva a la Vía de la Plata. La cogerán hasta Plasencia. Allí harán noche y habrá acabado el primer día. La salida de los Alvarado de Hervás constituye un acontecimiento señalado.

Ana contempla el perfil de Santa María sobresaliendo sobre el pueblo. Repentinamente torre, tejados y siluetas conocidas desaparecen. Por el marco trasero del entolado sólo se ven campos árboles, ovejas. Ha traspasado los límites de una vida y se adentra en el porvenir ignorado.

Se cubre con la pesada manta segoviana al tiempo que los interrogantes la asedian.

...Toledo. Cuenta Gervasio que sus calzadas están empedradas y por ellas circulan millares de personas, rodeada de unas murallas, con grandes edificios repletos de maravillas.

...Su boda. Según le ha dicho don Nicador la celebrará en la mayor y más bonita Catedral de Castilla el Primado, con un coro de cien o más voces, órgano, ella vestida de blanco, un traje especialmente confeccionado por una decena de costureras de acuerdo a las indicaciones de alguien que viste a las damas de la corte.

...Tomás Coronel. "Un hombre hecho y derecho, una persona en el sentido cabal de la palabra", se lo ha definido su padre, el mayor elogio del vocabulario de Manuel Alvarado para valorar los merecimientos de un ser humano: "Una persona".

...¿Qué, cómo será compartir el lecho con...un hombre?

"Te poseerá, niña. ¡Ábrete de piernas y recíbelo bien, sin estrecheces!

Si pones lo tuyo, gozarás, las mujeres estamos para eso al igual de lo varones. Un circunciso te hará el acto más placentero y limpio. Los de prepucio entero, no se lavan ni antes, ni después, ni nunca el capullo, salvo si caen a un río. Quitarse la roña no resulta faena tan pesada si se tiene costumbre de hacerlo por lo menos una vez al mes y no sólo de la verga sino del cuerpo entero. Proporcióname placer a tu hombre y dale lo que pida en la cama o

perderás, si te haces la rígida, a tu marido en mancebías, en brazos de otra, privándote, además, tú del goce”

Fueron las palabras de Josefina cuando ella le mencionó sus inquietudes.

El ama le dio esos consejos, y otros -¡Ni siquiera puede imaginar sean posibles ciertos actos entre hembra y macho!- con un gesto de complicidad, de memorias de haber gustado esos goces...¿prohibidos?

...Diego. ¿Qué será de él?

“Tendrá la suerte del soldado. Gloria, títulos, oro, mujeres por las buenas o las malas, heredades, honores si vive después de muchas batallas. O una tumba desconocida en algún campo de la muerte.

“La parca no avisa. Nadie muere en la víspera.”

Así le explicó Terencio a la enamorada cuando le preocupó que su amado se marchara a la guerra. Bien lo sabe el veterano de los Tercios. Podía contar sus campañas con los costurones condecorándole la figura de los pies a la cabeza.

Josefina considera el futuro. Manuel ha dejado caer palabras, frases, ha realizado gestos importantes, por ejemplo el haberle confiado los cincuenta “Excelentes” de puro oro, esa moneda tan apreciada por el mundo entero. -¡Una verdadera fortuna incapaz creer existiese!- para que ella los llevase en la faja ceñida a la cintura debajo de la falda. No debía quitársela, así se lo había prometido, ni para dormir.

Nunca comprenderá los motivos de Manuel para transportar tanta cantidad de oro por esos caminos tan inseguros. ¡Quién consigue entender a los conversos aún compartiendo el lecho con ellos!

Manuel desea el viaje finalice de una vez. Cumplido su deber de padre podrá pensar exclusivamente en él. Contempla Hervás, su pueblo.

Le resultará penoso abandonarlo para siempre una vez acabada la esquila de los rebaños de los marqueses del Puente y enviados, de acuerdo con lo convenido con su mayoral, los vellones a Lisboa. Si Lisandro ha efectuado bien los cálculos, -poco puede errar un leonés con mucha experiencia en las cañadas- serán miles de arrobas. Esa “lana negra” dará a ambos, mayoral y tratante, la oportunidad de una existencia placentera por el resto, si evitan los cojan antes de salir de Castilla.

Si los atrapan... la Mesta no perdona, tampoco el Rey. El pelo de las merinas representa para los propietarios y el soberano la mayor parte de sus rentas. La horca para Lisandro. La hoguera para él. Si alguien se atreve a tocar los bienes señoriales o de la corona, se debe exterminar a los osados dando ejemplo a los demás plebeyos.

¡Se hará larga la espera hasta después de la primavera! Terminado el esquila, transportada la lana a Portugal, huidos él y Josefina al otro lado de La Raya primero, recién entonces podrá pensar en la nueva vida soñada lejos del Santo Oficio, de la represión a sus creencias y formas de existencia. Algún lugar habrá en el mundo para ello. Amsterdam quizás...

-¡Apura, Gervasio, qué a este paso llegaremos a Toledo para Pascuas!

-¡Las putas ovejas, Manuel! El sendero está ocupado por centenares. Son descarriadas de algún rebaño grande. ¿Dónde tendrán los ojos los pastores?

-Desean llegar rápido a las dehesas. Llevan meses en las cañadas.

¿Les suelto los mastines?

-¡Ni se te ocurra! Con lo empicados que están se comen medio hato antes de abrir camino! Luego vendrán los reclamos. ¡Tira para adelante y pasa cómo puedas!

Gervasio castiga con la vara a los mulos. Estos, a coces y sin detenerse a pesar de los borregos que pisan, reinician la marcha.

Un fuerte sacudón, mayor a los habituales del carro, zarramea pasajeros y equipaje.

-¡Shhh, alto, mulos! El arriero, sin el suave aviso previo para no herir los belfos de las bestias, sujeta el correa y detiene en seco el andar.

-¡Se ha rajado una de las ruedas! ¡Ha dao con una piedra! ¡Las candongas no la vieron tapáa como está por las putas ovejas! ¿De qué habrá venido a parar este puto guijarro al medio justo de la huella?

Manuel, ya fuera del carro observa la avería. Larga la grieta, atraviesa desde el exterior hasta el eje. Se romperá a poco que ruede.

-Lo mejor será aura mesmo ajustar la raja con unas ataduras, pa aguantar un poco y cambiarla apenas se puea.

Manuel, contrariado, sabe por experiencia el grado de ira e impotencia del arriero. No se trata de, entonces, de irritarlo más. Ni enfurecerse él.

-Me parece lo propio. Así no podemos seguir.

-¿Vuelvo pa'l pueblo o tiro pa delante hasta "Las Cañadas"? En las ventas siempre hay ruedas de recambio, además el muy taimado de Antonio, el ventero, ha sido quien me ha vendió el carro.

-Tú mismo, Gervasio.

## CAPITULO 34

-¡Venga, sargento!

-¿Qué pasa, “Picao”?

-¡Eso se hace fuera, en el campo! grita el ventero al advertir el cuadrillero ha hecho sus necesidades en la cuadra junto a la puerta interior.

-¡No te jodas, ventero! Con el frío que hace el culo se quedaría tieso!

-¿La mierda de mis cuadrilleros huele peor qué la bosta de los animales, acaso? Fermín entra en el establo.

Antonio, preocupado, sigue al grado de la Santa Hermandad. Lo que hallará puede traerle problemas, si bien dos putas revolcándose con unos hombres en las caballerizas de una venta resulta normal para cualquiera. En ninguna posada de Castilla faltan dos o más lumias para satisfacer a los parroquianos y a los de paso. Pero éste sargento le parece medio raro.

-¡A ver putonas y “caballeros”, se acabaron las cabalgadas! Me gustará veros las caras más que los culos.

Las voces desagradan a Lisandro. Estaba en lo que estaba y lo peor que le puede suceder a quien cumple con una necesidad es que lo interrumpen.

El mayoral se levanta ajustándose los calzones.

De a poco se hace a la realidad. Se ha extraviado ocupado en darle el gusto al cuerpo guiado, además, por los espíritus del vino en los vericuetos del placer.

Reconoce a un cuadrillero. Nada le gustan los soldados de la Santa hermandad. Gente de la peor ralea. Un leonés orgulloso como él, verse sorprendido en cueros por una gentuza, lo más parecido a un agravio.

Al ceñirse la faja siente la empuñadura del puñal. La presilla de la vaina ha permanecido cogida cuando soltó el ceñidor.

Mientras lo hace, observa. Las mozas tratan de cubrirse. Están, con motivos, asustadas. Los ballesteros no son buenos “clientes” si están en cuadrilla.

Quien da pena es su rabadán- Con las calzas caídas sobre las polainas, la camisa perdida entre la paja, ebrio total, no se ha librado, todavía, de la lascivia. Será de poca ayuda llegado el caso. No permitirá nadie le ponga las manos encima, ni lo lleven preso. Antes muerto.

El sargento Fermín Peño también examina el cuadro. Las buenas carnes de las mozas lo atraen mucho, tanto que no advierte que alguien, con hábito de franciscano, duerme profundamente metido en una artesa de la cuadra entre y cubierto por el forraje.

Fermín estudia a los hombres, pastores. Uno el calzado con botas altas, de cuero, pardas, bien acabadas; mayoral. El segundo, polainas de piel de cordero, borceguíes, no están mal, de putas con su superior; el de rabadán de confianza. Ambos están protegidos por las ordenanzas de la Mesta. No están cometiendo ningún delito. Poco provecho podrá sacar de ellos.

Las mujeres, mozas, guapas, atemorizadas son asunto diferente.

-¡Vaya, dos maturrangas de buen ver! ¡Y tú, ventero, sin presentármelas!

-¡No las conozco, sargento! No son de por aquí. Llegaron esta mañana en una carreta de paso para el norte. Cuando se enteraron que no había damiselas en la venta, la Curra solía venir para las invernadas pero se murió llena de chanclos el año pasado, y la Tracia, no sé de donde era, se la llevaron pa los Tercios de Flandes pa servir a los soldados. Yo, a falta de lumias, algunos vienen a las posadas por ellas, las dejé se quedarán.

-¿Cuánto les cobras por la jacaranda?

-¿Yo? ¡Náa! Soy ventero, no rufián.

-Al menos te echarás algún que otro casquete con ellas, gratis, supongo.

-¿Yo...? Ni se me ocurre. —no le disgustaría, en especial con la marismeña, es una pollita, tiene aún la leche en los labios- ¿Pa qué? Mi mujer está cerca, a mano.

Fermín la estudia. Madura pero buena. Blanca la piel, buen palmito.

-Tenla siempre a vista, ventero. “La mujer maridada no viva descuidada”.

A Benito no le gusta el tono, ni la mirada del cuadrillero. A ese hombre algo especial le sucede con las hembras.

Antonio, resignado a que Teresa acapare elogios de los parroquianos, lo adorne con el truhán —quizás con algún otro del cual no tiene noticias pero si cuernos- calla. Espera que si algo acontece al menos sea sin violencias contra él y sin necesidad de ser pública la cornamenta. Cuando haya oportunidad le cobrará todas las afrentas juntas a Teresa y se quedará como único propietario de “Las Cañadas”.

-Sargento, interviene preocupado Lope de la Peña, -¿No estamos perdiendo un tiempo precioso? El sospechoso puede huir en cualquier momento. Le recuerdo; tiene un compromiso contraído.

-Le traeré a su judío, inquisidor. ¡No me importune! Arreglo mis asuntos con las “damitas” y nos ponemos en marcha.

El mayoral, completamente rehecho sopesa la situación. El Santo Oficio y la Santa Hermandad en sociedad son de cuidado. Lo mejor será marcharse de allí cuanto antes. No por nada. Con respecto a los cuadrilleros, dentro de lo que cabe con estas bestias las ordenanzas de la Mesta los protegen. Con la Inquisición, ningún temor; cristiano viejo, limpio de sangre, miembro de la Cofradía del Cristo Crucificado de La Montaña, su devoción está garantizada ante cualquier demanda, pero lejos de ellos resulta lo adecuado, siempre.



-Escuchen, “damiselas”; esta noche las quiero en la ballestería de Aldeanueva para unas comprobaciones.

-Estas mozas tienen compromiso con nosotros, sargento. Lisandro no aguanta desplantes de nadie, en especial de aquellos que por llevar chapa se creen autorizados a hacer lo que les sale de los huevos con quienes los deben aguantar. –Estamos de camino para los chozos. Vienen invitadas, por mí, a pasar unos días en las dehesas.

-¿Mujeres en una invernada, entre pastores? ¡Vamos, mayoral! Eso no se lo cree ni el Beato de Liébana. ¡ Ya me ha cansado, “señorito”! ¡Identifíquense pastores! Nombres y apellidos antes de enfadarme de verdad y se me llenen los huevos.

-Lisandro Guardo, mayoral de la Cabaña de los marqueses del Puente, miembros del Concejo de La Mesta. Éste, Eliseo Montes, rabadán de mismos hatos. Somos de León.

-Me he pasado a mayores y rabadanes más pintados que tú, leonés, por las entrepiernas.

-Me parece oportuno, cuadrillero, sepa que el Marqués del Puente, un flamento, es familiar del Rey.

-¡...Y yo hijo de la abuela de Carlos V!

-Esa se llama Isabel y hembra, sargento es la hija del Rey. Teresa interviene con un chismorreo circulante por Castilla; pretende aflojar las tensiones.

Le consta que tanto mujeres como varones son propensos al cotilleo, si de alcobas reales, más interesan.

-¡Tú, cuidado con hablar mal de los soberanos o me tendrás que dar cuenta de ello en el puesto esta noche!

La ventera se atemoriza. Conoce como son y acaban los interrogatorios de una cuadrilla de la Santa Hermandad. A más de una le tuvieron que coser el coño o el culo. O ambos.

-Si no tiene nada más, sargento, gustaría marcharme. Como hoy ha llegado a su Palacio de Sotofermoso el Señor Duque de Alba y su nieto don Fernando, he pedido audiencia para presentarle mis respetos. Las ovejas de los marqueses del Puente pasarán el invierno en sus dehesas.

Fermín recibe el mensaje del mayoral contenido en las correctas frases empleadas. “Estamos bajo la protección de los Alba, favoritos del Rey. Si te propasas, cuadrillero, don Fradique te puede colgar sin dar explicaciones. No le gustará molestes a quienes le pagan buenos juros por sus partos.”

No lo soporta. Un pastor redomándosele.

-¿Llevarás contigo a esas lumias a palacio?

-No creo le interesen a quienes disponen de señoras de alta calidad para sus diversiones. Por otra parte los servicios convenidos con estas mozas se limitan a mis gentes. Como conchabadas por mí están bajo la protección de las ordenanzas de La Mesta. Son parte del personal de los rebaños.

Poco más puede aguantar Fermín. Un rústico, lo es aunque se la de de superior, no le faltará el respeto

-¡No te hagas el bravo conmigo, borreguero! A más agalludos que tú he empalado, serrano. Si quiero apreso a quien se me cante, lo juzgo y lo cuelgo. Tengo poderes para eso y más dados por los Reyes Católicos a la Hermandad desde el momento mismo de su creación.

Lisandro observa la ira apoderándose del cuadrillero. No auguran nada bueno. Potestad y antejo hacen mala combinación. Desliza su mano, suavemente, hacia el pomo de la faca.

-Sargento. ¡Por favor! Debe cumplir mi órdenes. Lope emplea un tono que va desde mandar a implorar. - ¡Se nos irán de las manos quiénes realmente interesan!

-En cuanto liquide este asunto, no me gusta dejar nada sin acabar, no me llevará mucho, nos vamos.

-Sargento, creo que se apellida Peño...

Las palabras de Benito, desea demorar la partida de la cuadrilla en pos de los Alvarado, no llegan a finalizar la frase.

Fermín, convulsionado por el apelativo empleado por el jugador, si llevan injuria no ha sido esa la intención, por lo menos de primeras, -quizá de segundas, pero eso no lo conoce ni el mismo Benito- lo agarra por el cuello y se lo oprime con saña.

-¡Nadie me llama inclusero sin pagármelo en sangre!

-¡No es tan terrible! Yo soy también hija del torno.

-¡Chiton, puta de las marismas!

Una violenta bofetada acompaña la imprecación. El violento golpe del sargento, con todas las fuerzas, repentino, arroja a Elvira al suelo. Enfurecido coge de su carcaj una larga flecha, de las utilizadas para dar mayor alcance a las ballestas, apretando su punta utiliza la varilla como fusta. La hace cimbrar en el aire para imprimirle mayor fuerza. La descarga cruelmente para producir el mayor estrago en la piel de la jovencita.

-¡Te voy a despellejar viva, puta, más qué puta!

El improvisado látigo marca un surco de sangre. Deja en carne viva los erguidos pechos de la mocita. Elvira desfallece. Pero al cuadrillero no le basta. Enceguecido por la rabia continúa el castigo.

-La va a matar, "Picao"

-Puée ser. Si le sigue dando... no ha de faltar mucho.

Lope, aterrado ante la acción de Fermín, al escuchar los comentarios de los soldados reacciona acaso sin pensárselo demasiado.

-¡En nombre del Santo Oficio, deténgase sargento!

-¡ Me la traen floja tú, la Inquisición y el Espíritu Santo, cagaborrones! ¡Nadie me ha llamado hijo de puta sin pagarlo con la vida! ¡Y no será una zorra de estero quién no acabe en la tumba por hacerlo!

En cada trallazo el expósito experimenta una extraña sensación de extremo goce.

Roselia, sacudida por cada zurriagazo dado a su compañera de andanzas y desdichas tiente la daga. La lleva en las cintas que sujetan su media derecha. Levanta el refajo con disimulo buscándola.

Esa bestia no matará a la hija de su madre. Si viene por ella en cuanto lo tenga a tiro, le dará un buen tajo en la azulada vena que sobresale, hinchada, en el cuello del cuadrillero. Por ahí se le irá la vida. Así despenan a los corderos los moriscos en Sevilla.

Si yerra la cuchillada, la Macarena la reciba. Habrá muerto en ley, no como una borrega.

Benito ve con quien se la jugaría Manuel y Josefina si se topan con ese animal. El de la Santa Hermandad lleva los triunfos del poder en la mano, lo sabe y está majara. Lo aconsejado, pasar. No hay ninguna probabilidad de no perder todo, hasta la vida. Debe avisar al converso para lo esquiven y cojan el camino de la Raya. Lleva todas en contra. En cuanto pueda saldrá al corral trasero y comenzará a correr hacia el pueblo. Correr es la mejor arma de los pobres.

-“Marta, Marta,  
a la mala digo,  
que no a la santa...”

Alipio no está muy convencido que las invocaciones de “La Nolia” lo saquen de este aprieto. Cuando la Santa Hermandad se desata siempre un gitano queda muerto. Hay que jopárselas. Les hace una señal a sus chavos señalándoles la dirección de la puerta trasera. Le da un toque a la romi. La gitana no necesita explicaciones. La cobardía es la mejor defensa de los desamparados.

Lisandro apenas se aguanta. Van a matar a una mujer, quizá a dos, delante suyo, si hacer él nada. Tiene la faca. Matar de un corte en la yugular a ese hijo de puta no le será más difícil que sacrificar un cordero. Si saca el cuchillo podrá acabar con el sargento pero hay tres cuadrilleros más. No tiene opción, ni ayuda.

Eliseo no está para ningún lance. Los gritos -¡la madre qué la parió cómo se puede sufrir tanto sin morir!- de la moza recién lo devuelven a la realidad, si bien parece, todavía no está muy enterado.

Además, jugarse la vida por una puta y perderla, lo probable, cosa de necio. Quien ha elegido el camino del meretricio sabe a que se expone; a los caprichos de un degenerado, a las palizas de sus chulos, a que la despachen para el otro mundo en un entrevero de burdel o diñarla podrida por los chancros. Y él podría olvidar hacerse rico.

El licenciado Lope de la Peña, si flojo en la sala de tormentos, resulta también blando en la ocasión. Lo comprueba sin quererlo. Cierra los ojos para no ver el brutal castigo. Se mea en las calzas sin poder contenerse. Cada alarido hace se le abran los esfínteres, pero, por ahora, la mierda aguanta.

Diego, aduendado por el alcohol, inexperto y sin comprender nada, se siente caballero y alarga el braza hacia su espada. Antes de poder empuñarla alguien lo detiene pisándole la mano.

-¡Quieto, muchacho! No te pierdas por una mujerzuela a quien ni conoces.

El suave pero férreo apretón, el tono imperativo tiene el acento de su madre se lo impide. Al dirigir sus ojos a quien lo protege, ya lo presentía, se encuentra con Teresa. La ventera agrega susurándole.

-Deja ese acero para mejores empresas. Si la levantas contra el sargento acabarás cadáver. ¡Míralo! Es un experto en hacer daño. No sólo por oficio sino, también se ve, por gusto.

El ventero ruega el cuadrillero sacie su ira con la pelandusca y se marche de una puñetera vez a buscar al judío. Si la mata, según parece va pa finada, la enterrará fuera, con los otros muertos. Siempre, si no es una riña, hay un borracho que molesta a un señor. Por fortuna en esta oportunidad no habrá investigación ni preguntas.

Teresa ha visto correr sangre más de una vez en la venta. Los hombres cansados del camino, se soportan menos que de costumbre reunidos, embriagados tiran de cuchillo por nada. Ha contemplado a cuadrilleros prepotentes, brutales ejerciendo su poder con violencia pero un castigo tal como Fermín le está propinando a la putita de los esteros, nunca.

“Está loco, lleno de furia”

Descarga su resentimiento contra la indefensa. Debe ser más que difícil saberse el hijo de una furcia. La ventera atemorizada, considera...” una vez haya acabado con la infortunada muchachita -¿habrá saciado su rencor o continuará con las hembras que encuentra a mano, ella como segunda o primera?- “Sólo dos más se encuentran en “Las Cañadas”. Nadie las defenderá. Benito siempre ha sido un encogido. De los demás, poco. No los pastores. Nada tienen que ver con nadie de los presentes. Los soldados de la cuadrilla, -conoce bien a “El Picao”- no se moverán para detener al superior. Tres son virtudes de un buen miembro de la Santa hermandad; una, ser ciego, sordo y mudo ante los actos de sus mandos si no quieren palmarla antes de tiempo o terminar sus días como corchete en algún caserío vizcaíno; dos, jamas declarar como testigos contra un compañero, salvo si un superior le da orden de hacerlo, tres, achinar a cualquiera de ellos que viole estas reglas y otras tácitas. Teresa tiene constancia que Antonio, su marido, no moverá un dedo por ampararla si el endemoniado sargento la elige para continuar descargando su delirio. Antonio la sepultará, pero a diferencia de otros finados que acabaron sus días en la venta, a ella públicamente en el cementerio del

pueblo. El vecindario por entero sabrá; la adúltera ha dejado de adornarlo y ha pagado por convertirlo en el cabrón más reputado de Hervás. Además se quedará con el total de la propiedad de “Las Cañadas” de la cual sólo poseía la mitad que su padre le dio para casarse con ella de siete meses, de Benito, afirmaban las comadres enteradas. Y ¡A Dios gracias! no más temores que la Inquisición la apresara un día por ser una marrana, aunque nunca judaizó más por falta de oportunidad –en la cofradía de la Santa Asunción no aceptan hembras- y la consideran una mujer deshonesta con motivos más que probados.

Antonio piensa y no faltan antecedentes, que llegado el caso lo acusarán a él de no haberla denunciado y expropiaran la venta quedándose el Santo Oficio con todos los bienes.

Teresa, impuesta de cual será su destino, si es la segunda, se prepara. Tiene a mano una hachuela para cortar carne...Quizás mejor será morir a continuar viviendo de tan miserable forma.

La putita ha dejado de gritar hace un rato. Tiene el cuerpo cubierto de rojas estrías. Si no la ha despachado, poco ha de faltar.

El sargento, con el resuello entrecortado, se mete en el cuerpo una jarra de vino. Extraviado, trata de centrar sus ideas.

Ahora...

-¡Buenas y santas tardes!

-¡Gervasio! La aparición del arriero alerta a Benito. Si él está dentro, fuera se encuentran...

Teresa se le acerca de prisa con una jarra en la mano y al tiempo de alargársela le musita dándole, como si de pariente cercano se tratara, un beso en la mejilla. “¡Vaya! ¿Qué querrá la ventera si de tocarle el culo nunca ha pasado?”

-¡Vete, lárgate ya sin decir mú!

El recuero no entiende nada. Todo le suena a raro.

En cambio el sargento Fermín Peño presidente en las trazas del hombre lo perseguido. El atuendo denuncia la profesión; sobrecalzas de tela fuerte, borceguíes de faena, verdes, boñigas y barro cubriéndolos, zamarra de cordero de la lana vuelta para no engancharse en las malezas de las trochas angostas, vara larga para azurar el tiro. Si se trata de quien supone...

-¿Qué se le ofrece, carretero?

Un cuadrillero. ¡Bah! Nada tiene que ocultar.

-Se me ha rajao una rueda. Vengo a ver si Antonio tiene una.

Fermín, por instinto y experiencia sabe que si lo interroga directamente sobre lo que le interesa puede ponerlo sobre aviso, lo inquiere sobre el asunto que lo traía pero relegado ahora a segundo plano.

-¿No llevará por un casual a un franciscano en la carreta?

-¡Naa di iso! En el carro van Manuel Alvarado, Ana, su hija y Josefina, el ama.

La sonrisa del cuadrillero refleja su maligna satisfacción.

-¡Los tengo cogidos en el garilito! ¡"Picao", "Tuerto"!

-¡Mandel! Ambos responden al unísono. También ellos están complacidos.

El asesino ha quedado para otra oportunidad, quizá con un poco de suerte haya cruzado La Raya.

-¡Detengan a los pasajeros del carruaje! ¡No sacudan al hombre ni le metan mano! El judío es mío.

Lope, retenido el orín que fluía incontenible, reacciona. Al ver salir apresuradamente a los ballesteros, en voz alta, aclara.

-¡Cuidado con todos! Son presos del Santo Oficio.

-Por supuesto, licenciado. La mueca de Fermín subrayando la respuesta inquieta al inquisidor. -¡Vamos, "Mudo" a ver qué pasa fuera!

Alipio, atento, libre la venta por unos breves instantes, considera llegada la oportunidad.

-¡"Nolia", chavos, afufémonos, antes qué regresen los chorres de la Hermandad!

Los gitanos, guiados por el hombre, se escurren silenciosamente por la puerta que da al corral trasero.

Lisandro los ve. No estará mal imitarlos. Escapar, pudiendo, no hacerlo es de memos. El mayoral carga sobre sus hombros a la desfalleciente Elvira bañada en sangre pero viva. Ya la curaran los pastores en los chozos. Hace un gesto a Roselia al tiempo que le indica.

-¡Por ahí, moza, detrás de los calós! ¡Y tú Eliseo! ¡A ti no te cargo ni muerto!

Pastores y mozas salen al cercado. Escondidos entre carros, cajas, toneles, aperos viejos, botas de vino ajadas y deshechos de todo aquello que en una venta ya no sirve pero no se tira, se hallan ocultos Alipio y la familia a la espera del momento adecuado. Saldrán cuando los cuadrilleros estén dentro.

Lisandro y los suyos los imitan. Si de huídas alguien sabe, esos son los egipcianos, considera el mayoral.

Agazapados, tensos, aguardan. Cuando los calós salten la valla, y se expongan a campo abierto, ellos los seguirán. Los caballos se encuentren cerca. En las dehesas del Duque de Alba estarán a salvo.

-¡Entuavía quedan hombres! le murmura cálidamente Roselia a quien se juega por dos mujeres de fortuna sin tener compromiso.

-¡Ni sé por qué lo ha hecho, moza! Lo que sí tengo en claro que se me ha chafado el negocio de mi vida.

- Lo perdido, perdido está. ¡Olvídalo! Ya encontrarás otro arreglo.

- ¿Un hombre de fiar cómo Manuel Alvarado? Hay pocos tan cabales cómo ese judío, puedo asegurártelo, Roselia.

-¡Preparados! Avisa Alipio. –Se ha armo un jaleo baró ahí delante. En cuanto diga, saltamos, cojo el borrico y pa “ La Raya” a toda pata!

-¡ No se resista, dése preso, Manuel Alvarado!

-¡Quíteme las manos de encima! ¡Identifíquese, cuadrillero!

-Sargento Fermín Peño, de la Santa Hermandad, a cargo del puesto de Aldeanueva. ¡Para lo qué te a servir, judío, conocer mi nombre!

-¡ Para denunciar a quién me ha quitado mi faltriquera!

-Eso tendrás que probarlo, circunciso. Fermín después de sopesar la bolsa la mete entre camisa y piel.

-¿Pesa mucho, sargento?

-¿A ti qué te importa, “Picao”?

-Decía... Como por ahí nos toca un pellizco, siempre resulta bueno saberlo. El soldado justifica su interés. La expresión, ávida, lo subraya.

Fermín recuerda sus no lejanos tiempos de soldados sin grado. Los alcaldes nunca compartían los botines, ni las recompensa, ni “las dádivas que quebrantan peñas” con los subordinados. Pero él recién ascendido, al mando de una cuadrilla de tipos con años de servicio, los necesarios para curtirse en los procedimientos de la Santa Hermandad y los códigos no escritos de relaciones internas, sin comprometerse demasiado – ya verá- agrega – todo se andará, “Picao”. Por ahora yo me llevo al judío dentro. Vosotros traed a las mujeres sin toquetearlas demasiado.

El sargento de un violento empujón a Manuel que, trastabillando cae al suelo dentro. El converso, confuso, no se explica la detención. Ha liquidado a sus fiduciarios –al obispo Martín del Valle los intereses del capital confiado, al Duque de Alba los juros de los pastos altos del Ambroz, a los Zúñiga el impuesto secreto de la Cofradía de la Asunción, aunque conversos, les agrada percibirlo como en tiempos de las aljamas judías de sus señorías.

No, de cuentas mal hechas no se trata. Siempre ha cuidado fueran exactas para mantener el prestigio alcanzado entre gentiles y propios de ser honrado, cumplido. La honestidad siempre resulta la mejor inversión para un mercader. Así se le enseñó su padre. Hizo su fortuna gracias a esa fama.

-¡Ahí tiene, licenciado, al prófugo!

Al levantar la mirada y descubrir a los pies de quien está, Manuel Alvarado descubre los motivos del apresamiento y lo grave de la situación. La Cruz Verde de Borgoña labrada en el jubón negro de un familiar de la Inquisición da respuesta a sus interrogantes.

De una rápida ojeada el converso percibe –no en vano ha pasado la mayor parte de su vida tratando con personas de todos los orígenes y clases- con el tipo de individuo del familiar del Santo Oficio que tiene delante. Joven, afectado el gesto, vestiduras nuevas, no han terminado de ajustarse al cuerpo del dueño por el uso, calzas sin rodilleras, zapatos brillantes, el polvo de los caminos no ha conseguido aún disminuir el lustre, rasurado esta mañana, -apenas una sombra de barba en los mofletes de niño bien alimentado- el pelo recortado y limpio, blondito, de familia del norte con agua abundante a mano los labios apretados, los ojos saliéndose de las órbitas dan a Manuel un cuadro de inquisidor; un novato. Feo asunto. Tratar con un inexperto, con un aprendiz solo frente a un tema, sin mañas y experiencia de cómo se resuelven los hechos en los primeros momentos, -corchetes, ropones, guardias y demás funcionarios encargados de guardar el orden prefieren ser ellos los untados en esos instantes que llevar adelante el asunto y los cohechos sean para los magistrados.

Pero en esta ocasión, Manuel no alberga duda, de poco sevirán los cincuenta excelentes de oro que acarrea Josefina en la faja oculta por el refajo. No los aceptara y lo hará constar como agravante, intento de soborno a familiar del Santo Oficio.

Mejor esperar y ver como vienen dadas. Se pone de pie y con gesto digno le manifiesta al bisoño inquisidor.

-Soy Manuel Alvarado, mercader agente de lanas, de Hervás. Antes de proseguir, vucencia –alabar a un principiante no molesta- deseo hacer presente que ese cuadrillero me ha quitado la faltriquera con una buena cantidad de maravedíes y escudos dentro.

-¡No me acuses en falso, judío o no llegarás vivo a Plasencia!

Las amenazas del sargento no las debe despreciar, parece una bestia salida de una jaula, le dan a Manuel un dato; lo llevan al Tribunal del Santo Oficio cercano. Quizás allí entre oro y relaciones pueda evitar lo peor, si lograra dar aviso a quien corresponde.

Lope de la Peña siente llegado el momento de intervenir. Lo hará con la mayor dignidad posible; es su primer arresto.

-Manuel Alvarado le comunico que está detenido por orden del Tribunal del Santo oficio.

-¿ De qué se me acusa?

- De judaizar.



La mala. Será difícil eludir tormento y fuego. El lo esperaba en cualquier momento de su vida. La que no, y le será una prueba imposible de sobrellevar, Ana. Su hija siempre se ha considerado una buena cristiana.

-¿ Quién ha sido el interesado en vilipendiarme?

-El Santo Oficio nunca da el nombre de sus colaboradores. Con intención agravante acaba

-Dada su condición debería saberlo.

-¡Un malsín, un delator se obtiene fácilmente! Contra la denuncia de un soplón ávido de recompensas valdrá la palabra de un Zúñiga, de un obispo que darán fe de mi comportamiento católico-

-Yo no juzgo. Ya la evaluarán los magistrados cuando corresponda.

Manuel tiene perfectamente conocimiento de lo que les espera. Si no logra evitar los interrogatorios, tanto de él como de Ana...

-En "el potro" darás fe que las acusaciones de traidor a la Santa Iglesia son verdaderas.

Las certeras afirmaciones del sargento lo estremecen. El maldito y ladrón esbirro de la Hermandad conoce su oficio. Quizá el tenga redaños para aguantar o fenecer en el tormento, será lo que el Todopoderoso decida, pero su niña en la tortura... A los primeros dolores, ella que nunca ha recibido castigo ni ha sufrido padecimiento alguno, confesará y dirá que es verdad lo nunca sabido. Si niega ningún inquisidor le creerá. Sólo suplicios peores le darán.

"El Picao", "El tuerto" y "El Mudo" traen a empujones a Josefina.

-Aquí tiene a las mujeres, sargento; una gallina y una pollita.

El ama cruza la mirada con Manuel, observa la Cruz Verde; no necesita más. Mal asunto.

La muchacha, desconcertada, perdida en la confusión, recibe un aviso como si alguien la requiere. Es Diego. Los ojos de ambos se comunican, ella pidiendo socorro, él decidido a prestársela. Su mano busca la espada.

Lope ante la presencia de las mujeres, tieso les comunica, está así dispuesto en las ordenanzas, los cargos.

-Contra Josefina Sánchez, criada del acusado, cristiana vieja, por el momento no hay causa pero se verá. Le informo que está a disposición del Santo Oficio.

Ella busca, y halla, a su hermano. Benito pudo huir con los gitanos y los pastores. Es más, se sintió impelido a ello pero no pudo. Si Josefina está en un apuro alguna flor se le ocurrirá para sacarla del aprieto.

-Ana Alvarado, hija del detenido. Está acusada de complicidad manifiesta.

-¡ Basta de retahílas, leguleyo! Las cuerdas o el agua les hará soltar las lenguas.

Lope molesto ante la intervención insolente de un simple policía a sus órdenes, enfático, como si luciera gola, se impone.

-Sargento, debo cumplir el procedimiento y manifestar a los detenidos los motivos del arresto.

-¡...Y leerles la sentencia a los condenados antes de quemarlos! Todo de acuerdo con las ordenanzas.

-Es mi obligación. Los trámites constituyen la esencia de la justicia, sostienen el sistema legal y no observarlos...

-...Evitaría la existencia de abogados y otras alimañas que se nutren de aquellos que caen en sus manos.

-Le recuerdo, cuadrillero, que la Santa Hermandad forma parte del orden establecido en Castilla por sus majestades.

Fermín calla. El novato lleva razón. “La ley, la del Rey”. Examina a los apresados. El judío, hombre hecho, aguantará hasta cierto punto; la manceba, depende de lo que suelte contra su amo para no pasar demasiados tormentos. La mocita...¡Pena se convierta en cenizas sin haber probado macho! Tendrá el virgo entero. ¡Desde aquellas gitanillas lusitanas, cogidas solas tratando de matutear a través de la Raya, no recuerda haberse pasado por la entrepierna ninguna con la palma sin abrir! Y de esos deleites eran tres las egipcianas ha pasado tiempo.

-¿..Ha comprendido, Ana Alvarado? Se le acusa de judaizar.

-¿Yo? ¡Soy devota de la Virgen de las Angustias, voy a misa a diario me confieso!

Lope no acepta, -le han enseñado a no creer ninguna de las afirmaciones de los conversos traidores a la Iglesia. Resulta obvio, al menos, el encubrimiento.

-¿Por qué entonces no ha denunciado, le está expresamente mandado a todos los fieles, sus prácticas judaicas? Las ha ocultado, Ana Alvarado.

-¡Por qué soy un progenitor! ¡Los hijos en Castilla, le recuerdo licenciado lo preceptuado en Las Partidas, no pueden inmiscuirse ni averiguar las actividades de sus padres! Lo que yo haga o deje de hacer, nada puede ni debe importarle a la prole, está así escrito inquisidor! ¡Mi hija, además de hembra, es menor! Su opinión nada vale. Si soy yo responsable de alguna falta, que dudo pueda imputarme, los decires de ninguna mujer tienen valor! Deje en paz al ama y a mi niña.

- Gran equivocación la suya. El Santo Oficio considera el testimonio de los familiares directos de gran mérito. ¿Quiénes, mejor que ellos conocen los comportamientos de los padres, hermanos, tíos, primos, abuelos? Conviven con los sospechosos, los ven actuar. Los principios de la Inquisición son diferentes a los del común. Ana Alvarado deberá atestiguar de buen grado...

- ¡...O se lo contarás al verdugo cuando te apriete las cuerdas, pollita! Fermín completa la frase de Lope con placer.

La moza, aterrada, trata de correr hacia su padre.

- ¿Ande crees vas, pimpollo? Le espeta el sargento al tiempo de atraparla entre sus brazos deteniendo su carrera. La aprieta fuertemente contra el cuerpo. Sonríe. Ya la tiene sujeta.

- ¡Deje en paz a la detenida, cuadrillero!

- ¡A callar “cagatintas”! ¡La presa es mía! ¡Ya la entregaré en Plasencia! Pero ahora la beneficiaré como corresponde. Debe tener la “palma” entera.

- ¡Padre!

El grito de la hija hace que Manuel se revuelva. Si Ana está en peligro él debe... “El Mudo”, sin esperar orden alguna, le da con la ballesta un tremendo golpe. Nunca le viene mal a un preso un buen estacazo. El converso cae al suelo atenazado por el dolor. Además el sargento está con “asunto entre manos” y nadie debe interrumpirlo. Quizá, puede suceder, le toque algo después.

Fermín arrastra a la muchacha hacia un banco.

- ¡Alto cuadrillero! ¡Las ordenanzas de la Inquisición son terminantes! ¡Están prohibidas las relaciones sexuales con las prisioneras! ¡Reprimase!

- ¡Pues dígaselo a los castos frailes dominicos a cargo de las cárceles de mujeres! ¿Cuántas preñadas después de años de prisión van al quemadero? ¿Las cubrió el Espíritu Santo?

- ¡Está blasfemando! ¡No compare a la Virgen María con esas judías!

También era judía, piensa Teresa. Lo de inmaculada, que venga Dios y lo explique. Pero están las cosas será oportuno ver como ayudar a la muchachita. Si esa bestia desatada la pasa por encima y luego, no sería la primera vez, los subordinados lo imitan, puede acabar con Ana la juerga de los cuadrilleros. Ella y Josefina terminaran de espaldas, forzadas las veces que puedan y, tampoco faltan datos, luego las maten. A las tres. Quizá le den fuego a la venta. Cerca de la chimenea hay una barrica llena de sebo.

Fermín doblega a la ninfa sobre un banco; luego con la rodilla comienza a separar los apretados muslos...

- ¡Quieto, hijo de puta!

Fermín presiente un arma en la mano de quien se atreve a detenerlo su diversión. Más aun; insultarlo. Si bien está de espaldas no tiene dudas. Es ese boquirrubio borracho que anda por la venta sin enterarse. Un hombre con experiencia lo hubiera atravesado por atrás sin tantos remilgos. Se vuelve lentamente. Ha estado en lo cierto.

- ¿Qué pasa, mozo? ¿Quieres participar en el jolgorio?

Diego, espada en alto, trémulo, pretende amenazar al de la Hermandad. Está decidido. Si no hay alternativa le dará una estocada, tres cuartos arriba tal como le enseñó Terencio. Pero clavar el acero en carne humana... Nunca lo ha hecho hasta ahora. Un hombre no es un saco de paja. Cuando probó con una oveja, para irse acostumbrando a la sangre decía el veterano de los Tercios, vomitonas. No tiene oportunidad para más reflexiones.

Un pesado capote le cae encima de la cabeza cegándolo, impidiéndole mover los brazos. “El Mudo” ducho en entreveros, conoce el oficio, lo ha hecho. El atrevido está ahora a merced del sargento.

Fermín coge una espada corta, se encuentra junto al carcaj y la ballesta, -las ha dejado para tener libertad y sujetar a la moza- la mete a fondo, a bulto guiado por la silueta marcada por la tela. El acero atraviesa el paño y entra el blando hasta tropezar un hueso.

Retira el arma ensangrentada pero el mozo no cae. Debe rematarlo. La próxima cuchillada será a la nuca, en el hueco, si puede y descabellarlo de una vez.

Busca la posición. Levanta la escarcina. Antes de lograr la posición adecuada alguien, imprevistamente, le da de lleno por detrás y lo hace trastrabillar. La estocada se pierde en el vacío.

¿Quién ha sido? La moza. Ana, sin pensárselo mucho ha salvado a Diego.

La ira acumulada desde la inclusa estalla una vez más. ¡Ya matará al atrevido! Su inquina a las mujeres le exige prioridades.

- ¡“Mudo”! ¡Ténme a raya al mocosito! Me ocuparé de él cuando acabe con esta putilla.

El cuadrillero carga su ballesta con un dardo corto. A tres varas dará donde le plazca; ahora, sin el capote cubriéndolo es un blanco perfecto, inerte, haciendo sangre su brazo izquierdo por más que la ventera trate impedir la pérdida toda con un torniquete.

Fermín con una violenta bofetada arroja a la jovencita al suelo.

Le arranca refajos, enaguas, bragas. Las vulvas no penetradas por verga hasta ese instante aparecen secas por el terror que ha paralizado los flujos del sexo. La humedad propicia para el goce no surge, niega a segregarse. Su violación no es un acto de placer aún inconscientemente consentido. Ana rechaza la bestia que pretende cubrirla como un garañón a una yegua esquiva. Lo ha presenciado más de una vez en el corral de Gervasio pero sus coces no detienen al hombre que intenta montarla de forma salvaje, peor que si fuera un animal. Las fieras más feroces, cuentan las mujeres del pueblo, advierten las negativas de sus hembras a ser penetradas, el ser humano, no. Fuerza a quien sea si sus poderes físicos o jerárquicos se lo permiten. El varón es el bruto más lascivo del reino de Dios.

- ¡Cuidao, sargento! Fermín, ante el aviso, se echa a un lado descabalgándose de Ana a la cual había conseguido separar los muslos reciamente apretados.

La voz de alerta de “El tuerto” le salva la vida.

Manuel, recuperado del golpe, daga en mano - los cuadrilleros no lo imaginaron armado, los judíos no lo hacen de habitual - arremete contra el violador de su hija pero éste se ha cubierto debajo del banco sobre el cual yace Ana.

El padre se detiene, apenas la duración de un jadeo, el tiempo necesario para que “El mudo” - ballesta armada - le dispare a unos pasos.

La saeta penetra profundamente en el pecho. Manuel percibe como la vida se le escapa. Su inteligencia, antes de apagarse para siempre, le dicta un deber y un sentimiento.

El primero; salvar a su hija del tormento y de la hoguera.

- ¡Confesión, confesión! ¡Quiero morir como un buen cristiano! ¡Un cura! ¡Un cura, un confesor por el amor de dios! ¡Vuecencia mismo!

- ¡No puedo, no estoy ordenado!

- ¡Mientes hasta en la hora de tu muerte, judío perjuro! Fermín, repuesto, astuto, graduado en el oficio de sobrevivir, intuye el plan del converso.

- ¡Calle sargento! ¡Si un moribundo pide el Santo Viático para fenecer en la gracia de El señor, es obligación de todo buen católico ayudarlo a cumplir el sacramento!

- ¡Imbécil cagatintas! ¡Si la palma como buen cristiano protege a la hija y a sus bienes! ¿Quién dudará de la sinceridad de un muerto?

A Lope se le escapan las reglas del macabro juego entablado entre el cuadrillero y el converso, no acierta a encontrar la verdad entre las astucias y los ardides.

Pero se produce un hecho prodigioso. Por la puerta del establo a la venta aparece un fraile franciscano. La visión del sacerdote, mensajero de Dios saca de dudas al licenciado.

- ¡Milagro, milagro! ¡Un monje enviado por el Todopoderoso! ¡Aquí, padre! ¡Pronto, que se nos va!

Manuel, aún consciente, escucha las palabras del inquisidor. El Señor de los Mundos ha oído sus ruegos. le ha proporcionado la forma de salvar a Ana. Con sus últimas fuerzas insiste.

- ¡Confesión, confesión! ¡Quiero enfrentarme a Cristo como un buen hijo de su Iglesia!

Fermín no soporta lo que él está seguro es el último truco del judío.

- ¡Basta de engaños, marrano! ¡Declara que has judaizado o te...!

Manuel sonríe. Ha llegado el instante deseado al sentir la fría presencia del Ángel de la Muerte. Está a punto de conocer la respuesta a la eterna incógnita del hombre que sólo el morir puede contestar. Sus dudas...

- ¡Por fin!

Acaban...

Fermín sacude el cuerpo exánime. Ya no le caben incertidumbres.

- ¡El muy ladino ha conseguido escapar antes de ser declarado culpable! Bien sabía el judío que le esperaban el tormento y la hoguera.

- ¡Se ha marchado de este mundo inconfeso! ¡Al menos un responso por su alma, padre!

El pedido del angustiado Lope atrae la atención del sargento hacia el fraile que, enmarcado por la puerta del establo, contempla los hechos con expresión ausente.

Si bien el franciscano se halla a más de quince pasos el cuadrillero percibe detalles; descalzo, tobillos rojos, diferentes al resto de la piel, barba crecida y descuidada de muchos días, pelo sucio, hábito corto para la estatura del monje, consumido, ojos moviéndose de aquí para allí como un animal acorralado, mugriento...

- ¡Ni fraile, ni cura, ni nada parecido! ¡Es el asesino que perseguimos! ¡Ahí está el prófugo! ¡Date preso hijo de una podrida tusona!

Francisco Miranda reacciona lentamente. Aún está preso del vino y la fatiga.

- ¡A por él! ¡Qué no huya! ¡Os caparé y comeré vuestros huevos fritos!

La orden clara, actúa de manera dispar en la cuadrilla. "El Picao" no encuentra su espada, al "Tuerto" se le rompe el gancho de la ballesta y no puede colocar el dardo. Sólo al "Mudo" le hace efecto inmediato la voz de mando del superior. Desenvaina y arremete.

El soldado de Las Indias tiene memorias de situaciones parecidas: turbas de caribes, aztecas o lo que fueran cargando lanza en alto contra ellos, apenas un grupo. Instintivamente, al descubrir que tiene un trabuco en la mano, realiza la operación que en aquellas le salvaron la vida en más de una ocasión; levanta el arma al mismo tiempo que amartilla y presiona el gatillo apuntando directo a la cabeza. La única forma segura de detenerlos en el caribe, a dos pasos.

El resultado, el mismo. Dónde estaban los ojos, la nariz, la boca del "Mudo" ahora hay un agujero negro; el atacante, que no esperaba nada parecido, se para y cae, igual que los indios se desplomaban.

Fermín, sin importarle demasiado la pérdida del cuadrillero, aprecia la situación. El fugitivo tenía un arma oculta pero ha utilizado el único disparo de un pedreñal.

No tiene tiempo para recargarlo, suponiendo tenga con que. Está inerme. Coge su espada y, acero de punta al frente, a la carrera, acomete contra su segura víctima.

Algo inesperado, frío, rígido, de doble filo le penetra por el hueco paralizándolo.

Es la espada de Diego Señor. De pie, vacilante por la sangre perdida, con la tizona cogida con las dos manos, alzada por encima de la cabeza como si empuñara un hacha, continúa empujando el acero que ha metido en la nuca de Fermín. Siente el avance después de atravesar el occipucio en el lugar que se une con la cabeza; carnes duras, algo más blando a

continuación, luego una protuberancia sólida. El extremo, ensangrentado, emerge por la parte delantera de la garganta. Un impulso más...

La ira desatada sólo se detiene cuando ve clavado a Fermín contra el tablero de una mesa de "Las Cañadas". Ha muerto sin enterarse como, ni quien ha sido. Los ojos desorbitados, preguntándose, quizá, el porqué de su entera vida.

- ¡El mozo ha matado al sargento por la espalda! exclama "El Tuerto".

- ¡A por él! clama dubitativo el verrugoso.

- ¡Tu madre! responde "El Picao".

Tiene motivos esa exclamación. Ve como el franciscano, o quien sea, ha cogido la espada del "Mudo" y se dirige hacia ellos. Antes de poco "El tuerto", atravesado en pleno pecho, se desliza lentamente, al tiempo que se le escapa la existencia, apoyado contra una pared de la venta.

El licenciado Lope de la Peña, atónito, extraviado, no sabe que acontece: Sólo tiene muertos a su alrededor y sangre donde mire.

- ¡Basta de crímenes por el amor de Dios! Histérico, se dirige a Francisco a quien la pelea ha devuelto la lucidez. -¡Padre!

- ¡El tuyo no, cretino! ¡Soy Francisco Miranda, capitán de Cortés!

- ¡Ayúdeme a detener esta matanza! ¡En nombre de Dios!

- ¡No le temo a Dios, ni al Diablo, ni al Rey! Luego, espada en mano, se dirige hacia la salida.

"El Picao" se oculta debajo del cuerpo exánime de su compañero de cuadrilla. No será él quien lo ataje.

Fuera Francisco resuelve. No son las mulas de Gervasio lo más adecuado. Además esos mastines no le dejaran acercarse fácilmente y él precisa alejarse de allí rápidamente. El caballo de ese charrete, debe pertenecer al inquisidor, si bien un tanto matalón le puede rendir mejores servicios. De un tajo lo libera de los aperos de tiro y lo monta a pelo. Hacia las estribaciones de la sierra corren los gitanos, van a La Raya.

Por el antiguo camino romano, al galope, se dirigen hacia las dehesas Lisandro y Eliseo. Llevan a las mozas de fortuna andaluzas; Roselia en ancas cogida a la cintura del mayoral, Elvira cruzada sobre la parte delantera, entre la montura y el cogote del caballo de Eliseo.

El fugitivo no vacila: Hacia Portugal. En Lisboa encontrará quienes necesiten una espada para Brasil o África sin hacer demasiadas preguntas si la sabe esgrimir y está dispuesto a jugarse la piel.

Hunde los talones desnudos en los ijares del jamelgo. La montura responde. Perteneció, en sus tiempos, a la caballería de combate y reconoce a un jinete experto. Saca fuerzas de su experiencia y parte al trote largo, dirección la frontera hasta reventar al matalón.

“El Picao” sale arrastrándose. Una vez en el corral ve como el falso fraile se aleja. Acercarse a las mulas, mastines furiosos de por medio que, excitados por el olor a la sangre impregnada en su ropa, pueden destrozarlo en dos tarascadas, -¡nunca!- No ha sido el único de la cuadrilla en salvar la vida para dejarla entre los colmillos de unos perros. Lo mejor, correr dirección Aldeanueva, hacia la ballestería. Deberá retocar la historia para quedar bien y justificar como está vivo. Si cuenta la verdad todos desconfiarán de él y lo empapelaran por cobarde.

-¿Quién ha sido el soplón?

Lope siente el filo del hacha de cocina deslizándose por su garganta.

La sostiene una mujer. No sabe cual. No puede moverse. Las piernas y los brazos, sujetos por firmes brazos -los de Gervasio y Benito- de unos fuertes hombres lo convierten en víctima propiciatoria. Lo degollarán, no le cabe la menor duda. Al igual que a San Juan Bautista.

El borde le penetra en la carne. Un cálido goteo recorre su cuello.

- Si quieres seguir respirando, inquisidor, ¡canta! ¿Quién fue el malsín? anuncia una voz - ¿de mujer?- decidida.

Quizá se salve. De todas formas se trata de un ser despreciable, un judío renegado capaz de acusar a sus antiguos correligionarios por dinero. Por otra parte no puede reprimir el terror. Comienza a temblar, a mearse, a... Siente los excrementos correr por sus nalgas.

- ¡Un tal Teófilo Peres!

- ¿Cojo y lisiado?

- ¡Síii! Cierra los ojos y musita una oración. Ahora le cortarán la cabeza. Sabido el delator ¿para qué dejar testigos?

Pero no. Alguien lo levanta por los sobacos, arrastra y arroja fuera, en medio del corral.

Cae entre unos perros furiosos. Uno le da una dentellada. Se levanta enloquecido y comienza a correr por el campo sin tino ni destino. Sólo desea alejarse de allí y salvar la vida.

Josefina devuelve el hacha a la ventera.

- ¡Benito!

- ¡Dime!

- Ve al pueblo, busca a Teófilo y mávalo.

- ¿Yo...? Bien sabes que soy incapaz de retorcerle el cuello da una gallina. Soy un ahuevado.



- Lo eres, hermano. Encuentra a Terencio entonces, estará no lejos de mi casa, ofrécele lo que pida pero que Teófilo no vea el día de mañana. ¡Ya!

Mientras su hermano sale, el ama observa a la niña, arrodillada y llorando junto al cuerpo de su padre. Junto a ella, Diego, consolándola.

- Diego, has matado a un grado de la Santa Hermandad.

- ¡Diez veces lo haría Teresa!

La ventera, testigo, más una vez, de las acciones de venganza de los cuadrilleros, mientras prepara unas provisiones -pan, vino, queso, carnes saldas- exclama angustiada.

- ¡Tienes que huir, Diego! ¡Vendrán por tí! ¡Te espera el garrote si te cogen!

- ¿Por qué haces esto por mí, Teresa?

- Tu madre, Amelia, era mi prima. En Portugal te contarán el resto ¡Pronto, cruza La Raya! ¡Ya o para ti no saldrá el sol mañana!

- ¡Ana se marcha contigo, Diego! La voz proviene de Josefina.

- ¿Yo, ama? ¿Por qué? ¡No puedo abandonar a mi padre sin darle cristiana sepultura!

- De eso me ocuparé yo, niña. Tú, de cristiana, nada. Mi... Manuel Alvarado era judío. Lo enterraré donde la Inquisición no logre encontrar su tumba. No lejos de aquí. Esos cuervos buscarán el cadáver para hacer con el muerto lo que en vida no pudieron. Mi niña. Si caes en manos del Santo Oficio serás doblemente culpable. No te librarás del tormento ni de la hoguera. ¡Estás condenada antes de ser juzgada!

Ana recapacita. Las palabras de Josefina encierran una verdad tremenda pero incuestionable. Permanecer en Castilla la llevarán a sufrir y ser quemada. En el tono del ama resuena el de su padre. Manuel Alvarado hubiera ordenado lo mismo.

- Cruzarás La Raya, de allí a Belmonte. Encuentra a los Caro, son de tu sangre y te darán asilo y ayuda. Diego te llevará hasta los tuyos.

- ¿Diego... ama?

- Sí, mi niña. Lo que tu padre quiso impedir lo ha decidido Dios.

- ¡Ven con nosotros! También corres peligro.

Josefina lo sabe pero los sentimientos prevalecen. Inhumar a su amado en seguro; ver a Teófilo sin vida, colgado del castaño a la entrada del pueblo para aviso a malsines traidores y soplones; salvar lo posible del patrimonio de Ana y luego, quizá, si la Virgen de las Angustias la ampara...

- ...Me reuniré contigo en Belmonte o en el lugar al cual el destino te lleve. ¡Ahora, escapa!

Se levanta las enaguas y se quita la faja. Contiene lo necesario comprar portazgos, fronteras y pasos hacia la libertad.

- Aquí tienes Ana lo que Manuel previno para una circunstancia como ésta. Cincuenta excelentes de oro. ¡Úsalos con tino y te serán muy útiles! Son tuyos. Buena parte de tu futuro, y el de tus hijos, van ahí. ¡El oro lo puede todo!

- ¡Ana, Diego, a la mulas! He `preparado las dos mejores! Aguantan lo que les echen! Os llevarán hasta La Raya sin detenerse. Gervasio apura a los jóvenes. Apenas tendrán unas horas de ventaja sobre los cuadrilleros.

- ¡Vete, Ana! ¡Aprende a vivir! Eres lo que eres y no te avergüences de ello! No te ayudaran ni el temor ni la flojera. Recuerda siempre que tu padre se llamó Manuel Alvarado y fue, como él decía, una persona cabal.

- ¡Coge la espada, Diego! Ya sabes cómo utilizarla. Teresa le alarga el acero brillante. Lo ha limpiado en sus faldas. Quien ha matado una vez para defenderse lo hará las veces necesarias. Bien conoce la ventera la violencia. Si no la utilizas cuando el derecho te pertenece y puedes hacerlo, te aplastan los otros por la fuerza. Ella, víctima de ello, puede dar fe. -¡No olvides las provisiones! Tenéis para varios días. Una vez hayáis cruzado La Raya recuerda que tu madre se llamaba Miriam Albo, de Castelo Branco! Allí te darán noticias de ella y de mi.

Diego Señor la abraza. A duras penas contiene las lágrimas. Su padre afirmaba que llorar no es de hombres.

- ¡Gracias, Teresa! Nunca te olvidaré. Soy deudor tuyo hasta el día final de mi existencia.

Ana emplea un acento nuevo -la desgracias la han hecho adulta en unos instantes- dirigiéndose al desde ese momento su compañero de fuga y de sus días venideros. Belmonte es la primera etapa.

- ¡Vamos Diego! ¡No tenemos tiempos para lamentos y despedidas! ¡Te espero, Josefina! Besa el rostro inánime de su padre. Lo contempla unos breves instantes. Ya nunca lo volverá a ver, ya nunca regresará a Hervás.

Al abandonar su niña la venta y quedar cumplida su obligación Josefina se abraza a su Manuel y recién entonces da rienda suelta al llanto.

El ventero observa los cuerpos inertes, los destrozos, la sangre derramada por doquier. No puede menos que considerar que siempre sucede lo mismo; se marchan todos sin pagar y a él le dejan los muertos.

- ¿Por dónde, Gervasio? Ana, ya montada pero sin saber que camino tomar pregunta al arriero.

- ¡Seguid a los gitanos! ¡Allí van, hacia la Sierra de Gata! Los egipcianos os llevarán hasta Valverde del Fresno. No os separéis de ellos. Cuando los caló crucen La Raya, hacedlo vosotros. Ellos conocen las horas y los momentos apropiados.

- ¡Pagadles por los servicios! Las gracias, en contante la mitad, son las mejor recibidas aconseja la ventera. Tú, Diego, si no hay otro recurso...

- ...Me abriré camino con la espada. Contra quien no teme morir no hay enemigo valiente. Lo haré sin vacilar, Teresa. Lo he aprendido hoy.

Gervasio da un fustazo a las resabiadas mulas. Parten con ese tranco corto, seguro, incansable de las acémilas castellanas.

Las montan Diego Señor, así se llamará en el futuro, y Ana Alvarado. La mujer se ha jurado jamás renunciar a las mandas ni a la memoria de su padre, Manuel Alvarado, el judío de Hervás.

